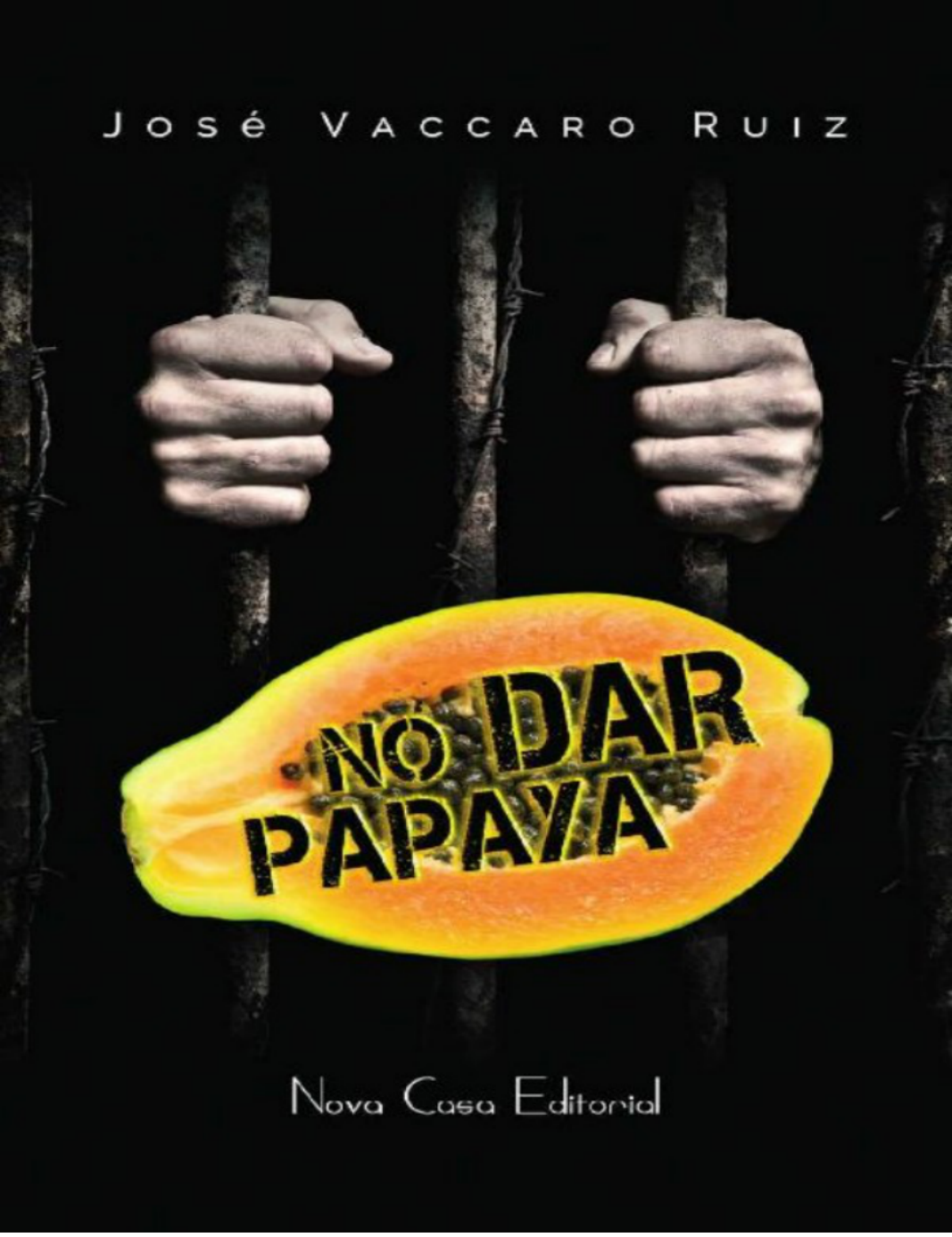
José Vaccaro Ruiz



Nova Casa Editorial

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2015, José Vaccaro Ruiz

© 2015, De esta edición: Nova Casa Editorial

Editor
Joan Adell i Lavé

Coordinación
Maite Molina

Cubierta
Vasco Lopes
© iStock.com / Viktar
© iStock.com / Andrejs Zemdega

Maquetación
Noemí Buesule

Impresión
QP Print

Revisión
Amelia Padilla Roig

Primera edición: Septiembre de 2015

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

José Vaccaro Ruiz

no dar papaya

Nova Casa Editorial

El por qué del título

A medias con un colega también escritor dirijo un círculo de lectura de novela negra en la Cárcel Modelo de Barcelona. Cada quince días, con el DNI entre los dientes y tras despojarme de mi reloj, móvil, cinturón, llaves, monedas y pasar cinco controles estancos, me adentro hasta el panóptico de su bóveda central de donde parten las seis galerías —la de los reincidentes, la de ingresos, la de los veteranos…—, y en la biblioteca de la cárcel mantengo dos horas de debate con los internos.

Como es fácil imaginar, y aparte de literatura, en el apartado de ruegos y preguntas de cada sesión aparecen argumentos sobrados para escribir mil y una novelas, no negras, sino negrísimas: droga, cohecho, emigración ilegal, delitos económicos, secuestro, robo… En definitiva todo el Código Penal en sus diversas formas y variantes y a lo ancho y a lo largo de su articulado hace acto de presencia en vivo y en directo: el delito continuado, las circunstancias atenuantes y agravantes, el estado de necesidad, la defensa propia, la prescripción, los beneficios penitenciarios… Un mundo denso, ensimismado y oscuro que desconoce cualquiera que no traspase el muro que separa la Modelo de la calle Entenza.

Las sesiones están presididas por un dispositivo antipánico que la bibliotecaria me entrega cuando me deja a solas con los internos al objeto de que, si hay *problemas*, lo pulse para que al momento comparezca una brigada de guardias capaz de poner fin a cualquier *incidencia* no programada. Afortunadamente nunca he tenido la necesidad de apretar el botón, y espero que la cosa siga así.

Pues bien, un colombiano, preso por tráfico de estupefacientes, que a los efectos llamaré Rubén Darío, me explicó que en Medellín, de donde procede, el undécimo mandamiento de la Ley de Dios es “No dar papaya”. Ante mi pregunta de qué era eso de *no dar papaya* me respondió que significa, en un entorno tan conflictivo y peligroso como aquél, estar alerta, no bajar la guardia, vigilar para evitar que a uno lo secuestren, lo roben o lo maten:

—Quien no lo cumple, puedo asegurarle que allí dura poco, señor—. Me dijo Rubén. Y yo le creí.

Y visto que Jacinto Cortés, el protagonista de mi novela, al final no está suficientemente atento a cumplir ese precepto, se le podía aplicar, por no haberlo atendido, ese undécimo mandamiento de mi

tertuliano colombiano.

También, por qué no decirlo, es un pequeño homenaje a mis compañeros del círculo de lectura que me han abierto los ojos y los oídos a una forma de ver y entender la vida y la moral muy distintas de las que existen extramuros de donde ellos están confinados.

Preferí ese título, “No dar papaya”, a otros como “El Caracortada”, o “A hierro muere”. Entiendo que ese estado de prevención e inseguridad es innato al delincuente y forma parte del código genético de quien ha elegido vivir al margen de la ley. Y que, como se dice al final de la novela, referido a Jacinto Cortés para explicar su muerte: *Él la dio, la papaya, bajó la guardia, se abrió y así le fue.*

1

En la puerta cuarta del segundo piso del número 11 de la calle de la Sal, de La Barceloneta, al que se accede por una escalera de apenas 80 centímetros de ancho, tenía su despacho de *prestamista* (como él eufemísticamente designaba al lugar y a su negocio de usura), Jacinto Cortés, un extremeño oriundo de Los Barruecos, una aldea perteneciente al municipio de Malpartida de Cáceres. En el barrio, y por extensión en Barcelona, y entre otros sobrenombres, se le conocía por el *Caracortada*, debido a la cicatriz que le cruzaba el rostro.

Esta es la historia de su vida, pasión y muerte.

Ya de entrada, haber nacido en un lugar *malpartido*, fonéticamente primo hermano de *malparido*, no le auguraba nada bueno. Llegó a Barcelona en los años 40, aparte de huido de su lugar de origen, en busca, como tantos otros, de un espacio bajo el sol donde poder alcanzar y disfrutar una mejor forma de vida de la que le ofrecía el entorno donde nació. Allí moraban media docena de familias —un remedo de las 400 que alguien dijo que *remenaven les cireres* en Cataluña—, que dominaba la vida y la muerte de los 10.000 habitantes de la comarca, ocupando y copando todos los estamentos de riqueza y poder habidos y por haber —alcaldías, clero, propiedades, profesiones liberales—, que pasaban a sus hijos, nietos y tataranietos sin solución de continuidad, no dejando más que migajas de pan duro para el resto, destinados a servir de jornaleros temporeros los varones, y las hembras hacer de criadas y amas de cría sujetas al derecho de pernada del señorito.

Si esto ya era así antes de la Guerra Civil, en la postguerra se vio aumentado y corregido. La llamada Campaña de Extremadura, una especie de *Blitzkrieg* a la española que se llevó a cabo del 3 al 28 de agosto de 1936, fue un desfile militar para los sublevados; y la escasa resistencia encontrada, además de ser rápidamente eliminada, tuvo su corolario en forma de carnicerías como las de Badajoz y Almendralejo. En cuanto a los pocos que pudieron escapar a Portugal, el régimen *amigo* de Oliveira Salazar se encargó de devolverlos a su lugar de origen para que recibieran el trato que merecían. Si Lampedusa escribió que todo debe cambiar para que todo siga igual, en el caso de la *extrema y dura* Extremadura, los que mandaban no tenían ninguna voluntad de cambio, y sí de permanencia como la forma segura de que todo continuase

inalterable por los siglos de los siglos. Aunque, eso sí, confortados sus resignados siervos de la gleba con los santos sacramentos y la bendición apostólica que les aseguraba, como recompensa en la otra vida y a cambio, un asiento a la diestra de Dios Padre Todopoderoso.

El hoy octogenario usurero Jacinto Cortés, más avaro que Scrooge, el personaje de Dickens, y más descreído que el marqués de Sade, fue en su adolescencia monaguillo, como de forma obligada lo eran todos los mozalbetes de la aldea que le vio nacer. Los Barruecos, uno de los muchos culos que tiene el mundo, no era por entonces otra cosa que una cincuentena de cabañas de adobe techadas con pajizo que daba asiento a una población que sobrevivía a base de criar cuatro conejos y gallinas y plantar tomates, judías y pimientos en un huerto a orillas del río Salor —un huerto que, o bien en épocas de lluvia se inundaba, o cuando persistía la sequía había que regarlo a brazos—. Completaban sus ingresos las peonadas que en junio conseguían segando y acarreando trigo y cebada, y en septiembre apaleando olivos, ambas cosas de sol a sol y con los pies siempre asentados en suelo ajeno, las propiedades del señor, porque, aunque quisieran, les era imposible pisar en otro sitio. Muchas de aquellas casuchas se demolieron cuando la Junta de Extremadura declaró Los Barruecos monumento natural y no daban la talla para ser inmortalizadas por las Sony o las Canon de los turistas urbanitas que las visitaban dentro del programa gastronómico-cultural, *tout compris*, que incluía Trujillo, Mérida y Cáceres. Someter aquellos rapaces, de los que nuestro protagonista Jacinto formaba parte, a la disciplina eclesiástica, era una manera de mantenerlos sujetos y uncidos al carro de la autoridad que representaba la Iglesia. Se les hacía aprender de memoria latinajos, del estilo de *Omnes beatorum Spirituum ordines Angelorum*, de los que no sabían ni poco ni mucho su significado para que, uniformados con la casulla de escolanos, los soltaran cuando acompañaban a don Merino, el cura de Los Barruecos, en los rituales de vivos y muertos que oficiaba.

A los 13 años, y como le ocurría a todo aquel que despuntaba por su listeza, el pequeño Jacinto fue tentado por don Merino para ingresar en el seminario de Badajoz:

—Así podrás salir del pueblo y escapar de la miseria que te espera de por vida si permaneces aquí —a ojos del trinitario una razón de peso para vestirse de negro.

El cura, que había estado en Madrid y Salamanca, se ufanaba de

conocer mundo, y su forma de manifestarlo era despreciar y tirar por los suelos aquel vericueto donde el obispo de Guadalajara le había confinado de por vida, él sabría por qué.

Desoír aquel supuestamente bien intencionado consejo fue el primer signo que Jacinto dio de no dejarse influir por los demás. Lo hizo porque, aparte de los cinco años de seminario en régimen carcelario que le esperaban si accedía, los hábitos llevaban aparejado el juramento de pobreza, obediencia y castidad. Entonces, ¿para qué quería el estatus que el fraile le proponía, si eso le impedía disfrutar de las cosas buenas de la vida? No sirvió de nada que el trinitario, a sabiendas de los ejercicios manuales que el hijo de María *la Larga* —así era conocida la madre de Jacinto—, a solas o en compañía de otros, practicaba con su rabo hasta hacerle saltar chispas, le dijera que aquellos votos evangélicos eran más literatura que otra cosa, contándole que había quien —él mismo, aunque hablara en tercera persona—, cuando la bajera le apretaba metía en un maletín un traje de paisano de ojo de perdiz, subía al coche de línea y se acercaba a Cáceres o a Plasencia y allí, en los mismos aseos de la estación de autobuses, cambiaba de atuendo y salía hecho un figurín en dirección a lugares donde aplacar sus picores por un módico coste: los hospitalarios El Rincón de la Ramona o Casa Benita. Ramona y Benita eran dos alcahuetas —el calificativo de *madame* no estaba inventado, al igual que el *francés* que practicaban sus pupilas que, aun cuando directamente relacionado con la lengua, no tenía nada que ver con el idioma—, supervivientes ambas de la Dictadura de Primo de Rivera, la República y la Guerra Civil. Con decenios del oficio de celestina a sus espaldas, la Ramona y la Benita sabían cuál era la ocupación de aquellos tipos como don Merino, de manos suaves y olor a colonia de lavanda que, cuando abandonaban la habitación tras una hora de ejercicios físicos nada canónicos con la Carmela, la Adelaida o la Joaquina, dejaban la almohada manchada del negro betún con que se teñían la tonsura que en forma de hostia lucían en su cabeza. Eran tiempos de Nacional-Catolicismo e interesaba estar a bien con los ministros de Dios, de ahí el precio de economato con que las dos trotaconventos les obsequiaban, y la pregunta que, acompañada de una sonrisa cómplice, les hacían al despedirlos:

—¿Ha estado todo a su gusto?

A lo que sus clientes, en su mano el sempiterno maletín con el breviario, la sotana y el almidonado alzacuellos en su interior, respondían con un asentimiento de cabestro y les soltaba los cinco

duros de rigor. Y sin más dilación iban en busca de un asiento en la sepulvedana para regresar a sus sacristías y púlpitos de origen.

Don Merino desistió de convencer a Jacinto acerca de la plácida carrera que le esperaba si se vestía de oscuro y renegó de su hasta ese momento pupilo favorito cuando, una mañana, lo encontró en la iglesia con el sagrario abierto y dándose un festín a dos manos con las hostias del copón y el moscatel del cáliz. Lo peor fue que don Merino hizo su entrada en el templo acompañado de doña Asunción, la mujer de un concejal de Malpartida, lo que le obligó a descargar toda su furia divina contra él:

—¡Vas a ir al infierno de cabeza! ¡Eres peor que Judas! ¡En mi vida he visto un sacrilegio mayor!

—¡Virgen Santa, Virgen Santa! —no paraba de gritar doña Asunción pegada y buscando la protección del cura, quien no le hacía ascos a los rebotes que la asustadiza y retozona teta de la edil consorte iba dando en su antebrazo.

Jacinto, que desde hacía varios meses ya seguía aquella dieta sacramental, no por haber sido atrapado *in fraganti* mostró el mínimo azoramiento, ni dio muestras de estar arrepentido, bien al contrario, acabó de apurar el resto de vino que quedaba en el cáliz y, acompañado de un sonoro eructo, le espetó:

—No don Merino, usted se equivoca. Con este atracón del cuerpo y la sangre de Cristo, a buen seguro que iré al cielo de cabeza. ¿Cómo va a permitir Dios otra cosa?

Hubiera hecho mejor, sino abjurar de su pecado, al menos guardar silencio, porque semejante blasfemia tuvo la virtud de empeorar aún más su situación, sin que el estar más que achispado le sirviera de atenuante para la pena que se le aplicó.

Por conducto del obispo de Cáceres, el cura denunció el hecho a la Guardia Civil, y a los dos días llegaba a la aldea una pareja de números, prendía a Jacinto y lo conducía al calabozo que había en los sótanos de la Casa Consistorial de Malpartida. Allí lo desnudaron y le dieron una soberana paliza. La recibió sin abrir la boca para quejarse, los labios apretados y el ceño fruncido mientras era objeto de patadas, correazos y puñetazos hasta que los dos sajones quedaron saciados, aunque insatisfechos porque no consiguieron que el reo emitiera lamento alguno. Cuando le dejaron ir, apenas podía dar un paso.

—¡Que te sirva de escarmiento! La próxima vez te llevaremos a

un reformatorio del que no saldrás si no es para ir a la cárcel. Allí es donde están los indeseables como tú —le soltó el cabo.

Él no respondió, a paso lento y arrastrando los pies, con las piernas, el culo y la espalda en carne viva, con un diente y medio de menos y la vista fija en el polvo y las piedras del camino, tardó tres horas en recorrer los cuatro kilómetros que lo separaban de Los Barruecos. Con la cabeza baja, no le importaba quién se cruzaba con él ya fuera hombre, animal o cosa, y a la inversa. Nadie hizo el menor gesto para prestarle ayuda; todos estaban al tanto de que era un apestado del poder establecido, y contra el poder, ninguna broma. Necesitó dos semanas inmovilizado en el catre para que el color de los hematomas cambiara y pasara, del rojo al violeta y luego al amarillo hasta desaparecer, mientras los chichones iban menguando gracias a los emplastos de tomillo y hierbabuena que *la Larga* le aplicaba. No pisó la calle hasta sentirse con fuerzas para correr y saltar como si no hubiera pasado nada, o lo ocurrido no le hubiera afectado lo más mínimo; no quería que sus vecinos lo vieran tullido sabiendo que la mayoría aplaudía el castigo infligido.

Ese suceso marcó un antes y un después en su vida, y no solamente porque don Merino cambiara las cerraduras de la sacristía y del sagrario. A partir de entonces el deambular de Jacinto por las fincas o las calles del pueblo iba acompañado de su ojeo por advertir la puerta abierta de una casa o un corral y las no vigiladas alforjas de una caballería para afanar, en un visto y no visto, cualquier cosa convertible en comida o, mejor aún, en dinero. Más de uno que presenció sus maniobras prefirió mirar hacia otro lado, y así evitarse problemas. No sirvieron de nada los ruegos de su madre para que acudiera a la llamada de los capataces que buscaban jornaleros cuando llegaba la siega, o para que se pusiera detrás de la yunta de caballerías arando de sol a sol los campos en barbecho. Cuando ella insistía para que su niño siguiera la senda de los *hombres de bien*, él se giraba y se levantaba el jubón mostrándole las cicatrices dejadas en su espalda y su culo por las correas y la fusta de los guardias civiles; y María *la Larga*, entonces, callaba.

2

De la forma como a los 17 años Jacinto salió de su villorrio, más bien escapó de él, tuvo la culpa don Gabriel, el personaje que, entre otros negocios de menor enjundia como Casa Benita —de la que era socio fundador y frecuentador—, y la compra y venta de favores políticos, dominaba el tráfico legal e ilegal de todo tipo de mercancías con la vecina Portugal. En ese momento, el año 1944, más que los alijos de fardos de bacalao, cartones de tabaco o barricas de vino de Oporto, era el mercado negro de la penicilina lo que le producía mayores beneficios. Se trataba de un bien escasísimo y carísimo, considerado una cura milagrosa en cualquier tipo de infección o mal que uno padeciera, al mismo nivel que el agua de Lourdes o Fátima. Era tal su fama de sanalotodo, que se aplicaba —el que podía disponer de ella—, incluso en los casos de cáncer, aunque evidentemente sin resultado alguno. El precio oficial era de 25 pesetas por dosis pero, sujeta a la ley de la oferta y la demanda en función de la necesidad y urgencia que se tuviera, su valor en el mercado negro se triplicaba o cuadruplicaba. En plena Segunda Guerra Mundial, su carencia respondía al hecho de que los *yankees* no querían que ese ungüento maravilloso del que ellos tenían prácticamente el monopolio mundial, cayera en manos de sus enemigos, ya fueran alemanes, italianos o *japos*, y sirviera para devolver la salud y retornar a la trinchera a aquellos que, con tanto esfuerzo, sus aguerridos *boys* habían enviado al hospital tras atravesarlos con su bayoneta o añadido a sus cuerpos unos gramos de plomo. De ahí que se restringiera su exportación en cupos muy reducidos y el mercado negro estuviera en plena ebullición, sobre todo en países como la germanófila España, que no gozaba precisamente de la simpatía de los aliados. La insaciable necesidad que la contienda creaba de tan valorado curapupas apenas se vio atemperada cuando, empleando nuevas técnicas, a finales de 1942 se pudieron obtener 50 unidades de penicilina por mililitro de cultivo allí donde hasta entonces solo se conseguía una. Pero el precio se mantuvo estable, por no decir que subió.

Todo eso no hubiera preocupado en absoluto a Jacinto si no hubiese sido porque su madre contrajo unas fiebres maltas que, además de cebarse en cuerpos malnutridos como era el de María *la Larga*, son de origen bacteriano y una enfermedad para la que sí era un remedio infalible la penicilina. Él, en cuanto lo supo, buscó la

manera de obtener el preciado antibiótico.

A pesar de sus antecedentes de excomulgado, una de las fuentes de posible suministro a la que acudió fue a don Merino por aquello de la caridad cristiana. Sabía que el ejército tenía las puertas abiertas para atender cualquier demanda que le llegara del clero, de forma que el Cuerpo Militar de Sanidad le surtiría del valioso elixir si conseguía su mediación. Pero el cura, tras escuchar su ruego, apeló a la suprema instancia que la Iglesia dispone para casos como el suyo cuando la respuesta de fondo es un «no».

—Hágase la voluntad de Dios. Si Él así lo quiere tu madre se salvará, pero si ha decidido que muera, ningún medicamento será capaz de evitarlo. Tú debes rezar para que Nuestro Señor se digne ser misericordioso aunque Él, finalmente y como siempre, hará lo que estime mejor y más justo. Con ella y también contigo —lo cual le sonó a Jacinto como una maldición, y añadió—: No estaría de más que en este trance le hicieras la promesa de cambiar y regresar allí de donde jamás debiste salir, al rebaño de sus ovejas y al magisterio de sus ministros.

En otras circunstancias lo hubiese abofeteado, aunque sabía que eso podía significar otra paliza y un mes a pan y agua en el calabozo, pero ahora debía intentar obtener el medicamento, todo lo demás podía esperar. Se tragó su furia y salió de la sacristía dejando a don Merino embutido en la casulla y en disposición de oficiar la misa de las 12.

En su búsqueda por encontrar un suministrador, don Timoteo, el secretario del ayuntamiento de Arroyo de la Luz, viéndolo tan apurado se compadeció de él y le señaló el palacio de la plaza Mayor de Cáceres donde vivía don Gabriel Ramos Iglesias como el lugar y el medio más seguro y rápido para hacerse con el fármaco. Aunque le advirtió:

—Prepárate, porque puede pedirte 100 pesetas o más por una dosis. Don Gabriel es todo menos hermanita de la caridad. Y otra cosa, no quiero que le digas que he sido yo quien te ha encaminado a él.

De acuerdo, no lo haría. Por lo demás, Jacinto estaba dispuesto a aceptar cualquier precio que se le pidiera. Se vería, eso sí, obligado a demorar su pago porque no disponía de más capital que 40 pesetas, una cantidad irrisoria comparada con la cifra que le había anunciado don Timoteo, pero estaba dispuesto desde robar a hipotecar su vida si fuera preciso. Por su talante bravucón tenía

fama en la comarca de ser un tipo con quien era mejor no meterse si uno no quería salir mal parado; aparte de no conformarse jamás con un no. Hasta ese momento las reyertas las había tenido en las tabernas, las casas de putas de las que ya era un asiduo, o en el baile; pero, como decían sus vecinos, «el chaval prometía». Estaba seguro de que don Gabriel apreciaría esas cualidades y encontraría la forma de utilizarlas para saldar su deuda, lograrlo solo dependía de su capacidad para impresionarle. Imaginaba también, tras informarse de la cantidad de teclas que tocaba el cacique y del ejército de matones bajo su mando, que si entraba a su servicio, y además de curar a su madre, podía conseguir una despejada y fructífera carrera a su sombra. Mil veces mejor eso que destripar terrones o seguir de robaperas.

Lo recibió acompañado de su secretario particular, un tal don Arturo Flores, bajo de estatura, bigote caudillista y mirada de perro apaleado, que hizo de intermediario, y a quien el día anterior Jacinto tuvo que, en el bar de la plaza y aparte de invitarlo, pagarle un duro para conseguir la entrevista con su amo, lo que significaba que ya únicamente disponía de 35 pesetas. Estaba también presente un tipo de casi dos metros que debía ser su guardaespaldas y que, aunque no abrió la boca, no le quitó la vista de encima. El hijo de la tía María, de pie y en posición de firmes, planteó la necesidad urgente que tenía de la penicilina para su madre.

—Si no se le aplica morirá, don Gabriel. Y en cambio si la recibe, vivirá.

Imposible contestar con más precisión a la pregunta que el cacique le había hecho:

—¿Qué coño quieres de mí, chaval?

El don afinó su mirada:

—¿Y qué estás tú dispuesto a darme a cambio de la medicina? Porque supongo que las 50 pesetas que cuesta cada dosis no las tienes. ¿Me equivoco?

El precio, la mitad de lo previsto, lo recibió como una buena noticia. Más tarde comprendería el porqué de semejante rebaja. Pero, y aún y así, lo que llevaba consigo no alcanzaba ni siquiera para una dosis. Sí que, aparte de los siete duros residuales tras del unto a don Arturo, disponía de la medalla de plata de la Virgen de Guadalupe de su madre —si moría no le iba a servir de nada—, y del reloj de bolsillo de la familia, una herencia de su tatarabuelo

que pasaba de generación en generación aunque siguiera parado desde hacía años por mucha cuerda que se le daba. Con suerte podía sacar entre 40 y 50 pesetas por ambas cosas, nada comparable con las 200 que costaba el tratamiento completo de las cuatro dosis. No creyó que poniendo encima de la mesa aquellos objetos, o con la promesa de un dinero que no poseía, conseguiría torcer la voluntad de quien tenía delante. Por eso, con el índice de su mano sobre el pecho y señalándose a sí mismo, le dijo:

—Yo soy la garantía del precio. Estaré a su servicio para lo que mande, don Gabriel, seré su esclavo hasta que usted considere que le he devuelto lo que valen las medicinas.

El otro cruzó una mirada con su secretario, que asintió, antes había informado a su señor acerca de la fama de pendenciero del mancebo que ahora se mostraba tan humilde y entregado:

—Si usted lo acepta no se arrepentirá —remachó Jacinto.

Pero al cacique eso no le bastaba, quería escuchar de su boca un compromiso más explícito y sin condiciones:

—¿Estarías dispuesto a matar si yo te lo pido?

—Sí, haré lo que usted me ordene.

La respuesta la dio con voz firme y sin ninguna vacilación incluso antes de que don Gabriel acabara de formular la pregunta. Estuvo a punto de añadir que, sino matar, y durante las pasadas fiestas de Plasencia, ya había dejado malherido a un rival por un asunto de faldas, pero se abstuvo. Estaba convencido de que don Arturo le había puesto al corriente de sus hazañas. Aparte de considerar que ya se había humillado bastante, la oferta estaba hecha, y reiterarla no la mejoraría.

—Mira que si no cumples el compromiso te las tendrás que ver conmigo, ¿sabes lo que eso significa, no?

Aunque le estaba poniendo a prueba, al cacique le gustaba aquel rapaz, todo fuerza y autodominio.

—Lo sé don Gabriel, pero eso no será necesario, cumpliré a plena satisfacción suya.

Y cruzando los dedos se los llevó a los labios y los besó a modo de juramento.

El don se echó hacia atrás apoyando la espalda en el respaldo de su sillón:

—De acuerdo. Este —con la barbilla apuntó a su secretario como quien señala a un objeto inanimado—, te dará tres dosis de 100.000 unidades.

El médico le había hablado de cuatro, por eso replicó:

—Perdone usted, pero tendría que ser una más, cuatro dosis.

El otro chasqueó la lengua con disgusto, no soportaba que nadie le contradijera:

—De momento date por satisfecho con esas tres. Si necesitas más, hablaremos. ¿Conforme?

¿Cómo no estarlo?, ya vería como se las arreglaba para forzar en un futuro la cuarta:

—De acuerdo, lo que usted diga.

—Pues mañana, a las nueve, acudes otra vez aquí. Arturo te las dará. Las tres, ¿eh?

Con aquellas palabras don Gabriel dio por terminada la conversación, esperando que su visitante, conseguido el objetivo que le había llevado hasta allí, desapareciera de su vista. Pero antes de hacerlo, Jacinto se acercó al buró y adelantó su mano, un formalismo que el cacique tardó unos segundos en aceptar, como si dudara en oficializar el compromiso, algo que Cortés interpretó como una señal de su menosprecio hacia él. Cuando por fin, y ante su firmeza en mantenerla extendida, el cacique se la estrechó, la notó sudada y fría.

Unos ojos achinados acompañaron las últimas palabras de quien a partir de ahora sería su dueño y señor:

—Espero que tu madre se ponga pronto buena. Y que tú sepas a quién le deberás el que siga con vida.

—Sí, don Gabriel, nunca lo olvidaré.

—Pues como dicen los curas, que así sea.

Pedaleando regresó a Los Barruecos de donde ese mediodía había partido al recibir un recado de don Arturo comunicándole que su jefe lo recibiría. Eran las nueve de la noche cuando cruzaba el umbral de su cabaña. Tía Ernestina, la vecina que se había quedado al cuidado de su madre, le cedió su sitio a la cabecera de la enferma tras decirle:

—María sigue igual. ¿Has traído la medicina?

—Mañana la tendré. Luego iré en busca de don Daniel —era el médico del vecino Arroyo de la Luz que atendía las necesidades sanitarias de los Barruecos.

Se pasó la noche velándola; cada par de horas le ponía el termómetro que don Daniel le había dejado prestado para tomarle la temperatura, que rondaba los 39 grados. A las seis y media de la madrugada, todavía oscuro, dejó a la tía Ernestina sentada en una silla de anea junto al lecho pasando el rosario y él, sin haber pegado ojo, volvió a subir a la bicicleta y recorrió la distancia que le separaba de la plaza Mayor de Cáceres. Llegó frente a la entrada de la residencia de don Gabriel poco antes de las ocho, una hora antes de lo previsto. La ciudad, en esa mañana de primeros de septiembre estaba desierta, solamente las ráfagas de un cálido y húmedo viento procedente de la vecina Portugal lo acompañaban. Durante las pasadas horas de vela había ido rememorando toda la información que poseía sobre don Gabriel. Sus negocios, las fulanas que se le conocían —una en Cáceres y otra en Elvas—, la lista de todos aquellos que *sotto voce* se decía que se había llevado por delante tras esquilmarlos… El tío Servando, un vecino que había venido a visitar a la enferma hacía dos noches, al contarle que estaba intentando contactar con el cacique para obtener la penicilina le aconsejó que fuera con mucho tiento:

—Se le conoce por *el Nuquero*, así se refieren a él los de Cáceres cuando están seguros de que nadie los oye. Al parecer, durante la Guerra Civil pegó el tiro en la nuca a más de un republicano que, cargando con lo mucho o lo poco que tenía, trataba de escapar de los nacionales pasando a Portugal. Así se hizo rico en cuatro días, desvalijando a sus víctimas de todo lo que llevaban encima, joyas y dinero, además de cobrarles por adelantado un alto precio por ponerlos a buen recaudo y a salvo, una promesa que después incumplía. Y no solamente eso, sino que para que el negocio fuera aún más redondo, les cortaba la cabeza y con ella en un zurrón acudía ante el comandante de Valencia de Alcántara por si había una recompensa de por medio. Los que se cruzaban con él aún recuerdan la pestilencia a carne podrida que lo acompañaba. No te fíes de él.

Aquel con quien la tarde anterior había sellado un pacto de futuro vivía en un caserón de piedra frente a la escalinata que comunicaba la plaza con el casco antiguo; la fachada sobrecargada de escudos nobiliarios —por supuesto que no eran los suyos, porque *el Nuquero* era hijo de la Faustina y el Raimundo, de oficio

ropavejeros quienes, hasta que su hijo pegó el salto a la opulencia, se ganaban la vida comerciando por los pueblos—. Completaban los ornamentos de la mansión robustos capiteles, cornisas y gárgolas, con puertas y ventanas cercadas y enrejadas con delicados trabajos de forja. Don Gabriel vivía en las dos plantas superiores; en la baja estaba lo que él llamaba su despacho al que se accedía mediante una doble puerta de marquetería, a su derecha un portalón daba entrada a la cochera. Si el dueño de aquel casón pretendía, ante todos aquellos que se acercaran, hacer ostentación de su poder y riqueza, lo había conseguido. En comparación, el resto de construcciones, aunque había alguna de parecidos volumen y rotundidad, palidecían frente a su cuidado e impoluto estado.

Lleno de impaciencia Jacinto estuvo paseando por delante, todas las aberturas cerradas y sin ver entrar ni salir a nadie, hasta que diez minutos antes de la hora convenida, y sin poder esperar más, golpeó el picaporte. Al cabo de un par de minutos una enlutada y legañosa mujer entreabría la puerta.

—Soy Jacinto, el hijo de María *la Larga*, de Los Barruecos. Ayer estuve con don Gabriel y don Arturo. Vengo a recoger una medicina.

Con un gruñido, la vieja le dijo que aguardara, y, dejándolo en la calle cerró de nuevo el quicio de menos de un palmo por donde había asomado la cabeza. Un cuarto de hora más tarde, cuando él iba a repetir la llamada, de nuevo la puerta se abrió y reapareció el mismo ajado rostro; en su mano sostenía un paquete envuelto en papel de periódico y atado con un cordel. Se lo tendió:

—Toma.

—¿Es la penicilina?

—Es lo que me han dado para tí. ¡Tú sabrás! —fue la indiferente respuesta de la mujer.

—¿No están don Gabriel o don Arturo?

—El amo aún duerme, y don Arturo no acostumbra a venir hasta más tarde.

Si Cortés hubiera tenido la intención de pedirle alguna aclaración o darle las gracias no hubiera podido, porque un segundo más tarde de tener en su mano el atadijo se produjo el portazo y el sonido de la pesada balda al correrse desde dentro. Guardó el paquete en el interior de la camisa, se dirigió hacia donde había

dejado la bicicleta sujeta a una reja, la soltó y pedaleó con furia. Cualquier retraso podía ser fatal.

3

Media hora más tarde irrumpía en la casa del médico. Este abrió el paquete y aparecieron las tres dosis, de lo escrito en inglés en la pegatina solo pudieron entender la cifra, 100.000 U. En todo caso era lo que esperaban.

—¿Cómo lo has conseguido? —le preguntó.

—Siempre hay maneras —sin especificar nada más.

—Pues no perdamos tiempo.

Ataron la Orbea de Cortés a la baca del Ford Balilla y recorrieron la distancia que separaba Arroyo de la Luz de la cama donde María estaba a 40 de fiebre. Ahora era la tía Asunción, otra vecina, la que estaba a su cuidado aplicándole trapos de vinagre en la frente y los pulsos. En la mesilla dos estampas, una de Santa Rita, la patrona de los imposibles, y otra de la Virgen de los Siete Dolores con su corazón atravesado por siete puñales. El muchacho, aunque no participaba en sus creencias ni conjuros, respetaba los para él excesos religiosos de María y el resto de comadres del pueblo; no lo reconocía, pero en aquel trance algún poso del catecismo salmodiado por don Merino se removía en su interior al haberle escuchado decir en la consagración: «Señor yo no soy digno de que entres en mi alma, más una palabra tuya bastará para sanarme».

—Tranquila madre, te vas a curar —le dijo, al tiempo que le tomaba la mano.

Ella le dirigió una mirada entre ida, incrédula y soñolienta, mientras el médico cargaba la jeringuilla y, levantándole la manga, se disponía a inocular en su brazo la supuesta panacea.

Cortés observó con reverencia cómo, por la presión del pulgar de don Daniel sobre el émbolo de cristal, el preciado líquido iba pasando de la cánula al brazo de ella, culminando la acción un ligero frote del algodón que absorbió las pocas gotas de sangre consecuencia de la punción.

El día y la noche los pasó en duermevela, esperando que la fiebre bajara. Disminuyó, pero muy poco, sin estar en ningún momento por debajo de los 39 y medio a pesar de los emplastos que le aplicaba sin descanso, y del antibiótico que era de suponer debía empezar a hacer su efecto. En la habitación, sin ventilar desde hacía

una semana y con el calor residual del verano, sobrevolaba un denso vaho maloliente, como si la muerte estuviera allí presente aguardando el instante adecuado para llevarse a su presa. De vez en cuando resonaban los jadeos de la enferma, que Cortés intentaba cortar incorporándola y colocándole una almohada en la espalda.

Por la mañana fue el boticario llegado de Malpartida quien le aplicó la segunda inyección, sin que tampoco los efectos se notaran.

—De un momento a otro debe producirse una reacción, ya lo verás. Siempre ocurre así —le dijo don Rigoberto para animarlo.

Al día siguiente la tercera dosis. La fiebre seguía sin bajar, 40 con dos décimas era lo que marcaba el mercurio. La respiración cada vez más agitada y los estertores más profundos.

—No hay reacción. Habría que alargar el tratamiento —le comentó el médico, que fue quien le puso la tercera inyección.

Cortés asintió, volvería a coger la bicicleta y regresaría a Cáceres. ¿Qué podría ofrecerle a don Gabriel para sacarle un par de dosis más? Lo que fuera. Se humillaría, le suplicaría.

Pero no fue necesario hacer el viaje porque al poco, antes del mediodía, y emitiendo un profundo suspiro, su madre expiró después de haber ido espaciando cada vez más sus inspiraciones hasta el agónico ronquido de la última. Don Daniel, presente en la alcoba en el momento de la muerte, verificó el tránsito después de buscarle el pulso y no encontrarlo.

—Se nos ha ido. Todo ha terminado.

—¿Qué ha podido pasar?, ¿por qué no se ha curado? La penicilina, ¿no dicen que obra milagros? No lo entiendo —Jacinto.

El médico, que sabía por don Timoteo porqué medio el muchacho había obtenido las dosis, cabeceó y comenzó a recoger sus utensilios mientras parloteaba:

—No todos los enfermos son iguales. Algunos reaccionan mejor que otros. La medicina no es una ciencia exacta. Tal vez la enfermedad ya había avanzado demasiado. Se han tardado unos días, seguramente ha mediado demasiado tiempo antes de aplicar el tratamiento.

Jacinto intuyó que aquella explicación no contenía toda la información y los conocimientos que el otro poseía. Adivinó una sombra de ocultación en su mirada huidiza, en su tono y en las prisas por irse que de repente le habían entrado. Y cuando ya el

médico había guardado el estetoscopio, la cuchara y la linterna que empleaba para inspeccionar la garganta de sus pacientes, dispuesto a regresar a Arroyo de la Luz dejando el espacio libre para el que enterrador hiciera su trabajo, lo cogió de las solapas y lo zarandeó:

—¿Qué cojones está pasando aquí?

—Nada, no ocurre nada. ¿Qué quieres que ocurra? Está muerta, eso no tiene remedio. Es lo único que cuenta.

—Usted sabe o sospecha algo, y yo quiero saberlo. Era mi madre. ¡Y no se irá sin decírmelo!

Don Daniel hizo intención de zafarse, pero Jacinto, fuera de sí, lo sujetó con fuerza. A pesar de que su peso y su estatura eran inferiores a los del médico, este sentía que llevaba las de perder si peleaban, la fama del hijo de María *la Larga* le precedía.

—Quiero que sepa que me he comprometido ante don Gabriel a hacer cualquier cosa, incluso a matar, a cambio de la penicilina. Y puedo empezar ahora mismo. ¡Así que dígame qué está sucediendo!, ¡y no me engañe! —A continuación sí que lo soltó, pero estampándolo contra la pared.

—Yo no tengo nada que ver con esto —balbuceó don Daniel.

—Eso seré yo quien lo decida. Ahora suelte lo que sea.

—No estoy seguro... —y nuevo empellón, esta vez dando con su cuerpo en el suelo. Se levantó con dificultad, apoyándose en la silla. Ante la intención del otro de seguir golpeándole alzó las manos a modo de parapeto:

—¡Espera, espera! ¿Tienes el último frasco, el de esta mañana?

—¡Aquí está! —Con gesto rápido. El botellín se encontraba encima del cajón de madera que hacía de mesilla, junto al algodón usado y las dos estampas religiosas.

El médico sacó un cortaúñas de su bolsillo, se acercó a la ventana, apartó el visillo en busca de más luz y maniobró hasta extraer la goma que taponaba el pequeño recipiente de vidrio, atisbando el interior. A continuación metió el índice rebanando el cristal y se lo acercó a la nariz, al tiempo que dirigía una mirada frontal a Jacinto.

—Bueno, estoy esperando —él, tras la tercera y profunda aspiración del médico.

—No lo puedo asegurar al 100 por 100, pero en alguna ocasión

he puesto penicilina y creo que...

—¿Qué?

—Que esto es un placebo.

—¿Un placebo?, ¿qué hostias es eso?

—Desde agua a cualquier otra cosa, pero no es penicilina. Con el precio que alcanza hay quien consigue frascos vacíos, incluso los fabrica, los rellena y luego los vende como si fuera el antibiótico. Creo que estamos ante un caso así.

Tomó el tapón y acercándose más a la luz lo estrujó hasta que encontró lo que buscaba. Le hizo un gesto a Jacinto para que se acercara:

—Mira, aquí es donde yo he pinchado y he extraído el líquido. —En efecto, la superficie de la goma presentaba un pequeño agujero—: Pero hay otra punción al lado de esta, ¿la ves?

Sí, Cortés la distinguía.

—Quien sea extrajo la penicilina original, que supongo aplicaría en algún enfermo, para luego vender o reutilizar el envase que se volvió a llenar con un placebo.

—Pero, don Gabriel... —Cortés buscando falta de lógica en aquel razonamiento—: él recibe cantidad de medicinas por la frontera de Portugal. Además, y conociéndole, no creo que nadie se arriesgara a engañarlo. Y el precio, 10 duros la dosis…

—Yo no digo ni mucho menos que él sea el culpable —saltó el médico de inmediato—: Solo digo que esto pasa.

—¿Está seguro?

Volvió a oliscar el tarro:

—Podría jurarlo. Además, el nulo efecto que han hecho las tres dosis es la mejor prueba. Si hubiera habido aquí penicilina de la de verdad, tu madre estaría ahora dando saltos de alegría por la habitación.

El muchacho tenía los ojos puestos en el envase. Tras un momento de vacilación, don Daniel dejó el tapón y el frasco sobre la mesilla, se agachó, tomó del suelo su maletín de artilugios sanitarios y se dispuso a abandonar la habitación; lo que en vida había sido la madre de Jacinto seguía con su petrificada y muerta mirada fija en los rollizos de madera del techo. El médico avanzó

dos pasos en dirección a la puerta, ansioso por salir de allí cuanto antes. Iba a conseguirlo cuando sintió una mano que se clavaba en su hombro y lo obligaba a detenerse:

—Esto queda entre tú y yo, ¿de acuerdo?

El tuteo con que el muchacho se dirigió a él le sonó como lo que era, una amenaza. Se limitó a responder:

—Sí, por supuesto.

Estuvo a punto de preguntarle qué se proponía hacer, pero finalmente guardó silencio. Mejor no saberlo. Jacinto le soltó, don Daniel se recompuso el atuendo y lo dejó solo. En la puerta de la alcoba se cruzó con la tía Ernestina esperando. De su antebrazo izquierdo colgaba la ropa con que iba a vestir a la difunta, una mantilla, unos calcetines de lana y una bata negra que olía a naftalina, en sus manos sostenía un pote de colorete, un peine y un frasco de colonia. Estaba inquieta porque sabía que cuanto más tardara en hacerlo, la rigidez del cadáver haría más difícil su tarea.

—¿Ya puedo pasar, don Daniel? —le preguntó.

—Sí, ¿habéis avisado a don Merino?

—Ha ido el tío Facundo —de la calle llegó el repique del avisador.

—Debe ser el cura. Le diré que aguarde hasta que la vistas.

Jacinto la ayudó en su labor. La imagen del ensortijado pubis de su madre, que al quitarle la sudada y apedazada camisa de dormir quedó al aire, el quiebro que fue preciso darle a su brazo derecho para colocarle la bata y que sonó como un quejido de protesta, y el hilillo de líquido saliendo de su boca desdentada, que la tía Ernestina taponó embutiéndole un pañuelo de hilo hasta la glotis, serían cosas que no olvidaría jamás. Por fin, completada la vestimenta, los brazos en cruz sobre el pecho en actitud orante, y en sus manos el rosario que la tía Ernestina le ajustó, salieron de la habitación dejándola a solas con don Merino y con el monaguillo que cargaba con los santos óleos de la extremaunción. Aunque Jacinto de buena gana hubiera echado al cura con cajas destempladas, respetó la religiosidad de ella. Total, se dijo, el que aquel individuo le hiciera una cruz en frente, boca, pies y manos salmodiando un encantamiento para que Dios le perdonara sus pecados de pensamiento, palabra y obra, no la perjudicaba en nada. Es más, en aquel momento deseó que la fe que María demostró en vida, y de la que él había renegado, fuera verdad y así alcanzara el Cielo.

4

Aquella noche en el velatorio, y mientras las mujeres arracimadas alrededor de la cama donde yacía el cuerpo de la tía María —el ataúd no llegaría de Malpartida hasta el día siguiente—, iban desgranando los misterios del rosario, Jacinto tuvo un aparte con don Timoteo y el tío Servando. A sus sospechas sobre la falsificación del medicamento, el segundo le dijo:

—No es la primera vez que ocurre. Ya te advertí que fueras con cuidado con *el Nuquero*. En cuanto huele una perra chica que pueda meterse en el bolsillo, va a por ella sin importarle las consecuencias. Hasta que un día se encuentre con la horma de su zapato.

Cortés le dirigió una oscura mirada.

Don Gabriel tuvo el cinismo de enviar a su secretario al entierro que se celebró la tarde del día siguiente. El hijo de María *la Larga* mantuvo su rostro impertérrito cuando recibió su pésame en forma de apretón de manos y mirada compungida y le agradeció el gesto, a él y a su jefe por haberlo mandado de embajador. Se había propuesto no mostrar ningún indicio de ira o de odio, eso los pondría sobre aviso. Es más, imaginaba que la presencia de don Arturo en el séquito del duelo no tenía otra intención que comprobar su cristiana resignación haciéndosela llegar al *Nuquero*. Suponía el parte que le transmitiría:

—Puede usted estar tranquilo patrón, el chaval no sospecha nada. Es más, me rogó que le hiciera llegar sus respetos, y que no olvida la deuda que contrajo con usted.

A lo que el cacique sonreiría. Le gustaban los cabrones con mala leche y poco cerebro, y aquél Jacintito pertenecía a esa especie. ¿Qué se creía el muy imbécil, que él emplearía tres dosis de aquella preciada droga, y encima a crédito, en una vieja cuya vida no valía una mierda? ¿Y hacerlo a cambio de sus servicios?, ¡vaya una tontería! Como él los tenía a docenas con solo dar una patada en el suelo.

Jacinto aguardó una semana más. Ese tiempo lo empleó en recorrer la zona y enterarse, por uno y por otro, de lo muy hijo de la gran puta que era don Gabriel, y de que, tal como le dijo el tío Servando, el suyo no fue el único caso en emplear un placebo para conseguir ser un poco más rico. Se enteró de uno en Aliseda, donde

el cacique había obtenido la propiedad de tres fincas de regadío a cambio igualmente de nada. Decidió visitar a quien había sido víctima del engaño.

—Aun sabiéndolo, ¿qué quieres que haga yo, fuera de maldecirle y rezar para que Dios le dé la peor de las muertes y se pudra en el infierno por toda la eternidad? —le respondió el anciano cuyo hijo descansaba en el cementerio municipal por una pulmonía que el agua destilada inyectada como penicilina no pudo sanar—: Aparte de yo ser un viejo y un pobretón comparado con él, tengo mujer y dos hijas. Don Gabriel tiene en nómina al juez de Plasencia, al comandante de la Guardia Civil y en lo que toca al clero, al obispo de Cáceres. No sé si sabes que cuando llega Navidad o la Virgen de agosto le suelta un sobre para lo que él llama buenas obras. ¿Y no lo has visto ir detrás del Santo Cristo y en cabeza de los nazarenos durante la procesión de Semana Santa? Además, siempre le acompaña ese gigantón, *el Zancocho*, que me haría papilla al menor gesto que yo hiciera en contra de su amo. Así que ver, oír y callar. ¡No me queda otra!

El día que hacía ocho de la muerte de su madre, después de que la tarde anterior don Merino oficiara un funeral en la ermita de San Sebastián, al que asistió toda la aldea, y él a primera hora de la mañana se acercara al cementerio y se despidiera de ella sabiendo que seguramente jamás repetiría la visita, consideró que aquel capítulo de su vida ya estaba cumplido. Hizo un hatillo con dos mudas de ropa, se subió a la Orbea y sin volver ni una sola vez la vista atrás enfiló la carretera que llevaba a Cáceres; en su bolsillo la albaceteña con una hoja de veinte centímetros de longitud convenientemente estriada para que su filo, al penetrar en la carne, provocara la gangrena. En el paseo dejó la bicicleta atada a un árbol, y a paso lento se dirigió hacia la plaza Mayor, buscó la cancela de un edificio situado frente al palacete del cacique, que dejaba en penumbra todo lo que cobijaba, y se ocultó allí. Su inmovilidad, los soportales y la oscuridad del sitio lo volvieron invisible. No tenía ningún plan preconcebido, simplemente esperar a tener su presa a la vista, y decidir el mejor momento para matarla.

A las once de la mañana apareció don Gabriel y a su lado *el Zancocho*, la misma mole presente en su pasada entrevista. Esa sempiterna compañía del gorila era la evidencia de que su amo no tenía la conciencia tranquila y necesitaba disponer de su sombra protectora. No le preocupó eso, si llegado el momento fuese

necesario, también se lo llevaría por delante. Nada ni nadie le daba miedo. Con las manos a la vista y caídas y la espalda ligeramente encorvada, salió de la oscuridad de la cancela, encaró hacia don Gabriel y cuando llegó a su altura se plantó delante obligándolo a pararse, al tiempo que le saludaba reverencialmente:

—Cuánto le agradezco su interés y su ayuda, don Gabriel. La medicina no sirvió de nada, pero no fue culpa suya. Y yo le estaré siempre reconocido.

Creyó advertir en su cara, al tiempo que tranquilidad por sus palabras, desprecio. Para él representaba una muesca más en su historial.

El cacique recordó la promesa que el rapaz le había hecho de compensarlo con llevar a cabo lo que le pidiera, y le dirigió una mirada estimativa. Sí, de ahí podía sacar algo de provecho:

—Te avisaré cuando te necesite.

—Para mí será un honor servirle. Estoy a su disposición.

El Nuquero hizo un gesto a su guardaespaldas para que se interpusiera entre los dos, una manera de decirle que la conversación se había acabado y dejara el camino franco, conseguido lo cual reanudó su andadura. Dos pasos detrás de él iba el gigante.

Cortés los siguió a distancia hasta el edificio del Ayuntamiento. La prueba de que no lo consideraban en absoluto un peligro estaba en el hecho de que ni don Gabriel ni su sicario habían mirado una sola vez hacia atrás para comprobar que había desaparecido. Valoró qué hacer. Podía aguardar hasta que el cacique requiriera sus servicios y a la primera de cambio llevárselo por delante, eso significaba un tiempo de espera, o podía aprovechar que lo tenía a la vista para acabar con él, que era lo que le pedía el cuerpo. Y optó por esto último. Cuanto antes, mejor.

Don Gabriel se adentró en el edificio mientras *el Zancocho* lo esperaba fuera, el ceremonioso saludo con que el municipal de la entrada los obsequió permitía suponer que la Casa Consistorial no albergaba peligro alguno para su amo. Un par de minutos más tarde Jacinto, moviéndose a cubierto y dando esquinazo al gigante que, al tiempo que fumaba un cigarrillo, se dedicaba a lanzar miradas estimativas y algún que otro lascivo requiebro a las mujeres que pasaban por la acera, entró en el edificio y esperó en la planta baja, junto al arranque de la escalera, allí había un banco de madera y en

él se sentó. Media hora más tarde bajaba aquel a quien esperaba, el cual, al advertir su presencia tensó su rostro en un gesto de alarma y dirigió la vista al exterior en busca de su fiel cancerbero, pero no lo vio, ni tampoco al municipal.

Jacinto, con su mano derecha en el bolsillo del pantalón y la cabeza baja, se encaminó hacia él.

—Perdone usted, pero antes me he olvidado decirle una cosa.

De nuevo la pose servil hizo su efecto:

—Dime lo que sea y vete, que tengo prisa. ¿Qué es eso tan importante?

Como si se tratara de una confidencia, y a paso lento, se acercó hasta quedar a una distancia de un metro. Fue entonces cuando sacó la navaja, se abalanzó, lo agarró por el cuello atrayéndole hacia sí, y traspasando la chaqueta y la camisa de hilo se la clavó en el vientre hasta la empuñadura. Al momento brotó un líquido rojizo y denso acompañado de un gorgoteo, a Jacinto le recordó el sonido que en la matanza hace el cuchillo del matarife al clavarse en la tripa del gorrino. Hundió el hierro una, dos, tres veces más, antes de que el otro pudiera reaccionar intentando dar un paso atrás.

—Esto es lo que quería decirte. ¡Muere cabrón!

Acto seguido, y luego de comprobar que el cuerpo del *Nuquero* quedaba desmadejado y sin un átomo de vida en su interior, Cortés limpió el filo de la navaja en los pantalones de su víctima, la cerró, la guardó en el bolsillo, dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. Un par de mujeres con las que se cruzó y que en ese momento entraban en el edificio, ante su mirada admonitoria ahogaron el grito que estaban prestas a lanzar al toparse con aquel cuerpo yacente e inmóvil, y santiguándose y con paso acelerado se metieron por uno de los pasillos poniendo tierra de por medio. Jacinto puso el pie en la calle, a poca distancia el gorila seguía apoyado en una de las columnas del porche, mientras fumaba y hablaba con el municipal. Se acercó hasta él:

—Don Gabriel te necesita —señalando con la barbilla el lugar que acababa de abandonar. Al momento los pasos de uno y otro fueron en sentido contrario, Jacinto en busca de su bicicleta y *el Zancocho* a ver lo que su señor quería de él.

5

Jacinto no volvió a Los Barruecos. Aquel atardecer, y a campo través, cruzaba el límite con Portugal, llegaba a Estremoz, dormía al raso y al día siguiente era contratado como temporero, uno más de la caterva de destripaterrones que en época de vendimia arribaban al Alentejo. Su juventud y la musculatura de miura que enseñoreaba su cuello hicieron que el capataz lo alineara al instante en la fila de los admitidos. La jornada iba desde la salida del sol hasta su ocaso, de las siete de la mañana a las nueve de la noche, con la única interrupción de media hora para el rancho del mediodía. El desayuno y la merienda, un mendrugo de pan con dulce de calabaza o dos higos pajareros, había que ingerirlos mientras se recogía la uva. Mear y cagar, tanto ellos como ellas, lo hacían al amparo de los matojos y las zarzas que crecían en los lindes de las viñas. El dormitorio donde pasaban la noche era una inmensa nave plagada de pulgas y mosquitos partida en dos mitades por un muro de ladrillo de dos metros de altura, a un lado los hombres y al otro las mujeres y los niños. El que quisiera ayuntarse debía hacerlo en los rastrojos que cercaban la nave y en la media hora previa al silbato de silencio, aunque a causa de lo derrengados que quedaban al acababar la jornada, estaban para todo menos para fiestas. La cama era un pajizo que durante el invierno daba acomodo al ganado y sobre el que cada uno colocaba, bien un trozo de tela, bien la misma vestimenta de diario para que cuando menos le privara de las rozaduras y escozores de la fauna y flora que allí vivía y reptaba en busca de rincones humanos donde desarrollar su ecosistema.

Cortés hablaba poco, era una máquina recogiendo y llenando las tinas de racimos de macabeo y chardonnay, la espalda doblada al pasar de una cepa a la siguiente. No estaba allí para hacer amigos sino para esconderse, aunque atento a cuanto se hablaba a su alrededor. Oyó comentar a una cuadrilla que procedía de Herreruela el jaleo que se había organizado en Cáceres por la muerte de don Gabriel Ramos. El asesino era un chaval de Malpartida que estaba en busca y captura, pero nadie sabía la causa que le llevó a cometer el crimen. Eso no le intranquilizó, el nombre que figuraba como suyo en el estadillo del capataz era el de José Menéndez, y el lugar de origen que se leía escrito a su lado igual de fantasioso: Navalmoral de la Mata.

Un mes más tarde, cuando ya no quedaba uva en las viñas, con

su amada albaceteña en el bolsillo, el rostro y el torso cuarteados y negros como el carbón por la solana, calada una sudada boina de la que sobresalían sus orejas como dos antenas, y con dinero fresco en el bolsillo —don Joao, el terrateniente, tuvo el detalle de darle cinco escudos de propina y decirle que si el año próximo volvía, tenía un sitio asegurado—, regresó a España formando parte de una de las tantas cuadrillas que hacían el camino de regreso. Ahora que las aguas suponía se habrían calmado, le quedaba una última cosa por hacer.

Cruzó la aduana sin contratiempos, el régimen de Franco no consideraba enemigo de consideración a ninguno de aquellos descamisados. Se trataba de buena gente, obediente y dócil, que se conformaba con su cuna, su pasado y su futuro de parias de la tierra. Al ferrolano lo que le preocupaba era el remedo de invasión que el 3 de octubre de aquel 1944, dos días antes de que Cortés cruzara de regreso la frontera por Casiñas Altas, le llegó desde el norte, por Roncesvalles y Viella, y que no acabó hasta el 27 de octubre, cuando el coronel López Tovar y Santiago Carrillo optaron por la retirada, dejando a sus espaldas varios centenares de muertos. Solo entonces el Invicto Caudillo pudo volver a respirar tranquilo.

Manteniéndose alejado de Los Barruecos y de Malpartida, Jacinto deambuló por el casco antiguo de Cáceres sin que nadie reparara en su persona. Aparte del permanente ojeo que siempre aplicaba a su entorno por ver si alguien lo señalaba con el dedo, el pelo cortado al rape y los cinco kilos de menos sudados en el Alentejo fueron disfraz suficiente para pasar inadvertido.

Las semanas transcurridas tras el acuchillamiento de don Gabriel habían hecho que el tema perdiera actualidad y nadie se sintiera incentivado para identificar, entre los cientos de personas con quien se cruzaba, a aquel mozalbete cuya borrosa fotografía formaba parte del cartel que seguía aún colgado en algunos escaparates de las tiendas —se trataba de la única que pudieron encontrar, la de su primera comunión, cuando tenía once años—. La sonrisa angelical y el uniforme prestado de almirante que lucía, en su mano derecha el libro de misa y un rosario de cuentas, no le hacían justicia ni casaban con el «Se busca» impreso en el encabezamiento. La única vez que temió ser reconocido fue un mediodía, cuando se topó con la misma vieja que le abrió la puerta del palacio de don Gabriel y le entregó la supuesta penicilina, pero el hecho de que la mujer llevaba la mirada fija en el suelo, y la distancia de tres metros que

mediaba entre ellos cuando se cruzaron, hizo que no se activara ninguna alarma.

Cuando llegaba la hora de acostarse recorría el medio kilómetro que separaba el núcleo urbano de la zona de los huertos, saltaba cualquiera de las vallas y pasaba la noche al sereno hasta que lo despertaba el piar de los gorriatos o la luz del sol; para desayunar se daba un hartón de fruta y de nuevo vuelta a sus paseos por el centro y a la audición de cuanto se decía a su alrededor. Y si llovía, reventaba el cerrojo de algún cobertizo y allí se acomodaba resguardado del aguacero.

Debido a la prudencia y la discreción con que se movía, paso ni lento ni rápido, sin permanecer mucho tiempo en el mismo lugar y no sostener ni cruzar la mirada con nadie, le costó una semana dar con don Arturo. Ejercía el mismo puesto de trabajo, solo que a las órdenes de don Juan Carlos, el hijo de don Gabriel, que había regresado de Madrid donde estudiaba Derecho para tomar posesión del imperio económico de su difunto padre. En los mentideros crepusculares de las terrazas de la plaza, cuyas conversaciones seguía Cortés parapetado tras los soportales, se decía que don Arturo había ganado con el cambio; el tal Juan Carlos carecía de la mala leche que caracterizó a su antecesor, y su sirviente se aprovechaba de ello llenándose los bolsillos haciendo y deshaciendo a su antojo.

Cinco días más tarde, y tras un aplicado y discreto seguimiento, conocía y estaba al tanto de las rutinas del lugarteniente de la familia Ramos, y se encontraba en situación de abordarlo. Lo esperó en una calleja solitaria cuando a altas horas de la madrugada abandonó el altillo de una farmacia donde, un día sí y el otro también, la clase pudiente de la ciudad se reunía y montaba timbas de siete y medio y brisca. Iba envuelto en aromas de licor de bellota y pacharán y con el andar no precisamente airoso. Saliendo de la oscuridad se pegó a su cuerpo y le susurró al oído:

—¿No te acuerdas de mí?

Don Arturo necesitó unos segundos para reconocer la furia de aquellos ojos hundidos que la brasa del cigarrillo iluminaba, y recuperar de su memoria sus ceñudas cejas y aquella voz atiplada, aunque ahora su tono no era en absoluto limosnero. Se giró e intentó escapar, pero una patada de Cortés en su trasero dio con él en el pavimento. Tendido en el suelo quiso gritar y pedir auxilio, pero el miedo y la borrachera hacían que de su boca solo salieran

jadeos y baba. Cortés remató la faena con cuatro cuchilladas en el pecho, pronto la sangre se orilló y remansó alrededor del cuerpo de don Arturo formando un charco donde se reflejaba la luna cuando asomaba por entre las nubes. Permaneció un tiempo recreándose en la contemplación de su obra hasta que el cada vez más apagado subir y bajar de aquella mole de carne desapareció por completo, convertida en un bulto inerte, hermanado don Arturo con don Gabriel por toda la eternidad. Mientras se alejaba de allí pensó qué poco tiempo dura el sabor de la venganza, apenas habían sido cinco minutos, pero lo bien que se siente uno cuando la ha ejecutado.

Aquella misma madrugada, y con la satisfacción de haber pagado la deuda —al fin y al cabo, ¿no se había comprometido con don Gabriel a matar?, pues eso es lo que había hecho, y por partida doble—, subió a un tren borreguero que lo dejaría en Talavera de la Reina y abandonó Cáceres y Extremadura. Aparte del cuerpo de su madre comido por los gusanos nada lo ligaba a aquella tierra, y poco o ningún afecto sentía por ella.

Talavera era solo la primera etapa del viaje porque Jacinto Cortés tenía claro cuál era su lugar de destino en la otra punta de la Península Ibérica: Barcelona.

6

Cuando arribó a la Ciudad Condal se instaló en una pensión de la calle de las Tapias, en pleno barrio Chino. En aquellos años, y aún mucho tiempo después, fue lugar de asiento de la prostitución de más bajo nivel, negociada y concertada en las aceras de la calle o frente a los *juke-box* de los bares de medio pelo donde Antonio Machín falseaba "Dos Gardenias" o "Angelitos Negros". Un comercio carnal ejercido en habitaciones que se alquilaban por medias horas y donde lo más higiénico era el hule que protegía el colchón; cuando no, el coito o sus sucedáneos se realizaba de pie, en cuclillas o de rodillas en los portales o las trastiendas de los locales de las calles de Robador, San José Oriol o Arco del Teatro. Sabía de su existencia porque don Timoteo era oriundo de Gracia, uno de los municipios anexionados a Barcelona en 1897, y le había hablado de las escapadas que los domingos por la tarde, solo o en compañía de otros, hacía Ramblas abajo en busca de carne mercenaria.

Jacinto comprobó que aquel era un buen sitio para pasar inadvertido entre tanta puta, macarra y mariconchi. Allí todos iban a lo suyo y nadie se preocupaba por el vecino ni importaba su origen o su destino, *laissez faire, laissez passer*. Aparte, la policía prefería que todo el personal catalogado por la ley franquista de *vagos y maleantes* —homosexuales, prostitutas, proxenetas, timadores o simplemente mendigos, porque era un delito pedir limosna—, estuviera concentrado y no disperso por la ciudad, de manera que se hacía la vista gorda con quien allí tenía su asiento. Y si algún día le entraban ganas de darle lustre al badajo, sin moverse tenía a su disposición, y a buen precio, suficiente material con el que satisfacer esa necesidad, y una gran variedad de clínicas de lavajes e irrigaciones para quitarse de encima cualquier mierda que pudiese haber pillado. En la avenida del Paralelo, con sus atracciones, terrazas al aire libre y teatros de varietés, la vida bohemia seguía bullendo y conservaba parte del pedigrí anterior a la Guerra Civil aunque, eso sí, tamizado por la censura franquista. Lo máximo que uno podía atisbar a la luz de las candilejas en vivo y en directo era la pantorrilla o los hombros de las vicetiples mientras se buscaban una pulga que jamás aparecía porque anidaba en lugares de imposible contemplación. Pero no hay que pensar que lo escaso que las aplicadas vedettes enseñaban y ofrecían al selecto y

distinguido público masculino, en aquellos tiempos en que «el hombre era portador de valores eternos» y «España una unidad de destino en lo universal» —José Antonio *dixit*—, no causaba sus efectos, ¿para qué está, sino, la fantasía? La rotunda cincha que a modo de arreo de yegua en celo formaban el portaligas, la liga y las medias, apretando los níveos y celulíticos muslos de aquellas reinas de la noche, si no la puntilla de una enagua, una faja de ballestas o unos sujetadores conteniendo unas ubres capaces de ahogar en la lactancia a cualquier desnutrido, era más que suficiente para despertar la imaginación del personal y con ella los mayores raptos pasionales.

El extremeño observaba con avidez de vocacional aprendiz cuanto le rodeaba, un entorno económico, social y físico en las antípodas de su aldea. Aquella era la Ciudad de los Prodigios cargada de oportunidades, y si uno era lo suficiente listo y arriesgado para aprovecharlas podía hacer fortuna, en particular alguien como él, que no tenía nada que perder y todo por ganar. Era el tiempo del maquis —aunque después del fiasco de la última invasión se hablaba muy poco y se sabía menos de él—, pero también de la autarquía y el estraperlo. En el puerto atracaban cada día decenas de barcos con sus bodegas llenas de *delicatessen* y podías conseguir, con una propina y los contactos adecuados, que los aduaneros hicieran la vista gorda al paso del tabaco rubio, los licores e incluso la preciada penicilina que, cómo no, también allí era objeto de contrabando. Y en los prostíbulos y en los reservados de los cabarets, si entablabas amistad con los camisa vieja falangistas o con los militares responsables de la intendencia en los cuarteles del Bruch, Bailén o Lepanto, podías desviar vagones de suministros ya fueran de comida o ropa, o bien hacerte con el cobre de las vainas y los casquillos después de que los quintos hubieran hecho prácticas de tiro al blanco; las oportunidades de negocio eran múltiples y variadas porque, como dice el refrán, «siempre hay un roto para un descosido» . Los aguerridos vencedores de la pasada Cruzada, «vencido y desarmado el ejército rojo», como decía el último parte de guerra, habían desarrollado un alto sentido de la propiedad sobre cuanto estaba al alcance de su mano, de lo que se consideraban dueños y señores, su botín de conquista. No tenían empacho en afirmar que, el haber limpiado la patria de comunistas, sindicalistas, separatistas y anarquistas, era razón suficiente para ahora vivir de renta. Y para cerrar la cuadratura del círculo de ese poder y sacar provecho del aceite, las legumbres o la leche en polvo que la Organización del Auxilio Social de la FET y de las JONS

administraba en exclusividad, era preciso contar con alguien de confianza que se encargara del menudeo, que tratara con el plantel de las Juntas Provinciales de Beneficencia, la intendencia militar o los inspectores de fielato para cerrar los tratos que después llenarían los bolsillos de unos y de otros. Y para esa abnegada labor se podía contar con un diligente y esmerado Jacinto Cortés.

La semana siguiente de su llegada a Barcelona, cuando aún conservaba en sus ojos el encefalograma plano del *skyline* de Los Barruecos, y mucho antes de estar en disposición de frecuentar El Molino, El Arnau o El Emporium, vestirse en Sastrería Modelo y calzarse en La Moderna, encontró trabajo como peón en una obra del Paralelo. No sabía nada del oficio de albañil, pero en el medio año escaso que le duró esa ocupación aprendió, aparte de a chapurrear el catalán, a saber lo que era una *rajola*, el *formigó armat* o *treballar a preu fet*, usar el nivel, pastar el mortero y colocar ladrillos a sardinel. Eso de día, porque por las noches, y hasta altas horas de la madrugada, sus sentidos se llenaban del aire viciado de los mostradores de las tabernas y los burdeles donde se aplicaba a hacer nuevas amistades.

A punto de acabarse la construcción del bloque de pisos al que dedicó ese primer semestre de su nueva vida, y cuando ya había decidido que lo suyo no era la *barretxa* ni el carajillo en el bar de la esquina antes de subir al andamio, sino la ginebra y el whisky de marca servidos por una pechugona, se enteró de que su patrón y promotor inmobiliario, *el senyor* Esteve, andaba en tratos con el propietario del solar contiguo al de la obra para adquirirlo, pero que a su entender lo que pedía por él era excesivo. Una tarde, acabada su jornada laboral, entró en la caseta donde *el senyor* Esteve cuadraba un estadillo con el listero, y tras decirle que estaba al caso de aquellas negociaciones y de las dificultades para cerrar la compra, le preguntó:

—¿Qué me da si yo le consigo que *el Giboso* le venda el terreno por las 20.000 pesetas que usted le ha ofrecido?

Cortés no sabía el nombre del propietario reticente a bajar el precio de la parcela vecina, lo que sí había advertido las dos veces que lo vio reunido con su jefe fue la mochila que llevaba a la espalda y que lo obligaba a caminar mirando la puntera de sus zapatos, de ahí referirse a él de esa forma.

El senyor Esteve le lanzó una mirada estimativa. Siempre solo, con poco o nulo contacto con el resto de destajistas y sin pertenecer

a ninguna *colla*, alejado de los baruchos en donde sus compañeros se atiborraban de vino peleón, resolí y boquerones, él procuraba tener la mínima relación con aquel *xicot*. Aunque cumplidor y aplicado en el trabajo, lo cierto era que su ensimismamiento y sus silenciosas maneras le provocaban miedo. Podía contestarle que aquello no era de su incumbencia y así poner fin al ofrecimiento, pero la determinación con que le habló le llevó a tantearlo por ver hasta dónde era capaz de llegar con su propuesta:

—No creo que seas capaz de convencerle. Él quiere 30.000. *És massa pela,* yo no puedo pagar este precio.

—Lo sé. ¿Pero que me dará si yo se lo consigo por las 20.000?

—¿Y cómo piensas lograrlo?

—Eso corre de mi cuenta.

El senyor Esteve pensó que no perdía nada por probar, en parte porque a aquel *fill de puta* de jorobado se la tenía jurada. Y por otro lado, porque el no ya lo tenía:

—*Trescentes peles*.

—Que sean 500, creo que lo vale.

—*Collons, nano, aprens ràpid. D'acord*. Aunque no lograrás que se baje del burro.

Jacinto dio media vuelta y salió. *El Giboso* vivía cerca de allí, buscaría el momento y el lugar adecuados para abordarlo.

Lo hizo y consiguió su propósito de convencerlo para que aceptara la oferta. Le bastó con pillarlo a solas en el portal donde vivía antes de que saliera a la calle, y arrastrarlo hasta llevarlo bajo la escalera donde estaba el cuarto de los contadores del gas y el agua, para allí tener una conversación los tres: el jorobeta, él y su albaceteña; un cambio de impresiones del cual el tullido salió con una herida en la palma de su mano y sus mejillas enrojecidas por la media docena de hostias que recibió, pero con la aceptación de aquello que el de Malpartida le proponía. Al despedirse de él, le advirtió:

—Y no se te ocurra ir con el cuento a la policía, el comisario es amigo mío y tal vez tengas que vender el terreno por menos precio del que te ha ofertado *el senyor* Esteve.

Era un farol, pero hizo efecto porque *el Giboso*, que durante la guerra había luchado en el bando republicano, lo último que quería

era que en los archivos de la Jefatura Superior de Policía reapareciera su antigua ficha de afiliado a la CNT, o se descubriera que el solar lo había conseguido tras llevar a la familia al completo de sus legítimos propietarios al Campo de la Bota para que les pegaran cuatro tiros por facciosos, meapilas y cedistas. Hasta ese momento, y gracias a haberse cambiado de domicilio y untado al secretario del Gobernador militar para obtener un certificado de afecto al régimen, había pasado desapercibido, y quería seguir en ese estado de gracia. Además, y dado que el terreno en cuestión no le había costado ni cinco céntimos, todo lo que obtuviera era beneficio. De manera que aquella misma mañana llamó a la puerta de la barraca de obra y le decía al *senyor* Esteve que se lo había repensado y estaba de acuerdo con el precio de las 20.000 pesetas, poniéndose a su disposición para acudir al notario y firmar la venta cuando quisiera. El otro no le preguntó a que era debido su cambio de postura, pero el hecho de que cuando el jorobeta salió, en la puerta estuviese esperando *el Xicot* para entrar y recibir el premio por su eficaz intermediación, hizo innecesaria la averiguación.

—Dejo la obra —le dijo Cortés cuando tuvo los 100 duros en el bolsillo—: Y quiero el finiquito, esta tarde ya no vendré a trabajar.

Era sábado, y el otro estaba preparando los sobres para, al acabar la jornada, pagar a sus obreros. Tomó la relación que el listero de la obra le había preparado, al *Xicot* le correspondía una semanada de 37 pesetas con 50 céntimos. Se sentía generoso, abrió la cartera y añadió un billete de 25 al salario:

—Toma, para que guardes un buen recuerdo de mí.

Cortés cogió el dinero y sin más abandonó la caseta.

7

Con aquel capital en el bolsillo dejó el mundo de la construcción para dedicarse a otras actividades más rentables y descansadas, parecidas a la que acababa de llevar a cabo. Se terminaron las jornadas de trabajo a destajo de 48 horas semanales al aire libre, a más de 30º de calor en verano y bajo cero en invierno, tragando el polvo del cemento o la cal y haciendo equilibrios a 20 metros de altura para pasar de una *bastida* a otra intentando no partirse la crisma. Eso era para los tontos, y él no lo era.

El propio *senyor* Esteve acudió a él y utilizó sus servicios en varias ocasiones —lograr que el director de un banco le concediera un crédito y que se agilizara una licencia de obras—, y también le presentó a conocidos suyos a los que su intermediación dejó plenamente satisfechos. El sistema de Jacinto siempre era el mismo, algo tan sencillo como buscar a la persona o personas de quien dependía el sí o el no, y presionarla. Podía ser un funcionario, un político o un empresario, pero todos con algo que perder si no accedían a su requerimiento, en primer lugar su integridad física. Su estrategia era mostrarles la debilidad que tenían frente a él dejándoles, si se les ocurría resistirse, como recuerdo alguna que otra marca en su cuerpo, y en su sesera un trauma que a media noche los despertaba en forma de pesadilla. Era coser y cantar. Aunque en alguna ocasión lo llegó a hacer, no le gustaban los encargos consistentes única y exclusivamente en tener que dar una paliza, pues no disfrutaba con la violencia extrema, lo suyo era utilizarla como amenaza, un medio de convicción, no un fin en sí mismo. El que simplemente con ese amago de levantar el puño o abrir la sirla se aflojaran los intestinos de su víctima ya le satisfacía lo suficiente.

Su inicial papel de niño de los recados en el mundo del estraperlo duró cuatro años, el tiempo que precisó para hacerse de un nombre y montar su propio tinglado sin tener que depender de nadie. Ahora eran los jefes municipales y provinciales falangistas, los comandantes de Armamento y Construcción y los capitanes de cocina de los cuarteles los que estaban a su servicio y no a la inversa. No pasaba semana sin que le llegara el aviso de alguno de ellos comunicándole que disponía de una partida de latas de piña tropical —un producto por entonces muy apreciado—, de tabaco americano o de cemento portland para que él lo colocara en el

mercado. Resultaba gracioso que el mensaje lo recibiera a través de un *propio*, un mandado o un ordenanza del coronel o del comandante de turno, que se cuadraba ante él al entregarle el sobre con el detalle de lo que iba a ser su siguiente trapicheo, especificando el cuartel donde el alijo estaba a su disposición y el santo y seña para hacerse con él.

Atento a las oscilaciones de su negocio, se especializó en el mercadeo del aceite de oliva, la leche condensada y la harina. Aparte de las restricciones eléctricas —tres días por semana se quedaba el país a oscuras a la espera de que los presos políticos que trabajaban en la construcción de los pantanos de la cuenca del Noguera los acabaran, y el inquilino de El Pardo pudiera salir en el No-Do inaugurándolos—, eran los tiempos de las cartillas de racionamiento, y aquellos productos de primera necesidad se habían convertido en oro. Sus contactos en el Servicio Nacional del Trigo y la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes, que tenían el monopolio de su almacenamiento, venta y distribución en toda España, le permitía sacar de sus almacenes camiones cargados hasta la bandera con el género que luego él colocaba a más del doble de lo que le costaba. Cuando en su deambular por Barcelona pasaba frente a una panadería donde guardaba la vez una larga cola de resignadas amas de casa con la cartilla y los cupones diarios de racionamiento en la mano, no podía evitar esbozar una sonrisa de suficiencia. Como le había dicho un coronel de Infantería en cierta ocasión: «Cuando veas que algo escasea, dedícate a ello porque es negocio seguro». Una de las tantas lecciones magistrales que él día a día iba recibiendo, asimilando y poniendo en práctica.

El siguiente hito a destacar en su currículo aconteció cuando tuvo que dotarse de una identidad. Hasta entonces el personal campaba a lo ancho y lo largo de la península Ibérica sin la obligación de llevar encima papel alguno que demostrara quien era. La Cédula de Identificación no estaba implantada con carácter general y podía ser substituida por una partida de nacimiento, una fe de bautismo o bien, aún mejor, un certificado del alcalde de barrio declarando que su poseedor era más azul que el manto de la Inmaculada Concepción y persona de orden. Ese anonimato era algo que la Dictadura no podía tolerar y al que debía poner remedio. El DNI se creó por decreto el 2 de marzo de 1944, pero su puesta en servicio fue lenta y a golpes de BOE. En primer lugar se matriculó a los presos, y luego a los varones que se mudaran de domicilio. Por aquel entonces las mujeres al casarse pasaban, sin solución de continuidad, de la sumisión debida al padre a la del marido, y

contaban poco o nada, hasta el extremo de necesitar la autorización del manso que las tutelaba para abrir una cuenta en el banco, firmar una compraventa o incluso viajar. ¿Por qué, en consecuencia, dotarlas de DNI? El Régimen, siguiendo las sabias enseñanzas bíblicas, aplicaba a rajatabla la orden de expulsión del Divino Hacedor de Adán y Eva del paraíso; en particular y en lo que concernía a ellas, las condenó, aparte de a parir los hijos con dolor, a estar sujetas a su marido.

La obligatoriedad del carnet se extendió a los moradores de las ciudades de más de 100.000 habitantes —Madrid y Barcelona—. El mundo rural y sus habitantes merecían para el régimen franquista el mismo respeto y atención que el sexo débil, esto es ninguno. Era de las fábricas y de los suburbios de donde podía llegar la dictadura del proletariado, en absoluto de los campos de secano y los villorrios.

En lo referente a Jacinto, el hecho de que su círculo de amistades al completo fuera afecto al Régimen le privaba de las molestias que el resto de los mortales padecía para demostrar que formaba parte del bando de *los buenos*, por lo que no le corría prisa dotarse de un Documento Nacional de Identidad. Cuando consideró que había llegado el momento de hacerlo, era el año 1950, sus relaciones con la policía obraron el milagro de adjudicarle un nombre y dos apellidos basados en una fe de bautismo falsificada y que, sin ser exactamente los suyos, no diferían al 100 por 100 de los originales. Conservó el del santo, Jacinto, bajo cuya advocación lo pusieron al nacer —el mismo nombre que su abuelo materno—, y el segundo apellido, Cortés, el de su madre, pero pasándolo al primer lugar, abjurando del Rupérez de su padre que sabe Dios si habría muerto en el frente del Ebro —desde allí llegó su última carta fechada el 2 de septiembre de 1938—, o seguía vivo en un lugar donde no recordaba que tenía una familia. Y en cuanto al segundo apellido que eligió, Cifuentes, era el de don Timoteo, el secretario de Arroyo de la Luz, una de las pocas personas por las que sentía afecto y respeto.

La nueva identidad de Jacinto Cortés Cifuentes le aseguraba que la orden de busca y captura, que es de suponer seguiría viva en algún cajón de la Jefatura Superior de la Policía y de la Guardia Civil, dirigida contra Jacinto Rupérez Cortés por la muerte de don Gabriel Ramos Iglesias, no encontraría jamás destinatario, o al menos no en su persona. Dentro de las cuatro categorías económicas establecidas por el Régimen para catalogar a la

población y que debían anotarse en el carnet de identidad —la primera reservada para los grandes potentados hasta llegar a la cuarta, la de los indigentes—, Cortés eligió la tercera, la más discreta y numerosa. Y en cuanto al lugar de nacimiento, optó por Sevilla. Su ceceo extremeño tenía muchos puntos de contacto con el andaluz.

Respecto al DNI, y a modo de apostilla, diremos que don Francisco Franco Bahamonde dispuso del DNI número 1, su digna esposa Carmen Polo del 2 y su hija Carmencita el 3, aunque no los recibieron hasta el año 1951, seguramente porque no necesitaban papel alguno que los identificase. Por su parte Juan Carlos de Borbón y Borbón-Dos Sicilias obtuvo el número 10, Sofía de Grecia el 11 y así sucesivamente hasta llegar al 100, toda la serie reservada para la Casa Real con una excepción, el DNI nº 13, que no se adjudicó a nadie, a saber si por aquello del apóstol treceavo, Judas Iscariote, que traicionó a Jesucristo entregándolo al Sanedrín.

Entrar en el historial de matarife de Jacinto Cortés, que se inició con el apiolamiento de don Gabriel y don Arturo, obliga a consignar el ajusticiamiento de otros tres que en su momento le hicieron alguna judiada, merecedora a sus ojos de la pena capital. Cortés no pudo evitar que su escalada dentro del organigrama de tahúres, chantajistas y mafiosos —las palabras *conseguidor* y *solucionador* no estaban todavía inventadas—, provocara envidias, más de uno tuviera la tentación de ahorrarse sus servicios y acabara metido en una caja de pino con la marca de su albaceteña en algún órgano vital del cuerpo.

El primero de la lista, al que le pareció excesiva la mordida que pretendía cobrarle aquel Jacinto Cortés que hablaba catalán con acento mozárabe, se llamaba Vicente Prats, era contratista de obras y familiar de uno de los ecónomos del obispo Gregorio Modrego, el impulsor del Congreso Eucarístico Internacional que se celebró en Barcelona el año 1952. Al amparo de sus fastos se construyeron las llamadas Viviendas del Congreso, un total de 2.800, que generaron un potencial de negocio del cual Cortés no podía estar excluido.

Prats había conseguido que, merced a sus buenas relaciones con el hijo de su hermana, el ecónomo, se le adjudicara la contrata de 124 viviendas, hasta ahí todo fue bien. Pero resultó que, como consecuencia de aquel *boom* edificatorio, la cantidad de portland y ladrillos que salían de las cementeras y las *bòbilas* no daba abasto para cubrir la demanda, con el peligro de que la obra se retrasara y no estuviera en condiciones de entregarse, ni la autoridad

competente pudiera cortar la correspondiente cinta en la fecha prevista.

Las urgencias que Prats recibió de su ensotanado sobrino y los consejos de su amigo *el senyor* Esteve para que no faltaran *geros*, *rajoles* y *ciment* en su obra le llevaron a entrevistarse con Cortés, quien marcó el precio que aseguraría el suministro:

—Serán tres pesetas por cada palé de *geros* y seis reales por el de portland. ¿De acuerdo?

—*D'acord* —Prats. Era más de lo que tenía previsto pagar, pero estaba convencido de que si no decía amén no cumpliría los plazos, por eso aceptó el precio.

Cortés recurrió a su amigo el coronel del cuartel de Caballería de Lepanto y este, con una llamada desde su despacho a un par de *bòbilas* y a la cementera de Garraf, dejó bendecido el asunto. Otros se situaron en el furgón de cola de los suministros mientras que Prats pasaba al pelotón de cabeza.

El primer pago del pringue, 550 pesetas, lo hizo Prats a regañadientes. Pretendía darle menos, 450, alegando que el número de ladrillos y sacos de cemento había sido menor, pero Cortés acabó la discusión sacando los «acuse de recibo» de entrada del material en la obra firmados por el *cap de colla* de Prats, y se los puso delante:

—Conoces esta firma, ¿no?, es la de Pere Vinyals, tu encargado.

Y Prats no tuvo más remedio que bajar la cabeza y aflojar la mosca. Aquel gesto no fue del agrado del extremeño, él era un hombre de palabra a la hora de cumplir con lo pactado, lo mismo que esperaba de la otra parte. Cerrado el trato, no cedía ni un milímetro a la hora de exigir su cumplimiento.

El problema surgió con el último pago, que ascendía a 925 pesetas. Prats empezó a gimotear diciendo que estaba perdiendo dinero y que entre unos y otros se estaban llevando el poco beneficio que esperaba conseguir. Jacinto lo dejó hablar sin interrumpirle, solamente, cuando se calló, le preguntó, en su mejor acento de Malpartida:

—¿Eso es todo?, ¿quieres decir que no piensas cumplir con aquello que convinimos?

—No es que no quiera, es que no puedo. Todos ponen la mano: el obispado, el ayuntamiento, el gobernador…

—Eso no es mi problema. ¿Piensas pagarme o no?

—Esto es lo máximo que puedo darte. Toma— y puso encima de la mesa un sobre.

—Ábrelo— le dijo Cortés.

Prats lo hizo y dentro aparecieron cinco billetes de 100 pesetas y uno de 50, poco más de la mitad de lo acordado.

El extremeño lo tomó, advirtiéndole:

—Esto lo cojo a cuenta. Te doy hasta esta noche para que me des lo que falta. Estaré en El Bolero— era el lugar donde un año antes habían cerrado el trato—: No faltes.

Cortés lo esperó hasta las tres, cuando el cabaret cerró. Pero Prats no apareció.

Al día siguiente hizo algunas averiguaciones, y supo que cuatro meses atrás su deudor le había puesto un piso en la avenida José Antonio Primo de Rivera a una tal Hortensia Suárez, que en su día vivía de las propinas que conseguía en la guardarropía de El Emporium, y que ahora, en lugar de colgar y descolgar abrigos de visón y gabardinas modelo Bogart, ejercía de mantenida de aquel beatón.

Su informante le dijo que a las cuatro de los lunes, martes y viernes, Prats acudía a ejercer el derecho de pernada, y que no abandonaba el nidito de amor hasta las nueve tocadas. También supo que a Hortensia, lo de la dedicación exclusiva en favor del contratista no debía satisfacerla al completo, porque cuando su sponsor estaba ausente se sacaba un dinerillo extra abriendo su consultorio a otros conocidos de sus tiempos de cabaretera. Excepción hecha, le explicó su soplón, la mañana de los jueves, que era cuando la querida de Prats acudía al Instituto Francis de Belleza para que la depilaran, le hicieran los pies y la permanente y, hecha un pincel, la tarde de ese mismo día atendía al clero, concretamente al ecónomo del obispado que había conseguido para su tío la obra de las 124 viviendas y que, visto lo visto, una parte de su pringue se lo cobraba de Hortensia en forma de material fungible. Con tanto trasiego de clientes y patrocinadores como tenía la mujer, no le fue difícil a Cortés, a cambio de cinco duros, conseguir una llave de aquel concurrido nido de amor.

Y allí que fue cuando sabía que encontraría a Prats.

Con sigilo abrió, accedió al recibidor y allí esperó hasta escuchar

las voces que venía de la habitación al final del pasillo. Nada de suspiros o jadeos, solo una conversación donde la voz atiplada de la mujer apenas era interrumpida por los monosílabos de Prats. Cortés le dio dos vueltas a la cerradura y se adentró.

Hortensia iba, más que vestida, desvestida: viso negro cuatro dedos por encima de las rodillas, medias de cristal con costura y liguero de encaje, y de Prats podía decirse lo mismo aunque con menos gracia: calzoncillos, camiseta de lana termógena y calcetines. Estaban de charleta, ella acostada en un *chaise longue* y él enfrente sentado en una silla; parecía una mala representación del Tenorio. Enmudecieron al verlo aparecer, Prats dirigió la vista hacia la puerta para comprobar que venía solo.

Cortés hubiese podido mantener un nuevo cambio de impresiones con su deudor para que le pagara lo que le debía, eso hubiera hecho la mayoría de la gente civilizada. Pero no él. Dio tres pasos al frente, se colocó a su espalda, pasó su brazo por su cuello y con un golpe seco, al que acompañó un chasquido, lo desnucó.

Sin perder de vista a Hortensia, que no tuvo mejor ocurrencia que estirarse la falda del viso y encoger las piernas, como si su virtud corriera peligro, mantuvo la presión sobre Prats hasta que al cabo de un minuto su jadeo cesó y quedó inerte; con la rotura de la columna vertebral se habían ido a hacer puñetas las órdenes que su cerebro enviaba al corazón y sus pulmones para que oxigenaran aquel cuerpo que, carente del preciado O_2, no tuvo más remedio que expirar. Cortés lo depositó en el suelo, y dirigiéndose a ella:

—Contigo no va nada. Acompáñame. —Salieron de la habitación, llegaron al comedor y le señaló una de las sillas:

—Siéntate y no te muevas. —Una vez comprobado que la mujer hacía lo que le había mandado sacó un papel del bolsillo con un número anotado, se dirigió al recibidor en donde estaba el teléfono y llamó al obispado:

—¿Quiere avisar a don Venancio Sangüesa?, dígale que lo llama Vicente Prats… Sí, es urgente.

Y al poco:

—¿Don Venancio?, soy un amigo de su tío… No, él no puede ponerse al aparato, pero lo encontrará en la dirección que usted ya conoce, en la avenida Primo de Rivera. Ya sabe, el piso cuarto tercera… ¡Espere, espere!, que yo se lo explico. El ángel exterminador lo ha pillado en pecado mortal y ha descargado sobre

él la furia divina. Lo que queda ahora es solo materia, su alma ya está achicharrándose en los infiernos… No, no, déjeme acabar. Sería una pena que todo el mundo se enterara de que el señor Prats ha perecido en tales circunstancias. Sobre todo porque alguien puede relacionar su muerte con las visitas semanales que un ministro de Dios, ¡usted!, ni más ni menos que el ecónomo del reverendísimo Señor Obispo, hace a la vivienda donde ahora yacen sus despojos, la de una mujer de la vida de nombre Hortensia y donde recibe. ¿Me explico?

Y colgó.

Acto seguido fue al dormitorio y del bolsillo de la americana colgada en el galán de noche extrajo la cartera de Prats, rebuscó en su interior y sacó las 120 pesetas que contenía. Regresó al comedor y se las dio a quien, sino viuda, se había quedado sin uno de sus novios:

—Toma, para que te compres el luto.

Largándose a continuación.

Aparte de una esquela a tres columnas en *La Vanguardia* y *El Noticiero Universal*, diciendo que Vicente Prats Cantallops había fallecido confortado con los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica, ninguna otra noticia ni detalle apareció en la prensa. Su entierro fue a lo grande, a la federica —caballos, palafreneros y coche mortuorio con dosel—, que presidió la viuda y los hijos del finado, siendo su sobrino el ecónomo quien ofició el funeral y leyó una sentida homilía del señor obispo. Una semana más tarde Cortés acudió al quiosco situado a escasos 50 metros del edificio donde se suponía que seguía viviendo Hortensia, y tras invertir 14 pesetas en comprar *El Caso*, el *Porqué*, *SP* y *Tele Exprés*, obtuvo los datos que le faltaban: al poco de que él abandonara el nido de amor acudió una ambulancia que recogió a un individuo, Vicente Prats, a quien, de acuerdo con lo que corría por el barrio, le había dado un ataque al corazón mientras follaba, y lo trasladó al Hospital Clínico sin que pudieran hacer nada por él.

—Sí, a todos tarde o temprano nos llega el momento final —sentenció Jacinto.

—¡Muy cierto!, ya lo dicen los curas: velad y estad atentos porque no sabéis ni el día ni la hora.

—Sí, cuanto menos ese Prats moriría feliz —Cortés, que se apuntó a la explicación del quiosquero.

Dando por cerrado el asunto, el de Los Barruecos siguió moviéndose en eso que ahora se llama tráfico de influencias, un delito que por cierto no se incluyó en el Código Penal español hasta el año 1991, que es tanto como decir que hasta esa fecha todo el que lo llevó a cabo salió de rositas. No hay mal que por bien no venga, y su experiencia con Prats, que había informado a su sobrino el cura de su existencia, sirvió a Cortés para integrar a la Iglesia en su círculo de amistades. El clero era una organización arraigada en todos los rincones de España con poder y capacidad para doblegar cualquier voluntad. Contrariamente a lo que el extremeño pudiera esperar, el ecónomo resultó ser un hombre de mundo que practicaba al pie de la letra el refrán de «el muerto al hoyo (su tío Vicente) y el vivo al bollo (él)» y, aparte de doblar su uso y disfrute de Hortensia (pasando a frecuentarla de una a dos tardes por semana), no tuvo ningún escrúpulo en darle el sí cuando seis meses más tarde Jacinto le propuso entrar en el negocio, haciéndolo a plena satisfacción de ambos. Bastaba una llamada suya desde el obispado para que el extremeño fuera recibido en ayuntamientos, juzgados, o empresas del Instituto Nacional de Industria con los brazos abiertos. Igual, y en justa correspondencia como la Iglesia recibía en el templo al Caudillo de España por la Gracia de Dios: bajo palio y con los monaguillos dándole al incensario.

Hay que decir que Cortés iba con un especial tiento cuando se relacionaba con el clero. No todo el monte es orégano, y resultaba que más de uno y más de dos de aquellos tonsurados seguían a pies juntillas el ejemplo de Jesús cuando expulsó del templo a los mercaderes. En alguna ocasión tuvo que dar marcha atrás y buscar otros caminos o alguien menos ultramontano para lograr su objetivo.

8

Atento a la aparición de nuevas fuentes de negocio, a final de los años cuarenta Jacinto Cortés se dedicó a sacar de la cárcel a quien languidecía con varias sentencias de muerte por rojo, ateo o anarquista, o las tres cosas a la vez, que se daban casos, consecuencia de haber estado durante la llamada Cruzada en el bando y el lugar equivocados. El modus operandi siempre era el mismo. Ante él aparecía una desconsolada dama custodiada por su suegro, su padre o su hermano —ya se ha descrito el estatus social de las mujeres, que no podían pisar la calle sin una compañía masculina so pena de que nadie las tomara en serio—, y le planteaba el caso de su marido, su hermano o su hijo, inocentes como un Niño Jesús de Praga, que llevaba años en La Modelo, en el penal de Figueres o en el de Tarragona con la espada de Damocles de una o más penas capitales sobre su cabeza. El hecho de que los aliados derrotasen al fascismo y que los amigos íntimos del ferrolano, tanto el Duce como el Führer, ya no estuvieran en este mundo, ayudaba a que cada vez fueran menos, casi inexistentes, los fusilamientos; aunque no por ello se vaciaban las cárceles ni se anulaban las condenas, con la amenaza latente que ello comportaba para sus huéspedes. Para obtener la libertad y poder, privados de sus cadenas, ver la luz del sol, hacía falta el empujoncito final que los buenos oficios de Cortés estaban en disposición de dar.

Cerrado el precio para conseguirlo, ese coste dependía, más que de la dificultad, de la posición económica de quien pedía la excarcelación, y siempre a resultados —satisfacción garantizada y si no, no se paga ni una peseta, era el lema de la casa—, el extremeño movía sus contactos y, ¡voilà!, se obraba el milagro de que al *Josepet*, al *Pere* o al *Miquel* su bigotudo guardián les decía un buen día que al siguiente volverían a ser libres como el viento. Si los caminos del Señor son inescrutables, los que seguía Cortés para lograr su propósito eran igualmente insondables e impredecibles. A veces bastaba una pequeña propina porque resultaba que la supuesta pena capital había quedado sin efecto por causas administrativas, algo que nadie había comunicado al interesado, razón por la cual seguía en la trena; o para conseguir la excarcelación se debía recurrir al secretario del gobernador militar —mordida en forma de soborno duro y puro—, o a la Orden de la Merced, con el correspondiente donativo para buenas obras, aunque

desconociendo cuales.

El de Malpartida no llevaba la contabilidad de a cuantos individuos había liberado, pero rondaban el centenar. En el debe, y como fracaso, cabe señalar un capitán de caballería, un cenetista y un comisario comunista que para cuando se interesó por su caso hacía años que criaban malvas con un sobrepeso de plomo en sus cuerpos.

Un beneficio colateral del entramado de relaciones de Cortés consistía en que sus distintos ámbitos de actuación se retroalimentaban entre sí. Quien obtenía una concesión para abrir un estanco, una administración de lotería, un contrato de obras o una vivienda de protección oficial, al año acudía a él para conseguir una licencia de importación o un permiso municipal de obras. Era eso que los físicos llaman vasos comunicantes, con el dinero como fluido impulsor.

Si Terencio dijo que al hombre nada humano le es ajeno, Cortés lo sabía todo de su naturaleza, particularmente de su lado más oscuro: desde las pillerías de bajo nivel hasta los delitos con mayúsculas. En el presente, en pleno siglo XXI, cuando oía hablar de alarma social y rasgarse las vestiduras por los casos Gürtel, Mercurio, Palau de la Música, Bárcenas, ERE andaluz o ITV catalán —y el listado lo dejo aquí para no añadir diez páginas al relato—, se sonreía. Pero… ¿qué coño de país pensabais que es este? Y recordaba la opinión que su admirado don Timoteo tenía al respecto:

—Algunos dicen que España es pobre, ¡qué cojones va a ser pobre! Al contrario, es el país más rico del mundo. Si no fuera así, con lo que todos roban ya estaríamos muertos de hambre.

Siguiendo con el historial de Cortés, siempre a la caza y captura de nuevas oportunidades de llenarse el bolsillo, en la década de los sesenta, la del Plan de Desarrollo de López Rodó, antecedente del solchaguista «España es el país donde uno puede hacerse rico más rápidamente», del aznarista «España va bien», o del zapaterista «Somos la envidia de Europa» —la Piel de Toro es la tierra de Pinocho—, el extremeño se llenó los bolsillos con un tema aparentemente menor, pero que refleja muy bien la época del despegue económico que se vivía y la pleamar de corrupción que lo invadía todo. Olvidada la autarquía, las restricciones eléctricas y la cartilla de racionamiento, su majestad el coche utilitario hizo su aparición con fuerza en las carreteras de la España de los 25 años

de paz —la campaña orquestada por el Régimen el año 1964—, como objeto de deseo de la emergente clase media. Disponer de un 600 —cuya primera unidad salió al mercado desde la Zona Franca de Barcelona en 1957—, un Dauphine o un 2CV, donde poder desplazarse la familia entera a las playas de Castelldefels o Masnou los domingos, era el sueño de todo españolito. Hasta ahí nada que decir. Pero resultó que, debido a la gran demanda, en la Seat —cuyo acrónimo el hombre de la calle, y vista la escasa calidad del producto, lo asociaba a «Siempre Estás Arreglando Tonterías»—, la Renault o la Citröen, había listas de espera con centenares de suplicantes peticiones para poseer una de aquellas máquinas de cuatro ruedas, cuatro plazas y cuatro marchas, que se habían convertido, junto con la televisión, en el nuevo signo externo de riqueza y confort —una palabra, *confort*, muy propia de aquella época—. Y de ahí a conchabarse Cortés con los personajes y personajillos que establecían el orden de adjudicación de tales cacharros con el fin de sacar provecho de dicha circunstancia, medió tan solo un paso. Dependiendo del modelo, entre 100 y 200 duros se metía el cacereño en la faltriquera por hacer el milagro de que a la semana de cumplimentar el impreso de solicitud los nuevos ricos vieran su sueño matriculado a su nombre en la Dirección General de Tráfico. El negocio, que comenzó como algo secundario en su quehacer, le significó unos ingresos anuales de 20.000 pesetas con una mínima dedicación: una simple llamada y a cobrar. De manera que viva el progreso y la Compañía Telefónica Nacional de España, una empresa estatal como lo era Campsa, Endesa o la misma Seat.

El cacereño vivió, además de la Dictadura y la Dictablanda, la Transición y la Democracia, y con ella la llegada al poder de una nueva hornada de políticos que en pocos años incurrieron, corregidos y aumentados, en los mismos pecados capitales que sus antecesores —soberbia, avaricia, pereza, envidia…—. La aparición a principio de los años 80 de esa nueva casta de mandamases que vinieron a reemplazar a los octogenarios alféreces provisionales, militares y falangistas del *Ancien Régim* llegó acompañada de nuevas formas de comunicación —informática, televisión, Internet—, más alambicadas y alejadas del trato directo con el que Cortés estaba familiarizado. En el mundo de la delincuencia se pasó de la marginalidad asilvestrada de personajes como el Lute, el Torete o el Vaquilla, al guante blanco de los consejos de administración de las multinacionales, las empresas públicas de nuevo cuño creadas para eludir el Derecho Administrativo y así poder favorecer a los amigos

sin que ningún tocahuevos de interventor hiciera advertencia de ilegalidad, los bancos —con los consiguientes Mario Conde, Mariano Rubio o Salanueva como figuras *top ten*—, y las cajas de ahorros henchidas de políticos —Crespo, Serra, Blesa…—, sindicalistas y jerifaltes del establishment empresarial. Por sus maneras y formación calabresa, el de Malpartida no encajaba en ese universo que tenía su culo de asiento en despachos forrados con maderas de nombre exótico —okumé, teka, embero—, con gente que no te miraba a los ojos cuando te hablaba y que prefería las cláusulas escritas a los apretones de manos, los picapleitos a los amigos y los reservados en restaurantes de cinco tenedores a los prostíbulos. Nada que ver con su manera de hacer, directa y a la yugular.

Si necesitaba alguna prueba para convencerse de que él ya no encajaba en el nuevo orden, esta le llegó con dos tropiezos que sufrió a manos de los recién estrenados dueños del país salidos de las urnas. Del primero fue protagonista un alcalde del PSUC —*Partit Socialista Unificat de Catalunya*, comunismo en estado puro—, y del segundo un concejal de CiU —*Convergència i Unió*— de la rama independentista. Esa era otra dificultad, porque en el organigrama de los partidos había familias, barones, hermanos, cuñados y tíos, y si te equivocabas y errabas el tiro, adiós muy buenas. Tuvo suerte de que ninguno de los dos, alcalde y concejal, llamara a los municipales para que prendieran a aquel tipo, a él, que tuvo la osadía de ofertar, en un caso 100.000 pesetas para que se concediera una licencia de obras, y en el otro dos millones para conseguir un contrato de recogida de basuras. La única satisfacción que tuvo fue cuando, años más tarde, vio los caretos de aquel *batlle* del PSUC —que reciclado a ICV y treinta años después seguía ocupando la misma poltrona—, y del antiguo edil de CiU que ahora se sentaba en un escaño del Parlament, encausados ambos por corrupción. «Cosas veredes Mio Cid…», si vives lo suficiente.

Asimismo, si durante los 40 años de Franquismo su ceceo extremeño-andaluz había sido un valor positivo, con la llegada de los Pujol, Raventós, Serra y compañía a las alcaldías, consellerías y direcciones generales de la nueva Catalunya, eso pasó a ser algo negativo que le colocaba, ya de entrada, en el pelotón de los «altres catalans», considerada una etnia inferior y sospechosa.

Como consecuencia de esas dos experiencias negativas se retiró a sus cuarteles de invierno dejando que otros camparan a sus anchas por los nuevos escenarios de aquel mundo que ya no era el suyo. Sabía que, si la gente necesita respirar, comer y beber para sobrevivir, tanto o más le hace falta dinero. Esa sería a partir de ese momento la materia con la que comerciaría. Y a los políticos y funcionarios ¡que les dieran por el culo!

9

Retrocediendo en la biografía del extremeño, detrás de la renta conseguida a expensas del *Giboso* y *el senyor* Esteve, pensando que podía subir un escalón en su acomodo, al año de su llegada a Barcelona dejó la mísera pensión del chino que en un principio le dio cobijo y se instaló en un pequeño hotel del paseo del Monte, en el barrio de La Salud. A pesar de la distancia mantenía contacto permanente con sus amistades del Raval —prostitutas, chaperos o porteros de cabaret—, que acudían a él cuando disponían de alguna información que pudiera interesarle, sabedores que era atento en la escucha y generoso a la hora de agradecer lo que pudiera serle útil.

Su nueva residencia en la parte alta de la ciudad, discreta y limpia, era un antiguo chalet reacondicionado regentado por una mujer de cincuenta años de nombre Ana a la que ayudaba una sobrina suya, Ramona, de cuarenta; y se componía de ocho habitaciones con baño. El censo de los huéspedes no presentaba mudanzas notables, cuatro de ellos llevaban años instalados allí, y cuando una habitación se quedaba vacía y aparecía algún aspirante a ocuparla, doña Ana lo sometía a un intenso interrogatorio antes de acceder a acogerlo como muevo asilado.

Cortés entró recomendado por un inspector de abastos, lo que le privó del examen previo, y ocupó una soleada habitación esquinera que, según la patrona, era la mejor de todas:

—Le debo muchos favores a Damián —el de abastos—, y siendo usted su amigo, es mi forma de agradecérselos.

Su estancia incluía, si así lo quería y pagando un suplemento, las comidas, a las que Cortés se apuntaba en muchas ocasiones llegando en taxi desde la otra punta de Barcelona para no perderse aquellos ranchos cuarteleros. El aroma del cocido o las judías pochas de Ana que, con una hora de hervor a cuestas, cada mediodía enseñoreaba el vestíbulo y el comedor del hotel, le retrotraía a su Extremadura natal y a los mejunjes que, haciendo de la necesidad virtud, cocinaba su madre a fuego lento con lo poco que se sacaba trapicheando. Todavía fresca en la memoria del malpartido cacereño su adolescencia, aquella mujer, Ana, era para él una recidiva de María *la Larga*. Una recidiva benigna, creía él.

Todo discurría plácidamente entre aquellas cuatro paredes. *El Brusi* y *La Vanguardia* por las mañanas y *El Noticiero Universal* y el

Tele/eXpres por las tardes los ponía la patrona a disposición libre y gratuita de sus huéspedes para que se enteraran de las novedades que ocurrían extramuros de aquel oasis de paz. Debajo de su cama, Cortés tenía un arcón comprado en los Encantes de la plaza de las Glorias donde guardaba una fracción de su dinero, el resto, la mayor parte, a mitades en el Banco Central y el Santander. Su fobia hacia las entidades bancarias —y por extensión contra el Gobierno —, no había llegado aún a los niveles que alcanzaría a partir de 1977, cuando siendo Adolfo Suárez presidente del Gobierno, se permitió a la Agencia Tributaria poner sus pecadoras manos en los registros de cajas y bancos, acabando con el hasta ese momento sacrosanto secreto bancario. La semana anterior a que esa disposición entrara en vigor, el extremeño contraatacó vaciando sus dos cuentas almacenando sus haberes en la enorme arca de caudales que desde entonces presidía su *oficina* en la calle de la Sal.

Pero volvamos a La Confianza y a su baúl.

El de Malpartida verificaba a diario si el arcón permanecía intocado en la posición que él lo dejaba cada mañana, lo cual le daba seguridad para ir aumentando el dinero que allí guardaba hasta llegar a contener 100.000 pesetas. Ese dinero —de bolsillo, lo llamaba él—, significaba tener a mano liquidez suficiente por si surgía algún negocio rápido para el que precisara contado. La alternativa de acudir al banco, que no siempre disponía de según qué cantidades, podía comportar que el asunto se esfumara. El extremeño era conocedor de que cuando se discutía el precio de algo, echar mano a la cartera y mostrar al ofertante el color de la guita, en vivo y en directo, era capaz de torcer la voluntad del más reticente. Pues una cosa es la promesa de un pago aplazado y otra el rabioso «aquí te pillo, aquí te mato», de ahí que llevara siempre encima varios miles de pesetas por si acaso.

Una mañana del mes de marzo, con más de 10 años de acomodo en La Confianza, se hallaba, como muchos días, desayunando en el comedor de la planta baja. Desde el jardín le llegaba el piar de los pájaros que presentían la primavera, un concierto de trinos que solo interrumpía su lento pasar las hojas de *La Vanguardia* y los pasos de Ramona mientras disponía los servicios para el mediodía. Le acompañaba dos mesas más lejos don Roberto, un asentador del mercado de La Abacería Central cuyo horario se limitaba a un par de horas por la tarde. En aquellos años había mucha gente, particularmente funcionarios y ya no digamos políticos, que lo que se dice trabajando pasaban poco tiempo, en contraste y conviviendo

con otras gentes para las que al día le faltaban horas si querían subsistir. Era frecuente que los funcionarios tuvieran permanentemente una chaqueta colgada al lado del escritorio donde se suponía que debían estar currando de manera que, si alguien preguntaba por ellos, se pudiera decir:

—No debe andar lejos, mire, tiene la americana aquí. Espérelo si quiere.

Pero a nadie se le ocurría hacerlo porque podían pasar semanas hasta que el retorno del prófugo se produjera.

La luz del sol, tamizada por los visillos de hilo que cubrían los ventanales del comedor, creaba una atmósfera plácida y hogareña, él alargaba ese momento del día hasta las once de la mañana, entonces plegaba el periódico, lo devolvía al mueble auxiliar de la entrada y se disponía a empezar la jornada que podía alargarse hasta las dos o las tres de la madrugada. Era el mismo horario que cumplían aquellos con los que trataba, que gustaban cerrar los negocios sentados a una mesa de El Arnau, El Apolo o El Bolero con la compañía de una jaca postinera y a su lado una cubitera con una botella de champán recién descorchada.

Ana se acercó a su mesa y en susurros:

—Te llama Damián.

Jacinto abandonó la lectura del diario y la taza con el último resto de café y se dirigió al recibidor, tomó el auricular de encima del mostrador, y sin casi darle tiempo de saludarlo con un—: Hola —le llegó:

—Tengo que proponerte un asunto. Creo que te interesará, se puede ganar mucho dinero y rápidamente.

—¿De qué se trata?

—Es mejor que nos veamos. Hoy a las dos en el Salón Rosa del paseo de Gracia, ¿te va bien?

El cacereño estaba convencido de que entre los dos, Damián y Ana, había algo más que amistad. Con puntualidad suiza el inspector de abastos se encerraba con su patrona los lunes y los viernes de cinco a ocho en la habitación del altillo. Era una de las leyendas que corrían por La Confianza y que tarde o temprano algún hospedado te hacía llegar al poco de pernoctar allí. En las ocasiones en que coincidió con la pareja al despedirse, advirtió la sonrisa de oreja a oreja de ella y el semblante relajado de él, que un

hombre de mundo como era Cortés solo podía interpretar de una concreta y determinada manera. Aunque eso a él ni le iba ni le venía.

El inspector de abastos, aparte del sueldo que cobraba del Estado, periódicamente y por riguroso turno, realizaba una visita a los mercados municipales y, conchabado con su director, hacía una colecta con cargo a los asentadores de todo tipo de productos a cambio de no levantarles un acta y cerrar durante un mes o dos sus puestos por cuestiones tan fundamentales como no disponer de los albaranes de compra —mucho de lo que vendían procedía del estraperlo—, o no tener a la vista los cartones con los precios. Era un peaje que todos pagaban gustosos para evitarse sobresaltos. Luego ese botín, que sin pudor alguno cargaba en una furgoneta aparcada delante del mercado, lo reciclaba vendiéndolo a bajo precio a restaurantes y hoteles.

Reunidos en el lugar y a la hora convenida, Cortés con la compañía de un coñac Veterano y Damián de un Chinchón seco, el de abastos le explicó de qué iba la cosa. Nada o poco que ver con lo que el extremeño podía imaginarse a tenor de su historial. Consistía en que, procedente de Marsella, el día anterior había llegado al puerto de Barcelona un mercante, llena su bodega de Pelargón, una leche materna de la Nestlé que substituía, algunos decían que con ventaja, a la que salía de las ubres humanas. Tras untar a los aduaneros a fin de que en su momento miraran hacia otro lado, un tercio del preciado cargamento desaparecería como por ensalmo de la panza del mercante, y a cambio de 80.000 pesetas pasaría a manos del propietario de una red de farmacias llamado Secundino Pons, que la colocaría al menudeo. Un asunto fácil, rápido y aparentemente de poco riesgo.

Las pérdidas que sufrían los fletes de los navíos anclados en la Zona Franca del puerto eran notables. Empezando por los descargadores, los gruistas o los mismos aduaneros, allí todos metían mano, hasta el extremo —como iba a pasar con el Pelargón —, de que cuando se iba a las bodegas en busca de la mercancía, aquellas estaban medio vacías. Denunciado el hecho se abría una investigación que no aclaraba nada porque el primero que ponía la boina para que así fuera era el juez encargado del caso, y tras la pantomima de unas diligencias previas el tema se archivaba sin más.

—Esta noche nos espera en las Ramblas el capitán del barco, *Monsieur* Daniel Martin —Damián—: He cerrado el trato con él por

4.000 duros, lo cual nos deja un buen margen de beneficio. No he tenido tiempo de hablarlo antes contigo, pero la decisión corría prisa, ya había algún otro mariposeando. Tú sabes cómo son estas cosas. ¿Quieres participar?

—Sí, desde luego. Pero, ¿por qué yo?, ¿es que no tienes a nadie más? —a Cortés le gustaba dejar las cosas claras.

—Sé que tú no tienes problema en disponer de las 20.000 *pelas* que ha de recibir el tal Martín. ¿Es así, no?

—Sí, por ese lado tranquilo.

—Y, ¿qué quieres? He de confesar que a mí el asunto me viene grande, prefiero jugármela con alguien de confianza. Y a tí hace tiempo que te conozco.

—¿Quién es ese Secundino Pons del que me hablas?

—Su nombre me lo ha facilitado el mismo que me ha hecho llegar el soplo.

—Y ese otro, el del soplo, ¿cómo coño se llama? —Cortés no se metía en ningún charco sin saber con precisión quien estaba detrás. No tanto por el riesgo en sí, sino porque podía haber alguien más interesado en el tema, un tercero con más poder e influencia, en cuyo caso lo mejor era hacer mutis por el foro. Se debía ir con un cuidado exquisito para no pisar ningún callo. En cierta ocasión se había interpuesto en el camino de Julio Muñoz Ramonet, el segundo pirata del Mediterráneo detrás de Juan March, y del que se decía «después de Dios, Muñoz», y por poco le cuesta la vida. Si él tenía en nómina a coroneles y comandantes, Muñoz Ramonet era socio del capitán general de Cataluña, por no decir del mismísimo ministro. De manera que ojo al parche.

—Es el director del mercado del Ninot, a ese sí que lo conozco. Su cuñado trabaja en el puerto.

—¿Y por qué razón no es Pons quien unta al capitán del barco? Así su beneficio sería mayor.

—Prefiere no estar en la primera línea. Según el del Ninot ya lo ha hecho así en otras ocasiones, colocando alguien de intermediario.

Lo que escuchaba tenía lógica, aunque las prisas y la urgencia no le gustaban. Podía hacer alguna averiguación antes de comprometerse, pero eso requería tiempo, con el riesgo de que el negocio se fuera a la mierda.

—¿Cómo se hará el desembarco de la mercancía?

—En cuanto el francés cobre los 4.000 duros hará una llamada y tres camiones cargarán el Pelargón y lo trasladarán a una nave que Pons tiene en Hospitalet. Está todo organizado.

—¿Y…?

—Entonces ese Pons nos pagará las 80.000.

Aparentemente todo encajaba y había un dinero a ganar. El riesgo eran las primeras 20.000…

—Los 4.000 duros que hay que poner por adelantado es una cantidad importante… —tanteó Cortés.

—Sí, pero ese *Monsieur* Martín quiere que se haga así. Por lo visto ha salido escaldado en algo parecido que intentó en Bilbao. Allí se quedó sin dinero y sin mercancía.

El extremeño asintió y aguardó para saber cuál era la parte que se embolsaría Damián, en otros casos de índole menor su mordida había sido entre el 15 y el 20 por ciento del beneficio, que en este caso, y restando los 4.000 duros, era de 60.000 pesetas. Pero su socio no abrió la boca, parecía que lo consideraba una cuestión a discutir más adelante. A Cortés, aparte de extrañarle, era algo que quería dejar claro en ese momento. Le vino a la memoria la historia del borracho y la tabernera escuchada en boca de María *la Larga*: el borracho piensa que estando ebrio no le pagará la bebida y la tabernera que, precisamente porque está borracho, le cobrará el doble.

Pero antes de que pudiera plantearle la cuestión, el inspector de abastos insistió con su pregunta:

—¿Tú tienes a mano esas 20.000 *pelas*?

Cortés reflexionó sobre la urgencia y su afán por el dinero. Aunque los bancos estaban abiertos por la tarde, era difícil obtener ese importe sin haber avisado previamente, ahí podía estar la explicación. Damián le estaba diciendo que él debía aportar esa cantidad de forma inmediata, sacándola de donde la tuviera. Una pequeña lucecita de alarma se iluminó en su cerebro. No obstante afirmó:

—Sí, por supuesto. Y del reparto, dejando aparte el mordisco del gabacho ese, ¿cuál es tu parte?

—No sé, lo dejo a tu criterio.

—¡Coño, qué generoso!, no te reconozco.

—1.000 duros, ¿te parece bien?

Era una cantidad muy a la baja. ¿Podía ser que ante el volumen del negocio, Damián se hubiera vuelto poco ambicioso? Tal vez. Ante la ansiosa mirada del inspector de abastos por escuchar su conformidad repasó mentalmente los detalles económicos del asunto, hasta que por fin aceptó el trato:

—De acuerdo, 1.000 duros.

—¿Dónde nos encontramos?, ¿quieres que te acompañe?... 20.000 pesetas, son capaces de tentar a cualquiera —Damián.

—¿En dónde y a qué hora has quedado con el francés?

—A las 11 de la noche en la fuente de Canaletas. Ya sabes, frente al cine Capitol.

—A las 10 tú y yo nos vemos en el Zurich de la plaza de Cataluña. Un poco antes recogeré la pasta. Como bien dices, no conviene pasearse por Barcelona tan cargado.

—De acuerdo pues. Oye, es un placer hacer negocios contigo. Ana cuando te nombra dice maravillas de ti.

¿Qué fue lo que elevó la inquietud de Cortés hasta la certeza de que allí había gato encerrado? ¿El poner a su patrona como aval?, ¿el plantear el asunto con tantas prisas para que él tuviera que acudir al lugar donde tenía a buen recaudo la pasta? Fue todo eso, sumado, lo que le puso la mosca tras la oreja. Aquel Damián estaba fuera de los circuitos de contrabando y estraperlo como el que le ofrecía, si acaso algún camión de aceite o harina desviado antes de que llegara al Borne. Pero, ¿un barco llegado del extranjero aguardando un par de días hasta encontrar un postor que quisiera quedarse con su cargamento?, eso no le encajaba. Y para colmo, lo normal hubiese sido que le hubiera pedido el doble o el triple de los 1.000 duros.

10

Se despidió de Damián en la misma puerta del Salón Rosa, y cuando comprobó que iba en dirección a la plaza de Cataluña, volvió sobre sus pasos y desde la propia cafetería llamó a Esteban, el jefe de los prácticos del puerto. No, en los últimos cuatro días no había llegado ningún carguero procedente de Marsella.

—¿Seguro?

—¡Coño!, y tan seguro. ¡Si lo sabré yo!

Y se le ofreció:

—¿Quieres que te avise si eso sucede?

No perdía nada por estar al tanto, y le dijo que sí. Habían acordado como forma de comunicarse que le dejara notas en una de las taquillas de las golondrinas que desde el muelle de Colón hacían el viaje hasta el rompeolas; frente a ellas pasaba Esteban todos los días un par de veces, entraba, y en uno de los cajetines colocados bajo el mostrador y cerrados con candado, el tercero de una hilera de doce era el que correspondía a Cortés, introducía la información que con frecuencia se sumaba a las de otros ojeadores que hacía saber al extremeño cuanto se movía en los muelles. Él acudía a última hora de la tarde, abría la taquilla y decidía acerca del interés y la bondad de lo allí almacenado.

Cortés, a la vista de lo que Esteban le había dicho, ni más ni menos que el mercante de Marsella y *Monsieur* Martín eran una pura patraña, pensó qué hacer. Conocía el número y el piso de la calle de la barriada de Horta donde vivía Damián, el cuerpo le pedía olvidarse de la cita, acudir allí, agarrarlo y someterlo a un educado interrogatorio y si, tal y como suponía, lo que le estaba proponiendo no respondía a otra cosa que a triscarle el dinero y hacerle pasar a mejor vida, se lo cargaría sin más. Pero le reconcomía la figura de Ana. Había tomado un cierto, sino cariño, sí respeto y aprecio por aquella matrona que le cuidaba, o parecía que le cuidaba, como si fuera su propio hijo. En una ocasión que cayó enfermo, además de llamar al médico y comprarle las medicinas, mientras estuvo encamado le llevó la comida a la habitación y le había hecho compañía. Él se lo había agradecido con un dinero, cierto, pero aun así se sentía en deuda con ella. ¿Podía ser que estuviera compinchada con Damián, y las atenciones que le

dedicaba no tuvieran más finalidad que esperar el momento adecuado para robarle? ¿O tal vez estaba al margen de todo el asunto? La relación de alcoba que existía entre los dos, ¿podía haberles llevado a fraguar aquel plan en contra suyo? A Jacinto le gustaba colocarse siempre en el peor de los escenarios posibles como la manera más segura de salir airoso de cualquier contingencia. Y, dando por segura la complicidad entre su patrona y Damián, ¿cómo pensarían llevar a cabo su acción?

Las prisas por cerrar el trato con aquel misterioso y fantasioso *Monsieur* Martin, ¿qué significaba?, ¿qué conducta esperaban que él tomara ante eso? Una vez haberle convencido de la urgencia por disponer del dinero, lo que pretendían era que acudiera al paseo del Monte y sacara de su arcón las 20.000 del pringue. Ese era, a sus ojos, el mejor momento para darle matarile. Y después, ¿qué seguiría?, ¿qué consecuencias tendría para ellos? Si él acababa metido en una caja de pino o bajo tierra, ¿quién le echaría en falta o mostraría interés por averiguar las causas de su muerte? La respuesta no admitía dudas: Nadie. Sus ocasionales socios, ya fueran industriales, capitalistas o de compromiso, creerían que se había largado, e incluso si alguien llegara a sospechar que había desaparecido de este mundo por causas no naturales, eso le daría igual, buscaría otro compañero de viaje, lo encontraría, y listos. Jacinto no sentía aprecio por persona alguna, y en eso existía reciprocidad. En el ambiente donde se movía, el del aquí y ahora, todo se compraba o se vendía y nada era gratis, desde la amistad al alojamiento y el sexo, importando solo el precio.

A la pregunta que se hizo de por qué Damián y Ana —aún le costaba trabajo verla a ella detrás de aquello—, directamente no robaban su cofre si estaban convencidos de que allí guardaba su dinero, se respondió que, aparte de hacerse con su contenido, querían previamente quitarlo de en medio. Él no era un enemigo deseable, de ahí primero eliminarlo y luego robarle.

¿Podía ser que Damián ya estuviera camino de La Confianza para esperarlo y como bienvenida cuando cruzara el umbral de su habitación soltarle dos tiros? Él le dijo que hasta última hora de la tarde no se haría con las 20.000 *pelas*, pero eso no le daba ninguna seguridad. Debía actuar con rapidez. Tomó un taxi y al tiempo que le indicaba la dirección del hotel alargó la mano y dejó dos duros en el asiento delantero:

—Tengo mucha prisa.

—Eso está hecho, jefe.

Mientras el Citroën Pato enfilaba a toda velocidad hacia la parte alta de la ciudad, Jacinto hizo memoria intentando dar con algún detalle que le confirmara sus sospechas. Y lo encontró.

Esa mañana, cuando Ana le comunicó que le llamaba Damián, él, a pesar de hallarse sentado en la mesa contigua al recibidor, no escuchó los timbrazos del teléfono. Como ahora sospechaba, fue Ana quien se puso en contacto con su amante para decirle que estaba en el comedor y que aquel era un buen momento para abordarlo, lo que a sus ojos la convertía en cómplice.

Seis minutos después se apeaba a escasos veinte metros del Hotel La Confianza. Cuando vio el orgulloso cartel encima de la fachada con la palabra *Confianza* escrita, esbozó una sonrisa. «Las cosas acostumbran a ser justo lo contrario de lo que parecen», pensó. En la calle Escorial había una puerta de acceso al jardín, y él tenía la llave:

—Si en alguna ocasión llega tarde y el portalón está cerrado utilícela, don Jacinto— así se lo había dicho en su día la cariñosa y maternal Ana.

Accedió por allí, y al amparo del seto que limitaba la propiedad se introdujo por el ventanuco del sótano y alcanzó la escalera que comunicaba con la planta baja. Procedente del comedor le llegaba el sonido de los platos y la cubertería, los comensales irían por los postres. Sigilosamente subió, y como una sombra pasó por delante de la vidriera emplomada del comedor y llegó hasta el recibidor, donde echó una mirada al tablero con la copia de las llaves de las habitaciones. Lo que vio lo tranquilizó, la de su cuarto estaba colgada. El de abastos en el peor de los casos estaba en camino. Volvió sobre sus pasos y subió a la planta de las habitaciones.

Todo allí parecía normal, tan solo una de las estancias tenía la puerta entornada y de su interior salía el sonido de un aparato de radio y una claridad artificial. Su ocupante, don Jacobo, procurador de los tribunales, estaba escuchando el diario hablado de las dos y media. La cuartelera voz del locutor lanzó los ¡arriba España! y ¡viva Franco! con que se remataba el parte cada mediodía y cada noche, cerrando así, con el rimbombante fondo sonoro del himno nacional, la emisión que estaban obligadas a retransmitir todas las estaciones de radio del país.

11

Faltaba menos de siete horas para las diez de la noche. Dentro de ese intervalo de tiempo, ¿en qué momento el querido de Ana intentaría cazarlo? Lo más probable sería cuando acudiera a retirar los 4.000 duros de su cofre, sobre todo si contaba con la colaboración de ella. Ahora venía la primera de las acciones que Cortés debía tomar, porque si bien no creía que Damián se hubiese adelantado, y ya lo estuviera esperando, no podía arriesgarse. Como tantos otros amorrados a la teta del Régimen, el inspector de abastos no tenía la conciencia tranquila, de manera que acostumbraba ir armado con una Llama, ante la cual su albaceteña pocas oportunidades tenía. Lo mejor era verificar que no había moros en la costa, y con la certeza del terreno despejado, dotarse de un instrumento capaz de competir en igualdad de condiciones con la Llama, como era el Astra 400 de calibre nueve milímetros y ocho tiros que dormía el sueño de los justos en el arcón de su habitación. Pero para hacerse con ella primero debía asegurarse de que nadie lo esperaba escondido en el aseo o apostado tras las cortinas de su alcoba. A pesar de la prisa que se dio en regresar, de la llave colocada en el tablero de recepción y de la quietud del lugar, la prudencia le exigía comprobar que Damián no rondaba por allí. Se ocultó al amparo de la columna del final del distribuidor, un óptimo observatorio para detectar a cualquiera que entrara o saliera de su habitación. Y esperó.

Al poco hicieron su aparición tres de los huéspedes procedentes del comedor, que echaron mano a su llave y entraron en sus cuartos. A las cuatro fue Ana quien hizo acto de presencia. Se colocó frente a la puerta de su habitación, y tras aplicar la oreja durante un minuto golpeó con los nudillos, primero suavemente y luego con más fuerza sin obtener contestación. Supuso que buscaba saber si él se hallaba dentro, porque no tenía lógica hacer aquella llamada si era Damián quien se encontraba en el interior. La mujer dirigió la vista hacia la escalera y al otro extremo del pasillo en penumbra, con Cortés invisible detrás de la columna, para comprobar que nadie merodeaba por allí. Sacó una llave, la metió en la cerradura, le dio la vuelta de rigor y entró. Cortés salió de su escondite, se acercó y pegó el ojo al centímetro de apertura que ella había dejado en la puerta, posiblemente para detectar cualquier sonido de pasos procedente del exterior. Con la oscuridad reinante

en el pasillo esperaba poder pasar inadvertido, y si Ana lo descubría, le diría que acababa de llegar e iba a entrar. Vio su sombra cruzar la habitación y su ir de un sitio a otro, oyó deslizarse los cajones de la mesilla al abrirse y cerrarse, el chirriar de las bisagras del armario, el entrechocar las perchas, suponía que estaba registrando la ropa colgada. ¿Tal vez buscando la llave del baúl? De forma inconsciente, Cortés metió la mano en el bolsillo de su pantalón y la acarició. Cuando diez minutos más tarde su patrona salió, él estaba de nuevo oculto. En cuanto la mujer desapareció escaleras abajo, y con la certeza de que no había nadie dentro, se introdujo en la habitación. Encendió el mechero para alumbrarse, no quiso dar la luz por si Ana volvía y a través del quicio de la puerta advertía que había alguien dentro. Se acuclilló bajo la cama, el cofre seguía donde siempre, aunque ligeramente desencajado de su posición, desalineado de las baldosas donde él siempre lo ajustaba. Había sido ella quien, deseosa por comprobar que seguía allí, unos instantes antes lo había movido. Lo sacó de debajo, lo abrió, se hizo con el Astra y enastó el silenciador en el cañón, tomó un cargador, lo introdujo por la culata y se ciñó la pistola al cinturón del pantalón, volviendo después el arcón a su sitio. Antes de cerrarlo comprobó que los dos fajos de billetes estaban intactos, y allí los dejó. Se asomó al pasillo, y tras comprobar que estaba desierto y en silencio, utilizando el mismo itinerario que a su llegada desanduvo el camino hasta alcanzar la calle. Cuando pisó la acera el Astra pasó al bolsillo de su americana.

Lo primero era ocuparse de Damián, a su patrona ya la abordaría cuando el inspector de abastos no entrañara ningún peligro.

Estaba convencido de que en algún momento de las próximas horas, más tarde o más temprano, el de abastos se acercaría a La Confianza y aguardaría su llegada, una espera inútil porque Cortés prefería enfrentarse a él lejos del paseo del Monte.

Se metió por las estrechas callejas del barrio hasta llegar a la plaza de Sanllehí, allí entró en un bar y tomó un bocadillo mientras hacía tiempo y ordenaba en su cabeza sus siguientes movimientos.

Eran pasadas las siete cuando cogió un taxi que le dejó en la plaza de Cataluña, dio un paseo de reconocimiento por la zona de detrás de la calle de Pelayo, y a las nueve hizo su entrada en el Zurich; otro bocadillo y a esperar a Damián.

El de abastos se presentó en La Confianza poco después de que

Cortés abandonara el hotel, y tras recibir por parte de Ana la información de que su huésped no había aparecido, le dijo:

—Pero necesariamente ha de venir, seguro que el dinero lo tiene en el baúl.

Subieron a la habitación, que ella abrió, y allí se quedó él, apostado y a la espera de su llegada. El plan era simple: Ana no se movería del mostrador de la entrada y en cuanto apareciese le haría una llamada telefónica, un solo timbrazo, avisándole. Lo siguiente sería que él, y en cuanto Cortés cruzase la puerta, le descerrajaría un tiro y a partir de ahí vía libre para despanzurrar el dichoso baúl y hacerse con todo lo que contuviera.

Damián apuró el tiempo de espera hasta las diez menos cuarto. Algo fallaba respecto a lo previsto porque su supuesto socio no daba señales de vida. Tras un breve conciliábulo con Ana tomó un taxi y acudió a su cita en el Zurich. Antes de entrar y desde una cabina llamó a La Confianza para verificar que no había novedades:

—No, no ha venido.

—¿Y el baúl? —podía ser que hubiera ido y ella no le hubiera visto.

—Aguarda un momento —para al poco—: En su habitación, donde siempre. ¡Ya te he dicho que no ha venido! —con voz alterada.

—Tranquila mujer, tranquila.

Damián barajó dos posibilidades. La primera que el tipo tuviera más de un cado donde almacenaba su dinero, cosa positiva para Ana y para él porque cuando lo enviaran al infierno, además de los 4.000 duros que ya debía llevar consigo, en el lote iría de propina el cofre y su contenido. Y la segunda y más probable, que el lugar adonde acudiría para coger el dinero del soborno sería la Confianza, adónde iría acompañado por él, tal como Cortés le dijo. Todavía disponían de tiempo. El hecho de que no hubiera aparecido por el paseo del Monte no significaba nada, y así se lo manifestó a ella cuando le transmitió la preocupación por su ausencia:

—Falta casi una hora para la cita con el *franchute*. Es tiempo suficiente para acercarnos, él y yo al hotel, y coger lo que tú sabes. Lo digo porque es muy posible que, tratándose de tanto dinero, quiera que lo acompañe.

—No sé yo si…

—Tranquila mujer —de nuevo—, ya verás cómo al final todo sale bien.

—Si tú lo dices, pero yo... —Damián colgó y se encaminó hacia el Zurich.

Ana iba a decirle que tal vez fuese mejor olvidarse del asunto, pero el chasquido del teléfono se lo impidió. Se sentó en el taburete tras el mostrador de la entrada y se dispuso a esperar, el minutero del reloj de pared se desplazaba con una lentitud desesperante. El resto de los asilados estaban ya recogidos en sus habitaciones.

Si por emplear las palabras de Damián, todo salía tal y como estaba planeado, y Jacinto le decía adiós a este mundo, la explicación que darían, si alguien preguntaba —cosa improbable—, para justificar que su huésped no volviera a aparecer por el paseo del Monte, sería que se había mudado. Y no les faltaría razón, solo que su nueva residencia sería el Mediterráneo, metido en un saco y con un lastre de cincuenta kilos de piedras por compañía.

Pasados 12 minutos de las 10 Damián hacía su entrada en el Zurich y localizaba a Cortés sentado a una mesa del fondo.

Ahora, con su supuesto socio delante, el de abastos tenía que ir con cuidado para despejar el interrogante de si Cortés ya llevaba el dinero encima, o adónde cojones debían ir a buscarlo para supuestamente entregárselo al francés:

—Perdona el retraso…

—No hay cuidado, aún hay tiempo —condescendiente, y sin demostrar urgencia alguna. Y señalando la silla de delante—: ¿Quieres tomar algo?

—No —permaneciendo de pie.

Cortés sacó la cartera y parsimoniosamente dejó las cuatro pesetas que cubrían su consumición.

—¿Ya tienes el dinero? —Damián no pudo evitar hacer la pregunta.

—No, tú me acompañarás a buscarlo. Como me dijiste, debemos ser precavidos. Hay mucho desaprensivo suelto.

Aquella apostilla resbaló en los oídos de Damián sin afectarle:

—Se acerca la hora del encuentro con el capitán del mercante francés —hizo un gesto impaciente señalando su reloj—. ¿Estamos lejos de donde hemos de ir?

—No, a un paso. Cinco minutos caminando.

Eso quería decir que la primera de las hipótesis barajadas por Damián era la correcta, aparte del cofre de su habitación, Cortés disponía de otro escondrijo, aquel tipo estaba auténticamente forrado.

—¡Pues vamos! —urgió el de abastos en dirección a la salida, parecía que de repente le habían cogido todas las prisas. Cortés, detrás de él, advirtió el bulto de la pistolera bajo la sisa de su americana.

El extremeño se conocía al dedillo el barrio Chino, sabía que detrás de las grandes avenidas como la calle de Pelayo o las Ramblas, a escasos metros, había cantidad de callejuelas y pasajes escondidos y solitarios, sin luz y con olor a meados y a basura donde dormían la mona los borrachos y las putas hacían mamadas a destajo; alguno tan lleno de mierda y ratas donde ni siquiera eso ocurría. Uno de esos lugares era el que antes había ido a reconocer y escoger, y hacia donde ahora se dirigían. No fueron cinco minutos, sino diez hasta que llegaron a un estrecho y largo callejón de apenas dos metros de ancho en el interior de un patio de manzana, y por él se adentraron. Luego de atravesar una desvencijada y oxidada reja se detuvieron frente a una puerta metálica cerrada por una cadena con un candado. El silencio que los rodeaba quedó roto por las arcadas de alguien, seguramente un borracho, que a medias lanzaba maldiciones y a medias vomitaba la primera papilla. Cortés chasqueó la lengua:

—Necesito luz, aquí no se ve una mierda.

La figura de Damián pegada a él, con la mano derecha bajo el cruce de su americana para echar mano de su pistolón, aguardaba el momento para sacarlo. La ocasión sería cuando tuviera a la vista el color del dinero que habían ido a buscar.

Cortés sacó el mechero y lo encendió.

—Ahora la llave. La tengo en el bolsillo. Toma, aguanta esto —le dijo, pasándole el encendedor.

Damián lo hizo, interpretando aquella petición como que no se olía nada. Después de todo, iba a resultar que aquel tipo no era tan listo como se suponía.

Pero cuando se situó a su lado, alumbrándole y esperando que sacara la llave del candado, en vez de eso Cortés le colocó la

bocacha del Astra en su cuello. Pero no disparó, antes de matarlo quería tener la plena confirmación de que sus sospechas eran ciertas.

—Me vas a contar de qué va esto, pero será después de que alivies el peso que llevas bajo el sobaco. ¡Dame lo que te cuelga! —y apretó el cañón contra su nuez, causándole un rasguño.

—¡No es lo que crees!

—Venga, la pipa lo primero. Y a cámara lenta.

—No es lo que crees —de nuevo, al tiempo que le entregaba el Llama.

—Eso ya me lo has dicho. Mira, vamos a ir al grano. Hace cuatro días que no llega a puerto ningún carguero procedente de Marsella, ¡cuatro días! De manera que lo del Pelargón es un cuento chino, y lo de ese gabacho, el tal Pons y su puta madre, un cuento conchinchino. ¿Me sigues? Contéstame a una pregunta:

—No es lo que parece.

—¡Joder tío, te repites más que el ajo! Solo respóndeme: Ana, ¿está en el lío?

Al escuchar aquello, Damián creyó ver una salida. Por la forma de mencionarla parecía que allí podía existir algo más que la convencional relación entre huésped y patrona.

—Todo ha sido idea de ella. Yo solamente… —le echaría toda la culpa. Lo importante era frenar las ganas que el otro parecía tener de apretar el gatillo.

—Tú solamente… ¿Qué?

—Yo no quería. Ella cree que tienes mucho dinero en el cofre que guardas en tu habitación, debajo de la cama. Ya ves, si no me lo hubiera dicho, es algo que yo desconocería.

—¿Y el plan?, ¿cuál es el plan?

—Ana imaginó que tú, una vez dijeras que sí a lo del Pelargón acudirías a tu habitación en busca del pago para el capitán del barco. Ella fue la que…

—Tío, eres una auténtica mierda.

Cortés ya sabía lo que le interesaba, que Ana estaba metida hasta las cejas. Siempre el dinero, el jodido dinero. Y en cuanto a quien tenía a su lado en ese momento, solamente correspondía

hacer una cosa, y la hizo. Flexionó el dedo índice. La bala, acompañada en su salida de un chasquido apenas audible, penetró por el maxilar de Damián y salió por el cráneo machacando cuanto encontró a su paso, sesos incluidos. El inspector de abastos se desplomó a sus pies.

A continuación, tras guardar la pistola y mientras el charco de sangre se iba ampliando, se acuclilló, metió mano en los bolsillos del ya cadáver y le quitó la cartera, luego de su muñeca el reloj y de su dedo anular un tresillo y se lo guardó todo. Le soltó el cinturón, abrió la bragueta, le bajó el calzoncillo y tirando del empequeñecido pene lo sacó al exterior, dejando caer sobre él un denso escupitajo. Le interesaba crear la tramoya de que fue una puta o un chapero el causante del robo y el asesinato, algo perfectamente creíble vistas las apariencias y el lugar. Hecho lo cual, y comprobado que la soledad y el silencio seguían instalados allí, se dirigió a las Ramblas en busca de un taxi que lo condujera al paseo del Monte. Quedaba el epílogo por completar.

Ana había abandonado el parapeto del mostrador y trataba de apaciguar su nerviosismo dando paseos por la acera delante del hotel. Atisbó el interior del taxi esperando ver aparecer a su huésped acompañado de su amante. Cortés se apeó y en la quietud de la noche ella escuchó como ordenaba al taxista que le esperara. Lo interpretó como algo positivo y ajustado a lo previsto, aunque le preocupaba la ausencia de Damián. Cortés se dirigió a ella:

—Vamos al hotel.

—¿Y Damián? —tirándole de la manga para que se detuviera.

Por si no hubiera bastado lo que el de abastos le había dicho, con ese gesto el extremeño tuvo la confirmación de su participación.

—Lo he dejado esperándome —al decir esto se sonrió para sus adentros: era verdad, solo que no volvería a reencontrarse con él hasta el día del Juicio final—, yo tengo que coger algo de mi habitación. Acompáñame.

No era el programa previsto por parte de Ana, pero en todo caso no le creó alarma, bien al contrario. ¿Podía ser que hubiese venido para hacerse con los 4.000 duros? Sí, eso parecía.

Subieron. Cortés, sin decir palabra, estiró el cofre de debajo de la cama y lo dejó a la vista, luego abrió el armario y fue sacando y metiendo ropa en una maleta y una bolsa de viaje. Ana, sentada en

una butaca, aguardaba a que su huésped abriera el baúl, al tiempo que observaba aquellas maniobras de mudanza sin abrir la boca esperando a que saliera de él darle una explicación, pero sin atreverse a pedírsela. No quería manifestar ninguna especial curiosidad porque se suponía que desconocía los detalles de su trato con Damián, en particular los de su cita con el francés. Es más, haberle preguntado antes por él, entendía que había sido un error.

El cacereño la miraba de soslayo, admiraba a aquella mujer, su temple ante los interrogantes que estarían bullendo en su cabeza, pero sin manifestarlos. Cuando acabó de embalar las pertenencias que había ido seleccionando se arrodilló junto al cofre, sacó la llave de su bolsillo y lo abrió. Le hizo una seña a Ana con el fin de que se acercara y le mostró los fajos de billetes y un joyero del que levantó la tapa para que viera su contenido, seguidamente introdujo ambas cosas en la bolsa de viaje. Cerró los dos bultos, los llevó junto a la entrada, se giró y se encaró con ella:

—Damián es un cadáver. Pretendía jugármela y eso le ha costado la vida. No creo que nadie te relacione con su muerte. Ni a ti, y mucho menos a mí. Y espero que sea así en beneficio tuyo y mío, los muertos con los muertos. Quiero que sepas que, aun cuando soy un cabrón integral, de vez en cuando, muy de vez en cuando, me sale un ramalazo de buena persona. Has tenido suerte, porque hoy ha ocurrido así, me has pillado en un buen día y de buenas, algo que no suele ocurrir. Sé que estás metida en esto hasta el corvejón —aguardó por ver si ella lo negaba, pero mantenía su silencio y su quietud—: Te dejo vivir como pago a las atenciones que he recibido de ti en estos años, aunque entiendo que no todo era cariño por tu parte. No me sentiría en paz conmigo mismo si te aflojara un tiro, pero quiero que sepas que ahora estamos en paz y con el contador a cero. De manera que olvídate de mí para los restos. No creo que nos volvamos a ver, y si eso sucede será una mala señal. ¿Lo has entendido?

La mirada de la mujer reflejó, además de miedo, frustración. Cortés sentía interés por ver si exteriorizaba un mínimo de pena o dolor después de anunciarle la muerte de Damián, quizá una lágrima, o un insulto contra él, pero eso no aparecía. Y tampoco salía de sus labios palabra alguna, quizá creía que cualquier pregunta o cosa que dijera podía empeorar su situación. Solo, tras unos instantes, balbuceó:

—Sí, lo he comprendido.

Cortés cargó con los dos bultos, abandonó La Confianza y ordenó al taxista que lo llevara al hotel Colón, cerca de la catedral. Esa sería su nueva residencia durante los años siguientes hasta que se mudó a La Barceloneta.

Mientras el coche enfilaba por la Travesera de Dalt, alejándose de La Confianza, Ana se apresuraba a inclinarse sobre el arcón abierto y vacío rebuscando entre sus pliegues y el forro por ver si daba con algo que hubiera quedado olvidado o escondido. Pero no lo halló, Cortés lo había dejado completamente limpio. Después registró los bolsillos de la ropa que no se había llevado. Tampoco nada.

Fue entonces cuando soltó un alarido seguido de una maldición.

12

Cortés estaba en disposición de escribir una enciclopedia con las mil y una maneras de obtener rendimiento de la codicia humana. Era un experto en aprovechar la necesidad y la ambición —juntas o por separado—, de los demás en su propio beneficio. Allí donde para el común de los mortales regía el azar y la contingencia, él poseía la capacidad para cambiar la aleatoriedad del dado cuando salía del cubilete o la carta que se levanta en el tapete de juego, haciéndolo en beneficio del apostador y del suyo propio porque disponía del truco o el comodín capaz de obrar el prodigio. Y lo mismo si para satisfacer un deseo se necesitaba tiempo, porque él era capaz, a cambio de un dinero, acortar la espera hasta reducirla a la nada.

Durante la Dictadura de Franco el juego estuvo prohibido. «En España no se juega, en España se trabaja», ese era el lema del régimen y de la católica y apostólica Iglesia que utilizaba la maldición bíblica de «ganarás el pan con el sudor de tu frente» como aval indiscutible. O mejor dicho: el juego estaba prohibido, pero con reservas. Además de la ONCE que permitía a los ciegos, en lugar de tocar el violín o pedir limosna por las esquinas, vender los iguales voceando a quien le daban la suerte —que ellos no habían tenido, *of course*—, las quinielas y la lotería, y en menor proporción las apuestas en los frontones, los hipódromos y los canódromos, servían para quitarle al españolito medio el mono del juego y de paso llenar los bolsillos de los pelotaris y los criadores de caballos y galgos. Sus autorizaciones —junto a las de los estancos y las farmacias—, se adjudicaban a dedo a antiguos combatientes de la Guerra Civil, a viudas de amantes esposos caídos por Dios y por España, o simplemente a mantenidas de los gerifaltes del Régimen.

Pero, de acuerdo con el dicho que afirma «lo prohibido es lo deseado», el juego, las apuestas para ser más exactos, formaba parte del ADN del español medio y tenían su asiento al margen de la ley, tanto en las timbas que se celebraban en la trastienda de los bares, donde el mus, el póquer o incluso el dominó y el parchís eran los algoritmos elegidos, como en las sesiones de boxeo del Salón Apolo o del Iris los domingos por la mañana para predecir si Kid Padrós —el *Noi* de Gracia— noquearía a Lucho Hernández —el *Nan* de Sant Andreu—, o viceversa.

Cortés, vocacionalmente aficionado a todo lo relacionado con la

violencia, frecuentaba las veladas del Price donde una pareja tras otra se dejaba la cara señalada esperando salir así, a bofetada limpia, de la miseria. En los años cuarenta, cincuenta y sesenta del pasado siglo, ese local era el referente catalán del boxeo, el catch a cuatro y la lucha libre con sesiones que duraban hasta la madrugada. Eran los tiempos de Fred Galiana, Boby Ross, Lacoma y más delante Ben Alí y José Arranz, una edad dorada del deporte de las 12 cuerdas que culminó con José Legrá y Pedro Carrasco con su mítico *bolo punch* que, entre los olés del respetable, soltaba cuando su contrincante estaba al borde del KO; si eso podía dejar lesiones cerebrales irreversibles en su rival no le interesaba a quien, con un caliqueño o un toscano en la mano, no paraba de rugir: «¡Mátalo, mátalo!». Aquellos tipos en calzoncillos encuadrados en el peso mosca, pluma o ligero, nervudos, fajadores natos educados, más que a dar, a recibir, no se distinguían mucho de la hinchada que los aplaudía y enardecía. Siendo ese mundo el propio del cacereño, el de la fuerza, los mamporros, los golpes bajos, las patadas y los cabezazos, no es de extrañar que, tras perder la apuesta de 500 pesetas aparentemente segura que hizo en favor de una promesa ascendente, Roque Tano llamado el Ciclón del Paralelo, que hasta ese instante había ganado todas las peleas, se diera cuenta de que, detrás del «segundos fuera» y la cuenta hasta diez del *knockout*, había un suculento negocio.

No le fue fácil introducirse en la organización que controlaba en qué asalto y frente a quien se ganaban o se perdían los combates, por puntos o fuera de combate, incluso después de cuántas caídas o en qué minuto, pues cada cosa tenía su postura, su precio, su premio y su adrenalina. Era un terreno peligroso, con mucho exboxeador metido en el ajo, gente dura que te daba una paliza en menos que canta un gallo si consideraba que ponías en cuestión su *bon vivant* conseguido con sangre, sudor y lágrimas. Pero Cortés con los años había aprendido, no solamente a tener paciencia y no dar pasos en la mala dirección, sino a no buscar el enfrentamiento directo, creando eso que Jacinto Benavente llamó «intereses creados». Aparte de que más vale una pequeña porción de algo que el todo de nada.

Tras un tiempo de poner la oreja pudo enterarse en manos de quien estaba el negocio de las apuestas en Cataluña, el vértice superior de la pirámide. Se trataba de un gallego, Juan Bolín, de setenta y un años de edad, antiguo peso mosca y amante de las cosas buenas de la vida, así lo dedujo cuando tuvo a la vista su metro y medio de estatura, su rostro adiposo, su venosa nariz de

borrachín y su cintura neumática. Nada quedaba allí del cinturón de Hércules y los abdominales —la *tableta*, por emplear un término actual—, de otros tiempos. Supo también que en el enredo estaba metido más de un periodista deportivo que con incendiarias crónicas en los semanarios *Lean*, *Dicen* y *Vida Deportiva* calentaba los ánimos del personal jaleando los desplantes y desafíos que se hacían uno y otro contendiente convirtiendo lo que debería ser el deporte de las 12 cuerdas en una pelea de calle.

Por la noche Bolín frecuentaba un palco del Molino, en su escenario el mítico Johnson, con unas pestañas postizas que al aletearlas hacía innecesario el aire acondicionado del local, ataviado con un traje de lentejuelas y luciendo su carita de pitiminí embadurnada de colorete, dedicaba a los mancebos de platea un pasional fruncimiento de sus labios acompañado de un: «¡Serás mío!», mientras su compañera Gardenia Pulido se lo miraba, erguida, potente y *dominatrix* desde la atalaya de sus tacones de palmo. Pero naturalmente que no era Johnson el amor de Bolín, sino que su protegida y favorita era Visitación, una cuarentona del coro de la Bella Dorita.

Visitación era lo que se llama una mujer bandera, jamona, real hembra, jaca cortijera o *ben plantada* según quien la calificara. Pero lo que le sobraba de carnes prietas y celulitis —en la postguerra, y tras el hambre pasada, las arrobas de las tres gracias de Rubens era el desiderátum de belleza femenina, mejor pasarse que no llegar—, le faltaba de pesquis y de cuanto pudiera considerarse cualidades intelectuales. Por mucha protección y enchufe con que Bolín la dotaba, la pobre mujer era incapaz de memorizar e hilvanar con un mínimo de soltura y tablas cuatro palabras seguidas, las dos veces que lo intentó el respetable la confundió con una cómica y estalló en carcajadas. Lo suyo era trotar y relinchar por el escenario para, y después de la apoteosis de la revista, en las noches que Bolín hacía acto de presencia, subir al Fiat 1500 de su sponsor y pasar las siguientes horas con él a demanda.

13

Ahí, en Visitación, es donde Cortés vio la oportunidad de entrarle a Bolín cuando llegara el momento porque resultaba que, como suele ocurrir con la gente de pasta —y particularmente con los nacidos en Ourense como era él, un gallego ejerciente de pies a cabeza—, el tipo era tacaño en grado sumo. Algún regalito a Visitación en forma de joyas de medio pelo, un abrigo de piel de conejo y un menudeo de billetes de 25 pesetas soltados de uvas a peras. El expeso mosca no había tenido el detalle de montarle un pisito como hacían en aquella época los hombres de posibles, enamorados y de bien, y eso que la relación hacía ocho años y medio que duraba; Visitación, cuando dejaba por las mañanas la cama de su protector en el barrio de Sants, subía al tranvía y se recogía en la pensión Celia en la calle Arco del Teatro. Así andaba de apretada la economía de la buena mujer.

Pero la muy pillina no siempre hacía el camino sola, porque con frecuencia, y en los días que el todopoderoso gallego se tomaba un descanso, uno de sus adláteres, Enrique, la esperaba a la salida de El Molino, y tratándola como lo que era, una dama, le abría la portezuela de su coche, un 600 de segunda mano, y le hacía de taxista gratis sin parar de darle conversación diciéndole lo guapa que estaba y lo *cacho* artista que era. Como final de trayecto, Quique subía con ella a la pensión, no fuera cosa que se perdiera por las escaleras y no encontrara la puerta de entrada, sin volver a aparecer hasta dos o tres horas más tarde. Una información que a cambio de 10 duros Cortés recibió de doña Celia, la patrona de Visitación. Allí había tomate, se dijo el extremeño, almacenando el dato.

Indagó cómo funcionaba la red de apuestas de peleas amañadas que controlaba Bolín, y la docena de bares del barrio Chino donde podían hacerse las posturas. Y decidió entrar en el negocio sin estorbarle, ocupando los flecos que quedaban al margen de su organización por considerarlos el gallego de poco interés, como eran las peleas de aficionados y las que se celebraban con motivo de las fiestas mayores o en los gimnasios. De esta forma conseguía no molestar a la fiera, conocer los entresijos de aquel mundillo donde se movía tanto dinero y con tanta impunidad, e irse situando en el mercado. Se buscó un socio, Mohamed Mandrón —llamado así por ser marroquí y porque su derechazo era famoso en el gremio—,

perfecto conocedor de su funcionamiento y que haría de recaudador. Primero, y durante un año, Cortés y su segundo se contentaron con una comisión del quinto de las apuestas sin amañar ningún combate, lo cual les dio un aura de seriedad y confianza entre sus clientes que hizo subir el volumen de las bolsas, hasta que llegó el momento de dejar de creer en el azar y en la fuerza bruta y sin cerebro de los puños de los contendientes, y convertirlos en actores para simular las caídas y los fuera de combate.

La inauguración de la nueva variante teatral del negocio tuvo lugar en el entoldado de la plaza del Diamante de las fiestas de agosto de Gracia. La velada de boxeo de aficionados contaba como número estrella con el combate entre Dani Fernández, el *Xicot del Mercat*, y Pedro Castejón, del barrio de La Salud. Era un clásico del verano, hacía cuatro años que se celebraba y en los tres últimos fue el de casa, Fernández, el que ganó, de manera que las apuestas estaban claramente a su favor en proporción de cuatro a uno.

Mandrón y Cortés se citaron el día anterior de la pelea con el *Xicot del Mercat* que tenía como trabajo, cuando no boxeaba, acarrear fardos en el mercado de La Abacería Central. Al muchacho, que era todo corazón, pero que rayaba en la imbecilidad más absoluta, se lo llevaron a cenar a Casa Costa —aperitivo, tres platos, café, copa y puro—, y luego al Emporium, el cabaret de la calle de Muntaner que tenía como timbre de gloria haber traído a Barcelona a Josephine Baker y a Coccinelle, un travesti de cuando esa palabra no estaba inventada. Y tras barra libre de coñac y whisky de garrafa, lo emparedaron entre dos putas en un reservado, el par de avezadas coimas con la orden clara y terminante de no darle tregua, dejándolo a las seis de la mañana más escurrido y chupado que la colilla de un caliqueño. No hizo falta más, las siguientes cinco horas de sueño fueron incapaces de borrar la cogorza que el *Noi* llevaba encima, y en el cuarto asalto del combate concertado a quince, y entre los abucheos del respetable, cayó por tercera vez en la lona consecuencia de un *uppercut* de Castejón. Allí permaneció mientras el árbitro contaba hasta 10.

La ganancia limpia para Cortés, descontados los gastos de la orgía corrida por el *Noi* a cargo de la empresa, fue de 2.600 pesetas, una cantidad nada despreciable, y significó el final de la carrera pugilística del derrotado que, espatarrado y mientras acercaban a su nariz un frasco de sales para que reaccionara, tuvo la mala ocurrencia de vomitar, dejando en la lona un charco verdoso que olía a mil demonios.

Fue pocas semanas después cuando los caminos del gallego y el extremeño se cruzaron y colisionaron. Pasito a pasito, Cortés y Mandrón habían ido metiendo el moco en las peleas que, creían, estaban al margen de la actividad del de Ourense. Por otra parte, el que su campo de actuación se fuera expandiendo sin que Bolín diera señales de vida los volvió más osados. El choque de trenes se produjo porque el extremeño y el gallego pusieron sus ojos en el combate preliminar de una matinal que se iba a celebrar la mañana del siguiente domingo en el Price. Y resultó que los dos, y por distinta vía —el uno a través de su *sparring* y el otro de su novia—, entraron en negociaciones y cerraron el trato con *Martillo Javi*, el nombre de guerra de uno de los púgiles —los apodos de aquella época eran de lo más imaginativo—, para que al inicio del séptimo asalto pusiera la otra mejilla y su oponente, Juan Salat, le endilgara un izquierdazo que hiciera inútil llegar a los 12 rounds que estaba previsto durara el combate. Bolín y Cortés desconocían que buscaban lo mismo y pagaban por idéntico servicio que llenaba los bolsillos del *Martillo* por partida doble, el tipo encantado de la vida y tranquilo porque aquello no le traería problemas ni con uno ni con otro. El resultado de la pelea fue el previsto y la caída de *Martillo Javi* merecedora de un Oscar, pero, el hecho de que el derrotado aireara el plus obtenido ante unos colegas del gimnasio para justificar su derrota y que lo dicho llegara a oídos de Bolín y Cortés, aparte de significarle al noqueado tener que devolver el último céntimo del pringue y recibir una paliza, llevó al orensano y al malpartido a tener una conversación cara a cara que pusiera remedio a la guerra que amenazaba desatarse en el futuro.

—Hay campo para los dos —le dijo el gallego al extremeño, sentados ambos en una terraza de la plaza Real, a poca distancia de donde Tano y Mandrón, sus respectivos hombres de confianza, aguardaban atentos por si tenían que intervenir.

Cortés no quería dividir el terreno —la propuesta del de Ourense era quedarse él con Barcelona y dejarle al de Los Barruecos el resto de Cataluña—, porque, aparte de que el mayor beneficio estaba en la Ciudad Condal, sabía que eso traería problemas. Al final se quiera o no se quiera, siempre uno acaba invadiendo el coto del otro. Además, los setenta y pico años de Bolín le decían que a aquel tipo le quedaba poco recorrido y pocas ganas de meterse en belenes. Su sugerencia fue:

—Te ofrezco ir a medias, trabajar juntos. Los dos unidos seremos más fuertes, hay por ahí más de uno que quiere hincarle el diente al

negocio, y si nos mantenemos separados se lo estamos poniendo a huevo.

Aquello no era del agrado de Bolín, hasta ahora él había sido el jefe, el único, el indiscutido. Pero era cierto que los años le pesaban. Mientras rumiaba la oferta se hurgó las encías para sacar los restos de calamar que se le habían metido en una caries, sin por ello dejar de estudiar el rostro de quien tenía enfrente: una cicatriz cruzándole la mejilla, los ojos achinados y una frente prominente, además de treinta años menos que él. Era el futuro, mientras que él ya empezaba a formar parte del pasado.

Hubo acuerdo. El gallego, tras cerrar el trato le dijo que Tano, su segundo, era quien lo representaría, y cuando esperaba que Cortés hiciera lo mismo nombrando a Mandrón como su *Vice*, le oyó decir:

—En lo que a mí concierne, todo pasará por mis manos.

Bolín desvió la vista hacia la mesa donde los dos segundos les lanzaban miradas huidizas intentando saber cómo iba el pulso entre sus jefes. Cortés añadió:

—A partir de hoy Mandrón está fuera.

El extremeño sabía de algunas maniobras en la oscuridad que su supuesto hombre de confianza llevaba a cabo —mordidas a los púgiles con quienes cerraba el trato, comisiones extras a algunos corredores de apuestas—, lo que a sus ojos significaba que le estaba robando, y había llegado el momento de quitárselo de encima.

A modo de propina, y como deferencia personal una vez el acuerdo fue firme, Cortés informó a su nuevo socio de los tejemanejes de Quique con Visitación, una manera de demostrarle que se le estaba pasando el arroz y lo mejor que podía hacer era reconocerlo. Lo siguiente que supo fue que el tal Quique, consolador de la *Visi* y sucedáneo en las ausencias de Bolín, apareció muerto con la yugular seccionada en un portal de la calle de Escudillers, y que ella ya no formaba parte de las chicas del coro del Molino, algún hijo de padre desconocido la esperó una noche y le cruzó el rostro dejándole una fea cicatriz de recuerdo. El extremeño, al enterarse, pensó que su cara, también marcada, había inspirado a Bolín el castigo que impuso a la mujer que hasta ese momento fue su querida.

La colaboración duró hasta poco después de la muerte del Dictador. En el año 1977, con la llegada de la llamada Democracia, se autorizaron los bingos en las casas regionales y las máquinas

tragaperras en los bares, seguido de todo tipo de loterías autonómicas para culminar con la apertura de los casinos. Primero con la exigencia de que estuvieran situados lejos de los grandes núcleos habitados —en Sant Pere de Ribes o Lloret de Mar en Cataluña—, para más tarde, y luego de que los gerifaltes del gremio untaran a los partidos y a los padres de la Patria, que hasta ese momento se habían hecho los remilgados, conseguir colocarlos en las capitales de provincia, que es en donde está el lucro de verdad. Algún día se escribirá la historia y los entresijos de esa evolución con inicio en el Despotismo ilustrado franquista, que privaba al probo e inocente pueblo llano de algo tan pernicioso, pecaminoso y *transversalmente* perverso como es el juego, para luego, y poco a poco, írselo acercando por arte y parte de la *troupe* de personajes y personajillos elegidos en listas cerradas y blindadas por sufragio universal libre y directo. Así hasta redactar leyes a medida con el objetivo de que los macrocasinos de próxima construcción en Barcelona y Madrid, a modelo y semejanza de Las Vegas, paguen menos impuestos con la coartada de crear puestos de trabajo: seguratas, crupieres, camareros, damas de compañía y demás fauna. Es lo que se dice generar riqueza y dinamizar la economía.

La consecuencia de que jugarse los cuartos estuviese a mano en el quiosco de la esquina —el rasca, rasca—, o en el bar de abajo —las *escurabutxaques*—, significó la decadencia de las apuestas clandestinas dando origen a un nuevo imperio del juego, Cirsa y compañía, del que Cortés, quedó excluido. Y el deporte del boxeo, sin la posibilidad de hacerse rico por acertar en qué asalto caía uno u otro contendiente, fue languideciendo. El españolito medio, con mejores opciones donde jugarse su dinero, había perdido interés por ver y apostar quien resultaba vencedor de entre dos tipos pegándose mamporros. La puntilla la puso José Manuel Ibar Azpiazu —Urtaín —, un peso pesado vasco que, jugando a emular a Paulino Uzcudun, hizo su agosto hasta perder frente al belga Coopman la pelea por la corona europea de los pesados. Lo cual le significó pasar, de ídolo y ejemplo de «la pujanza de una raza» en palabras del locutor chileno Bobby Deglané, que retrasmitía el combate mientras el belga le ponía al español la cara como un mapamundi, a ser un juguete roto que se echa a la basura; acosado por los acreedores acabó suicidándose al tirarse a la calle desde un décimo piso.

Desapareció el Price, y el Iris se convirtió en una sala de cine de películas S que pronto pasarían a ser X. La industria de la bragueta iba sustituyendo a la de los puños, y el multiorgasmo pajillero a la emoción del KO técnico. Cronológicamente, y tal vez como un

vaticinio de la ruina del negocio que se avecinaba, Bolín, que los últimos años se limitaba a poner la mano para que en ella Cortés le depositara su parte de las ganancias sin cuestionarla, murió en febrero de 1976. Una de sus postreras salidas del asilo en el que pasó sus últimos días fue para acudir a Madrid, y desfilar frente al cadáver de Franco expuesto en el Palacio Real. Jacinto lo vio por televisión, cojeando y con los ojos llorosos, cuadrarse y hacer el saludo fascista ante el féretro después de seis horas de paciente cola. El extremeño, muerto su socio, se quedó con los últimos gajos de aquel en otro tiempo floreciente comedero, y que ahora había entrado en barrena.

En el 1978 Cortés, con la ubre prácticamente seca, licenció a sus corredores de apuestas, cerró el chiringuito y se concentró en los préstamos usurarios. La necesidad de disponer de un lugar estable para el nuevo negocio fue lo que lo llevó a La Barceloneta. Lo hizo a lo grande, con la compra de tres edificios y escogió la vivienda de uno de ellos, el que daba a la calle de la Sal, para instalarse.

De todos los personajes que el extremeño conoció en la etapa pugilística de sus negocios, le tomó especial afecto a uno de sus corredores de apuestas que después y durante cinco años le sirvió de guardaespaldas. Era colombiano y se llamaba Rubén Darío, igual que el poeta, aunque él apenas sabía leer y escribir. Como buen sudamericano le gustaba perorar sobre lo divino y lo humano, explicándole a Cortés historias de los treinta años que pasó en su país. Como él mismo, el tipo había sido monaguillo en su ciudad, Medellín, y un día, rememorando los latinajos y las clases de catecismo recibidas por uno y por otro, le preguntó:

—Jefe, ¿usted sabe cuántos son los mandamientos de la ley de Dios?

—Toma claro, son diez. ¿Quieres que te los recite: El primero Amarás a Dios sobre todas las cosas. El segundo…

—No jefe, no, no son diez, son once.

—¿Once?, No hombre no. Son diez. A ver, ¿cuál es ese once que dices?

—Verá patrón, usted sabe todas las cosas que según dice la Iglesia no se deben hacer, tal y como figura en las tablas de la ley que Moisés recibió de Dios en el monte Sinaí. El libro sagrado de la Biblia nos dice que eso ocurrió en la huida de Egipto del pueblo de Israel…

Cortés optó por cortarlo. Si lo dejaba hablar podía pasarse una hora sin contestar a su pregunta:

—Vale, sí. Pero ese once mandamiento que dices, ¿en qué consiste?

—Muy sencillo: en no dar papaya.

—¿No dar papaya? Y… ¿qué cojones es la papaya?

—La papaya, jefe, es una fruta. Pero no dar papaya es otra cosa distinta. Es no dar facilidades al enemigo, no ser débil, prevenir y evitar aquellos momentos en los que uno es vulnerable, cuando está indefenso y lo pueden atacar, no tener amigos, recelar de todo y de todos.

Cortés no lo acababa de entender:

—Explícate mejor.

—Pues eso, quiere decir no situarte nunca en disposición para que te puedan matar, te traicionen, te secuestren, o te roben. Permanecer siempre alerta, vigilar, no bajar la guardia… En Medellín eso es algo que se enseña hasta en las escuelas y que todos deben aprender porque el que no lo respeta, seguro que no llega a viejo. ¿Lo comprende?

Rubén Darío completó su lección magistral con todo tipo de ejemplos e historias vividas por él en su tierra natal que habían acabado con la ruina, la mutilación o la muerte de quien dio papaya. Hasta que el cacereño se vio obligado a decir:

—Vale, vale, ya lo he entendido.

A partir de entonces aplicó ese onceavo mandamiento a su vida, un precepto que por otra parte, y sin saber que en Colombia era considerado una parte más del Decálogo él, y de forma intuitiva, ya seguía a rajatabla. Le gustaba y se quedó con la música de aquella frase en apariencia tan carente de sentido pero a la vez tan profunda: «no dar papaya».

14

El octogenario Jacinto Cortés de ahora, físicamente nada tenía que ver con aquel imberbe mozalbete que llegó a Barcelona en un vagón de tercera del Shangai. Pero, según dicen los curasesos, las vivencias de la infancia marcan para siempre nuestra psique, uno no cambia en lo básico por muchos decenios y experiencias que acumule. Y tal cosa se cumplía en el de Malpartida. Incluso podría decirse que los defectos —de virtudes el extremeño no gastaba—, se habían agigantado. Su pésimo concepto de los humanos le llevaba a buscar el aislamiento y el placer onanista para practicar la mayoría, sino todos, los siete pecados capitales, empezando por la gula y acabando por la codicia. Los otros, los demás, el llamado prójimo, era una molestia para él, aunque un medio necesario para lograr sus fines. Estaba obligado a relacionarse con sus congéneres, pero era como el actor que de memoria recita frente a las candilejas un papel que ha escrito otro y con el que no se identifica, su rostro era una mueca cuando reía los chascarrillos sin gracia de sus socios ocasionales y les felicitaba por sus nombramientos o sus éxitos. Los clubes sociales y lugares de los fastos acostumbraban a ser El Bolero o El Cortijo, dos cabarets de Barcelona hoy desaparecidos, en aquellos días de vino y rosas los preferidos por la pandilla de calaveras a la que pertenecía, sus componentes con carta blanca, patente de corso y hasta licencia para matar. Cuando había algo que celebrar los cerraban a cal y canto con todo su puterío dentro bajo el lema «que no falte de *na*». Fuera, sobre la acera, aparcados los Seat 1500 o los Ford Taunus oficiales con los chóferes y los guardaespaldas, esperando que a sus excelencias y a sus adláteres —entre ellos estaba Cortés—, se les acabara la cuerda y con paso trastabillado y el cinturón del pantalón todavía sin ceñir hicieran acto de presencia. Pocas veces como en aquellos tiempos ha estado tan clara la frontera que separa los que obedecen de los que mandan —propia por otra parte de los regímenes autoritarios—, ni tan asumida la obediencia y el respeto debido de los de abajo hacia los de arriba. Al «que no falte de *na*» le acompañaba, a la menor resistencia o cuestionamiento, aquella otra impagable expresión de «no sabe usted con quien está hablando». Una frase que, por cierto, en tiempos recientes también utilizan nuestros políticos/as cuando los/as pillan con las manos en el carrito del helado.

La cicatriz que Cortés lucía en su mejilla se la hizo la navaja de

uno de sus deudores cuando él le reclamó su parte en un negocio, a lo que el otro se resistió. De eso hacía más de cuarenta años y desde entonces el tajo había ido cambiando de color y textura hasta presentar la actual: un costurón morado de la anchura de medio dedo que le cruzaba la cara desde la frente al maxilar. El apodo de *Caracortada* que le significó y que él lo tenía como un timbre de gloria —alguien le dijo que con ese apodo se conocía también a Al Capone—, iba acompañado de los comentarios sobre cómo, al final de la pelea, quedó el tipo que tuvo la osadía de señalarle el rostro: *gagá* para los restos y sobreviviendo vendiendo iguales en una esquina.

Para acabar de retratar el físico con que el cacereño había llegado a la segunda década del siglo XXI, decir que padecía una cojera en su pierna derecha consecuencia de otra cuchillada que recibió de un ruso y que le lesionó el cuádriceps, lo único bueno para él y malo para su contrincante, fue que este quedó yacente y con el cuello seccionado en la trasera del bar donde sucedió la reyerta. En este caso ni siquiera la ONCE tenía remedio para eso.

De la mano izquierda de Cortés faltaban los dedos meñique y anular arrancados de un mordisco por una camarera de El Cortijo conocida por *la Chata*, la compañera que le tocó en suerte en uno de los fiestorros que periódicamente celebraba la plana mayor del gobernador militar. Las lenguas de doble filo decían que la nariz de garbancito a la que debía su nombre de guerra la mujer y que la dejó sin perfil, era consecuencia de un cabezazo que le propinó un cliente en pleno frenesí sexual. Esa minusvalía, *la Chata* la compensaba con un trasero y unas delanteras que eran todo menos menguadas; de ahí que Cortés —amante de las lorzas y las mantecas —, la buscara como compañera en el emparejamiento previo a los guateques siempre que otro superior a él en la escala de mando no la hubiera elegido antes. El que vale, vale, y el que no, a la cola. Pues bien, en una de las orgías cortijeras, y cuando la pareja formada por *la Chata* y *el Caracortada* se reincorporó al jolgorio tras su estancia en uno de los reservados del cabaret, a ella no se le ocurrió otra cosa que soltar un comentario supuestamente jocoso sobre el *penis size* de su partenaire —léase el tamaño más bien justito de su aparato reproductor—. El cacereño aguantó estoicamente las bromas y risotadas de sus colegas que duraron hasta que, a las ocho de la mañana y junto con todo el rebaño de cabestros, abandonara El Cortijo. Dos días después regresó al local de la Diagonal e hizo que la *Chata* se sentara a su mesa, pidió una botella de champán y estuvo de palique con ella, incluyendo en

tono divertido la ocurrencia que 48 horas antes había soltado referente a su *rabito*. Después de escuchar a la Consuelito cantar "El Polichinela" y "Mi bella flor" en el escenario, sobre la una, faltaban dos horas para el cierre oficial del local, Cortés ofertó a *la Chata* repetir la visita al reservado, aduciendo para convencerla dos billetes de 50 pesetas que dejó sobre la mesa:

—Al menos, si soy corto de talla en algunas cosas, en otras supero a la media.

Ella cogió el dinero. Al final, para los hombres todo se limita al tamaño de su colgajo y su cartera —dos caras de la misma moneda —, y aquel tipo con acento andaluz era la prueba. Le vendrían de puta madre aquellos 20 duros, al salir le pediría una dosis de coca a Pedro, el portero, el mejor remedio para el temblor que desde hacía un rato notaba en sus manos.

Las puertas de los reservados de El Cortijo eran a prueba de 100 decibelios, imposible por mucho que uno pegara la oreja a ellas enterarse de lo que pasaba en el interior. Para bien o para mal, y empleando un término jurídico, eso era a riesgo y ventura del personal interviniente, de *la Chata* y *el Caracortada* en este caso, allí la dirección del cabaret no quería saber nada ni se hacía responsable, simplemente recibía los ocho duros por el uso de sus instalaciones que incluían una toalla junto al bidet, el fregoteo y el cambio de las sábanas después de cada servicio. La excepción acontecía cuando al cliente le daba un ataque al corazón y había que vestirlo, meterlo en un coche y retornarlo a su lugar de origen para que su médico de cabecera le endilgara un chute trombolítico o su viuda lo enterrara a la paz de Dios, cosa que había ocurrido un par de ocasiones.

Echado el cerrojo, Cortés se sentó en la cama y dirigió una mirada conminatoria a *la Chata*. Ella creía saber lo que eso significaba, despelotarse y proceder a la felación, aunque no era ese el nombre por el que en aquellos tiempos era conocido el servicio de *la mamada*. Tras desnudarse se arrodilló ante Cortés como una ferviente devota del dios Príapo y se disponía a iniciar el ritual de abrir la bragueta, cuando él abarcó con sus dos manos su cabeza y levantando la rodilla le golpeó con fuerza en la barbilla. Ella, en un acto reflejo giró el rostro consiguiendo soltarse y tarascó la mano que la sujetaba e intentó alcanzar la puerta, levantar la balda y escapar, pero Cortés no estaba por la labor. Con la mano ilesa, de la otra pendían dos dedos sujetos por un resto de pellejo, así fue de contundente la dentellada de *la Chata*, la asió por la cola de caballo

y tiró de ella que cayó de espaldas, dándose un golpe con el canto del somier y perdiendo el sentido. El de Malpartida le tomó el pulso, le daba igual si moría o vivía, solo quería saberlo por si tenía que llamar a Rogelio, el gorila que se ocupaba del servicio de habitaciones, para que la tomara a su cargo y la hiciera desaparecer. Cosa que no sucedería porque *la Chata* respiraba. Dudó entre atender la herida que los dientes de ella le habían provocado o culminar su venganza, y ganó lo segundo. Tomó el vaso que había encima de la mesilla, lo llenó de agua y lo abocó sobre el rostro de la *Chata*, que aunque medio zombi volvió en sí. Acto seguido se dedicó a aplicarle el castigo, una paliza a dos pies y una mano que entre otras cosas la dejó llena de moretones y con el cúbito y el radio de su brazo izquierdo tronchados. Unas heridas de las que, por volver al lenguaje forense, la mujer tardaría tres meses en curar. Diez minutos más tarde, y con la mano de la que colgaban los dos dedos envuelta en una toalla, Cortés salía del reservado y acudía al servicio de Urgencias del Hospital Clínico.

Aunque lo intentó, al traumatólogo de guardia que le atendió le fue imposible volver a recolocar aquellas dos colgaduras y optó por amputarlas por la segunda falange. A lo que sí accedió el cacereño fue a que le pusiera la vacuna de la rabia, que a buen seguro *la Chata* podía transmitirle.

—Me ha mordido un perro— fue su respuesta a la pregunta del médico acerca de quien había sido el causante de semejante carnicería.

15

Esos antecedentes, junto a los años que iba sumando y que le iban restando condiciones físicas, llevaron a Cortés a retirarse de la primera línea de fuego y buscar a otros que, a cambio de un salario, se pelearan y si era preciso mataran por delegación suya. Podría decirse, a la vista de la imagen que presentaba consecuencia de su historial: cojo, con dos dedos de menos y la cara seccionada, que el tiempo y la vida no le habían tratado demasiado bien, o mejor dicho, que había obtenido la respuesta que él mismo propició. Nada quedaba de su cuerpo fibroso ni del nervio y los reflejos de su juventud, y ningún asomo de la veterana apostura que presentaban los jubilados de su misma edad que tomaban el sol en el paseo Joan de Borbó que limita el barrio de La Barceloneta. Bajo de estatura y ligeramente encorvado —en la barriada se decía que la mala leche no le había dejado crecer—, cuando se levantaba de su sillón de prestamista parecía un contrahecho Quasimodo arrastrando su pierna mala al caminar y siempre con una expresión torva y amargada en su cara, aparte de que podían pasar semanas sin salir de su cuchitril de usurero. En lo referido a sus colaboradores —él los consideraba puros esclavos—, y después de Rubén Darío, a quien un buen día le dio la ventolera y regresó a su Colombia natal, tuvo en nómina a varios gorilas a los que licenció cuando ya no le servían. La mayoría aceptaron el retiro de buen grado, pero a alguno tuvo que presionarlo a través de un comisario de policía que le bajó los humos a base de trincarlo y molerle las costillas a conciencia. Las buenas relaciones con las llamadas «fuerzas del Orden» era una constante en la vida de Cortés: siempre a mano un madero como ángel de la guardia para obtener información o intimidar dónde, cuándo y a quien conviniese.

En la actualidad la intendencia a su servicio, empezando por servirle de guardaespaldas y acabando por cocinarle, lavarle la ropa y hacerle la cama, se la suministraba Alberto. El cerebro y la capacidad intelectual de aquel subalterno treintañero estaba bajo mínimos desde la cuna, pero no hay mal que por bien no venga, porque esa carencia la suplía en volumen y músculo; además de estar dotado de una cualidad apreciada por Cortés: el ensañamiento. Con más de cien kilos en canal y metro noventa, se pasaba las horas que su amo no lo necesitaba dándole marcha a dos poleas de gimnasio que tenía instaladas en su habitación,

levantando pesas y haciendo posturas halterofílicas y esteroideas frente al enorme espejo que ocupaba de suelo a techo una pared del cuarto. El cuello lo tenía como el tronco de una encina y sus pectorales todo músculo, con más volumen en sus tetas que un ama de cría. Su pretoriana presencia al lado de Cortés cuando se cerraban los tratos de préstamo era capaz de acongojar a los clientes, convencidos de que se las iban a ver con semejante masa de carne y mirada enfuriada y cejijunta en caso de no cumplir con el módico interés, oscilante entre el 10 y el 20 por ciento mensual a criterio del viejo, que en el momento de la devolución debían añadir a los cientos de miles de pesetas hasta el año 2002, ahora miles de euros, del capital prestado. El rédito al que el buen samaritano del *Caracortada* dejaba la pasta no era fijo, ni tampoco dependía del riesgo que supuestamente corría de que se le retornara, porque tal peligro no existía o era mínimo, pobre del que no lo hiciera. Tras escuchar la perorata pedigüeña de quien le visitaba, hacía una estimación de las expectativas, los apuros y la urgencia que acuciaban a su solicitante lo que le permitía afinar el interés. Cuando alguien en su presencia mencionaba los sesudos comités de riesgo y los análisis de morosidad de los bancos, él esbozaba una sonrisa de suficiencia.

Esa práctica seguridad en la devolución no eximía el que, además de la fama de inclemente que le precedía, y de la presencia de Alberto como aval del cumplimiento de las obligaciones prestatarias, los receptores del préstamo debían acudir provistos de garantías suficientes a fin de que el cacereño se diera por satisfecho y les aflojara la mosca. Dependiendo de la cantidad, el depósito consistía en las joyas de la mujer, la madre o la abuela, juegos de café de plata o escrituras de fincas, que todo valía. Allí, como decía *el Caracortada*, no se practicaba la caridad. Él gustaba, en un catalán macarrónico, repetir la frase estrella de su negocio: «Alló que no són pessetes són punyetes».

El utillaje de su negocio, aparte de un escritorio de pino con cajones a los dos lados que le servía de parapeto, una estantería cargada de carpetas azules henchidas de todo tipo de anotaciones, albaranes y facturas, y su sempiterno sillón de cuero cubierto con una manta de cuadros con rozaduras y rotos por todas partes y olor a rancio, lo componía una enorme caja de caudales de más de medio metro de profundidad encastada en la pared situada a su espalda. Un arca que, a causa de su peso de un par de cientos de kilos, había hecho flechar el pavimento de la vivienda cuya estructura no estaba pensada para tamaños esfuerzos, su volumen

abalanzado hacia adelante se separaba en su parte superior cuatro dedos de la vertical. En su frontal dos prominentes ruedas numeradas para introducir la combinación, dos abrazaderas de acero para abrirla y la pátina y los desconchados que presentaba la pintura al duco, daban la impresión de que se trataba de un zulo o una cárcel más que de otra cosa. A pesar de su ateísmo practicante, dos iconos religiosos tenía el usurero instalados encima de la caja fuerte en forma de estatuas de barro coloreadas que no engañaban a nadie sobre la negrura de su alma. Una era la Virgen de Guadalupe recordando sus orígenes, y otra un San Pancracio en honor a su tierra de adopción, Cataluña, con la inscripción: «Salut i Treball». Algún leído que había sido cliente suyo comentó que, junto a esos dos exvotos, encontraba a faltar la imagen de Shylock, el judío usurero del Mercader de Venecia que amenazaba a sus prestatarios con arrancarles una libra de su carne si no atendían a la devolución del crédito.

De semejante caja de caudales, colocada al amparo del santo y la virgen a los que servía de peana, sacaba el viejo el dinero que prestaba, y metía el que le devolvían sus clientes. Pero antes de abrirla o cerrarla, y concertado el trato o contado el dinero por retornar —esa era otra, la habilidad con que manoseaba los billetes a pesar de faltarle dos dedos de una mano—, el compareciente debía abandonar el lugar acompañado de Alberto para que a solas, y tras ver cerrada la puerta del pasillo, Cortés se girara y acercara sus miopes ojos de búho a las ruedas de la combinación, trasteara la secuencia de dígitos correspondientes al *ábrete sésamo*, y las dos gruesas hojas de acero giraran abriéndose y dejando ver los misterios que ocultaba aquella cueva de Alí Babá. El extremeño siempre estaba solo cuando el cofre de sus tesoros tenía las puertas abiertas. En alguna ocasión que tuvo que guardar cama por causa del reuma o una subida de azúcar, se hizo transportar en volandas por Alberto hasta su cubículo para, una vez allí, y con su sirviente confinado en el pasillo, proceder a su apertura. Y luego, de nuevo encajar la doble puerta y darle una voz:

—¡Ya puedes entrar! Anda, llévame otra vez a la cama.

«Quien evita la ocasión evita al ladrón», se decía el viejo para sus adentros al expulsar a Alberto y por extensión a cualquier visitante en esos momentos, que para él eran íntimos y exclusivos.

Circulaban por el barrio de la Ostia, así es conocida también La Barceloneta, muchas historias sobre lo que aquel enorme bloque de acero almacenaba, fantaseando cuántos fajos de billetes de 500,

joyas, álbumes de sellos o monedas antiguas, figuras de jade y lingotes de oro se apiñaban en su interior. Pero nadie podía dar fe de ello porque jamás nadie atisbó su contenido. Incluso había quien decía que era pura fachada, y que el *Caracortada* guardaba sus tesoros a buen recaudo en el sótano del edificio vigilados día y noche por cuatro *rottweiler*. Cuando le llegó el rumor el extremeño sonrió, pero no lo desmintió.

Últimamente, y con la crisis, el trabajo de *supporter* de Alberto se había incrementado. Incluso el cacereño había fichado a un medio moro, José Luis que ayudaba a Alberto cuando se presentaba un caso extremo. Era otro gigantón tan carne de gimnasio como su compañero, con quien intercambiaba revistas de cultura física y que, como él, pasaría con nota el examen de anatomía del cuerpo humano. Bíceps, tríceps, deltoides, dorsales, cinturón de Hércules, no existía músculo del que no supieran nombre y apellidos y qué ejercicios específicos había que hacer para desarrollarlo. José Luis era algo más espabilado que Alberto. Tal vez por eso el siempre desconfiado malpartido lo tenía en un segundo plano.

Comparado con ambos personajes, Alberto y José Luis, el cobrador del frac era san Francisco de Asís. Ellos el frac lo substituían por camisetas mostrando todo el arsenal de una musculatura conseguida tras horas de machacarse el cuerpo y meterse todo tipo de vitaminas, reconstituyentes y complementos por boca, vena y culo. Llegado el caso, les bastaba a cualquiera de los dos coger por la nariz al deudor y retorcérsela hasta hacerlo llorar para que supiera que con el dinero de su jefe no se admitían bromas.

Cortés se tenía por un buen psicólogo, y con la misma sagacidad que estudiaba a sus clientes, llegando a desestimar alguno si consideraba que el riesgo de no retorno era muy elevado —lo que pretendía era recuperar el capital con intereses, no ganaba nada enviando a la gente al hospital o el cementerio—, tenía un concepto muy claro de Alberto y José Luis. Para él eran un par de individuos que le agradecían las migajas que recibían y que en absoluto, eso pensaba el viejo, tenían ni la capacidad intelectual ni la ambición para traicionarlo. Y en esa seguridad descansaba.

Otra particularidad del cacereño era su total desconfianza hacia bancos y cajas. Los veía, en la versión elemental que se gastaba del mundo financiero, además de como competidores —al fin y al cabo también prestaban dinero a cambio de un interés—, incapaces de garantizar los fondos que la gente había depositado en ellos si acudía en tropel a retirarlos, o si se daba el caso de que cualquier político de mierda, con sus ahorros a salvo en las Islas Caimán o Luxemburgo, se levantaba un mal día con los cables cruzados y ponía en práctica el corralito con que había soñado la noche anterior. Los casos de Argentina y de Chipre, con el esquilmamiento de más de un 60 por ciento del dinero depositado en sus bancos, lo cargaban de razón, por no hablar del reciente fiasco de Bankia, Caja Galicia, Caixa de Catalunya o Caja de Valencia, que estuvieron a un paso de bajar la persiana y decir a sus depositantes que «lo pasao, pasao». Esa era la causa del férreo control al que sometía el poco capital que tenía en la única cuenta bancaria que figuraba a su nombre en La Caixa, entre 4.000 y 5.000 euros para la domiciliación de recibos. De vez en cuando enviaba a Alberto a la sucursal de la Caixa para que, con un talón al portador, retirara el saldo que hubiera, dejando la cuenta a cero, saliera a la calle, llegara al segundo piso de la calle de la Sal, entregara el dinero que él contaba y cuadraba hasta el último euro para, acto seguido, ordenarle volver a la misma sucursal e ingresarlo de nuevo. Necesitaba, decía el viejo a su gorila, como un padre que da una lección magistral a su hijo, tocar físicamente los billetes para quedar tranquilo.

16

La vida amorosa del de Los Barruecos —aunque en su caso, para hablar de amor hace falta dar a esa palabra un sentido muy especial y nada becqueriano—, quedó marcada desde la infancia por la figura de su madre como personificación sublimada del otro sexo, algo que lo condicionó de por vida. En particular, y sobre las circunstancias de su muerte, siempre le reconcomió no darse cuenta a tiempo del engaño de don Gabriel. María *la Larga*, al haber quedado sola tras la desaparición de su marido, sin medios de subsistencia en un periodo tan duro como la postguerra y en aquel rincón de la España más profunda, aparte de hacer de criada, tuvo que recurrir a todo tipo de trabajos para conseguir algo que llevarse a la boca: espigar en época de siega consiguiendo media talega de trigo a últimos de julio cuando la temporada había llegado a su fin, en las noches de invierno y a la luz del candil dejarse los ojos bordando el ajuar de novia de los ricos de Malpartida o Cáceres, y vendimiar y recoger aceitunas en septiembre. En su recorrido posterior por el mundo, el extremeño intentó en vano encontrar alguien como ella, tan pendiente, desprendida y esclava de él, naturalmente sin conseguirlo. Así que, dejado como imposible el amor al uso, solo quedaba el sexo mercenario en sus diversas formas de pago, desde dinero a favores o regalos.

Lo más cercano que anduvo de sentir cariño por una mujer —al margen de su relación de huésped cuando estuvo al cuidado de Ana en La Confianza—, se personificó en Soledad, una camarera de El Bolero natural de Jarandilla de la Vera, extremeña como él. Su figura enjuta y su pelo negro como el carbón le recordaba a su madre. Fue un año de relación que terminó abruptamente, siendo el motivo de la ruptura una historia que sucedió a sus espaldas y con su desconocimiento.

Resultaba que Soledad, además de encamarse con él en su pensión de la calle Hospital, lo hacía con Benjamín, el jefe de camareros de El Bolero, el mismo que la metió a trabajar allí cuando llegó a Barcelona con una mano delante y otra detrás —la mano de delante, Benjamín se la quitó enseguida del sitio porque le estorbaba—. Era un peaje que ella, sola y extraña en aquella urbe de un millón de habitantes, empezó a pagar a la semana de vestirse con cofia, falda a medio muslo, can-can y blusa de puntillas dejando ver el despeñadero a todo aquel que se asomara a su escote

mientras servía cuba libres y san franciscos. Formaba parte del serrallo de aquel tipo que, a su primer requerimiento para abrirse de piernas, si le era negado, ponía a quien fuera de patitas en la calle: «Como tú las tengo a docenas», les decía como justificación del despido. Y en tiempos del llamado sindicato vertical y por mucho Fuero del Trabajo con que un tal Girón de Velasco se llenaba la boca, no estaban los tiempos para hacerse la estrecha. Además, la Sole ya venía de Jarandilla trasteada, primero por su padrastro y luego por un novio con el que, por emplear una expresión de la época, «hizo Pascua antes de Ramos».

Es curioso que *el Caracortada*, siempre tan vigilante y desconfiado, no recelara de aquellos retrasos —media hora como máximo porque Benjamín, el jefe de Soledad, se aliviaba rápido—, con que una vez por semana ella salía de El Bolero. Las razones aducidas por la Sole eran que debía hacer caja o recoger y limpiar, algo que él aceptaba como normal. Antes de que el tema estallara, Cortés estaba pensando retirarla de aquel ambiente, las cosas le iban bien y podía permitírselo.

Como acostumbra a ocurrir en las cosas de la bajera, de las relaciones de la de Jarandilla con Benjamín estaba enterado todo el mundo menos aquel a quien más directamente afectaba, Cortés. Pero siempre hay un alma caritativa dispuesta a enseñar al que no sabe, en este caso un guardia civil destinado en la aduana de la Zona Franca con quien el extremeño tenía tratos. Cuando lo supo, su primera reacción fue partirle la cara al mensajero, ¿cómo dudar de la verata? Pero los detalles con que el aplicado soplón adornó su relato, con indicación de dónde, cómo y cuándo, lo convencieron de que era verdad. De no haber pasado unas horas desde que recibió la información hasta que tuvo enfrente a la Sole posiblemente le hubiera costado la vida, pero ese espacio de tiempo, junto al hecho —todo hay que decirlo—, que Benjamín era un protegido del gobernador civil de Barcelona, hizo que se enfriaran sus ánimos. ¿Por qué echarlo todo a la mierda por una puta?, eso solo ocurría en las coplas que cantaban Conchita Piquer y Estrellita Castro. Pero desde luego que a la Sole aquello no le saldría gratis.

Dos días más tarde espió su tardía salida de El Bolero —eran las tres de la madrugada y esa noche tocaba rendir pleitesía—, y la siguió hasta la pensión. Justo en el momento que iba a traspasar el portal surgió de entre las sombras:

—¡Qué tarde te retiras hoy!, ¿cómo es eso? —le dijo, asiéndola por el brazo.

Algo debió ver ella en el gesto y el tono de su voz que no le gustó, lo que la llevó a no contestar ni justificarse:

—¡Qué sorpresa! ¿No me habías dicho que hoy no nos veríamos?

—Ya ves, las cosas cambian, y aquí me tienes.

—¿Quieres subir?

—Claro mujer. ¡Ya que estoy aquí! Anda, vamos.

El recorrido, con Sole abriendo camino, desde el portal hasta situarse frente a su habitación, lo hicieron en silencio y con la escasa iluminación de las bombillas de 15 vatios de cada rellano. Ella sacó la llave del bolso, abrió la puerta y le dijo a Cortés:

—Pasa, yo voy al baño un momento.

—No hace falta, lo que tenemos que hablar no precisa que te vacíes. ¿No te ha dado tiempo en El Bolero? ¿Por qué eso vas a hacer, no? —y la empujó obligándola a entrar en su cuarto. Ella se sentó en la cama y esperó lo que vendría a continuación.

—Si me coges en caliente te saco los hígados. ¡A ti y a ese galán tuyo! Pero he decidido que no vale la pena. Al menos de momento. Pero una cosa sí quisiera saber: ¿Por qué?

La Sole tardó en responder. Valoró si hacerlo empeoraba su situación, sabiendo como las gastaba, pero al tiempo tenía ganas de decirle lo que pensaba de él:

—Benjamín me ha dado el trabajo que tengo. Y tú, ¿qué me has dado tú?

Cortés le cruzó la cara. ¿Cómo se atrevía? Cuando esperaba que le pidiera perdón, lo que hacía era atacarlo.

Ella lo miró desafiante:

—Anda, pégame si quieres, pero sabes que llevo razón.

Él hizo un esfuerzo sobrehumano por contenerse:

—Según tú, ¿qué tenía yo que darte?

—Amor —y ante la mirada despectiva de Cortés—: Amor, ¿te causa risa? Eres un pobre hombre. Crees que todo lo puedes conseguir por la fuerza o con dinero. El más macho, el más fuerte, el más chulo. ¡Me das pena!

Aquello fue superior a lo que él podía soportar. De un puñetazo la tiró hacia atrás haciendo que su cabeza rebotara contra la pared.

La sangre que brotó a chorro de su nariz no impidió a Sole espetarle:

—¡Qué valiente!, te atreves con una mujer. ¿Y sabes qué?, con la única mujer que te ha querido un poco en tu vida. Una mujer que lo esperaba todo de ti, la única capaz de mirarte a la cara y hablarte como yo lo estoy haciendo. Aguardando del todopoderoso don Jacinto Cortés algo de cariño, más allá de que me folles como un cabrón cuando te viene en gana.

—¡No eres más que una puta! —acompañado de un nuevo puñetazo.

—¡Qué fácil lo tenéis los hombres! Enseguida la palabra puta en los labios. Para los tíos como tú solo hay esclavas o putas. ¡Qué triste! Pues, ¿sabes qué, listo?, hay otra categoría. ¿Y sabes cuál es?, la de mujeres, ¡mujeres! No coños ni criadas, sino mujeres.

El rostro tumefacto de Sole y su mirada enfrentada y retadora le impidió seguir golpeándola.

—¡Anda vete ya! Si no tienes ganas de pegarme más, lárgate. Y olvídate de mí para los restos. Para mí es como si hubieras muerto.

¿Por qué no la mató allí mismo?, ¿por qué en vez de hacerlo cogió la puerta y se largó sin más?, ¿cómo pudo ser que una mujer lo acobardara de esa manera? Recordaba su huida de aquel cuarto y de la pensión, dejándola envalentonada y gritándole: «¡No quiero ver tu cara nunca más!»

Unas semanas más tarde volvió a El Bolero, deseaba saber de ella. Le importaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Se colocó en la barra del bar y buscó su presencia entre la media docena de camareras que servían las mesas. El mismo uniforme, idéntica sonrisa pícara y los gestos huidizos cuando algún cliente les pellizcaba el trasero. En el escenario una vedette ejecutaba un striptease a la española que concluía cuando se quedaba en bikini. El huésped de El Pardo no consentía que pezón ni pubis alguno salieran al aire libre a pesar del insistente: «¡Que se lo quiete, que se lo quite!», que el personal más salido reclamaba de la jocunda a cambio de los quince duros que había pagado por la entrada.

Pero la de Jarandilla no apareció. Cortés se acercó a la barra y preguntó por ella al camarero. Superó su encogimiento de hombros poniendo dos duros a su alcance, que el otro se agenció al momento:

—¿La Sole?, esa se ha largado. Una mañana vino a ver al jefe, tenía la cara como un mapa, alguien le había pegado una paliza. Cobró la semanada y ya no ha vuelto a aparecer por aquí. Ya sabe usted como son las de su ralea, siempre al sol que más calienta.

—¿Sabes dónde puedo encontrarla?

—¡Qué sé yo! Ni idea.

Cortés se engulló de un trago la ginebra de garrafa y se encaminó a la salida.

La vida sentimental del de Malpartida, dejando aparte la funcionalidad relajante que significa la práctica del sexo, concluyó ahí.

Pero, aunque esperó medio año para culminar su venganza, ni olvidaba ni perdonaba. De vez en cuando iba a El Bolero y apoyado en la barra observaba a Benjamín atender a algún cliente que merecía una especial atención, llevando a su mesa compañía femenina con quien poder brindar y meterle mano bajo la enagua y los manteles de hilo.

Así hasta la noche que lo esperó frente a su casa, eran las dos, y por la forma insegura con que el otro recorrió los 10 metros que lo separaban del portal tras aparcar su 850, imaginó que iba más que achispado. Salió de entre las sombras, con su mano izquierda le echó la cabeza hacia atrás haciendo que su cuello fuera un blanco fácil, y de un tajo se lo rebanó sin explicación alguna, reconocer el motivo que le llevaba a hacerlo era una humillación para él. Lo acostó en el suelo y limpió la hoja de la navaja en la solapa de su americana.

Debido a las amistades que el tal Benjamín se gastaba, Cortés estuvo atento las semanas siguientes por si el asunto le salpicaba, pero no fue así. Su tranquilidad fue absoluta cuando el secretario del gobernador militar, compañero de juergas del difunto, le dijo:

—Tarde o temprano tenía que ocurrir. El que juega con fuego, al final se quema.

Su forma de manifestarlo le hizo pensar si sospechaba algo. Pero en definitiva Benjamín ya era historia, y nadie estaba dispuesto a mover un dedo por él.

En la pestaña de su cartera de bolsillo Cortés llevaba, detrás del fajo de billetes que siempre le acompañaba, la fotografía en color sepia de la Sole. Rozada y con más de una arruga, si uno se esmeraba podía leer la dedicatoria que ella, y al poco de conocerse, escribió: «Para que siempre me lleves cerca de tu corazón». Una docena de veces estuvo el extremeño a punto de romperla y tirarla a la basura, las mismas que la volvió a guardar en el mismo sitio. Así hasta poco antes de su muerte.

17

Al poco tiempo de que Cortés ingresara en el oficio de prestamista con dedicación exclusiva, le llegaron noticias de sus exsocios que le confirmaron lo acertado de su decisión. En Cataluña, y por mucho que la mayoría de los antiguos franquistas hicieran el cambio de camisa —y hasta de calzoncillos— para resituarse en el nuevo orden buscando refugio en Alianza Popular, en Unión de Centro Democrático, o incluso en Convergència i Unió —ya no digamos en Fuerza Nueva de Blas Piñar—, eso no les significaba tocar poder, que era lo que perseguían. La gente estaba por otras cosas y otros discursos —*foc nou*, se le llama a eso—, de manera que habían hecho la mudanza para nada. No se tenía en cuenta el haraquiri del 18 de noviembre de 1976 cuando las Cortes Franquistas se inmolaron al votar la Ley para la Reforma Política, ni nadie soltaba una lágrima por el Fuero de los Españoles, el del Trabajo y las Leyes Fundamentales del Movimiento, pasado todo a mejor vida. Como *el Caracortada* le dijo a un antiguo gobernador de Gerona —ahora Girona—, que a base de abjurar de su pasado de FET y las JONS limosneaba buscando desesperadamente seguir disfrutando de coche oficial y vivir del Erario Público:

—Para ser puta y no cobrar, mejor ser mujer honrada.

El de Malpartida, con los años fue atemperando el talante que en su juventud le permitió situarse por encima de los demás: su iracundia, vulgo mala leche. Aunque, y como prueba de su inteligencia, siempre la había aplicado con mesura. La primera norma del código de supervivencia que gobierna la calle establece que tan solo debes meterte en una pelea si tienes la seguridad de salir vencedor, de lo contrario has de evitarla; por eso, y previamente, corresponde tantear a tu rival, las armas de que dispone, su voluntad de responder o no al desafío, la posibilidad de ofertarle una salida que evite el duelo, estando obligado a hacerlo en décimas de segundo. El otro precepto, dejando aparte el de «no dar papaya», establece que, si empiezas una reyerta, debes estar dispuesto a matar o a morir porque a priori no sabes hasta dónde el otro está dispuesto a llegar. En la pelea cuerpo a cuerpo, donde no valen las normas del marqués de Queensberry —muy al contrario, cuanto más bajos sean los golpes, mejor—, y antes de la navaja, el arma preferida de Cortés era su cabeza por la dureza de su frente y su mandíbula. En la fase previa que consiste en insultar, cagarse en

los muertos del oponente y llamar puta a toda su parentela femenina, antes de los empujones y los puñetazos, él se acercaba a pocos centímetros del adversario y, cuando menos se lo esperaba, le soltaba un testarazo que tenía el efecto de partirle la nariz o abrirle la ceja dejándolo fuera de combate. Pero eso fue en el pasado, ahora huía del cuerpo a cuerpo, no tenía ningún embozo si alguien le plantaba cara en retirarse, aparentemente vencido, hasta tener la oportunidad al día o la semana siguientes de aplicar otros medios más eficaces, la astucia y el dinero, para conseguir derrotar a su rival. Aparte de que, si finalmente había que acudir a la violencia, ahí estaban aquel par de esbirros, Alberto y José Luis, para inclinar la balanza a su favor.

La sumisión plena que Alberto tenía con su jefe, que le obligaba a estar permanentemente localizado y en disposición de acudir al momento de sonar cualquiera de los dos móviles con que lo había surtido, no le impedía visitar, cuando calculaba que aquella tarde o mañana la cosa iba a estar tranquila, a una prostituta que recibía en un altillo de la calle Ginebra, a cien metros escasos de la oficina del cacereño.

En varias ocasiones, y ante los pitidos de los dos Samsung reclamando Cortés su inmediata presencia, Alberto tuvo que salir a escape de la reducida habitación que era el lugar de trabajo de Encarnación, así se llamaba la coima. El utillaje de la mujer era una cama de cinco palmos, a su lado una silla con respaldo para que la clientela colgara calzoncillos, camisa y pantalones mientras duraba la relación carnal, y un espejo en el techo que ella aprovechaba para, cuando su visitante adoptaba la postura del misionero, decidir si se hacía mechas, cambiaba su sombra de ojos o el tono de lápiz de labios. Un equipamiento mínimo, pero el necesario y suficiente para su negocio.

En sus huidas apresuradas, cuando don Jacinto lo llamaba con urgencia, y él debía abandonar el lecho de su amada, Alberto aprovechaba su carrera por la escalera o por la calle para acabar de ponerse los pantalones y subirse la cremallera de la bragueta, todo con tal de atender al momento el requerimiento, así se lo exigía *el Caracortada*. Mientras metía el pie en la pernera maldecía su mala suerte porque Encarnación —*la Gallega*, Encarna o *Nani* eran los nombres de guerra de su dulce aliviadora—, le cobraba igual por el servicio, estuviera o no culminado.

Los términos de la relación entre Alberto y Encarnación, aparte de la cuestión carnal, reflejaban la diferencia de coeficiente

intelectual entre uno y la otra. El hombre debía estar emparentado con los moradores de Atapuerca, y aún gracias, mientras que la mujer literalmente veía crecer la yerba, la segaba cuando estaba en sazón, la empacaba y la vendía a buen precio.

Ella llegó de Galicia para servir en una casa rica cuyos dueños, y a primeros del mes de junio, dejaban su piso del paseo de la Bonanova para pasar el verano en Ribadeo, su pueblo natal. Con los buenos oficios del párroco y del oficial mayor del Ayuntamiento que hicieron de valedores suyos, un 30 de septiembre Encarna subió al tren Correo en compañía de una maleta de cartón atada con una cuerda, y tras 23 horas de viaje parando en todas las estaciones y apeaderos, llegó a Barcelona para ponerse a las órdenes de doña Purificación y don Benito, sus señores. Ese era al menos el plan previsto.

Pero a los pocos días de su arribada se dio cuenta de que para el señorito de la casa —Santiaguito—, lo de servir abarcaba el que aquella muchacha, ella, bien alimentada con teta gallega —de lo que se come se cría: algo que era evidente con solo verla—, marisco y pestiños, igual de robusta y sonrosada que una matrona de Rubens, y de apenas dieciocho años, accediera a ser su esclava sexual tras ser requerida para ello. Encarnación que, como ya se ha dicho, y no por haber venido de Galicia con el vicio —o la virtud—, de ser pobre, medio analfabeta y rústica, tenía un pelo de tonta en la cabeza, tras consentir en masajearle la colita por hacer caso a la bienintencionada recomendación recibida de don Braulio, el cura de Ribadeo: «Sé obediente con tus señores, no les lleves nunca la contraria», comprendió que aquello merecía un dinero extra que, conociendo a doña Purificación, nunca conseguiría mientras permaneciera bajo aquel techo.

Un mes después de su llegada a la Ciudad Condal dejó la casa y a sus señorito y señor —este último, siguiendo el ejemplo de su vástago, ya había hecho algún tanteo probando suerte por ver si también era aceptado por *a'galleguiña* como solista de flauta—, y se instaló de alquiler en un altillo de La Barceloneta, el mismo al que acudía Alberto a visitarla.

No por eso quedó rota la relación con sus antiguos amos porque, al poco de mudarse a su nuevo domicilio y lugar de trabajo, llamó a su puerta don Benito y le pidió la tarifa de sus servicios, que ella con toda naturalidad le dio como si fuera el listado de precios de un restaurante chino, entre cincuenta y doscientos euros. Desde entonces, y con una frecuencia entre semanal y quincenal, lo

recibía, así como al fruto de sus entrañas, a Santiaguito, que al mes se incorporó a su listado de parroquianos, primero en horas separadas y luego montando un trío de lo más integrado con su progenitor porque ella, ya tomada la alternativa y metida a fondo en el negocio, y por un suplemento, estaba dispuesta a poner en uso todas las variantes y artes amatorias, incluidas las propias de Donatien Alphonse François, marqués de Sade, Sodoma y Lesbos. Aprendía rápido *a rapaciña*. A fuer de sincera, no es que el triplex que se gastaban padre e hijo la satisficiera especialmente, pero ya se sabe que el trabajo es el trabajo. Aparte de que, como decían en su tierra: «Quien tiene el culo alquilado, ni se sienta ni caga cuando quiere».

Para promocionarse y darse a conocer pagó media docena de anuncios económicos en la sección de ocio y contactos de El Periódico, que en el corto espacio de tiempo que estuvo sirviendo observó que su señor repasaba de arriba abajo mientras mojaba los churros en el tazón de chocolate, sección que contenía sugerentes imágenes de señoras prometiendo algo distinto que clases de Matemáticas. Su anuncio asegurando, como buena gallega, «satisfacción garantizada a un precio ajustado», fue la mejor inversión de su vida. Luego el boca a boca hizo innecesario gastarse los 60 euros que costaba la impresión de aquel rectángulo donde figuraba su dirección y teléfono debajo de un sugerente: «Ven, te espero». En poco tiempo se hizo con una clientela adicta y suficiente para tener una agenda de citas que le ocupaban entre cuatro y cinco horas diarias.

Lo de don Benito y Santiaguito duró años, los suficientes para que el junior se casara y tuviera una sonrosada criatura que convirtió al senior en yayo. *La Nani* tenía guardada, aunque no sabía dónde, una fotografía del día del bautizo que el orgulloso abuelo le regaló: «Toma, para que tengas un recuerdo, tú ya eres como de la familia», le dijo. Aquel parentesco acabó a raíz de la visita que doña Purificación, respectivamente esposa y madre, le hizo una tarde. Se sorprendió cuando abrió la puerta y la vio en la meseta de la escalera, y más aún cuando en vez de montarle la bronca se le acercó y le dio un par de besos:

—Te ves muy bien, Encarna.

—Lo mismo digo.

Sentada en el recibidor, doña Purificación tuvo que esperar a que su excriada acabara con el servicio que había dejado a medias,

pasó el rato hojeando los diarios *Mundo Deportivo*, *As* y *Marca* que *la Nani* ponía a disposición del personal masculino para hacer más llevadera la antesala.

—Dispongo de veinte minutos— le dijo, tras despedir al cliente y encararse con su antigua patrona. Una forma educada de hacerle saber que su tiempo valía una pasta.

—Seré breve. Vengo a proponerte un trabajo.

—¿Un trabajo?, te equivocas, ahora me dedico a otra cosa —doña Purificación debía ser idiota si creía que ella seguía dándole al mocho.

— Sé cómo te ganas la vida —le sonrió, al tiempo que dedicaba una mirada a la regatera que asomaba por la bata a medio cerrar—: Y va de eso.

—¿Te apetece tomar algo? —Encarna.

Estando las dos instaladas en la cocina frente a dos tazones de café con leche, y con la interrupción de un timbrazo que *la Nani* tuvo que atender dejando al recién llegado en el recibidor, doña Purificación demostró estar al caso de las comparecencias que su marido y su hijito llevaban a cabo, y pretendía sacar tajada de ello. La de Ribadeo, que estaba más que curada de espantos, dejó que su antigua señora le explicara con pelos y señales lo que pretendía. Sabía que aquel secajo de mujer se entendía con Daniel, el conserje de la finca, que de vez en cuando colgaba un cartel diciendo que estaba limpiando la escalera o ido a la droguería a comprar limpiacristales cuando en realidad, y encerrado en su habitáculo, lo que hacía era atender las necesidades de doña Puri en el plegatín que, aunque no demasiado ancho ni cómodo, permitía, si se iba con tiento, hacer el vuelta y vuelta sin caerse. El cuco de Daniel —por probar que no quede—, hizo pasar un día a la Sole al interior de la portería para que probara lo mullido que era, aunque con la negativa por su parte.

Pero, ¿cuál era el motivo de aquella inesperada visita de su exdueña?, ¿querría montar un *menáge à trois* con Daniel?, se preguntó *la Nani*. Esperar y ver.

Pero no era eso lo que doña Purificación le propuso.

18

En un principio encarna se negó. Primero porque lo suyo era cobrar por dejarse follar en sus diversas variantes, se ganaba la vida con eso y aplicaba aquello de «zapatero a tus zapatos»; en segundo lugar, porque sus antiguos señor y señorito estaban entre sus parroquianos más fieles, y en tercero porque no se acababa de fiar de aquella tipa con cara de restriñida. Pero a medida que la cantidad ofrecida subía hasta llegar a los 100.000 euros —había empezado por 5.000—, su reticencia iba a la baja. Hasta decir que sí cuando la oferta alcanzó esos seis dígitos. Perdería a dos de sus clientes, estaba segura, pero teniendo en cuenta la tarifa que les cobraba, 400 euros por sesión, debía acumular del orden de 250 para alcanzar lo que se embolsaría de una sola tacada. No había color.

Quedaron para la semana siguiente al objeto de organizar la intendencia de lo que se llevaría a cabo. Ese día *la Nani* quiso que estuviera presente Alberto, e hizo bien, porque doña *Puri* acudió acompañada de Manolo, su chofer. El olfato de *la Gallega* le dijo que el tal Manolo había sustituido, o compartía, los favores de su ex patrona con Daniel. ¡Joder con la mosquita muerta! Los dos hombres, Manolo y Alberto, se miraron con cariño fraternal, el propio de Caín y Abel, pero a pesar de ponerse a prueba en el apretón de manos que se dieron, la sangre no llegó al río. Manolo traía consigo una bolsa de la que extrajo un ordenador portátil y dos pequeñas cámaras de video que instaló en la habitación de Encarna enfocando la cama desde dos puntos de vista distintos. Tras varias probaturas y verificar que su posición era la adecuada —un objetivo asomando entre las toallas apiladas sobre una cajonera, y el otro camuflado en un tiesto—, y después de que ella se estirara e hiciera unas cuantas muecas que él inmortalizó en el portátil para confirmar que nada de lo que ocurriera encima del lecho y sus aledaños se le escapaba, la tramoya se dio por finiquitada.

—Cuando llegue el momento le das a este dispositivo para ponerlo en marcha —le dijo él, al tiempo que le entregaba un artilugio del tamaño de una moneda de un euro con un botón rojo en el centro—: La memoria del disco tiene una capacidad máxima de tres horas, no creo que lleguéis a tanto —dejó en suspenso la afirmación para que *la Nani* asintiera, lo que hizo: no recordaba que la cosa hubiera durado nunca más de hora y media, prolegómenos

incluidos—. Eso sí, procura que los dos hablen, es importante.

—Cuantas más barbaridades digan, mejor. Ya sabes —intervino doña Purificación.

De acuerdo, pensó ella, ya los jalearía cuando estuviesen metidos en faena. Aunque no creyó que fuera necesario, sobre todo por parte del senior, que gustaba soltar todo tipo de guarradas.

Una vez todo organizado, quedó a la espera de que se presentaran padre e hijo, cosa que sucedía habitualmente por la tarde y tras una llamada la misma mañana.

—¿Cuándo crees que sucederá eso?

—No lo sé, no tienen día fijo. —No pensaba avisarla cuando concertaran la cita. Con aquel montaje, pendiente solo de que ella le diera al botón para ponerlo en marcha, se pondría en contacto con su expatrona y señora de don Benito Aguirre Sandoval, cuando la cosa estuviera culminada y únicamente a expensas del trueque de los 100.000 por los dos DVD. De aquella mansa no se fiaba ni tanto así.

El por qué a doña Purificación le habían entrado aquellas ínfulas de Mata-Hari, ni lo sabía ni le importaba. Aunque podía imaginárselo, porque al final una siempre se encontraba con lo mismo: la pasta, el parné, la guita. Don Benito era del Opus Dei, y podía pasarle de todo —por supuesto nada bueno—, si sus colegas escrivanistas se enteraban de que le daba al ojete de una mujer de la vida acompañado de Santiaguito, carne de su carne y sangre de su sangre, desde anatemizarlo a asarlo como a San Lorenzo; incluso no darle ni una más de aquellas suculentas concesiones provenientes de ayuntamientos peperos, que la *Nani* le había oído pastelear en alguna conversación telefónica cogida al vuelo mientras sirvió en la casa. Con toda seguridad doña Puri obsequiaría a su maridito con un pase privado de la grabación en la que aparecería jadeando y al galope y le diría que aquello valía un millón de euros, o dos, o cuatro, y una estancia en las Seychelles a tutiplén para ella y el Manolo durante un mes, o dos o cuatro. Al pensarlo se arrepintió de no haberle pedido más dinero. Pero bueno, ella era honrada y respetaría la palabra dada.

Cuatro días después, con las cámaras perfectamente camufladas, se llevó a cabo la esperada sesión X a cargo de padre e hijo. Ese día *la Nani* demandó la presencia de Alberto, presente en el recibidor del altillo cuando llegaron. La mujer les dijo que era un primo suyo

que se quedaría a vivir con ella. Su pareja de clientes comprendió que semejante armario de cuatro cuerpos, aun suponiendo que fuera de la familia, estaba allí para asumir el papel de macarra y aval del negocio. ¿Habría tenido ella algún problema de cobro? Quien sabe, hay mucho caradura suelto por el mundo. Estrecharon la mano de Alberto, que les dejó las suyas resentidas, y tomaron nota.

La filmación se realizó sin ningún contratiempo. Tras calentar motores los actores masculinos gracias a la plural, habitual y sabia estimulación por parte de *la Nani* que, dicho sea de paso, debía creerse Penélope Cruz porque no paraba de mirar al tiesto y a la pila de toallas mientras había todo tipo de posturitas, sabiendo que estaba pasando a la posteridad, el elenco protagonista se metió en faena al extremo de incorporar nuevas y fantasiosas variantes hasta ese día inéditas.

Fueron 96 minutos con 20 segundos lo que indicaban los relojes de ambas cámaras cuando *la Nani*, tras despedirlos, pulsó el botón de paro. Estaba tan obsesionada pensando en los 100.000 del ala que le caerían, que fue necesario que don Benito, ya en el recibidor junto a su hijo, y con Alberto manteniendo abierta la puerta de salida a la escalera, le preguntara sonriendo:

—¿No te parece que nos dejamos algo? —echando mano a su cartera y largándole los cuatro billetes de 100 euros.

—¡Ay sí, que tonta soy!

Y Santiaguito:

—Tía, ¡hoy has estado sembrada!

Ella les ofreció, sin suplemento, un par de cariñosos besos en cada mejilla. Sabía que esa iba a ser la última vez que los veía.

Una precaución que tomó esa misma tarde fue, acompañada de Alberto, llegarse a una tienda de informática que había en el paseo Joan de Borbó con las dos cámaras dentro del bolso y al dueño, que de tanto en tanto le hacía una visita de cortesía, decirle:

—Quiero una copia de los dos discos que hay aquí dentro.

—Vale, déjamelos y mañana la tendrás.

—No, la quiero ahora mismo.

—Tengo trabajo, no puede ser.

La Nani le señaló su reloj de pulsera:

—Faltan cinco minutos para las ocho. Es tu hora de cierre, ¿no?

—Sí.

—Pues me espero. Mejor dicho —y señaló a su acompañante—: Nos esperamos los dos, ¿verdad cielo?

—Sí —Alberto.

—Y además, este y yo estaremos a tu lado para que lo hagas como Dios manda. ¿Verdad cariño? —ciñendo la cintura del gorila.

—Sí.

Quería evitar que el tipo hiciera una copia para él. Por el barrio se comentaba lo aficionado que era a agenciarse de cuantos archivos caían en sus manos si incluían imágenes subidas de tono. Salvador, que así se llamaba el informático, echó el cierre y acompañado por la pareja entró en la trastienda y puso manos a la obra. Encarna estuvo atenta a todas sus maniobras. Cuando le devolvió las cámaras con los originales dentro, señalando los estuches con las copias le preguntó:

—Supongo que es ejemplar único, ¿eh?

—Por supuesto, por nada del mundo se me ocurriría engañarte.

—Más te vale.

Y mientras guardaba todo en el bolso:

—La próxima vez que vengas a visitarme te obsequiaré con un especial, ¿contento?

Salvador advirtió la mirada cejijunta del acompañante de la mujer y estuvo a punto de decirle que no gracias, que no hacía falta. Como tampoco se le ocurrió pedirle los 120 euros que valía su trabajo de amanuense.

19

La entrega de las dos cámaras y los DVD se llevó a cabo al día siguiente, previa llamada de la *Nani* a doña Purificación para decirle que padre e hijo ya habían hecho acto de presencia y ella había culminado el encargo.

—¿Por qué no me has avisado antes?

—No me ha dado tiempo, han aparecido de repente. Además, eso es lo menos importante, ¿no?

Breve silencio antes de convenir:

—De acuerdo. Enseguida viene Manolo a recogerlo.

—Que no se olvide de lo que tiene que traer.

—Por supuesto.

No pasaron ni 20 minutos cuando un prolongado timbrazo le anunció que el recadero ya estaba allí.

—Abre la puerta —le ordenó a Alberto, que se encontraba en el altillo cuando ella telefoneó a su expatrona. Tuvo que esperar a que *el Caracortada* le autorizara ausentarse de su lado con la excusa de que debía ir al mercado a comprar, no sin antes decirle:

—Últimamente sales mucho. ¿Qué te llevas entre manos?

—Nada.

—Nada es muy poca cosa. Ya me enteraré. Anda, lárgate. Pero como mucho, a la una te quiero aquí.

—Sí, don Jacinto.

El viejo decidió que hablaría con su inquilino de la planta baja. El tipo estaba al corriente de cuanto ocurría en un kilómetro a la redonda y sabría en qué andaba metido aquel subnormal que tenía por empleado. Fermín, que así se llamaba el locatario, se aplicaba a esa labor el resto del tiempo que no lo dedicaba al Barça de sus amores en pasado, presente y futuro: refrito de partidos, entrevistas, partes médicos de lesionados, alineaciones y fichajes.

Manolo traía consigo el dinero, los 100.000, en billetes de 500, nuevecitos, nuevecitos. Ella nunca había tenido en su mano una cantidad así y se admiró de lo poco que abultaba el fajo, al extremo de que cuando el otro le entregó el sobre creyó que la engañaba.

«Claro —pensó después—, solo se trata de 200 hojas de papel, poco más que el grosor de una revista».

Lo contó dos veces antes de entregarle las cámaras.

—¿No te fías de mí? —Manolo, con una sonrisa de suficiencia tras del primer conteo por parte de ella.

—Yo no confío en nadie, y mucho menos me fío de ti y de tu dueña. Así que te callas y te esperas a que acabe —volviendo a iniciar el recuento.

Alberto, serio e inmóvil como una estatua, aguardaba colocado de espaldas a la puerta y sin quitar ojo al recién llegado.

—¿Está todo? —retintín por parte de Manolo cuando ella acabó.

—Está lo que convinimos. Espera aquí —entró y al poco salía con las cámaras y los DVD dentro. Los dos aparatos en la misma posición que cuando pulsó el botón de stop, esa fue una de las cosas que le pidió al informático luego de que le hiciera la copia. Manolo tomó la primera cámara, la trasteó, le dio al *on* y comprobó que el DVD estaba grabado, a continuación pulsó el teclado para verificar el tiempo impresionado y el momento final de la grabación, correspondiente a cuando ella regresó a su dormitorio y la cortó. Y lo mismo con la segunda. Las metió en la bolsa que había traído y esbozó una sonrisa:

—Da gusto hacer negocios contigo, ¿todo lo haces igual de bien?

—Sí, todo, pero hay cosas que están fuera de mercado. Anda, vete, aquí no se te ha perdido nada —con la barbilla le indicó a Alberto que le franqueara el paso.

Manolo se giró, recorrió los dos metros que le separaban de la puerta ya abierta y desapareció escaleras abajo.

Alberto cerró. Faltaba media hora para que se cumpliera el plazo impuesto por *el Caracortada* para que regresara, tiempo suficiente para celebrar el que *la Nani* fuera rica en parte gracias a él. Con una sonrisa de oreja a oreja se acercó a la mujer en busca de la recompensa que creía haberse ganado.

Ella, en su mano derecha firmemente sujeto el sobre con los doscientos papeles, alargó la izquierda y le acarició la mejilla. Sabía lo que aquella mole descerebrada le estaba reclamando, pero antes debía hacer algo.

—Espérame aquí. Voy un momento a arreglarme y vuelvo. En tu

honor.

Alberto estuvo a punto de decirle que no hacía falta, pero optó por callar deseando, eso *sí*, que aquel *arreglo* no la llevara demasiado tiempo.

—Será un instante.

Se dirigió a la cocina, cogió un destornillador y se metió en el baño cerrando la puerta con cerrojo. Se sentó a horcajadas sobre el inodoro y quitó los cuatro tornillos que fijaban el soporte del papel higiénico a la pared. Detrás apareció un hueco y allí colocó el dinero junto a otro fajo de billetes de 500 y 200, sus ahorros. Aún sobraba sitio, los 100.000 más los 80.000 que había ido atesorando no ocupaban más que una mínima parte del escondite. Se sonrió, cuando el cado estuviera lleno a rebosar, querría decir que sería dueña de un millón de euros o más. Mientras volvía a colocar los tornillos, su pensamiento voló hasta Ribadeo, ¿quién podría sospechar que ella, la Encarna, la hija de Felipa *la Cuatrojos*, pronto sería millonaria?

Un puño golpeó la puerta.

—Ahora salgo cariño, es solo medio minuto.

Ocultó el destornillador en la parte trasera del pie del lavabo, se roció el pelo con Clio y descorrió el cerrojo.

—Ya estoy aquí. Soy toda tuya.

Encarnación, cuando con Alberto no había *coitus interruptus* consecuencia de las llamadas de don Jacinto, relajado luego de haber cumplido, y siempre que ella no tuviera a nadie guardando tanda, mantenía con él unos minutos de conversación destinada a sonsacarle información de su amo. El prestamista tenía fama de ser el más rico de La Barceloneta, y eso a *la Gallega* la atraía más que la miel a las moscas. Se contaban todo tipo de historias de los tesoros que albergaba su caja fuerte, desde montones de billetes a pulseras, pendientes, relojes de oro y anillos de brillantes, y la mujer iba almacenando dato a dato lo que Alberto dejaba caer sobre el dinero o los objetos de cuya entrega era testigo. Perseguía eso además de, poco a poco, y verificado que su demandante de servicios estaba más próximo a los irracionales que a los racionales, hacerlo dependiente de ella. Aún sin tenerlo claramente pergeñado, la mujer iba fraguando en su cabeza un plan que aligeraría al viejo de parte o toda su riqueza y a ella le permitiría retirarse de aquel trabajo, bien remunerado, pero que le ocupaba un tiempo que preferiría tener libre para vivir y disfrutar, en lugar de dedicarlo a que otros lo hicieran a su costa. A tal fin debía lograr que Alberto mirara a su jefe como a un explotador y en ella viera el premio gordo. El de la calle de la Sal tenía para dominar a su empleado el dinero que periódicamente le daba —no mucho, por lo que *la Nani* intuía—, pero ella disponía de otras armas más directas y adictivas con que sojuzgarlo.

20

Fermín, también llamado *el Nenita*, recibió de José Luis el aviso de que don Jacinto quería verlo, y al instante dejó su placentera y enésima contemplación del 0-5 del Madrid-Barcelona del 17 de febrero de 1974. Un partido de fútbol que tenía inmortalizado en VHS, Betamax, H18 y DVD, de manera que, aunque alguno de esos soportes se escoñara, él no quedara huérfano de su memoria histórica. De vez en cuando, mientras se fumaba un Marlboro mentolado y a pequeños sorbos se bebía un vasito de mistela, y aunque se lo sabía de memoria, revivía lo que para él era el momento estelar del Barça de sus amores y la vergüenza y el deshonor del Real *Podrit* de sus odios. Le dio al *off* —el encuentro iba 0-2—, y acudió a la llamada de su todopoderoso casero.

Gracias a un sobrino suyo que trabajaba de ATS en el Hospital Clínico, Fermín había conseguido convertir la dolencia crónica de su rodilla que arrastraba desde la cuna en una baja laboral de incapacidad permanente. Aleccionado por su pariente, le costó una veintena de visitas a médicos y especialistas de la Seguridad Social, y otras tantas interpretaciones teatrales ululando de dolor cuando los matasanos ponían sus manos en su rótula, pero se salió con la suya. A pesar de que los análisis, radiografías gammagrafías y TAC no señalaban lesión de ningún tipo, alcanzó el estatus del que ahora disfrutaba que era vivir del cuento. Aun así, y después de tanta representación dramática, le quedó la costumbre de cojear, no fuera cosa que los inspectores de la SS lo pillaran por la calle marcando el paso de la oca o cruzando a la carrera un semáforo en rojo y lo obligaran a cumplir ocho años de condena en la cadena de montaje de la Seat, el tiempo que le quedaba hasta los sesenta y cinco de la jubilación. Fue así, renqueando, como compareció ante *el Caracortada*.

—¿En qué puedo servirle, don Jacinto?

—Anda, toma asiento. Quiero preguntarte algo.

Aquello lo tranquilizó, por lo menos no se trataba de subirle el alquiler. De ser así, de nada le serviría el cuento de la lágrima de pobre inválido que, cuando lo recitaba ante gente diferente a don Jacinto, solía darle resultado.

—Usted dirá.

—Últimamente Alberto se ausenta mucho. A veces lo llamo y tarda en acudir, y siempre me está preguntando si no lo necesito, esperando oírme decir que no para largarse. ¿Tienes tú idea de adónde va y en qué ocupa su tiempo?

Fermín lo sabía, le bastaba sentarse en su balancín frente a la ventana del comedor que daba a la calle para que una red de aplicados voceros le contara con pelos y señales quién ponía los cuernos a quien, estrecheces económicas y trifulcas familiares.

Le sorprendió que el todopoderoso *Caracortada* no estuviera al tanto de los avatares de su criado, pero no había cuidado, él le informaría:

—Alberto es un asiduo en visitar a *la Gallega*. En su casa se pasa horas enteras.

El extremeño lo ignoraba todo de Encarnación. Lo poco que uno y la otra pisaban la calle era la causa de no haberse encontrado ni mirado jamás a la cara, el primero porque se pasaba las horas muertas sobando y recontando sus tesoros, y la otra por el uso y abuso que a cambio de un precio la sometía el personal masculino del barrio y sus alrededores. Fue por ese desconocimiento que se vio obligado a preguntarle:

—*La Gallega*?, ¿y quién cojones es esa gallega?

—Es una puta, don Jacinto, y a lo que parece, Alberto está que bebe los vientos por ella. Allí, en el altillo donde recibe, se debe gastar lo que usted le paga.

El usurero le escuchó pacientemente durante quince minutos, el tiempo que el otro empleó en abocar todo lo que sabía y lo que no sabía de la mujer que vivía y trabajaba no lejos de donde se encontraban. La perla de su relato llegó cuando le comentó que en varias ocasiones habían visto a Alberto apostado en una esquina espiando—: Estaba observando a todo aquel que entraba y salía del portal de *la Nani* —y ante la cara de extrañeza de Cortés—: También se la conoce por ese nombre, don Jacinto.

—Pero la tía esa, ¿cómo es? —quiso saber.

Fermín, que no era lo que se dice un fanático de la V —varón—, que figuraba en su partida de nacimiento cuando definía su sexo, y más capaz de apreciar la apostura de los hombres que la de las mujeres, le contestó:

—¡No sé qué quiere que le diga, don Jacinto! Es un tipo de

mujer para gustos más bien… estragados —y ante la cara de circunstancias de su casero, y por toda aclaración—: Usted ya me entiende.

Ante aquel comentario, *el Caracortada* se limitó a señalarle el pasillo:

—Ya, ya. Es suficiente, puedes irte. Pero si te enteras de algo más, vienes y me lo dices.

Aquello le sonó a Fermín como que lo estaba echando, ¿habría dicho algo inconveniente? Se levantó y caminando hacia atrás sin parar de hacer reverencias, que le significó chocar con la pared hasta acertar con el culo en el hueco de la salida, regresó a su vivienda en la planta baja. Una vez allí se consoló pensando que, si había metido la pata sin querer —*el Nenita* tenía la sensibilidad a flor de piel—, la forma de arreglarlo sería someter a una estrecha vigilancia a Alberto para poder informar a don Jacinto de todos sus movimientos. Sí, eso haría. Decidido lo cual volvió a lo que estaba haciendo antes, pero rebobinando la cinta del 0-5 al origen.

Mientras eso ocurría, y liberado Alberto de estar junto a Cortés por la presencia ese día de José Luis, a las nueve de la mañana llamaba al timbre de su nido de amor. Era una buena hora, pensaba él, previa a que su amada recibiera a cliente alguno. Le repateaba verse tratado como uno más. En alguna ocasión tuvo que esperar casi una hora, sentado como un don Tancredo en una de las incómodas banquetas del recibidor a que otro acabara para cederle el sitio, como si *la Nani* fuera la cajera de un supermercado que atendiese por riguroso orden de llegada. Él aspiraba ser alguien diferente y especial para la mujer, su preferido, por eso buscaba huir de la rutina a que estaban obligados los demás.

Su ojerosa amada le abrió la puerta cinco minutos después, tras haber comprobado por la mirilla quien era el ansioso que comparecía a semejante deshora. «¡Claro, no podía ser otro que aquel retrasado!», se dijo al distinguir su rostro. Con disgusto se ciñó la bata y descorrió los dos cerrojos.

—Anda, ya que estás aquí, pasa— al ver que no hacía intención de moverse del rellano.

Traspasó el umbral sin darle siquiera los buenos días, la vista fija en el pasillo que llevaba al dormitorio.

La Nani decidió que necesitaba darse una ducha antes de empezar la jornada laboral. Miró el reloj de cuco del recibidor, eran

las nueve y diez. Si no recordaba mal, el *senyor* Ramón, que regentaba el bar del mercado, vendría a las diez, se trataba de un polvo rápido, de los llamados de conejo. Mientras su mujer seguía despachando cortados y carajillos de anís, el apurado y atareado esposo esgrimiendo cualquier excusa —ir al banco a por cambio o una cita con el proveedor de Leche Letona—, acudía a sacudirse. De manera que disponía de tiempo para atender a Alberto, que tampoco es que practicara el tantrismo que digamos. Un visto y no visto.

—Enseguida estoy contigo, cielo. Voy un momento al baño. Ve empezando— una frase que podía decir muchas cosas, una de ellas las pocas ganas que ella tenía de ponerse a la faena.

La Nani se echó la reglamentaria meada matutina y una ducha que la despejó. Creía tener un hueco entre las tres y las cinco de la tarde, lo aprovecharía para pegarse una siesta. La noche de anteayer había formado parte de un elenco de cinco profesionales contratadas en una fiesta de despedida de soltero que acabó a las seis de la madrugada, y eso le estaba pasando factura. Aunque había valido la pena, fueron 2.000 euros por cabeza y un hartazgo de *Moët Chandon*, ostras y jamón de bellota.

Se puso el albornoz para secarse, le gustaba el frufrú del rizo en su piel. Siguió con el rito de darse crema hidratante mientras inspeccionaba el vello que volvía a aflorar por piernas y brazos, un verdadero incordio. Pelo sí, pero poco y en sitios concretos y contados. Del estante junto al lavabo tomó el reloj de pulsera y los anillos para, con un suspiro de resignación, disponerse a atender las necesidades de Alberto. Extendió la mano para recrearse la vista con uno de los tres anillos, se trataba de un regalo de Pedro, un viajante de una empresa textil de Sabadell que siempre que pasaba por Barcelona le hacía una visita para firmar, como él denominaba al hecho de echarse un polvo. No es que fuera gran cosa aquel pequeño aro —«es de oro», le dijo el vallesano, aunque ella no se lo acababa de creer—, con tres piedras minúsculas que debían ser zirconitas, pero tenía su gracia. Y decidió que era un motivo para darle la vara a Alberto que, suponía, ya estaría en pelota picada aguardándola.

En efecto, los 100 kilos en canal yacían desparramados encima de la colcha, que por supuesto no se había molestado en quitar. Y por lo que vió había seguido su consejo de que empezara, porque su pene estaba enhiesto y cimbreante como el mástil de un velero.

Ella se abrió el albornoz y se tendió a su lado. Alberto levantó una manaza, su objetivo era una de sus dos tetas, la habitual y romántica forma que su imaginativo y creativo cliente entendía por *prolegómenos*. Mientras él retorcía la mama como si pretendiera ordeñarla, ella le puso su dedo con el anillo a pocos centímetros de sus ojos:

—Mira lo que me han regalado.

—¿Qué es? —sin que el pulgar y el índice dejaran tranquilo al pezón.

—¡Joder, qué es, qué es!, ¿es que acaso no lo ves? Es un anillo, una joya.

Alberto dejó de atornillarla y fijó su atención en lo que ella exhibía a modo de trofeo.

—Un detalle por parte de un amigo, ¡Mira cómo relucen estos brillantes! —si Alberto era incapaz de recitar la tabla del cinco de multiplicar, con más razón le pasaría inadvertida la diferencia entre los diamantes y los culos de vaso.

El fruncimiento de su ceño le recordó a *la Nani* la expresión enfuriada de su sobrino de siete años cuando jugaba con él a los a barcos y ella le acertaba el portaviones: «Tocado». Esa fue la tónica durante la media hora que duró el encamamiento. Alberto, cada vez que ella tomaba en sus manos su preciada colita sentía el roce de aquel aro en su piel como si fuera un latigazo. Ese día le costó más de la cuenta culminar aquello por lo que estaba allí. Estuvo a punto de decirle que se sacara el jodido anillo porque lo destrempaba, pero creyó que esa petición lo rebajaba. Además, no estaba seguro de que accediera.

La de Ribadeo estaba doctorada *cum laude* a la hora de interpretar cada mirada, el mínimo gesto o tic con origen en la otra mitad de la humanidad de la cual vivía, y sabía que el orgullo era en los hombres lo que los movía a actuar, una especie de partitura a la que acomodaban todo cuanto hacían o decían, el alfabeto en que estaban escritos todos sus actos. Por eso no le pasó desapercibida la incomodidad y los efectos que el detallito del vallesano causaba en Alberto. Cuando al despedirlo le obsequió con una caricia, le rozó la mejilla a conciencia con el tallado de las zirconitas.

Ya en la calle, Alberto tomó una decisión. Él también le haría un regalo. No sabía cómo lo conseguiría, pero una de las joyas que los prestatarios de don Jacinto dejaban sobre su mesa de despacho a

modo de garantía, pasaría a sus manos y de estas a las de *la Nani*. Las recordaba mucho más ostentosas que aquella mierda de redondel con tres minúsculas piedras engastadas.

El Nenita estaba atento a su regreso. Hizo el sacrificio de parar el video —iban por el 0-4—, asomó su menuda cabeza al hueco de la escalera, y con una sonrisa de bienvenida le dijo a Alberto:

—José Luis está arriba con tu tío. ¿Quieres pasar?, te invito a una cerveza y hablamos.

Alberto lanzó un gruñido. Era su forma de decir que sí.

21

Pasaron diez días sin que Alberto tuviera ocasión de afanar una de las *cosas* que tanto parecían gustarle a su amada. Durante ese tiempo la visitó una vez y ella volvió a la carga con el regalo de aquel tipo de Sabadell, al que parecía haber tomado un cariño especial.

La oportunidad se le presentó tras una llamada que Cortés recibió del director de la sucursal de Bankia, anunciándole que le enviaba unos clientes. Los bancos y las cajas eran una de las mejores y más seguras fuentes de negocio del extremeño. Una vez que el moroso de un crédito o una hipoteca había caído en las fauces del gabinete jurídico de esas entidades, y de que sus diligentes abogados y procuradores le hicieran saber mediante burófax o notificación notarial que el principal, los gastos y los intereses de demora a un leonino 24 por ciento como consecuencia de no haber hecho frente a las cuotas, ascendían a varios miles de euros, el compasivo banquero atendía su ruego de «buscar una solución» y le encaminaba a la calle de la Sal:

—Allí hay una persona que te podrá ayudar. Se llama Jacinto Cortés, dile que vas de mi parte —aunque dejando una cosa clara—: Pero esto lo hago como amigo tuyo, ¿eh? Nada que ver con el banco.

Lo de ir de su parte era por la mordida que *el Caracortada* le pasaba. No mucho, entre 200 y 500 euros según el monto de la operación, pero menos da una piedra.

—¿Me estáis pidiendo 32.000 euros? —soltó el cacereño a la pareja de cariacontecidos viejos, una vez los tuvo sentados delante. Los acompañaba un tipo de unos cuarenta años que se presentó como su sobrino y titular de la hipoteca que había entrado en barrena. Con la mención de la cifra el de Malpartida cortó la odisea que los comparecientes habían empezado a salmodiar acerca de las estrecheces que estaban pasando y que a él le importaba una mierda.

—Sí, esa es la cantidad —el sobrino.

—Es mucho dinero —era la frase que el extremeño siempre soltaba en cuanto conocía el montante, de efecto seguro para rebajar los humos de los peticionarios, si es que estos aún

conservaban alguno—: ¿Y qué me traéis como garantía?

Por lo que había escuchado con anterioridad, Serafí, el sobrino, siete años atrás había comprado un piso con una hipoteca de Caja Madrid —la de Blesa y Rodrigo Rato, honrados, insignes y preclaros banqueros donde los haya—. Su nómina en Sony de 1.600 euros mensuales le pareció a la entidad aval suficiente para concederle el crédito de 170.000 a 30 años, tanto que incluso se lo amplió en 20.000 más por si quería cambiarse el coche o darse algún caprichito, como por ejemplo un crucero por el Caribe con su mujer y sus dos niños. Y Serafí aceptó encantado, los intereses eran del dos y medio por ciento con dos años de moratoria, un chollo. Caja Madrid manejaba a su antojo y a la carta las valoraciones de las fincas que hipotecaba, de manera que subiría la tasación para cubrir el extra de los 20.000, y listos. España era Hollywood y el más tonto hacía integrales triples. Para acabarlo de convencer, el director de la sucursal adujo:

—En el peor de los casos, y tal y como está el mercado de la vivienda, si necesitaras venderlo siempre te darán por tu piso más de lo que has pagado por él. Invertir en piedras es el negocio más seguro y sólido.

Todavía no se había inventado la expresión *burbuja inmobiliaria*, y parecía que la espiral de precios al alza no tendría fin, una vivienda que hoy valía 200.000 euros, al cabo de dos meses se tasaba por 220.000, y al medio año por 250.000. Pocas eran las voces que avisaban de que aquello acabaría mal —los catastrofistas, pusilánimes y tocahuevos de siempre—, cualquier hijo de vecino estaba subido en el dólar y hacía oídos sordos a los agoreros. Pero como acostumbra a ocurrir si se les da tiempo suficiente para que se cumplan, los vaticinios de los pesimistas se convirtieron en realidad. Dos años y medio después de que Serafí firmara la escritura del piso la crisis económica empezó a hacer acto de presencia, hasta llegar en los momentos actuales a ser un tsunami que, y con muy raras excepciones, se llevaba por delante todo lo que pillaba. La casta política y los banqueros eran la excepción.

Volviendo al caso de Serafí, resultó que los gerifaltes *japos* de la Sony que decidían sobre el futuro de su empresa, con residencia en Tokio y que lo único que sabían de España tenía que ver con la paella y las corridas de toros —y ahora en Cataluña ni eso siquiera, porque las habían prohibido—, y por el contrario hacían mucho caso de los titulares del *Wall Street Journal* o del *Washington Post*, decidieron deslocalizar —satánica palabra—, una parte de su

producción trasladándola de España a China. Lo hicieron aprovechando la conjunción austral que significaban, de una parte las ventajas que la recién aprobada legislación laboral *pepera* les otorgaba para echar gente a la calle por cuatro euros, y de otra que los sueldos de sus primos hermanos de piel amarilla eran tres veces más bajos que los de los celtibéricos, además de que allí no había esos incordios llamados UGT, CCOO y abogados laboralistas. De repente resultaba que los obreros españoles trabajaban poco, cobraban demasiado y estaban de baja muchos días al año. Los nipones pasaron olímpicamente de las tres semanas de huelga que les montaron, se entrevistaron dos veces con el Conseller de Treball de la Generalitat para que este pudiera hacerse la foto demostrando que estaba seriamente preocupado por *aquel tema* sin que, evidentemente, ellos torcieran un milímetro su decisión, y montaron un ERE donde Serafí estaba incluido, dándole puerta. Los ahorros de padres y abuelos, la indemnización que recibió, el paro por los cuatro años de antigüedad de su contrato indefinido y el que su mujer, Palmira, dedicara las tardes a fregar suelos y quitar el polvo por las casas permitieron, a trancas y barrancas, ir pagando la hipoteca durante los tres siguientes años a la espera de que las cosas mejoraran, algo que no ocurrió. Así hasta que la caja de resistencia familiar se vació. En esa caída *cuesta abajo en mi rodada*, como dice el tango, a Serafí no le sirvió de consuelo poder mirar el álbum de fotos del crucero que en su día hicieron por el Mediterráneo: Éfeso, Alejandría, la cena del capitán o la fiesta de disfraces del paso del Ecuador.

Bankia, tras cinco meses sin cobrar la hipoteca, le envió una carta amenazándole con el desahucio, transcribiendo la cláusula donde figuraba que, si dejaba de pagar tres mensualidades, la entidad exigiría la totalidad del importe de lo que restaba del principal más los intereses de demora, recargos, gastos y demás. En total 142.000 euros. A esto le siguió un rosario de visitas al director de la sucursal, uno nuevo, porque con la reconversión de Caja Madrid en Bankia al anterior lo habían destinado a La Rioja.

—Lo comprendo, lo comprendo —cabeceaba el nuevo saliendo al paso de los alegatos de Serafí—, pero el banco no puede hacer una excepción contigo. Sabías lo que firmabas, el notario te leyó la escritura donde figuran las condiciones del préstamo.

En realidad saberlo, saberlo, Serafí lo sabía más bien poco. Desconocía, por ejemplo, esa acumulación de la deuda, y de que no era suficiente entregar el piso para que el débito quedara saldado.

Cuando lo mencionó, la respuesta del otro fue tajante:

—Lo llaman la dación en pago, pero eso en España es ilegal —como si aquello fuera algo propio de terroristas.

Total, que podía quedarse en la calle, perder lo que había pagado, y encima con un débito al que tenía que hacer frente—: Respondes con todos tus bienes presentes y futuros, así lo dice nuestro Código Civil, que data de 1889— remachó el nuevo director.

La propuesta final de Bankia —que no tenía la conciencia demasiado tranquila y era sabedora de que el tema de los desahucios se estaba liando de mala manera—, consistió en que, si abonaba los ocho meses que ya debía, más intereses y gastos que alcanzaban un total de 27.130 euros, y seguía cubriendo las mensualidades, de momento —lo *de momento* el director de la sucursal lo dejó muy claro—, el banco no lo desahuciaría. Ese «seguir cubriendo las mensualidades» fue lo que le hizo a Serafí subir la petición del préstamo hasta los 32.000.

El Caracortada, conocida la cifra ya adelantada por el director de Bankia cuando le llamó —el tipo se había espabilado cosa fina, era el tercer cliente que le enviaba en lo que iba de trimestre—, les instó:

—¡Vamos al grano! A ver, enséñame lo que traes ahí —señalando con la barbilla el maletín que Serafí tenía entre las piernas.

—Esto vale cuatro veces más de los 32.000 —el viejo—: Y cuando salgamos de este bache, queremos recuperarlo.

El extremeño no le respondió. Primero quería ver *el género*, como dicen los gitanos, luego ya vendrían los detalles. Supuso que lo que traían eran joyas, y sacó de uno de los cajones un paño de lana extendiéndolo sobre el escritorio, y de otro un estuche conteniendo un monóculo de cinco aumentos, un frasco con una mezcla de ácido nítrico y clorhídrico —el agua regia—, un gotero y una lima.

El cacereño era, entre otras cosas, un experto en joyería, numismática y filatelia. Sabía la diferencia de precio que existe entre los diamantes, además de por sus quilates, por su talla y las impurezas que contienen —el color amarillo del nitrógeno o el azul del boro—, la merma de plata y oro puro que la ley de los metales nobles admite, y el valor añadido según la época y el trabajo del

orfebre que había realizado cada joya. De las monedas era importante saber si habían sido usadas o no, su rareza y sobre todo su autenticidad, ese era un campo plagado de falsificaciones, igual que el de los sellos.

Abierto el maletín, lo que Serafí iba colocando sobre el buró lo extraía de un saquito de ropa para, a continuación, ser objeto de la calmada inspección de Cortés. Era para él un goce tomar pieza a pieza y comprobar su peso, sus quilates y su filigrana, tras hacerlo anotaba en una libreta y con una caligrafía que solo él era capaz de descifrar, la tercera parte del precio que estimaba podía alcanzar. El silencio era absoluto, la vieja con la mirada fija en aquellos objetos que eran parte de su vida y de la historia familiar: la aguja herencia de su madre, un tu-yo de perla negra o una pulsera de rubíes, y que el usurero toqueteaba sin ningún miramiento. En algún caso aplicaba sobre una medalla o una esclava supuestamente de oro una gota de agua regia y un leve raspado con la lima para saber si aquel color amarillo era un simple baño.

Por dos veces tuvo que instar a Serafí para que siguiera sacando las cosas que la bolsa contenía. Sabía que esa forma de ir soltándolas una a una pretendía dejar las justas y precisas para cubrir la garantía, conservando el resto. Pero *el Caracortada* no caería en esa artimaña. Es más, cuando acabó y le mostró la bolsa vacía, le preguntó:

—¿No tienes nada más? —lanzando una ojeada despreciativa a lo desparramado sobre la mesa, como si no fuera bastante.

—*Vinga, treu el collar de la butxaca*. —dijo el viejo a su sobrino, apareciendo al momento un collar de perlas negras con un cierre de brillantes que hacía juego con el tu-yo.

Alberto había estado presente en muchos actos como aquel, y aunque para el trío sentado frente a su amo su rostro seguía impasible, él conocía el significado de aquel pequeño tic de su cicatriz, que hizo su aparición cuando el collar vio la luz. A buen seguro que el viejo estaba satisfecho con el muestrario y consideraba que cubría con creces la petición de euros.

—Todo esto se queda aquí como prenda, ¿estáis de acuerdo?

—*Tot*? —Serafí.

—Sí, todo. ¿Estáis conformes o no?

—Sí, de acuerdo —el tío de Serafí, con voz derrotada.

Establecido el importe del préstamo y el aval, lo más importante, correspondía ahora entrar en el segundo de los aspectos.

—¿Por cuánto tiempo necesitáis disponer del dinero?

Tío y sobrino cruzaron una mirada, este dijo:

—Un año.

Al *Caracortada* no le interesaba conocer el porqué de ese plazo y no otro distinto, ellos sabrían la razón. Pero sí que resultaba más largo de lo normal. Debido a los intereses que él cobraba, lo habitual solía ser entre tres y seis meses:

—¡Es mucho!

—Tengo en venta un solar en Badalona —el anciano, saliendo al paso de lo que creyó era una negativa—, y para entonces espero haber encontrado comprador.

El extremeño pensó que iban dados si confiaban en eso, pero ahora lo que tocaba por su parte era hacerles saber el monto que debían retornarle al cabo de ese año:

—De acuerdo, un año. Será 75.000 lo que me tendréis que devolver.

—¡Pero qué dice!, eso es más del doble!, ¡ni hablar! —Serafí.

—Pues ya podéis coger toda esta bisutería y desaparecer de mi vista —señaló las joyas y a continuación la puerta, y dirigiéndose a Alberto—: ¡Tú!, acompáñalos a la calle.

—Espere, espere —el viejo, consciente de que no tenía más narices que aceptar. Aparte de haber ofrecido a Bankia aquel terreno de Badalona para liquidar la deuda, que aún se debían estar riendo de él, con el mismo como garantía intentó obtener un crédito en el BBVA y el Santander, también sin resultado. Y la otra alternativa que su sobrino le habría propuesto, hipotecar la vivienda donde vivía, no estaba dispuesto a hacerlo, podía repetirse la historia. Así que:

—Acepto. Puede preparar usted el contrato. 75.000 al cabo del año. De acuerdo.

—¿Contrato?, ¿de qué coño me estás hablando? Si estás conforme este es mi contrato —y el de Los Barruecos alargó su callosa y artrítica mano.

—Comprenda que debe constar en algún sitio el inventario de las joyas que dejamos en prenda. Todo esto vale mucho más de los 75.000 —Serafí.

—Pues en esta casa las cosas se hacen así o no se hacen. Sería la primera vez que incumplo lo acordado, siempre el que ha faltado a su palabra es el otro, nunca yo. ¡Jamás!

—Pero entiéndalo, ¿y si a usted le pasa algo?

—¿Si me muero, quieres decir? —con una mueca.

—No es que yo le desee la muerte, pero...

—Pues si me muero me enterrarán. Vosotros quedareis liberados de devolverme los 75.000 y esto —su barbilla abarcó las joyas—, se lo llevará el diablo. ¿Algo más que queráis saber?

El matrimonio se miró. Y por fin la mujer, que hasta ese momento no había abierto la boca, emitió un apagado y resignado *sí* mientras dirigía una última mirada al muestrario desparramado encima del escritorio, su forma de decirle adiós.

—¿Conforme? —*el Caracortada*.

—Conforme— el anciano, alargando su mano y estrechando la del cacereño.

—Venga, acompáñalos afuera —dirigiéndose a Alberto—, cuando os avise, volvéis. Yo tendré el dinero preparado y esto a buen recaudo.

Fue entonces cuando se dio la situación que Alberto, desde que vio aquellos anillos, pendientes y pulseras, había estado esperando. El trío visitante se levantó y dio la espalda a Cortés para disponerse a salir, mientras este se colocaba de medio lado en disposición, cuando se quedara solo, de acabar de darse la vuelta, abrir la caja de caudales, sacar los 32.000 euros y meter dentro la garantía del préstamo. En la pequeña confusión que se creó al retirar las sillas donde estuvieron sentados, con Alberto pegado a la mesa para dejar el camino expedito, alargó la mano y se hizo con uno de los anillos cerrando su puño sobre él. Suponía, a la vista del poco interés que el viejo le había dedicado, prácticamente había pasado de él, que era una de las joyas de menor valor. Confiaba que esa desatención comportara que al doblar y recoger el tapete con todo el lote no advirtiera su falta. Abandonó el despacho con su mano fuertemente cerrada sobre el aro, no fue capaz de guardarlo en el bolsillo hasta que los cuatro estuvieron en el pasillo, al otro lado de la puerta que

los separaba del *Caracortada*.

La espera duró 15 minutos que a Alberto se le hicieron eternos, temiendo que si don Jacinto pasaba una mínima revista a las joyas se diera cuenta de que no estaban todas. Pero no ocurrió. El viejo empleó el cuarto de hora, aparte de en contar los billetes de 500, en la contemplación de un tresillo de brillantes y del collar de perlas negras, las mejores piezas del conjunto. Finalmente cercó el hatillo de joyas con dos gomas y lo colocó en uno de los pocos estantes de la caja que aún estaba vacío, la cerró y giró las dos ruedas de la combinación para sacarlas de los últimos dígitos de la serie que permitía su apertura. Hasta ese punto era prudente.

—¡Ya podéis pasar! —gritó.

Bastaron dos minutos para que Serafí contara el fajo de billetes y los tres abandonaran la habitación, el par de viejos cariacontecidos y su sobrino diciéndoles que no se preocuparan y que todo se arreglaría. Alberto los acompañó hasta el rellano para después regresar. Quería tener la certeza de que su jefe no se había dado cuenta de la sustracción.

—¿Ordena alguna cosa más, don Jacinto?

—No, supongo que tendrás cosas que hacer.

—Sí, tengo que ir al super y...

—Pues ve.

22

Pero Alberto no fue al supermercado. Se llegó al altillo donde moraba la destinataria del anillo que le quemaba en el bolsillo para ofrecérselo. Le urgía hacerlo. Dudó si llamarla antes, así se evitaría la humillante espera si estaba ocupada con algún cliente, pero al final decidió que correría el riesgo, prefería darle una sorpresa presentándose sin avisar.

La Nani tardó diez minutos en abrir la puerta. Un sujeto embutido en un traje de mezclilla y cara de susto apareció detrás de ella, y eludiendo la rocosa carnalidad del mastodonte apostado en el rellano, Alberto, que lo miraba con cara de pocos amigos, se largó escaleras abajo.

—¿Qué quieres?, ¿no te he dicho que antes de venir me avises? Yo trabajo, ¿lo sabes o no lo sabes? —*la Gallega*.

Él, torpemente metió la mano, primero en un bolsillo de su pantalón y luego en el otro hasta encontrarlo, sacó el anillo y se lo mostró:

—Es que te traigo un regalo.

Ella achinó los ojos para distinguir aquel círculo dorado que parecía a punto de quebrarse aprisionado entre los dedos pulgar e índice de Alberto. Alargó su mano y lo tomó.

Por el tacto y la presencia parecía ser de oro, y con un brillante engarzado. Podía valer varios cientos de euros. Su semblante se dulcificó:

—¡Qué bonito! —para preguntar inmediatamente—: ¿Dé dónde lo has sacado?

—¿Te gusta?

—Sí, mucho. Pero dime… ¿de dónde lo has sacado?

Alberto le dijo la verdad:

—Se lo he quitado a don Jacinto, él tiene muchos iguales a este —como si necesitara justificarse.

La Nani intentó ponerse el anillo, pero le venía grante. No importaba, ya se lo ajustaría, o se lo colocaría en otro dedo, ahora eso estaba de moda. Lo importante era que Alberto se hubiera atrevido a llevar a cabo aquella acción, ni más ni menos que robar

al *Caracortada*, y hacerlo por ella. Era un paso en la buena dirección, aunque todavía quedaba bastante andadura hasta llegar donde ella quería.

—Gracias cariño, eres un sol.

Alberto miró hacia el interior del piso. *La Nani* sabía lo que estaba pensando:

—Ahora no puede ser, mi cielo, espero visita. Ven mañana por la mañana —le dio un beso en la mejilla y abriendo la puerta le empujó suavemente para que se fuera. Al quedarse sola se encastó el anillo en el dedo corazón, alargó el brazo y moviendo la mano dedicó un tiempo a deleitarse con los reflejos que emitía aquella piedra tallada. Proviniendo de Cortés, seguro que es un diamante, se dijo.

Cuando Alberto volvió a pisar la calle, satisfecho por la buena acogida que la joya había tenido por parte de *la Gallega*, pero a la vez frustrado porque su esperanza de mojar se había malogrado, no se dio cuenta de la afinada figura que, medio oculta tras uno de los árboles de la calle, espiaba sus movimientos. *El Nenita* había dejado de lado el Canal Barça y seguido al criado de su casero para comprobar que, tal y como suponía, iba a visitar el altillo de aquella zorra. Por los informes que obraban en su poder la tía era una profesional de campanillas, tenía fichado a medio barrio que solo hablaba maravillas de su *savoir faire*, siendo un recurrente motivo de charla en las partidas del siete y medio que se jugaban en las trastiendas de los bares. La frase con que se remataban aquellas conversaciones venía a ser: «la tía cobra un dinero, pero ¡coño!, vale la pena»

A los ojos de Fermín la visita de Alberto había sido muy corta, ocho o diez minutos, lo que no daba tiempo a culminar la faena por mucha eyaculación precoz que uno se gastara, de manera que ese día el sicario de su casero seguía tan virgen como cuando llegó. Ante esa certeza no se explicaba su sonrisa de oreja a oreja. Tal vez sí que la tía era un crac en lo suyo.

Dejó que se alejara de él unas decenas de metros, y arrastrando su falsa cojera continuó el seguimiento. Lo hizo hasta que lo vio entrar en el Eroski, y convencido de que no se producirían más novedades dignas de mención, decidió, en primer lugar comparecer ante don Jacinto para darle novedades y después, con la satisfacción del deber cumplido, apoltronarse en su sillón emplazado a tres metros de la pantalla del Sony de 47 pulgadas. El resto de la mañana lo dedicaría a visionar la final de la copa de Europa de 1992, que el Barça del *Dream Team* ganó gracias a un gol de Koeman. Otro día glorioso. El jugador holandés era uno de sus favoritos: tan rubio, con aquellos ojos azules de mirada penetrante, tan machote él.

23

Cortés recibía el detalle de las visitas que Alberto realizaba al altillo, su duración y toda la información complementaria que Fermín le iba dando sobre el historial de la mujer. Y decidió que sería bueno tener un conocimiento más próximo y directo de ella. Descartado Fermín para llevar a cabo esa tarea por razones obvias, optó por utilizar a José Luis.

—Se llama Encarnación, también es conocida por *la Gallega*. Es una prostituta. ¿La conoces? —le soltó, añadiendo la dirección donde recibía.

La había oído mencionar de pasada, pero no había tenido tratos con ella. José Luis tenía a mano, en la misma escalera de la barriada del Carmelo donde vivía, a Concha, la viuda de un mosso d'esquadra que atendía sus necesidades con una frecuencia semanal que a él le bastaba y sobraba. En las revistas de halterofilia a las que era adicto, leyó sesudos estudios advirtiendo que el desgaste sexual es una de las principales causas de disminución del volumen y el tono muscular, y él atendía a esa recomendación; de manera que, sábado sabadete y gracias.

—No —respondió.

—Le harás una visita. Toma, 20 euros.

Alberto miró el billete que el *Caracortada* dejó encima de la mesa. ¡Hostia!, ¿en qué mundo vivía aquél tipo?, ¿en los tiempos del cuplé, cuando una mamada en los aseos de un bar de la calle Robador se cotizaba a dos duros? Pero no puso objeción, en todo caso a su regreso le pediría el suplemento que la puta le cobrara. Esperó para saber qué es lo que el viejo pretendía con su visita subvencionada.

—Quiero que me digas cómo es, la impresión que tú saques de ella. Ese móvil que llevas, ¿hace fotografías?, ¿no?

—Sí, claro —le bastaría simular que buscaba alguna llamada perdida, ningún problema.

—Pues eso, la fotografías, quiero ver qué cara tiene. Ves esta tarde, a primera hora —Fermín le había informado de que la cola de apurados se formaba a partir de las cinco. Él retendría a Alberto a su lado, no fuera cosa que se le ocurriera acudir y se descubriera

el pastel.

La Nani abrió la puerta a aquel madrugador que le iba a joder la siesta y le lanzó una mirada estimativa valorando cuántas calorías le serían necesarias para culminar el trabajo. Aunque ya se imaginaba que tamaño hombrón no era el cobrador de la luz ni el butanero, debía ser él quien planteara la cuestión de porqué había pulsado el timbre:

—¿Qué quieres?

—Eres *la Gallega*, supongo.

—Encarnación, si no te sabe mal.

—Vale, Encarnación. Me han hablado mucho de ti.

A aquellas horas, y con media jornada de trabajo cumplida, no estaba para loanzas, así que fue al grano:

—Son 100 euros con condón y media hora de reloj, todo lo demás se paga aparte.

A José Luis lo primero que le pasó por la cabeza fue pedirle factura, o como mínimo un comprobante. Aquella tarifa mínima —tampoco él tenía ningún interés en hacerlo sin gomita—, era cinco veces la guita que el viejo le había soltado. Pero descartó la idea, lo mismo pensaba de él que era un inspector de Hacienda y lo ponía en la calle con cajas destempladas.

—De acuerdo.

—Y al contado, en esta santa casa ni se fía ni se admiten tarjetas de crédito. A ver, enséñame la pasta.

José Luis abrió la cartera y le mostró tres billetes de 50 junto al de 20 del *Caracortada*.

—Vale, espera aquí.

José Luis ocupó una de las banquetas mientras ella desaparecía tras una vidriera.

En cuanto se quedó solo sacó el móvil e hizo dos fotografías del recibo, no es que fueran la bomba, pero lo justificaría delante de su patrón.

La *Nani* visitó el baño, se colocó dos dedadas de crema Diflucan, el mejor amigo de las de su gremio, y al tajo.

Lo cierto es que José Luis quedó encantado con el servicio, tanto

que valoró si volver en otra ocasión aprovechando que el altillo estaba tan próximo a la residencia del *Caracortada*. Compensaría el desgaste que le significaría con un chute adicional de esteroides, lo que no se va en lágrimas se va en suspiros. Tan profesional fue la tarea con que la mujer se aplicó, que casi se le olvida hacer la pantomima del móvil para inmortalizarla; solo cuando, ya vestido, se disponía a hacerle entrega de los 120 euros —el complemento fue debido a una estimulación bucal precedida por parte de ella de un: «Eso no está incluido, chato, son veinte juancarlitos más», que él aceptó sin vacilar—, sacó el teléfono del bolsillo y con una sonrisa se disculpó:

—Lo había dejado en silencio y estaba vibrando.

—Pues ándate con ojo, porque, según me han dicho, eso produce impotencia— ¡cómo le gustaba a *la Nani* tocar los cojones a los tíos!

Él asintió distraído, atento como estaba a accionar la función de cámara y pulsar el *on*. Pudo hacerlo sin que la otra notara nada fuera de lo normal. Devolvió el móvil al bolsillo y le entregó el dinero, el billete del *Caracortada* colocado encima.

De regreso, el viejo escuchó sus explicaciones.

—¿Es buena la tía en lo suyo?

—No está mal. Aunque un poco cara. La broma ha salido por 120 euros.

—¡Joder!, ni que tuviera un diamante en el coño. ¿Y qué pretendes?, ¿que yo los cubra?

—Bueno, yo he hecho lo que usted me ha dicho, y es lo que le he pagado.

—A ver, enchufa otra vez ese trasto —señalando el móvil dejado sobre el buró.

Volvió a mirar las fotografías. Dos de un pequeño recibidor, nada de especial interés: la puerta de entrada y una pared con varias láminas colgadas, dos primeros planos de la mujer, uno de ellos movido, y una última imagen de la habitación.

—Quiero una copia de ésta— le señaló el rostro ceñudo de *la Nani*, en aquel momento ya había cobrado y lo que deseaba era ver desaparecer cuanto antes a su cliente— y toma, los cien euros de más. ¿Vale?

—Vale y gracias.

—Ya me las puedes dar, ya.

24

Ese martes Alberto, creyendo que el viejo no lo necesitaría, acudió a solicitar los dulces servicios de su amada. La mujer, cuando recibió la llamada por el móvil, estaba despidiendo en el recibidor a su anterior visitante. Al oír su voz pensó en cómo utilizar aquella coincidencia, uno que se va y otro que llega, para crear una situación favorable a sus intereses. Le dijo a su ya atendido y cumplimentado usuario, al que había aligerado de 120 euros —acostumbraba a ser la tarifa de cobro final, porque sobre la básica de 100 siempre se añadía algún extra al que el cliente, metido en faena, accedía sin rechistar—, que volviera a la habitación y así evitaría encontrarse con quien iba a hacer su aparición de un momento a otro, una sugerencia que supuso no tendría ningún inconveniente en atender porque lo último que deseaban sus parroquianos era verse inmersos en un conflicto de competencias compartidas. Para acabar de conseguir su propósito, que no era otro que provocar los celos de Alberto, le dijo que quien subía por la escalera era muy violento y que en una ocasión, al cruzarse con uno de sus visitantes, había montado una bronca descomunal. Ante tamaños argumentos el tipo, que gastaba hechuras de peso pluma y tenía el sentido de supervivencia muy arraigado asintió, y, dócil como una oveja que llevan al matadero, volvió a encerrarse en el cuarto.

Tras verificar que lo dejaba sentado en la cama, los brazos cruzados y a la espera de su señal indicándole que el peligro había pasado y podía salir sin problemas, Encarnación volvió al recibidor. Llevaba puesto un negligé y nada debajo. Entre servicio y servicio se daba una ducha para quitarse el sudor y el aroma que sus huéspedes la dejaban en la piel, un perfume no precisamente de Antonio Banderas Men, pero la inesperada llegada de Alberto —un insistente timbrazo le dijo que ya estaba en el rellano— le impidió hacerlo. Lo único, se desanudó el lazo de la pechera dejando el muestrario de lo que ofertaba a los cuatro vientos, y abrió.

El cejijunto niño de recados del cacereño no esperaba semejante y aireado panorama que, imaginó, tenía a él por destinatario. Se coló en el angosto recibidor, cerró la puerta y en un arrebato pasional tomó a Encarnación entre sus brazos. Esta le dio un cariñoso mordisco en la oreja al tiempo que le susurraba:

—Tendrás que esperar, mi amor. Tengo un cliente —un gesto de

su barbilla señalando el pasillo—: Pero enseguida estaré contigo.

Las palabras de Encarnación, que lo colocaban de nuevo en una lista de espera, lo golpearon como un puñetazo en el estómago. Enfurecido, hizo intención de apartarla para dirigirse a la habitación, dispuesto a darle un par de hostias a quien había disfrutado, o estaba disfrutando, las mieles de lo que creía estar hecho para su exclusivo deleite, y luego echarlo de allí a patadas.

Ella, que esperaba esa reacción, le dijo con su voz más suplicante y dulce:

—Al momento le pido que se vaya, amor. Tú espera aquí. ¡Por favor te lo ruego!, hazlo por mí.

La Nani se adentró en el pasillo, abrió la puerta de la alcoba y urgió a quien obedientemente seguía sentado en la cama para que se largara. En la espera el buen hombre había tenido el detalle de tensar y arreglar mínimamente las sábanas, como si nada de lo ocurrido allí la última media hora hubiera sucedido.

—¡Date prisa!, ese tipo ya está aquí y es capaz de hacer cualquier barbaridad. ¡Vamos, vamos!

El alfeñique se levantó, cogió su cartera con las muestras de las estilográficas que vendía, y pasó por delante de Encarnación, insensible a los encantos que mostraba sin ningún recato. La mole que vio plantada al final del pasillo lo frenó en seco y casi le hizo regresar al refugio de donde había salido. Pero la mano de ella en su espalda presionándole y su voz diciendo—: No te pares, no te pares. Deprisa, ¡vete, vete! —le dieron el valor suficiente para llegar junto al gigante que lo observaba como si fuera una pulga merecedora de que la escachara, salir, y a la carrera ir en busca de la calle.

Terminada la escena de vodevil, Encarnación cerró la puerta, cosa que el huido no tuvo ni tiempo ni ganas de hacer, y se acercó a Alberto que seguía con la atención puesta en el lugar por donde su supuesto rival había desaparecido.

—¿Lo ves? Ya lo he echado. Ya estamos los dos solos, mi amor.

Si el normal de las mujeres emplean las palabras cariño, cielo y amor con una frecuencia notable, y se supone que con pleno sentimiento y consentimiento —líbreme Dios Todopoderoso de decir otra cosa distinta—, las profesionales del gremio al que pertenecía *la Nani* las utilizan multiplicadas por cien y como una

muletilla mercenaria carente de otro objetivo que provocar vanidad y autoestima (como se dice ahora) en sus oyentes.

Alberto fue conducido por Encarnación hasta el dormitorio, el vaporoso negligé ondeando al viento. Tan ciego de testosterona iba él que, llegados al sitio, no advirtió las manchas de humedad que la sábana presentaba, y que el desaparecido vendedor de Parker y Mont Blanc había sido incapaz de eliminar a pesar de haber empleado para ello media docena de kleenex. El criado de Cortés era ajeno a cualquier cosa que no fueran las maniobras que Encarnación sentada en la cama, y él de pie, hacía para bajarle los pantalones y los calzoncillos con una mano, mientras con la otra masajeaba su engordado pene.

Cumplimentado el polvo, que la Nani adornó con diversos añadidos de la asignatura cuatrimestral de succiones varias, Alberto, sudoroso como un atleta que acaba de completar la maratón con una marca más que aceptable, se sentía como un rey, o más que eso, como el mismo Dios. Los dedos de la mujer, recorriendo su pecho peludo y musculoso, era un gesto que interpretaba de agradecimiento y reconocimiento a su hombría. Ella creyó, al igual que un torero observa que el Pablo Romero está perfectamente centrado y cuadrado para clavarle el estoque, que su amante se encontraba en situación óptima para continuar con su lavado de cerebro. Como preámbulo le mostró su dedo con el anillo que él le había regalado hacía poco, algo que Alberto ya había advertido, y le susurró:

—Cariño mío, no te has de enfadar porque yo reciba a algún hombre. Yo tengo que comer, ¿sabes mi vida? A mí no me gusta hacerlo, yo quisiera ser solo tuya, pero eso no es posible.

Encarnación, mientras le soltaba semejante retahíla de dulzores y exclusividades, dudaba que el otro tuviera las suficientes tragaderas para creérselo —de estar en su lugar, ella por supuesto no hubiera sido capaz—, pero en su caso la mirada obtusa del tipo que tenía enfrente le decía que se la estaba metiendo hasta la empuñadura. Él, como si las palabras de la mujer fueran una invitación para llevar a cabo determinada acción, se levantó desnudo, fue hasta su chaqueta y sacó un billete de 100 euros, cinco de 20 y uno de 10. Era el resultado de, durante los últimos meses, sisarle al Caracortada unos céntimos cada vez que iba al mercado; en total 210 euros, más del doble de lo que le daba a ella después de cada cita. Y con gesto mayestático lo puso en manos de *la Nani*.

—¡Toma, para tí!

La *Nani* cogió el dinero y sin preguntar a qué venía aquello se levantó y lo guardó en el bolsillo de su bata, colgada junto a las prendas de Alberto. Luego volvió a su anterior posición. Allí, acurrucada y pegada a él como un polluelo necesitado de protección y calor, un palmo por debajo de su rostro, su capacidad de influencia y seducción ganaba varios enteros.

—¡Qué feliz sería contigo, amor, si pudiéramos estar siempre así, juntos!

Alberto fue a decir algo, pero en ese instante sonó el móvil. Lo cogió del suelo y miró la pantalla. Su patrón reclamaba su presencia. Contrariamente a lo que era habitual en él tardó unos segundos en incorporarse para vestirse. *La Nani*, atenta a su reacción y a lo que podía significar, intuyó que aquella inusual parsimonia estaba dedicada a la mujer que seguía acostada y que no le quitaba ojo, a ella, como una manera de demostrarle que nadie, ni siquiera el viejo, lo dominaba al extremo de hacerle perder el culo con solo chascar los dedos. Primero con el anillo, y hoy con la entrega de los 210 euros, que a él lo dejó sin blanca, creía haber conseguido un nivel de respeto que ahora estaba en situación de poderlo perder. *La Gallega*, dispuesta a participar en aquel juego de poder, irguiéndose, le acarició el rostro para que hiciera caso omiso a los insistentes seis timbrazos y permaneciera a su lado. Él pareció que dudaba. Pero solo fue un instante, justo hasta que se produjo la segunda llamada del *Caracortada*, entonces Alberto, y sin ningún miramiento, la apartó de un manotazo. Mientras se vestía no la miró, y tampoco lo hizo cuando dejó la habitación sin tan siquiera una palabra de despedida. Ella escuchó sus pasos apresurados por el pasillo y el portazo al abandonar el altillo, y se sonrió, convencida de que volvería. La semilla estaba plantada. Harían falta otros momentos como aquel para que fructificase, y ella debía ser capaz de crearlos. Mientras se dirigía al aseo, ya imaginaba su cuerpo engalanado con aquellas joyas que *el Caracortada* almacenaba en su caja de caudales: un collar de perlas en su cuello y en su muñeca una *Rivière* de brillantes.

25

Desde la calle se oían los gritos procedentes del segundo piso. Alberto subió la escalera de cuatro en cuatro peldaños y llegó al despacho de su patrón. Allí, una mujer con dos niños de entre seis y diez años cogidos de la mano, a ratos imploraba y a ratos chillaba, acompañada su voz por los berridos de los dos chavales que le hacían coro. En cuanto hizo su aparición, el de Malpartida bramó:

—¡Me cago en la leche! ¡Joder!, ya era hora de que aparecieras. Anda, sácame de aquí a estos mierdas.

No los esperaba, de ahí que hubiera dado permiso a Alberto para que se ausentara. Les abrió la puerta convencido, como le dijo la mujer por la mirilla, de que venía a devolverle el préstamo, y cuando la tuvo dentro resultó que lo que pretendía era justamente lo contrario, que le perdonara la deuda.

Alberto la cogió por la cintura y la levantó en volandas. Ella soltó a los dos chavales que se revolcaron por el suelo sin cesar de vociferar y berrear a moco tendido. Alberto recibía en su tripa y su pecho los golpes enfuriados de la mujer, pero no por eso la liberaba. Manteniéndola en el aire, pegó una patada a cada uno de los críos encarándolos hacia la salida. Pero antes de que culminara su acción de echarlos, el viejo le dio una voz para que se detuviera. Alberto se giró para que la mujer escuchara lo que su patrón quería decirle:

—Voy a esperar tres días a que me traigas el dinero, hasta el viernes por la tarde. ¡Ni un minuto más! Después atente a las consecuencias, no ha nacido el listo capaz de darme esquinazo. Muchos lo intentaron, pero nadie lo ha conseguido. Y todos, después de probarlo, se arrepintieron.

—¡Mi marido no aparece por ningún lado, se ha largado!, me ha dejado abandonada, a mí y a sus hijos. Tal vez esté muerto, tirado en cualquier rincón. Estaba desesperado, ¡desesperado! Incluso le oí decir que se iba a tirar a las vías del Metro. Si lo ha hecho, tú eres el culpable ¡Cuando le dejaste el dinero ya sabías que era imposible que te lo devolviera!

—¡Escúchame bien! Si él no aparece, eres tú quien ha de devolverme lo que le presté. Estabas presente cuando le aflojé la pasta, ¿lo recuerdas, no? Entonces te pareció la mar de bien, todo eran: «sí, don Jacinto, sí, don Jacinto, no se preocupe, don Jacinto».

De manera que eres tan deudora como él. Mi importa una mierda en qué hayáis gastado el dinero, ¡cómo si lo habéis tirado a la basura!, pero ha llegado el momento de devolvérmelo. ¡Eso es sagrado!

—Pero, ¿no te dejó en garantía la aguja de corbata y el reloj de oro de su abuelo que vale mucho más? Dijiste que eso cubría el préstamo. ¡Pues quédatelo y en paz!

—¿De su abuelo, dices? Todo era robado. ¡Y no me digas que eso tú no lo sabías! Anteayer vino la policía y tuve que entregárselo. Esto me pasa por hacer negocios con indeseables como vosotros. ¡Así que quiero mí dinero!, ¿estamos?

Con su acaloramiento, la cicatriz que cruzaba su mejilla se convirtió en un costurón semejante a una serpiente dispuesta a saltar a la yugular de Esperanza, que seguía dando inútiles golpes a la mastodóntica figura que la sujetaba. Ahora, con la presencia todopoderosa de Alberto el extremeño se sentía fuerte y capaz de espetarle a aquella desgraciada lo que pensaba de ella:

—Ese cuento de que tu marido ha desaparecido, se ha colgado o se ha tirado de un quinto piso se lo explicas a quien quieras menos a mí. Bien que ha sido capaz de soplarle al juez quien tenía lo que él había robado, denunciándome. ¡A mí, a mí!, que lo único que le he hecho ha sido un favor.

Tosió entrecortadamente y tras un estertor prosiguió:

—Tu Julián, aparte de ser un mierda, es un enfermo, y si ha decidido quitarse la vida, como tú dices, en buena hora, lo único que ha conseguido es adelantar su salida de este mundo antes de que el sida, el mono o su cirrosis de borracho pudieran con él. Era un jodido drogata y un perdedor desde que salió de la tripa de su madre, ¡basura! Se llegó a apostar hasta su propia mujer, ¡a ti!, ¿te crees que no le sé? ¿O ya no te acuerdas? —*el Caracortada* sabía que, en más de una ocasión, quien tenía delante había sido el resto puesto sobre el tapete de juego y perdido. Y ante la renovada mirada de odio de ella—: Eso era o es tu bendito Julián. ¿Dime, cuántas veces te has abierto de piernas para saldar deudas suyas? ¡Bah! Seguro que eso te gustaba. ¿O crees que no sé cómo te ganas la vida, puta? De manera que no me vengas con cuentos. Dudo hasta de que esos dos mocosos que te has traído contigo para intentar ablandarme sean de él. ¡Menudo porvenir de mierda les espera!

Esperanza boqueaba por la presión a que la sometía Alberto, esforzándose porque el aire entrara en sus pulmones.

—Pero a mí todo eso me importa un carajo —de nuevo la apuntó con el dedo índice de su mano:

—Si ese cabrón y tú no me hubierais engañado aún podría apiadarme de vosotros, pero después de la visita de la policía, ¡ni hablar! —en su rostro apareció una mueca de asco—: ¡Ah!, y esa forma de liquidar la deuda que me has propuesto antes, a base de abrirte para cobrarme de tu chocho, no me sirve. Los dos somos demasiado viejos para eso. A mí ya no se me levanta, y tú puedes contagiarme desde la lepra hasta la sífilis. Yo quiero mi pasta. ¿Lo entiendes puta? ¡Mi pasta!

Alberto seguía a la espera de que su amo acabara de vomitar todo el veneno para conducirla a la calle. Ella, entre jadeos, sacó fuerzas de flaqueza y le soltó:

—¡Cabrón, cabrón! Dios te maldiga y te quemes en el infierno por toda la eternidad. ¡Miserable! ¿De dónde quieres que saque yo el dinero?

—¿Es que no te enteras?, ¡eso me da igual! De tu coño, de tu culo, de tu boca, lo robas. ¡Pero tráemelo! Si dentro de esos tres días no estás aquí con lo que me debes, lo vas a sentir. Ya lo sabes, 4.300 euros, ¿ves esta cicatriz que tengo yo aquí, en la cara? —La uña de su pulgar la recorrió.

Interpretándolo como una amenaza hacia ella, dejó de golpear a Alberto para tocarse el rostro.

—No mujer, no, la cosa no va por ahí. A ti no te haré nada, bastante arrugada y estropeada estás ya. Además, si te marco te quitaré el único medio de vida que te queda —soltó una carcajada y se inclinó para que su vista alcanzara a los dos chavales que permanecían tirados en el suelo a los pies de Alberto.

—¡A tus hijos! A esos los rajaré para que se parezcan a mí. ¡Mírame bien! Yo dejaré una señal igual a esta en sus caras —hizo ademán de alargar la mano y asir al más pequeño de los dos, pero antes de que pudiera lograrlo el muchacho se puso en pie de un salto y se escabulló.

—¡Cabrón, cabrón!— repetía la mujer.

—Anda Alberto, líbrame de una vez de esta ramera. ¡Échala!

Cumplió la orden. Sacó a la mujer al rellano donde los dos

pequeños se habían refugiado sin parar de lloriquear. Ella le gritó:

—¡Tú eres aún más miserable que tu amo! ¿Es que no tienes entrañas? —y ante la expresión de ira de Alberto:

—Eres un puto esclavo. ¿Cuánto te paga por hacer de mamporrero? ¿Acaso esperas heredar de él?, ¿te crees que algún día todo lo que roba será para ti? ¿Por eso lo haces? Me das asco. Anda, vuelve con tu dueño, límpiale las babas y los orines. ¡Mamón, más que mamón! ¡Poco hombre!

Aquel insulto le afectó. Levantó su manaza y le cruzó la cara. La cabeza de ella rebotó contra la pared, y un hilillo de sangre brotó de la comisura de sus labios. Esperanza se levantó apoyándose en la barandilla, tomó a Carlos, el menor de sus hijos en brazos, al otro le dio la mano y desapareció sin parar de repetir:

—¡Malditos seáis! ¡Así os muráis rabiando!

Alberto regresó junto a su jefe que lo esperaba montado en cólera:

—¿Dónde cojones estabas? Cuando te llamo quiero que vengas como un cohete. ¡Te pago para eso! Ya sé que tienes menos cerebro que un mosquito, pero el dinero que te doy es para que si te necesito acudas al momento. Mira, esta semana vas a quedarte sin cobrar los 100 euros de asignación. Así aprenderás. ¡Y tómalo como un aviso!

Alberto pensó en Encarnación. Sin su paga no podría acudir a verla. La ira que eso le generó se mezclaba con el insulto que había recibido antes: «¡Poco hombre!»

Cortés estudiaba su rostro e interpretó su mutismo, aparte de como una muestra de su imbecilidad, un reconocimiento de que le había fallado y aceptaba el castigo. Su menosprecio hacia Alberto se manifestaba en humillarlo sin medida:

—Si lo de hoy se vuelve a repetir me buscaré otro. Y a ti te daré una patada en el culo por inútil. ¿Me has entendido? Encontraré alguien más agradecido que tú y más dispuesto a servirme. Así que ya lo sabes. ¡Estás advertido! Para mí eres un puto empleado que debe hacer lo que se le ordena.

Los 100 euros, Alberto solo pensaba en los 100 euros. Si no disponía de ese dinero podía perder el amor de *la Gallega*. Sobre todo ahora, porque aquella mañana le había hecho entrega de todo su tesoro, los 210 euros, por lo cual no tenía nada que ofrecerle.

Aunque al recordar las palabras de cariño que le había dedicado no se arrepentía de haberlo hecho. Volviendo al viejo, él la había abandonado para responder a su llamada, dejó a *la Nani* para librarlo de la mujer que, antes de llegar él, lo tenía acogotado y a su merced, ¿y así se lo agradecía?

Con la cabeza baja aguantó la retahíla de insultos y desprecios que don Jacinto tuvo a bien soltarle. Esperaba que así se olvidara de su amenaza de no darle los 100 euros. Cuando el viejo se hubo desfogado cuanto quiso, le susurró:

—Perdóneme don Jacinto, no se volverá a repetir. ¡Se lo juro!

—Por tu bien así lo espero.

Pero no era eso lo que Alberto esperaba que dijera, por eso añadió:

—Pero no me castigue, por favor, necesito ese dinero.

—¿Lo necesitas? ¡Vaya hombre, el señor lo necesita! ¿Pero estás sordo o qué?, ¿es que no has oído lo que te he dicho? Yo solo hablo una vez. Esta semana no hay asignación. Ahorro para mí. Olvídate de los jodidos 100 euros. Así aprenderás a acudir al instante cuando te necesite. A los que son como tú no hay que enseñarles con palabras, sino con el palo. ¡Es lo único que entienden!

Al escuchar la negativa, y por primera vez desde que estaba a su servicio, Alberto tuvo ganas de saltarle al cuello. Él jamás le falló. Hizo todo lo que le pidió, perseguir, pegar palizas, romper brazos y piernas, amenazar. También cuidarle cuando estuvo enfermo, limpiarle la mierda, cocinar para él. Clavó los ojos en la caja que, situada detrás de su patrón, enmarcaba su figura.

—Sí, ¡ya puedes ir mirando ahí, ya! —La boca del *Caracortada* rezumó un hilillo de baba—: Ahí está, bajo siete llaves, lo que no te voy a dar, ¡mi dinero! Anda, desaparece de mi presencia ahora mismo. ¡Lárgate ya!

Tardó unos segundos en cumplir la orden. El usurero observó aquella demora, y aunque por un momento temió que fuera una señal de rebeldía que pudiera acabar en una acción violenta contra él, el hecho de que por fin Alberto, cabizbajo, diera media vuelta y saliera, le devolvió la seguridad de que controlaba la situación al completo. Más que eso, creyó que tras el incidente, su dominio sobre aquel retrasado mental había subido varios enteros. Era como un borrico de carga, que lo único que entiende es el restallar de la zurriaga. Pesadamente se levantó de su sillón, se acercó a la puerta y la cerró. Acto seguido se dedicaría a solas a lo que más le gustaba. Abrió de par en par la caja de Arcas Soler tomándose un tiempo en contemplar el panorama que tenía delante, dudó qué escogía para consagrarle la siguiente hora. Para empezar eligió una colección de cuatro isabelinas del siglo XIX que representaban escenas de caza. Se deleitó con la delicadeza de la porcelana, sus colores, su peso. Pero sobre todo pensando que el precio de cada una superaba los 8.000 euros.

26

Esperanza había recurrido a todas sus posibles fuentes de dinero. La medalla de san José de su padre, un mantón de manila de su madre, una pulsera con dos monedas de cobre de una peseta de Alfonso XII engarzadas, regalo de su madrina en su primera comunión, y una enciclopedia por fascículos a peso de papel. Nada más quedaba en el interior de su maleta ni en el armario de su habitación transformable en euros, y no lo había porque con anterioridad ella o Julián ya lo habían malvendido. El resultado de la razzia añadido a sus exiguos ahorros fueron 415 euros, que no cubrían en absoluto su deuda. Durante los tres días del plazo dado por el usurero frecuentó a jornada completa la esquina de la Ronda de San Antonio con la calle de Valdonzella, su lugar de trabajo, doce horas arriba y abajo esperando el cliente que tardaba en aparecer, cediendo en el regateo que siempre precedía a cerrar el precio antes de subir las empinadas escaleras de la Pensión Remedios. Con gomita o sin gomita, por donde fuera y de la forma que fuera, pero tampoco así obtuvo un incremento significativo de sus ingresos, tan solo 223 euros más.

Se planteó la posibilidad de coger a sus dos hijos y huir. Sí, pero, ¿adónde?, cargada con Antoñito y Carlos no resultaba fácil darse el piro. Debía ser un lugar donde *el Caracortada* no pudiera dar con ella, aquel tipo era capaz de perseguirla hasta el mismo infierno pues no admitiría que alguien le diera esquinazo. Y sobre todo, ¿con qué medios subsistir? Hasta el último momento tuvo la esperanza de que él, Julián, volvería. Cuando de noche escuchaba pasos llegando por el ventanuco de su cuarto que daba la escalera esperaba verlo aparecer, aunque fuera borracho, emporrado y sucio e implorando su perdón como tantas veces. De esta forma sería él quien diera la cara ante el de la calle de la Sal. Pero eso no se producía, y Esperanza seguía con su insomnio mientras la cansina andadura de algún vecino pasaba de largo o se quedaba en el piso de abajo.

Le dio mil vueltas en busca de una solución, tantas como contó y recontó los exiguos 938 euros que eran todo su tesoro —dos colegas, compadecidas de su apuro, le dieron 300 euros—: Ya nos lo devolverás cuando puedas —le dijeron, aun sabiendo que difícilmente sería así.

Pero, al final, siempre volvía a la única salida posible.

Se odiaba a sí misma por acceder a lo que en su momento alguien le propuso y rechazó de plano, pero ahora, con aquella deuda que estaba obligada a saldar, la alternativa a no hacerlo era peor. No quisiera llevarlo a cabo por nada del mundo, lo aborrecía y se aborrecía a sí misma con solo pensarlo, pero no tenía más remedio. Por las noches, con cada desengaño al no ser Julián quien subía por la escalera, se levantaba de la cama y se arrodillaba frente al colchón donde junto a ella, y en la misma habitación, dormían Antoñito y Carlos. Doña Lola, la dueña de la pensión, había accedido a colocar aquel suplemento que durante el día permanecía apoyado contra la pared, y que cada noche al extenderlo dejaba la habitación sin un espacio para poder poner los pies, pero donde sus dos hijos dormían sin costarle más dinero. Bendita sea doña Lola. Esa noche veló su sueño hasta la madrugada, a ratos rezando y a ratos maldiciéndose por la mala suerte que la acompañaba desde la cuna, hasta que la incipiente luz del alba se coló por el ventanuco y ella cayó en un espeso sopor del que Antoñito la despertó zarandeándola.

—¡Mamá, mamá!, levántate. ¿No me dijiste que hoy teníamos que ir a aquella casa?

Los dos días anteriores, y a medida que las posibilidades de encontrar otra solución distinta se le iban cerrando, hacía esfuerzos por relativizar el daño que el *ir a aquella casa* le significaría a Antoñito. Se trataba de una sola y única vez, después ella se encargaría de borrar el mal recuerdo y el trauma que pudiera haber dejado en su hijo. Recuerdos y vivencias propios volvían de su niñez pasada en aquel pueblo de la Ribera del Ebro para intentar minimizar las consecuencias y acallar su mala conciencia. Ella tuvo la primera relación carnal a los once años, su madre vendió su virginidad a un tratante de ganado de Caspe por 40 duros, dándole como única explicación que 20 años atrás lo habían hecho con ella. Le costó superarlo, pero finalmente lo consiguió, o al menos eso pensaba. Ahora, más de 30 años después, solo muy de vez en cuando volvía aquella vivencia en forma de pesadilla —el desgarro, la sangre, el dolor, el peso de noventa kilos encima, ahogándola—; así le sucedería también a su hijo, pero él tendría aquello de lo que ella careció: su consuelo, sus caricias, sus palabras—: Ya está, ya ha pasado, no pienses más, yo estoy a tu lado… —le explicaría el bien que para ella y para Carlitos aquel sacrificio suyo había significado y el apuro del que los había sacado.

El tiempo todo lo borra, o lo difumina… O tal vez no. La tarde

anterior, tras decenios de no pisar una iglesia, se metió en la parroquia de Los Ángeles, encendió una vela y de rodillas le pidió a la Virgen del Pilar el milagro de hacer desaparecer de su vida al *Caracortada*, que un ángel bajara del cielo con el dinero de su deuda, o que un platillo volante los llevara a ella y a sus dos hijos a Marte, o a Venus, o a la Luna, pero sin ningún resultado. Ni siquiera el de tranquilizar su conciencia.

Tomada la decisión, la víspera del plazo dado por el usurero hizo la llamada telefónica que sirvió para fijar el precio, la hora y confirmar la dirección. Quizá esperaba que nadie cogiera el teléfono, que aquella voz de falsete, fría y cortante, no le respondiera, que la pregunta que desde el otro lado la voz le hizo—: ¿Tienes lápiz y papel para apuntar la calle y el número? —y su respuesta—: Sí, dígame —no hubieran existido, poder apelar a ello frente al *Caracortada* para conseguir una prórroga, volver a llorarle, a implorarle. Pero eso no sucedió y ahora, guardados en una pestaña de su monedero, junto al DNI y la tarjeta de la Seguridad Social, escritos al dorso del ticket regalo de una peluquería, figuraban aquellos datos. Esa fue la expresión que el tipo utilizó—: ¿Has anotado los datos?

A toda prisa se vistió a sí misma y a Antoñito. Cuando pusieron el pie en la acera faltaba menos de una hora para la cita.

27

Bajaron del autobús que les llevó desde La Barceloneta hasta la zona alta de Barcelona, allí las calles eran mucho más anchas, la gente que circulaba por las aceras iba más convencionalmente vestida y había semáforos en cada esquina cuyo cambio de color era escrupulosamente respetado. Nadie parecía conocerse porque nadie se daba los buenos días o se saludaba, al contrario de lo que ocurría en la calle del Rector Bruguera, donde estaba la pensión de doña Lola. Antoñito, desde que al salir de la pensión su madre le dio el chupa-chups de fresa no había parado de lamerlo, ya solo quedaba un mínimo resto de lo que al quitar el papel era una brillante bola de color rojo. Él quería alargarlo, por eso a medio camino había decidido ralentizar sus lengüetazos. Normalmente, cuando su madre lo obsequiaba con un kinder, un helado o una chocolatina, había una causa que lo justificaba, podía ser haberse quedado al cuidado de Carlitos o bajado a la tienda del señor Pedro a comprar un paquete de fideos o una barra de pan, pero hoy no había ocurrido nada de eso y, además, habían sido dos los chupa-chups que ella sacó de su bolso y le entregó mientras esperaban el 17. Le dijo—: Toma, uno para ahora y otro para después —él no preguntó que había detrás de ese *después*, tal vez algún recado, cualquier cosa que su madre le pediría que hiciera. Su hermano Carlitos se había quedado al cuidado de la señora Consuelo, una vecina que vivía en el mismo rellano de la pensión. A Antoñito le extrañó que, al despedirlos, la mujer lo aupara y besuqueara como nunca antes lo había hecho, mientras murmuraba que iba a rezar por él. ¿Por qué?, se preguntaba.

Tras una breve andadura por la Ronda del General Mitre, llegaron frente al portal que su madre identificó por el número que llevaba escrito en un papel. Allí, un individuo investido de un guardapolvo azul marino, con un frasco de Netol en una mano, un trapo en la otra y subido a una escalera, se dedicaba a sacar lustre a los adornos de una puerta de hierro forjado.

—¿Adónde va? —le preguntó.

Esperanza, que llevaba a Antoñito fuertemente cogido de la mano, y sin detenerse en su camino hacia el ascensor, le espetó:

—Al ático segunda.

El conserje, al escucharlo, no pudo por menos que lanzar una

mirada a aquel chaval que, ensimismado en la contemplación del exiguo caramelo del que apenas quedaba el palo, se dejaba conducir por la mujer que sin duda debía de ser su madre. Estuvo a punto de increparla, decirle que pensara bien lo que iba a hacer, incluso darle algo de dinero, diez o veinte euros, para que cambiara de parecer y no tomara el ascensor que la conduciría a la casa de don Santiago. Pero, como tantas otras veces en las mismas circunstancias, no lo hizo. Al fin y al cabo, además de ser aquella mujer de mirada huidiza una perfecta desconocida, él no era más que un simple portero, mientras que don Santiago era el propietario del ático segunda y de dos viviendas más que tenía alquiladas, si se enteraba de que se había entrometido en sus cosas, era muy capaz de presionar a la comunidad de vecinos y al administrador para que lo despidieran. Así que, tras bajar de la escalera y comunicar a don Santiago por el interfono que iba a recibir la visita de una señora con un niño, volvió a la tarea de sacar lustre a los florones de la puerta.

El ascensor Cardellach de los años veinte del pasado siglo tenía un pequeño banquillo de madera, donde Antoñito se sentó. Tras mirarse en el espejo y hacer una mueca, preguntó:

—¿Adónde vamos, mamá?

—A casa de un señor. ¿Está bueno el caramelo?

—Sí, pero mira, ya queda muy poco.

—Para después tienes el otro, ¿eh? Hoy ha habido ración doble, ¡no te quejarás!

—No —metió la mano libre en el bolsillo del pantalón y lo sacó:

—Ese es de limón. ¿Quieres que yo te lo guarde? —ella.

—¡No, yo! —volviéndolo otra vez al bolsillo.

Esperanza pensó que cuando Antoñito quitara el envoltorio y se lo llevara a la boca, ya todo habría acabado. Eso la tranquilizó.

El ascensor se detuvo con una sacudida y ella abrió la doble puerta accediendo los dos a un amplio descansillo. Allí los esperaba quien debía ser don Santiago, en batín y zapatillas y con una sonrisa de oreja a oreja.

Rondaría los sesenta años y mediría poco más de un metro y medio de estatura, de rostro afinado, la piel de su cutis era blanca como la leche, igual que la porción del cuerpo que mostraba: su antebrazo y mano izquierda, la derecha escondida a su espalda

parecía ocultar algo. Tenía el aspecto enfermizo propio de quien frecuenta poco el aire libre. Cruzó una mirada de inteligencia con Esperanza que hizo innecesaria cualquier presentación.

—Anda, dale los buenos días y un beso a este señor —Esperanza, mientras tomaba de la boca de Antoñito el palo del chupa-chup, y tras mirar a su alrededor buscando un lugar donde dejarlo sin dar con él, se lo guardaba en el bolso.

El muchacho, sin soltar la mano de su madre avanzó un paso e hizo lo que le decía, recibiendo él también un beso en la mejilla. Fue entonces cuando don Santiago mostró su mano derecha y lo que contenía, colocando ante sus ojos un paquete envuelto en papel que tenía impresas figuras infantiles: Batman, Spiderman, Superman.

—Toma…

Levantó los ojos hacia Esperanza en busca de ayuda, ella se apresuró a decir:

—Antoñito, mi hijo se llama Antoñito.

—¡Qué nombre tan bonito! Antoñito, esto es para ti, un regalo de mi parte.

El muchacho miró a su madre que asintió, lo cogió y lo iba a abrir, cuando aquel hombre le dijo:

—Ven, vamos dentro —apartándose y cediéndoles el paso.

Con la puerta de la vivienda cerrada a sus espaldas, a Antoñito le bastaron dos rasgones para descubrir lo que escondía el envoltorio, una caja con una fotografía de algo que parecía una televisión. La abrió y sacó lo que contenía. Creyó que se trataba de un libro, aunque no tenía hojas, solo las dos tapas, una mucho más gruesa que la otra y con un cristal opaco.

Don Santiago le revolvió el cabello, y empujándolo con suavidad le condujo frente al banco del recibidor donde él se sentó, sus ojos al nivel de aquel rostro infantil, observando divertido las dos pequeñas manos que no paraban de abrir y cerrar las cubiertas del supuesto libro en busca de una explicación de qué era y para qué servía. Junto a la puerta y expectante, Esperanza seguía la escena, satisfecha por cómo se desarrollaba el contacto del pequeño con aquel hombre.

—¿No sabes lo que es, Antoñito? –don Santiago, sonriéndole.

—No.

—Se dice no señor —ella, corrigiéndole.

—No señor —con voz apagada, para elevar el tono al preguntar —: ¿qué es?

—Es una tableta, un ordenador. Y tiene muchos juegos —don Santiago.

Los ojos de Esperanza enfocaron aquel artilugio. ¿Cuánto debía costar? No tenía ni idea, ¿tal vez 500 o 1.000 euros? Se fijó en el reloj que el viejo lucía en la muñeca y en la medalla de oro que asomaba por la pechera del batín de rizo con solapas de terciopelo negro y las letras S y J bordadas, para después pasar revista a las paredes del amplio recibidor sobrecargadas de cuadros, el artesonado del techo, el parqué. Todo allí rezumaba dinero.

Don Santiago pulsó el *on*, sonó una alegre musiquilla, el cristal se iluminó y Antoñito quedó extasiado ante las posibilidades que el artilugio poseía. Rompecabezas, juegos de estrategia, Bob Esponja… El muchacho se colocó pegado a su lado para apreciar mejor aquella pantalla mágica que con solo pasar el dedo por encima iba cambiando de contenido haciendo que aparecieran cosas nuevas.

—Ven, siéntate en mis rodillas. O mejor, vamos a la biblioteca, allí estaremos más cómodos. Toma, llévala tú —le pasó la tableta—. Es tuya, es mi regalo de bienvenida —Antoñito se la colocó bajo el brazo y le dio la mano.

—Espera, mientras nosotros jugamos, tu madre tiene que hacer unos recados, ¿no es verdad? —dirigiéndose a Esperanza.

Ella tardó unos segundos más de los necesarios en responder que sí, que tenía cosas urgentes que atender y que volvería a buscar a su hijo después, al cabo de un rato; en realidad las dos horas convenidas. Iba a decirlo, era lo acordado, cuando ocurrió algo que la detuvo. La mano de don Santiago pasó de la mejilla de Antoñito a su nuca para después meterse por el cuello de su camisa y deslizarse por su espalda. El muchacho, sorprendido por aquella intromisión, hizo un movimiento, mitad sorpresa y mitad rechazo, que ocasionó el que soltara la tableta y esta cayera al suelo, astillándose el cristal de la pantalla.

—¿Qué haces, idiota? —don Santiago, al tiempo que lo zarandeaba.

Antoñito forcejeó con él hasta poder liberarse, y corrió a esconderse detrás de su madre.

—Eres un chico malo y te castigaré —señalándolo con su dedo índice—: Y tú, mujer —dirigiéndose a Esperanza—, ¿qué coño esperas para largarte de una puñetera vez?

—¡Vámonos de aquí, mamá! Quiero irme. —Antoñito, tirando de ella hacia la puerta.

Ella estaba indecisa. Acarició el rostro de Antoñito pegado a su cadera, en un intento de tranquilizarlo.

—¡Tráemelo aquí!, ese es el trato —don Santiago, con las manos en jarras.

—¡Tengo miedo, mamá!, ¡Vámonos! Por favor, por favor.

Ella sintió en su mano la humedad de una lágrima. ¿Qué fue lo que la llevó a tomar aquella decisión? ¿Aquel llanto?, ¿o tal vez la sonrisa de suficiencia que tenía enfrente? La cuestión es que le salió un rotundo:

—¡Nos vamos! No hay trato —girándose y encarando hacia la puerta.

El viejo se abalanzó y asió a Antoñito por el antebrazo.

—¡No!, ni hablar, tú te quedas conmigo. ¿Qué os habéis creído?

Esperanza forcejeaba por liberarlo, aunque no lo lograba. Aquel tipo de repente estaba imbuido de una fuerza imposible de vencer. Ni siquiera las patadas que Antoñito le iba dando eran capaces de que lo soltara.

Lo que vino a continuación fue muy distinto a lo que estaba previsto. Ella pensaría después que no tenía la intención hacer daño a nadie, lo único que deseaba era huir de allí, lograr que aquellas dos manos encastadas, una en el cuello y la otra en el brazo de su hijo que tiraban intentando separarlo de ella, desaparecieran. Pero no lo estaba consiguiendo. Convencida de que necesitaba algo más contundente si quería salirse con la suya miró a su alrededor. Sobre una repisa descansaba una figura de bronce, se trataba de una odalisca surgiendo de las aguas. Fue un acto reflejo cogerla y, blandiéndola, descargar su peso sobre la cabeza del viejo, que sin soltar a Antoñito intentaba mantener a distancia la puntera de sus zapatos que ya habían acertado un par de veces en sus espinillas. Don Santiago al recibir el golpe liberó una de sus manos y se revolvió para defenderse y contraatacar, aunque sin lograrlo. Ella volvió a repetir la embestida. Esta vez con más fuerza y acompañada de un chasquido de huesos que se quiebran cuando un

ángulo de la escultura incidió en la cabeza del viejo. De su garganta salió un alarido, al tiempo que caía en redondo.

Una hora y media más tarde el portero vio salir a la mujer y al niño, ella cargada con una bolsa que parecía pesar lo suyo. Sin duda contendría alguno de los juguetes con que don Santiago acostumbraba obsequiar a sus visitantes, esos a los que él llamaba «sus invitados». Lo que no era habitual era que la madre de los chavales permaneciera en el piso, normalmente salía dejándolo allí para regresar en su busca al cabo de unas horas. Quizá en este caso fue necesaria su presencia para vencer el rechazo del muchacho y conseguir que accediera a lo que el viejo pretendía. Bueno, cuanto menos en esta ocasión el chico caminaba por su propio pie, casi siempre era su acompañante quien cargaba con él, en brazos y adormilado. A saber qué porquerías les daba don Santiago para hacer con ellos lo que quería. «¡Vaya una mierda de vida! », se dijo.

Esperanza enfiló calle de Balmes abajo. La bolsa, cuya correa sostenía con firmeza, contenía el bronce de la odalisca con restos del cuero cabelludo del viejo, su Rolex, su medalla, y un solitario con un rubí que encontró en la mesilla de noche, además de 13.500 euros que aparecieron en uno de los cajones de su buró, con la otra mano tironeaba de Antoñito para alejarse cuanto antes de allí. Su mente no paraba de cavilar de qué manera la policía podía relacionarla con el hombre que acababa de matar, y qué debía hacer ella para eludirlo. Sabía de la existencia de aquel don Santiago porque, hacía de eso dos años, Eulalia, por entonces una de sus compañeras de acera, le había hablado de él. Resultaba que Gertrudis, conocida suya, y ante un apuro económico, había optado por visitarlo acompañada de su hijo de seis años:

—Es la edad que al parecer le gusta a ese individuo —le comentó Eulalia, quien le dio su dirección y la forma de contactar con él, añadiendo—: Toma, por si un día lo necesitas. Gertru se ha sacado 4.000 euros de una tacada. ¿No está mal, eh?

Ese era el hilo que la policía podía seguir para relacionar al viejo con ella y con su hijo. Pero, para tranquilidad de Esperanza, ahora Eulalia ya no hacía la calle, ni siquiera vivía en Barcelona porque regresó a su Calatayud natal, en donde con los ahorros conseguidos abrió una peluquería y llevaba una vida convencional, en las antípodas de su antigua ocupación. Y en cuanto al registro que ella llevó a cabo en el ático, y previniendo que sus huellas fueran más fáciles de identificar que las de Antoñito, fue él quien atendiendo a sus indicaciones abrió cajones y armarios en busca del botín con el

que finalmente se hizo y que ahora cargaba, algo que a don Santiago, ya no le era de ninguna utilidad. Esperanza confiaba tener la suerte que hasta entonces la vida le había negado y salir de rositas. En el altillo del armario del dormitorio, detrás de dos cajas repletas de todo tipo de cachivaches que no tenían otra misión que ocultar aquel escondite, apareció una colección de DVD ordenados por fechas junto a dos álbumes de fotografías, ni más ni menos que el historial del dueño de la casa durante los más de veinte años que llevaba de amante de la infancia. Esperanza seleccionó unas cuantas de aquellas imágenes, las que le parecieron más expresivas, y tres DVD cogidos al azar etiquetados 1988, 2001 y 2010, que ahora formaban parte del contenido de la bolsa, el resto lo esparció encima del cuerpo sin vida de don Santiago. La mujer no sabía si aquello lo llegaría a utilizar, en qué momento y para qué, pero estaba convencida de que le aportaba un plus de seguridad por lo que una vez escuchó decir a un picapleitos acerca del estado de necesidad y la defensa propia. Pero eso no era lo más importante, sino el fajo de billetes, los 13.500 euros que por dos veces y mientras esperaba que el semáforo se pusiera verde, no pudo resistir la tentación de meter la mano dentro de la bolsa y sobarlos.

Una hora más tarde de que Antoñito y ella hubieran abandonado el ático, Ernesto, el criado de don Santiago, hacía su entrada en el vestíbulo del edificio.

—¿Ya se ha ido la visita? —preguntó al portero.

Su patrón, cuando una o dos veces por semana recibía, quería estar solo. Y él también lo prefería, no tenía ningún interés en saber lo que ocurría en su ausencia, incluso si alguna vez el portero le hizo alguna insinuación maliciosa, la cortó al momento. 2.500 euros al mes de sueldo más comida y cama, a su edad, 64 años, no lo encontraría en ningún otro sitio. Así que ni ver ni oír, y siempre callar. Cumplía con esa ausencia de forma rigurosa, quería tener la seguridad de que a su regreso el huésped y su acompañante ya se hubieran ido. La única vez que se cruzó con una de aquellas visitas tuvo pesadillas durante una semana. Para evitarlo, con frecuencia se veía obligado volver a salir y hacer tiempo si, por lo que fuera, la cosa se había alargado y al preguntar a Joaquín, este le decía que los huéspedes de su señor seguían en el ático.

—Sí, ya está solo —le confirmó el conserje. Lo cual significaba que hoy no se daba el caso.

Al cabo de cinco minutos el interfono empezó a pitar de forma

continua. El portero, tras comprobar que la llamada procedía del ático, pulsó el botón. No le dio tiempo a decir nada, la voz de Ernesto le taladró:

—Joaquín, suba. ¡Deprisa!, han matado a don Santiago.

28

La Nani aguardó pacientemente durante la semana siguiente a que Alberto volviera a frecuentar su altillo. Pero no apareció, y eso la preocupó. Le daba lo mismo perder los ingresos que él significaba, pero el que le diera la espalda hacía que sus planes para acceder a los tesoros del *Caracortada* se volvieran irrealizables. Hizo averiguaciones entre la gente del barrio para saber la razón de ese repentino desapego. Una mujer que vivía en la misma calle del usurero le contó la bronca que se había organizado el mismo día que la visitó por última vez, cuando Alberto abandonó a toda prisa el altillo para acudir a su llamada.

Reflexionó sobre la mejor manera para retomar el contacto con él, había empleado mucho tiempo y se había forjado ilusiones sobre lo que podía sacar de aquella relación, ni más ni menos que ser rica hasta el extremo de no tener que trabajar jamás, y por nada del mundo renunciaría a lograrlo.

Aunque en apariencia lo más seguro era llamar a Alberto o ir en su busca y tener una explicación —estaba convencida de que en cuanto lo tuviera delante conseguiría recuperar su ascendencia sobre él—, tal cosa no era de su agrado. Hacerlo significaba humillarse. En su oficio, las relaciones de poder y dominio deben estar claras y ser de una pieza, jamás hay que mostrar el mínimo resquicio de debilidad o dependencia frente al otro, hay que actuar y maniobrar para que la necesidad y la inseguridad la tengan los demás; conseguirlo marca la diferencia entre ser señor y ser siervo. El arma que poseía para sojuzgar e imponer su voluntad a Alberto —que no era otra que su cuerpo—, necesitaba ser deseada e implorada, dejar perfectamente claro quién pedía la gracia y quien accedía, o no, a otorgarla. Y eso era contrario a rebajarse y dar el mínimo paso hacia él. Debía aguardar a que su necesidad y deseo de tenerla creciera hasta obligarlo a comparecer suplicante. Y no albergaba dudas de que así ocurriría. Podían pasar unos días sin que eso aconteciera, tal vez unas semanas, pero ella esperaría pacientemente su retorno sin mover un dedo.

A la siguiente semana, cumplida la carencia de cobro que su patrón le había impuesto, Alberto recibió de él los habituales 100

euros de asignación. Pero no sin que el viejo le soltara otra reprimenda que culminó con:

—Espero no tener que volver a retirarte la paga semanal. ¡De ti depende!

Y como una forma más de humillarlo, en lugar de entregarle el billete en mano, como siempre hacía, lo dejó en una orilla de su buró como quien pone un cuenco de pienso a un animal para que coma. Alberto alargó la mano y lo tomó sin levantar la vista. Parapetado detrás de su escritorio, el viejo no pudo evitar sonreír. Esperaba que, tras la lección recibida, aquel desgraciado se hubiera dado cuenta de que sin él no era nadie y de que estaba obligado a acatar y cumplir cuanto le ordenara, sin que jamás ni remotamente pudiera llegar a sospechar que en realidad era él quien dependía de Alberto. Porque Cortés era consciente de que le sería imposible mantener su negocio en funcionamiento sin disponer de un brazo ejecutor que obligara a sus clientes a cumplir los compromisos que cerraban con él. Llegado el momento, la gente solo se rinde ante la amenaza, la violencia y el miedo. Era sabedor de tal cosa porque el papel que ahora cumplía su sicario él lo había practicado durante decenios.

Después de verle guardarse el dinero y dar la vuelta para disponerse a salir de la habitación, recordó lo que Fermín le había soplado sobre las visitas de Alberto a la tal Encarnación. Y no pudo por menos que soltarle:

—Anda, corre, ve con esa puta con la que te has liado. Ya sé que empleas el dinero que yo te doy para pagar sus favores.

Pero en el cerebro de Alberto solo había espacio para la prisa y el inmediato destino de aquel billete, esa fue la razón de que, aunque lo oyera, no se percatara ni le afectara el desprecio que se desprendía de lo dicho por su patrón.

E*l Caracortada* recordó a la mujer que hacía una semana se había arrastrado ante él para evitar pagarle lo que le debía, la misma que al atardecer del día que cumplía el plazo que él le dio, regresó y le entregó, euro sobre euro, la deuda pendiente. No sabía cómo consiguió el dinero, ni le importaba. Apestaba a perfume barato, se había cortado el pelo y teñido de rubia, rezumaba dinero fácil, él era un experto en detectarlo. Tal vez lo robó, le había tocado la lotería o heredado, ¡mejor para ella! Él hacía su negocio, vivía y dejaba vivir, como decían en su tierra de origen: «Que cada uno haga de su capa un sayo».

Lo que si advirtió fue la prisa que tenía por desaparecer de su vista. Fueron apenas cinco los minutos que él empleó en contar y recontar el fajo de billetes, y decirle:

—Está todo. Puedes irte.

La forma como había acabado aquel asunto reforzaba su forma de proceder. Trataba con gente en las últimas, desesperada y sin otra posibilidad ni salida cuando acudía a él. Si advirtieran cualquier gesto de duda o falta de firmeza no accederían a pagarle el interés que les exigía, lo que sería su ruina. Debían ser conocedores de que él no era ninguna hermanita de los pobres sino un prestamista, o un usurero, que para él, llamarse tal cosa, era un timbre de gloria.

La semana siguiente Esperanza se mudó de pensión sin importarle el que Julián diera o no con ella, aquel hijo de puta la había dejado en la estacada y ella no tenía ningún interés en reanudar su relación, y cambió la esquina del Teatro Goya por los alrededores del Camp del Barça, confundida entre travestis y chaperos. Allí era una perfecta desconocida y nadie la buscaría, un lugar ni mejor ni peor que el anterior, aunque sí mil veces preferible a las Tierras Negras de Montjuich, adonde fue a parar recién llegada a Barcelona. Si acaso en el invierno pasaría más frío, y los servicios no se llevaban a cabo en habitaciones alquiladas por horas sino en los bancos y los parterres de la Diagonal o en el interior de los coches, pero tenía la ventaja de que el precio de los servicios era algo más alto. Para poder integrarse en ese nuevo escenario se vio obligada a ponerse bajo el protectorado de Florentino, un salmantino que dominaba la zona. El aviso lo recibió de una recauchutada cincuentona que, a la media hora de que Esperanza llevara dando paseos arriba y abajo por la acera, se le acercó y le dijo:

—Acompáñame, el jefe quiere verte—, un requerimiento que la madre de Antoñito, sabiendo cómo funcionaba el gremio, no dudó en atender.

A cambio de darle cobijo y garantizarle un espacio bajo el sol —o bajo la noche, visto los horarios que se gastaba—, el tal Florentino la surtió con un móvil:

—Tenlo siempre dispuesto, y si tienes algún problema me envías una perdida. Al momento recibirás ayuda, este trasto tiene un GPS —Esperanza no tenía ni idea de lo que era aquello—. Lo mismo que si una cualquiera de estas se mete contigo. Pero no quiero peleas

entre vosotras, ¿estamos?

El macarra, tras decirlo hizo un gesto a su alrededor abarcando a la docena de sus afiliadas que a aquella hora de la noche, las nueve, se reportaban ante él frente a una de las puertas del Estadio, previamente a situarse a lo largo de la avenida de Juan XXIII —ya no hay respeto por nada—, bolso en ristre a la caza y captura del apurado, y a una distancia de 50 metros la una de la otra. Cuando acababan su horario laboral —de lunes a jueves finalizaba a las cuatro, y los fines de semana a las seis—, todas ellas acudían en procesión a la trastienda de bar donde Florentino se pasaba las madrugadas jugando la póquer a cuyos aseos, y después de cada servicio, sus protegidas acudían si necesitaban poner a punto su herramienta de trabajo, le soltaban la mordida, entre 15 y 20 euros acorde con el caché que el de Salamanca les tenía asignado, soportaban su buena o mala leche según le había ido la noche, y hasta el día siguiente.

29

Calientes los 100 euros en su bolsillo, a Alberto le faltó tiempo para correr al encuentro de su amada. Deseaba hallarla a solas, no como la vez anterior. Los siete días de castidad tuvieron la virtud de bajarle los humos y situarlo muy por debajo de la categoría de *macho alfa* que Alberto, aún sin saber lo que era eso, se consideraba. El respeto y la ascendencia que creía haber ganado con el regalo del anillo y los 210 euros, consideraba que los había perdido. Ella le pidió ayuda para salir de aquella forma de vida, para que la sacara de puta, y él demostraba ser incapaz de hacerlo. Quisiera poder llevarle algún obsequio como la otra vez, pero aunque estuvo vigilante, durante los días anteriores no se había producido una situación similar a la acontecida con aquellos viejos y el lote de joyas que dejaron como prenda, con la posibilidad de afanarlo y ofertarle a *la Nani* algo más de los 100 euros con los que ahora iba a presentarse ante ella.

Encarna se encontraba sola cuando escuchó por el interfono la voz del hasta ahora desaparecido:

—Soy yo. ¿Puedo subir a verte?

Sonrió. Había valido la pena no haber hecho nada, actuó con inteligencia y ahora recogía los frutos. Le dijo que aguardara un momento, que enseguida le abría. Fue al aseo, se peinó y perfumó. Cuando tapaba la polvera se dio cuenta de que no llevaba puesto el anillo que le había regalado, y convenía poner remedio a eso. Acudió al comedor y de un cajón del bufete sacó un joyero, rebuscó hasta encontrarlo, y se lo encastó.

En la calle Alberto se temía lo peor, que de nuevo su querida tuviera compañía masculina. Pero si así sucedía, su reacción no sería de enojo, sino de resignación. Aguardaría cuanto fuera necesario. Mientras esperaba, un vecino accedió al interior del edificio, él dudó si aprovechar que la puerta estuviera abierta para entrar, pero se dijo que no, quería que fuera *la Nani* quien le facilitara el acceso. Además, ¿qué haría él en el rellano como un pasmarote? El recién llegado lo miró de arriba a abajo y no se equivocó al suponer cual era la razón de su presencia allí.

Finalmente, y viendo que no se movía y permanecía en la acera, se giró y cerró el portal.

Por fin la esperada voz:

—Te abro —y el chasquido de la cerradura.

Subió a toda prisa el tramo de escalera, y cuando llegó frente a la puerta del altillo, allí estaba ella. Hacía ocho días que no la veía y la encontró más hermosa que nunca.

Esperanza aguardó a que Alberto tomara la iniciativa, expectante por cuáles serían sus palabras y sus gestos. Pero lo único que hizo fue entregarle sin más explicación los 100 euros. Ella mantuvo congelada su sonrisa y musitó:

—Gracias cariño.

Aunque se lo dijo a su espalda, porque él había interpretado que tenía vía libre, y ya se dirigía hacia el dormitorio. *La Nani* resopló, cerró de un portazo y le siguió.

Después de veinte minutos de reloj, suficientes para que el visitante saldara sus días de cuaresma, y dejando aparte los monosílabos por parte de él, la conversación que siguió fue como siempre conducida por Encarna. El único aporte de Alberto fue explicarle la razón por la que no la había ido a ver en todo ese tiempo. Y su forma de expresarlo lo decía todo:

—Es que no tenía dinero para pagarte.

Eso le dio pie a la *Nani* para volver al tema recurrente de la explotación a que su amo lo sometía. Le habló de los cientos de miles de euros, millones, fantaseaba, que el viejo atesoraba, una cantidad cuya comprensión y alcance a él se le escapaba. Y de que una parte muy importante de ese dinero era suyo por derecho propio. Peroraba por activa y por pasiva:

—Tú haces posible su negocio. Sin tu presencia, sin tu soporte, él es una mierda. ¿No ves el desespero con que reclama tu presencia cuando tiene problemas?, ¿no te das cuenta de que eres la pieza clave, ¿que eres tú, tú, quien le da seguridad para enfrentarse a los demás?, ¿tú el que provoca el miedo que él necesita para imponerse, para obligarles a que le paguen? ¿Cuánto del dinero que va a parar a su bolsillo lo es gracias a ti? Yo te lo diré: hasta el último céntimo de euro. Piensa en esa mujer que según me has explicado se enfrentó a él, esa a la que tuviste que echar, a ella y a sus hijos, porque él era incapaz de hacer nada, ¡nada! ¡Una simple

mujer con dos criajos! ¿Le habría pagado si no hubieras estado tú? No, claro que no.

Introducía en su discurso, a tercios la riqueza del *Caracortada*, el derecho que Alberto tenía, no a las migajas que le daba, sino prácticamente a toda ella, y la exaltación de macho ibérico a la que él era especialmente sensible. Mientras lo hacía escudriñaba el rostro de su amante para detectar su reacción y afinar sus palabras, pero le resultaba difícil adivinar lo que pasaba por su mente. La miraba con atención y asentía o negaba espaciadamente a lo que le iba diciendo, eso era cierto, pero sin abrir la boca para pronunciarse. No sabía hasta qué punto sus argumentos serían capaces de llevarlo al límite de actuar de la forma que ella deseaba.

—Este dinero —insistió, mostrándole el billete que él le había dado—, no es sino una mínima parte de lo que te corresponde, menos que una limosna. Te está robando, te está quitando lo que es tuyo.

Vuelta a lo mismo. Se explayó en lo que ellos dos, si fueran ricos como lo era su patrón, podrían hacer. Viajes, hoteles, coches, restaurantes de lujo, cruceros, fiestas, entrando en el detalle de los vestidos, los criados, las joyas. Pero *la Gallega* pronto advirtió que sus argumentos no calaban en el otro. Le estaba diciendo lo que ella quería, no lo que quería él. Aquel infeliz era incapaz de imaginarse las cosas buenas que la vida te ofrece si cuentas con dinero para pagarlas, la sensación de poder que da recibir parabienes y reverencias de los demás. El mundo es un mercado donde todo está en venta y se puede adquirir si se dispone del parné suficiente. Por eso volvió al objeto que a Alberto le importaba más que nada, al premio gordo que no era otro que ella misma.

—Y yo estaría siempre contigo. Renunciaría a los demás hombres. Sería enteramente tuya.

Una sonrisa de idiota en estado puro apareció en el rostro de él. Una expresión tan irracional y tan cercana al mundo animal que Encarnación tuvo que desviar la vista a fin de evitar que se le notara el desprecio y el asco que le despertaba. Para disimular y que no advirtiera su desapego, alargó la mano y le revolvió el hirsuto pelo. Llegados a este punto, como siempre que su presencia se alargaba más de lo debido, necesitaba que desapareciera, escapar de su vista, su contacto, su olor. De lo contrario, y por mucha fuerza de voluntad que pusiera, temía que se percatara de la repugnancia que le inspiraba. Precisaba eso y quitarse de encima lo que él había

dejado dentro de su cuerpo que le estaba royendo las entrañas como si fuera un hierro candente.

—Me voy a dar una ducha. —Confiando que ante eso él se levantara, vistiera y se largara, pero no se movía.

Tardó veinte minutos en regresar, el anillo de vuelta al joyero, ya le daba igual si él notaba su ausencia o no, y considerando de que por hoy ya había tenido bastante:

—Debes irte. Espero visita. —Cogió su ropa y en un rebullo la dejó en el suelo, a los pies de la cama. Después de hacerlo se arrepintió del gesto, lo peor que podía hacer era dejarse llevar por la repulsión que aquella masa de carne le inspiraba. Debía seguir con su táctica, de lo contrario la inversión de tiempo y esfuerzos no habría servido de nada. Ya tendría tiempo en un futuro, si todo llegaba a buen fin, para quitárselo de en medio. Se adelantó y le dio un pellizco en la mejilla, que era más un retorcijón que otra cosa:

—Anda cariño, vístete y vete.

Alberto se agachó, recogió su ropa y se dispuso a embutírsela.

—Mejor ve a vestirte al baño —dijo ella—, yo tengo que arreglar la habitación.

Cinco minutos más tarde Alberto pisaba la calle, cuando se encontraba a cien metros se encaró a un árbol y en el alcorque soltó una prolongada meada, sin que los que pasaban por su lado osaran decirle nada; le daba vergüenza orinar en sus visitas al altillo, le parecía que eso desmerecía su hombría. Se sacudió, volvió a colocar el rabo en su sitio y se subió la cremallera de la bragueta. Miró su reloj, faltaba hora y media para la una, momento en que sentado en la cocina y a solas el viejo comería los precocinados comprados en el Eroski que Alberto le servía una vez pasados por el microondas o los fogones. Tenía tiempo de sobra para encerrarse en su cuarto y darle a las pesas y las poleas. Estaba convencido de que su musculatura era de las cosas que a *la Nani* más le gustaban de él.

Ya en la puerta y como despedida, las últimas recomendaciones de ella —órdenes para él—, fueron insistirle en que no hablara con nadie de sus comentarios sobre *el Caracortada*, por supuesto no con el viejo, pero tampoco con José Luis. Tal vez fuera una advertencia innecesaria, convencida como estaba de que semejante retrasado mental no mantenía el mínimo diálogo con persona alguna, pero no estaba de más dar un toque conspirativo a su relación con él. Tuvo que hacer un esfuerzo para decirle que viniera a verla cuando

quisiera, que no hacía falta que le trajera euro alguno, que se consideraba pagada y era dichosa con su sola presencia. Al oírlo, el rostro de Alberto volvió a transfigurarse en la bobalicona expresión de idiota encelado.

Mientras sentada a horcajadas en el bidé se lavaba por segunda vez y se aplicaba Betadine, se decía que debía insistir en lo mismo: presentar al usurero como un enemigo de los dos, de Alberto y de ella, el obstáculo que se interponía en su felicidad, al tiempo que iba almacenando información sobre cómo acceder a su fortuna.

30

El Caracortada, desde su amonestación a Alberto, y sin perderle del todo la confianza, sí que utilizaba más a José Luis como soporte logístico. Por las noticias que le llegaban de Fermín —que en cuanto el otro salía a la calle lo seguía tomando cumplida nota de cuanto hacía para trasladarlo después a su casero—, aquella relación de Alberto con la puta no le gustaba nada. Estaba encoñado perdido, y eso era peligroso porque aquella tipa le podía comer el tarro para que hiciera cualquier cosa en su contra. El de Malpartida conocía el poder de las mujeres a la hora de dirigir los deseos y la conducta de los hombres, inversamente proporcional a la capacidad cerebral de ellos, lo que a tenor de la que poseía su peón de brega convertía aquel vínculo en una amenaza. La vida le volvió desconfiado hacia los demás, a los que veía como aves carroñeras ansiosas por privarle de su riqueza. Le dio dinero a José Luis para que se comprara un segundo móvil y de esta forma poder localizarlo en cualquier momento, y de 100 le subió la asignación a 200 euros semanales, el doble de lo que recibía Alberto. Ante el aumento, José Luis le juró por activa y por pasiva que podía disponer de él en cuerpo y alma para lo que hiciera falta:

—Lo que sea, don Jacinto, lo que sea.

A lo que Cortés respondió que esperaba no tenerse que arrepentir por tratarlo con tanta generosidad:

—A mi lado aprenderás mucho de la vida y de los hombres. Soy una universidad andante —una manera de decirle que una parte de su sueldo lo recibiría, en vez de en dinero, en experiencia.

Por lo demás, el negocio seguía como siempre. Tuvo que enviar a sus dos armarios, Alberto y José Luis, a las oficinas de un promotor inmobiliario que le debía 110.000 euros y que incumplió la fecha acordada para la devolución. Los dos adláteres le esperaron a la salida de su despacho del paseo de Gracia, a distancia lo siguieron hasta el aparcamiento donde tenía su BMW de la serie Siete, y allí lo abordaron. Era la variante de su quehacer con que más disfrutaban los dos gorilas, cuando en lugar de golpear con sus guantes de boxeo el saco de arena o la pera podían clavar los puños

en la carne viva.

La secuencia de los hechos fue, primero la negativa del tipo a saldar la deuda cuando José Luis lo requirió para ello, luego la llamada que hizo al viejo para informarle, y finalmente el monosílabo con que contestó a su pregunta, dándoles patente de corso para que actuaran hasta conseguir que cambiara de parecer:

—Sí.

A rastras lo llevaron al cuarto sótano del aparcamiento y allí, bajo la rampa que los hacía prácticamente invisibles, lo dejaron hecho un auténtico *ecce homo*. Fueron diez minutos de darle puñetazos y patadas que, como no podía ser de otra forma, lograron vencer su inicial resistencia. En compañía y sostenido por las dos perchas que le habían dejado en estado de no poder caminar por sí solo y con dos dientes de menos, regresó a la misma oficina de la que apenas media hora antes había salido con su traje de *Hugo Boss*, ahora hecho unos zorros, y sus zapatos de *Gucci* repelados y arrastrando los cordones. Desconectó la alarma Securitas Direct, abrió la caja fuerte y de ella sacó 220 billetes de 500 euros que pasaron a los bolsillos de José Luis como estadio intermedio para su destino final: el *Caracortada*. Viendo el fajo del que aquel sujeto había hecho la sustracción, ahora rebajado de grosor y que el tipo devolvió a la caja de cuadales, a José Luis le entraron ganas de aligerarlo, ¿qué más daba dejarlo con 15 o 20 papeles de menos? Pero finalmente decidió no hacerlo, la Beretta, que cuando el otro abrió la caja apareció a la vista, le indicó que con el pago aquel petimetre daría la cuenta por saldada y pasaría página, cualquier nuevo fleco podía generar complicaciones. Lo dejaron espatarrado en la poltrona que presidía la sala de juntas después de haberse ofrecido a pedirle un taxi, cosa que el otro declinó. José Luis, llegados a la calle, hizo una llamada al viejo con un escueto «ya tengo el dinero». A lo que su patrón, sin entrar en los detalles del cobro, que no le interesaban en absoluto, le respondió con otro no menos conciso:

—Os espero aquí en cinco minutos.

El capital del extremeño, 6.100.000 euros en moneda contante y sonante, compartía espacio en el mastodóntico armario acorazado con toda suerte de objetos, optimizando el último centímetro cúbico de su capacidad. Cortés había pensado si dotarse de una segunda caja, pero la exigua superficie de su llamado despacho lo impedía, y además tenía dudas sobre si la estructura del piso sería capaz de

soportar más peso. Aunque había otra razón para no hacerlo, y era la curiosidad que despertaría entre sus vecinos el camión grúa que emplazado en la calle sería el encargado de subir los 200 kilos que, según el catálogo, pesaría su nuevo arcón blindado.

Si alguien se preguntaba el porqué guardaba allí aquel dineral en vez de tenerlo en una cuenta corriente o en la caja acorazada de un banco, su respuesta —suponiendo que se dignara darla—, hubiera sido la desconfianza. Pero esa no era la única razón. El de la calle de la Sal necesitaba la gimnasia permanente —prácticamente diaria—, del conteo del dinero, incluso reconocer algún billete —una pequeña marca, una muesca—, como hijo propio, su verdadera y única familia. Constantemente y a su capricho modificaba la posición que los sobados y resobados fajos de dinero ocupaban en los estantes de aquel armario blindado y también, al igual que los muchachos hacen con los cromos de futbolistas en su álbum, al colocar en cabeza el delantero más goleador o el mejor portero, el extremeño, en los suyos de sellos y monedas, protegida cada lámina por finas hojas de celofán, variaba su orden, lo hacía en base a la información contenida en las revistas de filatelia y numismática que cada trimestre recibía y que le permitía secuenciarlos de acuerdo a su valor de mercado. Dedicaba horas enteras a examinar con lupa su tintado, el brillo de su orla, el festoneado de su dibujo, y sobre todo su rareza.

El momento más angustioso de su vida no fue cuando le cruzaron la cara de un navajazo, le cercenaron dos dedos o lo dejaron cojo, sino al substituir el euro a la peseta, con fecha de caducidad para esta última. El de Malpartida estuvo, durante seis meses, todos los días, llevando pesetas a bancos y cajas para canjear la vieja divisa por la nueva. Hoy 100.000 pesetas en una sucursal de la Caixa, mañana 50.000 en el Santander, pasado en el Bilbao, así hasta que céntimo a céntimo pudo hacer la reconversión sin que nadie sospechara ni preguntara de donde procedía tamaño fortunón; al final había utilizado prácticamente todas las oficinas bancarias de Barcelona y alrededores. Para ese menester se sirvió de Sebastián, así se llamaba el gorila por entonces a su servicio, al que entregaba las pesetas en un sobre con la cantidad de euros escrita que le debían dar a cambio, y si no era así, desde la misma entidad le llamaba para aclararlo, cosa que ocurrió una docena de veces. Fueron 180 días de zozobra hasta que por fin, a la chita callando, tuvo toda su fortuna reconvertida a la nueva moneda y de vuelta en sus manos. Ahora, aquellos dos millones y medio de euros se habían transformado en más de seis. Una ventaja era que en billetes de 500

no abultaban demasiado, exactamente 16,6 veces menos si se les comparaba con los de 5.000 pesetas de antaño. Algo que le permitió liberar una parte notable de su querida caja de caudales y reacomodar con más holgura su riqueza.

A pesar de sus pocas luces, Alberto fue consciente que su papel en las actividades del viejo, hasta hacía poco carne y uña con él, por no decir culo y mierda, en las últimas semanas iba a la baja. Cada vez José Luis frecuentaba el despacho del usurero con mayor asiduidad, incluso ya disponía de una llave para acceder al piso aunque, eso sí, estaba obligado a dar tres timbrazos y esperar un par de minutos a que o él o *el Caracortada* le abrieran antes de utilizarla: el extremeño la confianza la depositaba en los demás a «pequeños cachos», como él gustaba decir, de ahí esa precaución. Este hecho, que el viejo contara cada vez menos con él, lo que dejaba a Alberto más tiempo libre para estar con su querida *Gallega*, intranquilizaba a *la Nani*. Lo interpretaba como que más pronto que tarde José Luis estaba destinado a substituir a Alberto de manera radical, siendo la actual situación la antesala de su despido. Le preguntó a qué razón se debía. Él le respondió que no pasaba nada, que seguía recibiendo los 100 euros semanales, creía que era eso lo que la inquietaba.

Aunque seguía ocupándose de la casa y la cocina, limpiando y yendo a comprar, a los ojos de ella eso no era garantía de nada, porque todo lo más que aquel hombrón cocinaba era unos huevos fritos o una tortilla, el resto a golpe de lata recalentada, fiambres, quesos y fruta. Una maldad gallega —nunca mejor dicho—, que por indicación de *la Nani,* ansiosa por conseguir que su amante tomara una postura clara y activa en contra del usurero, Alberto llevaba a cabo, consistió en que, cuando condimentaba el menú de su patrón, le añadía algún que otro colorista moco, cuando no directamente mierda u orines. El miedo que inicialmente tenía a ser descubierto pronto se cambió por el placer que experimentaba cuando le veía comer a dos carrillos lo que él con tanto esmero había aliñado.

Una circunstancia sobrevenida aumentó la inquietud y las prisas por poner en marcha el plan que la *Nani* esperaba la retirara de su profesión. Y fue que en su cuerpo serrano, hasta ese día con el escaparate de una piel sonrosada y tersa, sana como una manzana del paraíso, de la noche a la mañana hicieron su aparición unas manchas rojas, particularmente en culo y espalda. El farmacéutico al que acudió en busca de un remedio para aquellas pupas que, por mucho que las lavaba y aplicaba todo tipo de cremas, no solo no se

curaban, sino que se extendían aún más, no tuvo ninguna duda en diagnosticar:

—Es un episodio agudo de psoriasis.

—¿Psoriasis?, ¿qué demonios es eso? ¿Y cuál es la solución? —le preguntó, consciente de la cara de disgusto que ponían sus clientes al advertir aquellas rojeces que tan poco ayudaban a levantar y mantener enhiesto su pendón.

—Es una enfermedad crónica. ¿No recuerdas nadie de tu familia que la haya padecido?

Sí, *la Gallega* recordaba los brazos de su madre, sobre todo cuando llegaba la primavera, con unas ronchas muy parecidas a las suyas.

—Pero, ¿qué quiere decir eso de algo crónico?, ¿es que acaso no tiene cura?

Estaban en la trastienda de la farmacia. El *senyor* Brugulat, un sesentón que hacía de galeno más que de boticario, recetando todo tipo de remedios caseros y medicinas, mientras con un algodón húmedo le aplicaba una pomada hidratante, le dijo:

—Siempre está latente y reaparece de forma intermitente. No es nada especialmente grave, pero claro, no es que sea muy estético que digamos. La piel es la fachada de nuestro cuerpo, la imagen que mostramos a los demás. Incluso, al que ignora que no es contagioso, puede provocarle rechazo.

¡Joder, eso ella ya lo sabía!, lo que le interesaba era otra cosa:

—¿Y no hay remedio?

—Pomadas, corticoides si los accesos alcanzan un cierto tamaño, baños de agua de mar…

La Nani se puso a la labor. Le costó una semana de tratamiento que aquello se atemperara, pero sin desaparecer totalmente. Si pasaba sus manos por su trasero notaba una cierta aspereza, y lo mismo en la pantorrilla. Lo jodido era que si se embadurnaba de pomadas y aceites para cubrirlo y así evitar que se notara, la curación se retrasaba porque a las escoriaciones les iba bien el aire libre, aparte de que las ansiosas manos de sus clientes, cuando intentaban pellizcar su macizo pero untuoso culo, en lugar de eso se deslizaban por él como si fuera un tobogán.

Eso le afectó, porque puso en cuestión su caché tras perder un

par de clientes asiduos, que no se creyeron aquello de que semejantes escamas fueran algo inocuo, y un tercero, que cuando advirtió los salpullidos optó por volverse a vestir y largarse sin preguntar si se debía algo. Cosa que no era de extrañar porque, quien más quien menos, los parroquianos de *la Gallega* eran asiduos al sexo mercenario, habían parecido algún episodio de purgaciones o ladillas, y huían de cualquier cosa que intuían pudiera atentar a la salud e integridad de sus preciados pene, escroto y lengua. Ante aquella desbandada *la Nani* cerró por unos días el negocio hasta estar, sino completamente curada, al menos lo suficiente para que, en el fragor sexual de la contienda, aquella mierda pasara desapercibida. Luego supo que el par de clientes que habían dejado de utilizar sus servicios, en el bar del *Manelet* y frente a unas cervezas de barril y un platillo de patatas bravas, se refirieron a ella como *la leprosa*. «¡Cabrones de mierda!», soltó al enterarse.

Se dio cuenta, de pronto, de la fragilidad de que adolecía su fuente de ingresos, lo que unido a la pérdida de protagonismo de Alberto en favor de José Luis, la llevó a la conclusión que debía actuar con rapidez so pena de que la oportunidad de su vida, como ella la consideraba, por un motivo u otro se fuera al garete —inclusive, no descartaba que su idiotizado amante buscara refugio y consuelo en otro trasero menos ulceroso: los hombres son así de hijos de su madre—. Todo se volvía urgente ante el riesgo de que sus expectativas se convirtieran en humo.

Volviendo a los lazos existentes entre Alberto y el viejo, estaba convencida de que no valían nada si *el Caracortada* consideraba que no le era útil, y mucho menos si desconfiaba de él. A partir de ahí se acrecentó el tercer grado al que sometía a su amante, con un interrogatorio permanente sobre cómo era la vivienda y el despacho de su amo y del que no se movía prácticamente en todo el día: las cerraduras de las puertas, sus horas de comida, cuándo y donde dormía, su frecuencia en ir al lavabo…

Incluso, buscando atajos que la llevaran a culminar su propósito, pensó en un acercamiento hacia José Luis, el nuevo favorito del usurero; fue su vecina, que se cruzó con él en la escalera, la que le informó de quien se trataba: «es uno de los lameculos del Caracortada», le dijo. Pero tras su visita, hacía de eso 20 días, no había vuelto, aparte de que ella, ahora, no estaba en la mejor situación física para marcar paquete. Decidió esperar antes de dar el paso pues previamente a abrir esa otra puerta debía convencerse de que la primera, la de Alberto, estaba cerrada. Lo último que deseaba

era provocar una pelea de gallos.

En el curso de las dos semanas siguientes que empleó empapándose de los detalles, que uno a uno y con sacacorchos fue obteniendo de su amante sobre el entorno en que se movía el usurero, lográndolo con las mismas penas y fatigas con que a un niño de cinco años cuesta hacerle hilvanar una frase de más de cuatro palabras, fue pergeñando el plan que la sacaría de la miseria y la haría entrar en la opulencia.

El día que, tras el enésimo examen oral por parte de *la Nani* a Alberto buscando contradicciones o aclaraciones, ella le iba a poner en antecedentes de lo que había urdido, él le salió al paso diciéndole que últimamente veía al viejo huraño y preocupado.

—¿Preocupado?, ¿por qué? ¿En qué lo has notado?

—No para de reñirme. Por todo, por la comida, porque el despacho está sucio… antes de salir hace que me vacíe los bolsillos… El otro día cuando volví del supermercado le sorprendí registrando mi habitación…

—¿Y eso es nuevo?

—Sí, nunca hasta ahora…

El que aquella mole con sensibilidad de hipopótamo se hubiera dado cuenta del cambio que se estaba produciendo, no solo empeoraba la situación y volvía más apremiante el actuar, sino que demostraba que algo, nada bueno a su entender, rondaba por la cabeza de su amo.

Alberto no lo sabía, pero la causa de los registros por parte del de Los Barruecos era, directa o indirectamente, su amada. El usurero, en uno de los habituales recuentos que hizo de su patrimonio, abrió el paño en donde guardaba las joyas dejadas en prenda por el trío de la hipoteca. Y allí faltaba un pequeño anillo de oro, una de las cosas de menos valor del lote, pero cuya existencia, como la del resto, quedó grabada de manera indeleble en su retina y en su cuaderno de valoración. ¿Cómo había desaparecido y quién había podido sustraerlo?, era la primera vez que ocurría y le preocupaba en extremo. Las posibilidades eran pocas. En primer lugar, se pudo caer al suelo en el corto traspaso desde el buró al interior de la caja. Pero Alberto, que era quien una vez a la semana fregoteaba el suelo no lo había encontrado, o cuando menos no se lo dijo. La segunda posibilidad era que aquel aro con un pequeño brillante encastado, al mover él alguno de los objetos del interior de la caja se hubiera caído dentro y estuviera en algún rincón, pero buscó y rebuscó sin que apareciera, de manera que lo desechó. Y la tercera, que uno de los cuatro presentes, en un momento de descuido lo hubiera afanado, tal vez Serafí, el sobrino de los viejos. Pero si lo hizo, ¿por qué llevarse algo de tan poco valor si con las mismas podía hacerse con un solitario o una pulsera? Y de tales cavilaciones la conclusión que sacaba el extremeño no era otra que el ladrón debía ser Alberto, el único que, llegada la oportunidad, era lo suficiente imbécil como para robar algo de tan poco precio. Y lo siguiente era hacerse la pregunta: ¿Para qué cojones afanaría una baratija como aquella?, y ahí sí que la respuesta era única: para dársela a aquella fulana con la que estaba encoñado. Le faltaba la evidencia de que era así, pero la obtendría, y Alberto se vería en la puta calle.

31

Cortés, de todos los programas de la televisión, solo veía el telediario de la primera cadena, y aun así una parte. En cuanto aparecían las noticias deportivas o el pronóstico del tiempo, o bien apagaba y echaba una cabezada, o bien se levantaba y retornaba a su sillón del despacho. Para su relación con el mundo exterior el viejo disponía de un vetusto aparato de radio, un Telefunken de cinco lámparas sobrecargado de teclas y diales que únicamente él era capaz de manipular y en el cual, con la oreja pegada, se dedicaba hasta las once de la noche, la hora que se acostaba, a escuchar emisoras sudamericanas que habían parado el reloj del tiempo en los boleros de Agustín Lara, Roberto Cantoral y Orlando Contreras.

Aunque entendía y chapurreaba el idioma catalán, prácticamente no lo hablaba, imponiendo el castellano en la negociación de los préstamos ante sus clientes que, pedigüeños ellos, cambiaban rápidamente de lengua cuando a su «bon día tingui vosté», el viejo ceceaba, señalando una de las tres sillas:

—Siéntese ahí y dígame qué quiere.

Ese día la televisión mostró unas imágenes de Malpartida de Cáceres y los pueblos de alrededor, de actualidad por causa de una lluvia torrencial que había asolado la comarca. Era aquella una zona seca, con una pluviometría anual inferior a los 400 litros por metro cuadrado, y en siete horas habían caído 220, una verdadera tormenta tropical para la cual, ni los cauces de las rieras ni la red de alcantarillado estaban preparados, de ahí que en Arroyo de la Luz, por ejemplo, alguno de sus habitantes tuviera que salir en barca por la ventana del primer piso de su casa.

A Cortés no le importaba nada que hubiera habido tres ahogados, ni la declaración como zona catastrófica de diez municipios. Lo que le interesaba y buscaba, con sus ojos a escasos centímetros de la pantalla, y durante los siete minutos que duró el reportaje, era descubrir algún rincón conocido de los pueblos cuyos nombre el locutor iba mencionando, una imagen que le volviera a cuando tenía 17 años. Y lo encontró en la plaza Mayor de Cáceres, donde el consejero de Agricultura, Desarrollo Rural, Medio Ambiente y Energía de la Junta de Extremadura, ante una nube de micrófonos y cámaras soltaba un encendido discurso diciendo que

el Gobierno de la mancomunidad crearía un fondo económico para reparar los daños causados por el aguacero, que una catástrofe de tal magnitud era impredecible, pero que los extremeños y los cacereños en particular serían capaces de superar aquel desastre:

—Y a la historia me remito, ¿qué es para nosotros una tormenta más o menos si fuimos capaces de conquistar América?

Oído lo cual por los periodistas, respiraron aliviados, ya tenían titulares para el día siguiente. La arenga del consejero caló con fuerza en Cortés, que aun cuando en los últimos casi setenta años poco o nada se había acordado de su tierra, ahora se sentía solidario con su desgracia y se identificaba con las gestas llevadas a cabo por sus antepasados en el otro confín del mundo. Al fin y al cabo, ¿no era él mismo un caso parecido al de Hernán Cortés o Pizarro?, ¿un triunfador en tierra extraña? En su adolescencia, y en su *extrema y dura* región de origen, se consideraba a los catalanes como la élite de la península, y él, llegado con lo puesto a Barcelona, la capital de aquellos superdotados, había destacado haciéndose rico a su costa a base de audacia, inteligencia y trabajo. De repente Cáceres, Malpartida y Arroyo de la Luz irrumpían en su pensamiento llenándole de orgullo y también de nostalgia.

Esa noche el de Los Barruecos, que soñaba muy poco, por no decir nada, se le apareció el palacete de don Gabriel, que había creído entrever en un plano largo del telediario mientras el consejero lanzaba su perorata, acompañada esa imagen, como un relámpago en medio de la oscuridad, por la alcoba donde su madre había expirado, en sus paredes colgadas las fotografías en blanco y negro de sus abuelos, una santa cena, sobre la apedazada colcha el calentador para la cama. ¿Qué había sido de todos aquellos objetos tras de su partida? La cabaña, ¿seguiría en pie? Cerraba los ojos y rememoraba la zona de las eras, los huertos, la carretera que llevaba a Malpartida...

Al día siguiente, en cuanto se levantó, puso manos a la obra para llevar a la práctica la decisión que esa madrugada, desde las seis que se despertó sin poder volver a conciliar el sueño, había tomado. Llamó a José Luis y le dijo, sin más explicaciones, que lo quería ver con urgencia. Media hora más tarde lo tenía delante, el gorila dispuesto a romperle la cara al moroso que no cumpliese los acuerdos a que había llegado con su patrón, la tarea que, acorde con su historial, supuso le esperaba. Pero no fue ese el tema de conversación:

—Vas a alquilar un coche. Ante todo que sea cómodo y seguro —le requirió Cortés—. Me llevarás a Extremadura, pasaremos allí unos días.

¿Extremadura?, ¿qué demonio se le había perdido al *Caracortada* en Extremadura? Él suponía que su lugar de origen era Andalucía.

—¿Usted y yo solos?

—Sí, Alberto se quedará aquí. Eso quiere decir que tendrás que ocuparte de mí y hacer cuanto te ordene. ¿Estamos?

José Luis sonrió, lo que él deseaba e intuía que se estaba produciendo, la defenestración de Alberto, la tenía ante sus ojos. Al advertir aquella sonrisa el viejo le preguntó:

—¿Tienes algún problema?

—No, don Jacinto. Muy honrado en poderle servir.

Aunque a Cortés las alabanzas no le hacían mella, muy al contrario, lo ponían en situación de prevención, no pudo por menos pensar la diferencia que existía entre Alberto y José Luis. A veces un poco de educación y agradecimiento, aunque solo fueran palabras huecas, no venía nada mal.

—¿Y cuándo quiere parir?

—La semana que viene, pongamos el lunes —estaban a martes —, para entonces habrá escampado la tormenta que ha caído por allí y las aguas habrán vuelto a su estado de siempre. ¿Conoces Extremadura?

—No, don Jacinto.

—Pues mira tú por dónde, así la conocerás. —Pero ni se le ocurría explicarle que era la tierra que lo vio nacer. Era contrario a dar información a los demás de cuanto hacía, pensaba, y mucho menos de su lugar de procedencia. Aquello de que el hombre es esclavo de sus palabras y dueño de sus silencios lo tenía claro, aunque con otro refrán algo distinto y menos retórico, el que le enseñó su madre: «En boca cerrada no entran moscas».

Detrás de su deseo se hallaba, diría un psicólogo, la fantasía de revivir los años de su adolescencia y juventud rememorando la energía y gallardía que por entonces atesoraba. Un viaje a sus orígenes que sin embargo, a sus más de ochenta años, no tenía ningún porvenir por delante, en todo caso ser la antesala de la muerte. Pero, y aunque guardaría el secreto sobre su identidad,

nadie podía negarle la satisfacción de pasearse y deambular, en vez de calzado con las albarcas hechas de restos de neumáticos, o a lomos de su tronada Orbea de antaño, subido a un lujoso coche con chofer, ir al mejor hotel y comer en los restaurantes más caros sin preocuparse por el precio. En la cartera llevaría quince mil euros, dispuesto a gastarlos en cualquier capricho que le apeteciera, se sentía generoso consigo mismo. No esperaba tener problemas porque alguien lo reconociese, los decenios transcurridos desde su huida le decían que el peligro de que eso ocurriera era mínimo, por no decir inexistente. Tanto don Gabriel como don Arturo, esos seguro, y muy probablemente sus descendientes, estarían comidos por los gusanos y nadie se acordaría, ni tan siquiera sabría, de aquel mozalbete enfuriado y orgulloso que se los llevó por delante.

—¿Y dónde nos alojaremos?

—En Cáceres, el hotel decídelo tú. Pero quiero el mejor sitio. Por cierto, ¿tú sabes cómo funciona eso de internet?

—Algo sé, don Jacinto. ¿Qué necesita?

—Busca el telediario de ayer noche de Televisión Española y me lo grabas.

—Sí, no hay problema. Hay una página con programas a la carta…

—¡Como si es por telegrama! Esta tarde te quiero aquí con la cinta...

—Será un DVD —le interrumpió José Luis.

—Con lo que sea, ¡coño! —aquel tipo lo estaba sacando de sus casillas—. Y con un trasto que me permita ver ese telediario las veces que me dé la gana. Y fácil de manejar, ¿está claro?

—Así lo haré don Jacinto. ¿Cuánto tiempo piensa estar en Extremadura?

—No sé, entre una semana y diez días. ¡Ah!, y de esto no le digas nada a nadie. Y a Alberto menos que a nadie, ¿estamos?

—Estamos.

32

Durante los días de la preparación del viaje, y mientras José Luis reservaba dos habitaciones en el Parador Nacional de Cáceres y en Avis alquilaba un Mercedes 350, Cortés no paró de rebobinar los insertos del aguacero aparecidos en la pequeña pantalla, congelando las imágenes cuando el locutor de turno hablaba con el paisaje al fondo de Arroyo de la Luz, Los Barruecos o Malpartida.

El domingo por la tarde, cuando estuvo todo contratado y con el Mercedes en el aparcamiento de Joan de Borbó, Cortés hizo que Alberto se sentara delante suyo en el despacho y le explicó que durante su ausencia, no le dijo de cuántos días sería, el porqué y en dónde estaría, él se quedaba al cuidado de la oficina.

—He anulado todas las visitas hasta nueva orden —en realidad solamente dos créditos vencían la siguiente semana, y sus destinatarios recibieron con alegría la noticia del aplazamiento—, de manera que tú único trabajo es vigilar esto —hizo un gesto a su espalda señalando la caja de caudales—: Si hay alguna novedad llamas al móvil de José Luis, él estará conmigo. Y nada más, ¿está claro?

Y ante su falta de respuesta, volvió a repetir:

—Nada más. Todo queda aparcado hasta mi regreso. ¿Lo has entendido? Espero de ti que te portes bien. ¡Toma, tu semanada! — y le largó dos billetes de 50 euros.

Alberto movió la cabeza asintiendo. No le gustaba que fuese José Luis quien acompañara a su patrón, algo que afectaba a su hasta ese instante situación de privilegio, pero tal cosa tenía su lado bueno, porque le permitiría pasar más tiempo en el altillo de *la Gallega*, últimamente había notado que no estaba tan ocupada y tal cosa era de su agrado; ¿sería porque prefería su compañía a la de sus hasta ahora numerosos visitantes?, le gustaría creer que sí. Lo que haría en cuanto ellos partieran, sería invitarla a visitar la guarida de Cortés. A ella, siempre tan curiosa y preguntona, eso le encantaría. Incluso fantaseaba en echarle un polvo en su camastro.

La estancia de Cortés y su criado en Extremadura, dejando aparte las dos jornadas de viaje, dos de ida y dos de vuelta con parada y fonda intermedia en el NH de Medinaceli, fue de cuatro días, en total ocho fuera de Barcelona.

Aparte de comprobar que el otrora palacete de don Gabriel hoy estaba ocupado por unas oficinas de la Junta de Extremadura, poco o nada de lo que él guardaba en su memoria apareció ante sus ojos. Todo era diferente y nuevo. Empezando por la cabaña de Los Barruecos que le vio nacer, cuya localización le costó encontrar. Había sido derruida y substituida por un chalet de planta baja y piso, con un jardín delantero donde había estacionado un Megane. Las calles asfaltadas con aceras, árboles y hasta carril de bicicletas, sin la menor sombra de las roderas de los carros y las boñigas que los rebaños de cabras dejaban cada amanecer y cada atardecer en su camino de ida y vuelta a los apriscos.

Una vez estuvo seguro de que aquel era el espacio donde antaño se emplazaba la cabaña que le vio nacer y crecer, y de donde salió el cuerpo de su madre camino del cementerio —a ello le ayudó la referencia de la iglesia que, esa sí, se mantenía en el mismo sitio—, le dijo a José Luis que le esperara, bajó del Mercedes y pulsó el timbre colocado en la valla junto a la puerta de entrada al jardín. Una mujer que rondaría los setenta años, tras escudriñar por una ventana de la planta baja y convencerse de que aquel viejo que llamaba no significaba peligro alguno, aunque dudando si se trataba de un mendigo, salió de la casa y se acercó a la valla sin abrir la verja, con su cabeza sobresaliendo por encima. En respuesta a su cortante pregunta de qué quería, Cortés le dio el nombre de su madre, se refirió a ella como una conocida que había vivido en la cabaña emplazada allí, para acto seguido mencionar a Antonio Sánchez, un tío suyo que cuando él abandonó el pueblo tenía cuarenta años, su único pariente consanguíneo, por si sabía dónde vivían sus hijos, Ramón y Venancio. Ella se hizo repetir aquellos nombres, pero sin ser capaz de darle noticia alguna. Y respecto a la casa, le explicó que su padre, muerto hacía quince años, había comprado al ayuntamiento la choza que antes se levantaba allí y que llevaba deshabitada desde tiempo inmemorial, «estaba que se caía», le dijo, la derruyó, y sobre el solar construyó el actual chalet que ella había heredado.

El Caracortada quiso pedirle que le dejara cruzar la verja para, por unos instantes, poder pisar el camino que conducía al chalet, aunque su pavimento de hormigón no tuviera nada que ver con la tierra arcillosa de su infancia, volver a respirar la atmósfera de aquel espacio hoy cercado por una valla de obra vista y recuperar del pasado, en lugar del sonido de la televisión que llegaba del interior de la casa, con anuncios de lavavajillas y semanas fantásticas de El Corte Inglés, el gorjeo de los pájaros, los cascabeles

de las caballerías al volver de la era y el cornetín de Ramiro, el alguacil que cada tarde soltaba el bando por las esquinas anunciado los turnos de riego o los oficios religiosos. Pero no pudo expresar su deseo ni cumplirlo porque la mujer, una vez le hubo informado de su absoluto desconocimiento de aquellos por los que él preguntaba, se dio media vuelta y regresó al interior de la casa.

Cortés quiso visitar la tumba de su madre y acudió al cementerio de Los Barruecos, situado a un kilómetro del núcleo urbano. Ahí sí que subsistían el mismo portalón, la valla y la inscripción *Sic transit gloria mundi* en el dintel de la entrada, la de setenta años atrás que él conservaba en su memoria, aunque con el complemento de dos poyos a los lados y una religa coronando el muro. Entró y estuvo dando vueltas intentando orientarse, pero los pasillos orillados de cipreses y la distribución de los túmulos, eran distintos. Por fin, y tomando como referencia el muro perimetral, consiguió situar el lugar donde el tío Federico, el enterrador, había cavado la tumba de su madre y él se había despedido de ella antes de partir. Pero allí donde él dejó la hojarasca de las coronas de flores y una sencilla cruz de hierro con sus iniciales, MCL, ahora había una lápida con los nombres de tres desconocidos; el primero sepultado en el año 1979 y el último en el 2009. Preguntó a un individuo que estaba regando unos arriates, y que no había quitado ojo a sus paseos arriba y abajo por el cementerio, qué explicación había. El tipo, tras escuchar de su boca que aquella María Cortés llevaba muerta desde 1944, le dijo:

—A los treinta años de que en una sepultura no se entierra a nadie, el Ayuntamiento se pone en contacto con los titulares que figuran en el registro municipal, y si no los localiza publica un anuncio en el Boletín de la Provincia dando el plazo de un mes para que comparezcan y renueven la propiedad. Y si no, vacía la sepultura. Así debió ocurrir en este caso.

Y ante la cara circunspecta de Cortés:

—No se crea, no todo el que quiere encuentra sitio aquí. A muchos tienen que enterrarlos en el otro cementerio de Malpartida, al que la gente llama *el Nuevo*, mucho más moderno. Pero la mayoría prefiere este. Por eso el Ayuntamiento no deja pasar la ocasión para dejar libres las tumbas. Sin exagerar puedo decirle que lo llevan al minuto. ¡No se les escapa una!

—Y al vaciarlas, ¿dónde trasladan los restos?

—Al osario, está junto a la capilla de la entrada.

A ese lugar se dirigió Cortés. En el muro que hacía de contrafuerte de la capilla unas placas de mármol contenían, grabados a buril, los nombres de aquellos cuyos despojos habían ido a parar allí, un listado que se acercaba a la cincuentena. Fue silabeándolos hasta que dio con el que buscaba: María Cortés Lozano y una fecha, 1976, cuando se hizo el traslado de los restos. Pasó sus dedos por aquellas letras, y sin pensar lo que hacía y el por qué , masculló un avemaría.

José Luis lo esperaba dentro del Mercedes aparcado junto a la entrada. Hubiese dado cualquier cosa por saber la razón de la visita de su amo a aquel camposanto, y lo que se escondía detrás de la expresión ensimismada y distante del rostro que le mostraba el retrovisor cuando a su regreso se apoltronó en el asiento de atrás. Esperó, pero ante su prolongado silencio, le preguntó:

—¿Adónde quiere ir ahora, don Jacinto?

—Volvamos a la aldea.

El resto del día Cortés lo dedicó a pasear sin orden ni concierto deambulando por el que había sido su pueblo en busca de las fachadas, los portales o las tapias de su infancia, pero sin encontrarlos. Los que se cruzaban con él rehuían la mirada de aquel anciano renqueante y malcarado que parecía perdido y sin saber adónde iba. Preguntó en el bar de la plaza y en el Ayuntamiento pero nadie guardaba memoria de María *la Larga*, y respecto de Antonio Sánchez, tan solo un viejo del grupo que en el bar estaba jugando a las cartas pudo darle noticias, aunque no las que Cortés quería escuchar: «lleva muchos años muerto y sus hijos, que emigraron y viven en Vitoria, al poco vendieron las finca y hace siglos que no pisan el pueblo».

Como último lugar de referencia acudió a la casa del cura, un edificio de ladrillo visto adosado al templo. Un tipo de etnia sudamericana que rondaba el medio siglo de vida, en tejanos y polo Lacoste, muy distinto al don Merino de su infancia, siempre con alzacuellos y sotana, le franqueó la entrada. A su pregunta de si allí vivía el párroco, le respondió que sí y que lo era él, de allí y de las cuatro aldeas más próximas.

—En los tiempos que corren las vocaciones no abundan, señor, y la Santa Madre Iglesia tiene que adaptarse a las circunstancias — largó como justificación.

Cortés desistió preguntarle por el pasado cuando el otro le dijo

que solo llevaba seis años residiendo en el pueblo. Por quien sí se interesó fue por don Merino:

—Sí señor, he oído hablar de él, pero yo no lo conocí, murió hace mucho, aún gobernaba el General Franco. Según me dijeron fue un santo varón, un siervo de Dios.

Cortés no quiso entrar en ese tema de conversación, lo que sí le pidió fue visitar la iglesia.

—Me esperan en Arroyo de la Luz, señor, pero unos minutos sí puedo demorarme. Ahora mismo vuelvo —y entró en la casa parroquial a buscar un pesado manojo de llaves, *el Caracortada* hubiera jurado que aquella negra y pesada que utilizó para franquear la entrada era la misma de cuando él era monaguillo.

El cura, que dijo llamarse Secundino, se adelantó y mojó sus dedos en la pila del agua bendita. Cortés le imitó, no quería dar ninguna nota discordante. Mientras hacía la señal de la cruz, repitió como un papagayo aquellas palabras casi olvidadas porque hacía decenios que no las pronunciaba: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén».

En su recorrido por el interior del templo se dio cuenta de que faltaban el Cristo de la entrada y una imagen de San José con el niño Jesús en sus brazos.

—Mi antecesor las vendió para pagar las obras del tejado —le dijo el sacerdote, cuando le preguntó. *El Caracortada* cabeceó, aquellas dos imágenes tenían una antigüedad de varios siglos.

—Supongo que tendremos que hacer lo mismo con la Virgen de los Siete Dolores —el cura, señalándola—: el campanario necesita una reparación urgente y las arcas de la parroquia están vacías — Cortés, muy sensible cuando se hablaba de dinero, intuyó que le estaba pidiendo una limosna, el Mercedes 350 con chófer aparcado en la plaza, que todos los que la cruzaban miraban de reojo, había llegado a conocimiento del cura y hecho su efecto. A él no le significaba nada darle 100 euros, y lo haría si fueran para cualquier otro destino, pero para la iglesia, eso sí que no. Otro día será, hermano. El sudamericano, al ver que su implícita demanda de un óbolo no era correspondida abrevió el tour turístico y al minuto se despidió de Cortés diciéndole que fuera con Dios.

Si del pueblo lo único reconocible era la iglesia y en parte la fachada del ayuntamiento y la rectoría, porque ni siquiera la fuente de seis caños seguía en pie, en los alrededores los bulldozers habían

arrasado con todo. Las eras y los huertos desaparecidos, en su lugar una urbanización de viviendas de VPO escondida tras un descomunal cartel que publicitaba a la Junta de Extremadura como su promotora, y más allá un inmenso campo ocupado por placas de energía solar. Las gentes con las que se cruzaba vestían camisas de colores, algunas floreadas, nada que ver con las apedazadas camisetas, los pantalones de mezclilla, los sombreros de paja o las boinas cubriendo las cabezas de los hombres, ni con los negros pañuelos y las grises batas tobilleras de las mujeres que él recordaba. Las muchachas con los mismos corpiños y *shorts* mostrando la tirilla del tanga y el sujetador que se gastaban las de La Barceloneta, incluso algunas con piersings y pelos de panocha. Ningún olor ni presencia de los corrales que en su adolescencia estaban pegados a las casas, ningún burro o mulo, y ni rastro de los enjambres de moscas que por entonces eran dueñas y señoras de la calle. Solo de vez en cuando el traqueteo de los tractores y las furgonetas y cruzándose con él, algún que otro atleta resoplando con ínfulas de correr la próxima carrera de San Silvestre.

Y si su pueblo había cambiado, Malpartida y Arroyo de la Luz todavía más. Viales peatonales, galerías comerciales, plazas empedradas, edificios de oficinas, nada restaba del abigarrado y destartalado núcleo urbano de su infancia

Convencido de que por aquellos andurriales nadie sabía quién era, no conocía su historia ni le importaba lo más mínimo, en Cáceres entró en el antiguo palacete de don Gabriel, hoy ocupado por las oficinas del Área de Promoción Económica de la Mujer del Campo, y se dirigió al tablero de información. Su rostro y sus renqueantes andares de John el Largo, el personaje de Robert Louis Stevenson de *"La Isla del Tesoro"*, hicieron que al momento se colorara a su lado uno de los dos seguratas que montaban guardia a la entrada. La funcionaria del mostrador, una muchachita de poco más de veinte años, le obsequió con una petrificada sonrisa:

—¿Qué quieres?

—En este palacio hace años vivía la familia Ramos... —dejó la afirmación en el aire por ver si la otra se enganchaba.

—No lo sé. Yo trabajo aquí desde hace poco, y no he oído hablar de eso. ¿Ramos dices?

Fue el segurata, que rondaría los 60, quien metió baza:

—Sí, fueron sus dueños, pero vendieron el palacete a la Junta.

Hace de eso mucho tiempo, quizá 20 años o más. Creo que ahora viven en Madrid. ¿Los conocía usted?

A Cortés le hubiese gustado tenerlos enfrente, ver las caras de la parentela de don Gabriel y don Arturo, pero creyó que era peligroso demostrar más curiosidad. Lo que sí hizo fue afirmar:

—Era una familia muy rica.

—Pues ahora ya no lo es tanto —el segurata, que como miembro que era de la especie humana se congratulaba con las desgracias ajenas—: Por Cáceres corre la voz de que están prácticamente arruinados. Ya conoce usted el refrán: «abuelos emprendedores, hijos ricos y nietos pobres». Y no le digo nada de los bisnietos —con una sonrisa de oreja a oreja.

Fue una de las pocas satisfacciones que Cortés consiguió de su viaje. Al volver al coche, donde le esperaba José Luis con el aire acondicionado al máximo, le dijo:

—Mañana haremos la última etapa del viaje, quiero que me lleves a Jarandilla. Después regresaremos a Barcelona.

—Lo que usted diga don Jacinto —para José Luis aquello eran unas vacaciones pagadas y a todo tren. Incluso en dos ocasiones, y una vez hubo acostado a su patrón, siguiendo la ruta que el conserje del Parador le dibujó en un plano, acudió a un puticlub instalado en un polígono industrial de las afueras de Cáceres para relajarse de tanto ajetreo arriba y abajo.

La visita a Jarandilla de la Vera tenía por objetivo conocer algo de Soledad, su antigua novia. Sabía que después de la trifulca que tuvo con ella había abandonado Barcelona, y creía que podía haber regresado a su pueblo. En alguna ocasión le había dicho la calle donde vivía, la de León Felipe, pero no el número. Dejó a José Luis en el bar de la plaza, no le gustaba la curiosidad con que seguía su deambular, preguntó y se dirigió hacia allí, se trataba de un pasaje de apenas cien metros de longitud, casi todo viviendas unifamiliares de planta baja y piso. Pulsó el timbre de la primera.

Una cabeza femenina se asomó por la ventana:

—¿Qué quiere?

Él se retiró hasta pegar la espalda a la pared opuesta, y con la mano por visera para protegerse del sol le preguntó:

—¿Vive aquí Soledad Romero?

—¿La catalana?

Cortés no lo dudó:

—Sí esa, la que estuvo un tiempo en Barcelona. Estamos hablando… —hizo un cálculo rápido—, de cincuenta años atrás, más o menos.

—Espere, que ahora bajo.

Al poco tenía delante una mujer de entre 60 y 70 años que demostró estar más dispuesta a hacer preguntas que a contestarlas:

—¿La conocía usted?

—Coincidimos en Barcelona, pero luego perdí su rastro. Me dijo que era de aquí, de Jarandilla, y que vivía en esta calle.

—¿Sabe a qué se dedicaba en Barcelona?

—Pues no lo sé muy bien. Tal vez trabajaba en una fábrica o en una oficina.

—¿No dice usted que la conocía?

Aquella tipa no se iba con remilgos, desde luego.

—Tuvimos amistad, sí. Pero si quiere que le diga la verdad, no me acuerdo qué ocupación tenía, han pasado muchos años.

La mujer pareció dudar si informarle o no. Pero la satisfacción con que vocalizó la siguiente frase le dijo a Cortés que había ganado el sí:

—Era una cabaretera.

Si esperaba que por su parte hubiera un gesto de asombro, esto no se produjo. Pero *el Caracortada* estaba cansado de aquella esgrima:

—Bueno, si no vive aquí voy a probar más adelante.

—Espere, espere. Yo se lo diré. La Soledad lleva todo ese tiempo, 50 años, muerta. Falleció a los dos meses de volver de Cataluña.

—¿Y de qué murió?

Ella miró alrededor, un ojeo que Cortés interpretó para comprobar que nadie estaba cerca ni oía lo que le iba a decir:

—La Soledad estaba embarazada de tres meses. Algún catalán la había embarrigado y volvió a Jarandilla a parir. Pretendía después dejar al crio al cuidado de su madre, la Rosita, y ella regresar a

Barcelona.

El cerebro de Cortés iba a cien por hora, ¿Sole embarazada? Moviéndose entre la duda si fue Benjamín quien le había hecho el bombo o si fue él.

—¿Y el padre?, ¿quién era el padre de la criatura?

—¡Vaya usted a saber! No lo dijo. A lo mejor ni ella misma estaba segura. Con la vida que llevaba…

—Pero, ¿cómo murió?

—La tía Rosa estaba de acuerdo con aquello. Con que siguiera con el embarazo y tuviera la criatura, quiero decir. Pero no así su padrastro, el tío Juanón.

—¿Y qué ocurrió?

—La obligaron a abortar. Por entonces vivía en Valverde una vieja, la tía Fortunata, que se encargaba de eso. Costaba cinco duros. Normalmente no había complicaciones, pero en el caso de la Soledad las hubo, quizá eran demasiados los más de tres meses de embarazo. A los dos días cogió unas fiebres altas y por muchos antibióticos y sangrías que le aplicaron, murió.

—¿Y después?

—Se tapó. Eran muchas las mozas que habían pasado por la cabaña de la Fortunata y muchos los que le habían pagado por aquel trabajo, empezando por el alcalde del Losar y acabando por el párroco de Aldeanueva. De manera que a la Soledad le rezaron una misa de difuntos y la enterraron. Y adiós muy buenas.

Se hizo el silencio, Cortés asimilando la información, y la mujer porque confiaba que aquel viejo le contara algo de las andanzas de su paisana por Barcelona. Finalmente fue ella quien le preguntó:

—Si quiere lo acompaño adonde vive su hermana, en la misma casa que fue de sus padres. Estoy segura de que tendrá interés en conocerle. ¿Vamos?

—No, con lo que usted me ha dicho tengo bastante.

—Está a un paso, mire, es aquella con las persianas verdes y geranios en el balcón —insistía ella.

—No. Gracias pero no —dio media vuelta y se alejó.

Cortés entró en el bar donde José Luis lo esperaba parapetado tras un platillo con un solitario boquerón y un par de jarras de

cerveza, una de ellas vacía, se sentó pesadamente y le dijo:

—Anda, pídeme un coñac.

Cuando José Luis regresó con la copa y se la puso delante, le dijo:

—Mañana volvemos a Barcelona.

Su criado para todo estuvo tentado de preguntarle si había encontrado lo que vino a buscar, pero al ver cómo el anciano tomaba la copa y de un trago engullía su contenido, se dijo que mejor guardar silencio.

Aquella noche Jacinto Cortés, a solas en su habitación del Parador de Cáceres, sacó de su cartera la rozada y descolorida fotografía de Soledad y después de una última mirada la rompió, primero por la mitad, luego a cuartos y por fin a octavos. Se dirigió al baño, levantó la tapadera del wáter y echó allí los trozos, pulsando la cisterna. Tras el remolino de agua todavía quedaron, sobrenadando, tres pedazos. En uno de ellos creyó leer «*tu corazón*». Enfuriado volvió a apretar la descarga del agua y ahora sí, la taza quedó limpia de restos.

33

Durante la ausencia de su patrón de La Barceloneta, Alberto visitó a *la Nani* a diario, y ella a su vez estuvo en tres ocasiones en el piso de Cortés. Lo que hizo Alberto en el altillo no merece más explicación. Lo de ella en el segundo piso de la calle de la Sal, fue recorrer de punta a punta la caverna del usurero deteniéndose en cada rincón, comprobando las visuales entre un espacio y otro, los lugares opacos, el mobiliario, el contenido de los armarios. Alberto la seguía como un perrillo faldero contestando a sus preguntas sobre los rituales que se llevaban a cabo en la cocina, en los dormitorios, en el despacho del *Caracortada*. Con una especial atención a la caja de caudales.

En la penúltima visita les acompañaba un tal Roberto, que todo el tiempo lo dedicó a inspeccionar aquel armatoste con apariencia de un cubo de acero que debía pesar una tonelada, y que mostraba en su frente un par de puertas con una rueda numerada en cada una. A modo de explicación, y mientras el tipo se dedicaba a lo suyo *la Nani*, cogiendo a Alberto del brazo, lo sacó fuera del despacho:

—Es un especialista en este tipo de cajas, dejemos que trabaje. Tal vez sea capaz de abrirla. Si lo hace repartiremos con él su contenido, se lo he prometido. Pero vale la pena, ¿no te parece?

Alberto asintió. No se atrevía a contradecirla, pero al mismo tiempo temía lo que eso significaba. Para tranquilizarlo, ella le dijo:

—Si lo consigue no hará falta que esperemos el regreso del viejo. La vaciamos y hoy mismo nos largamos, juntos tú y yo, a un lugar donde sea imposible encontrarnos. Eso sí, a un sitio con mojitos, playa y mucho sol, ¿eh?

Él permaneció mudo a la espera de ver si, tal y como ella confiaba, aquel *especialista* era capaz de llevar a cabo la hazaña de destripar la caja. Pero después de dos horas de encierro, el tipo reapareció con gesto contrariado:

—Se trata de una caja hecha a medida. Es la primera que veo, al menos de esas dimensiones. Acompañadme —volvieron al despacho del *Caracortada*. Roberto se subió encima de una de las sillas invitándoles a que hicieran lo mismo. Desde esa posición tenían a la vista su parte superior. Les mostró la costura longitudinal que se

apreciaba en el acabado de la chapa metálica, una especie de reborde, justo entre la imagen de San Pancracio y la virgen de Guadalupe.

—¿Lo veis?, por aquí se juntaron y soldaron las dos mitades originales. Supongo que por dentro hay una pletina que recorre toda la línea de sutura, esto convierte la zona en más resistente aún que el resto de la carcasa. Está hecho a conciencia.

—¿Y la combinación?, ¿no es posible abrirla?

Sacó un estetoscopio del bolsillo y con él golpeó una de las ruedas:

—Dispone de dos mecanismos manuales, cuando se construyó la electrónica aún no se había inventado. Están relacionados entre sí, es un sistema primitivo comparado con lo que hoy se hace, pero muy efectivo. Es imposible detectar por el sonido de los engranajes cuál de los dos se acciona porque en el centro hay un intercambiador aleatorio. Nunca acabas de saber si el resbalón que escuchas es de una rueda dentada o de la otra. Solo tiene una pequeña ventaja.

—¿Qué ventaja? —*la Nani*, a la espera de una buena noticia.

—En los mecanismos convencionales, a los tres intentos fallidos sin dar con la combinación, la cerradura se bloquea durante un tiempo, normalmente un par de horas o tres. Es una medida más de protección, la forma de evitar que se vayan permutando números y letras sin interrupción. Pero aquí eso no existe.

—¿Y…?

—Pues que podemos pasarnos días y semanas probando sin límite de tiempo y sin parar, y el bloqueo no se producirá. Esa es la buena noticia.

—¿Y la mala?

—Que hay millones y millones de combinaciones posibles. Tardaríamos siglos en dar con la buena, suponiendo que lo lográramos. Las dos ruedas multiplican el número de variaciones hasta el infinito.

—¿Entonces…?

—La experiencia me dice que los propietarios de las cajas de caudales, sean del tipo que sean, por temor a que la combinación se les olvide, casi siempre, por no decir siempre, acostumbran a

tenerla escrita y guardada en algún escondite, sobre todo si son cifras y letras, como es el caso.

—¿Qué quieres decir?

—Verás —Roberto y ella mantenían la conversación al margen por completo de Alberto, que no habría la boca—: utilizar la fecha de nacimiento, los años que uno tiene, los de la mujer y los hijos, el nombre propio o el de la madre o el padre no es lo frecuente. Quien mete las narices aquí —posó su mano en una de las ruedas—, es lo primero que prueba, la gente está alertada y huye de tal cosa. Por eso la combinación se escoge absolutamente al azar y al margen de cualquier evento, fecha, nombre o lo que sea, supuestamente conocido y público. De ahí la conveniencia de tenerla a mano en caso de necesidad. Y más en un tipo como *el Caracortada*. —el que lo mencionara le indicó a Alberto que aquel individuo sabía de su amo o lo conocía.

—¿Tú sabes algo de eso?, ¿dónde puede esconder el viejo la combinación? —*la Nani*, encarándose con él.

—No.

—Porque, tú vives aquí, ¿no? —el otro.

—Sí.

—Así que conoces la casa al dedillo. Si yo fuera tú —dirigiéndose a ella—, la registraría a fondo. Piensa —se volvió hacia Alberto—: si lo ves con frecuencia fijar la mirada en un rincón del zócalo, en una baldosa de la cocina, en un ángulo del falso techo, cosas así. ¿Me explico?

Ella, que en absoluto confiaba en la capacidad de observación de su socio, le preguntó:

—¿Dónde mirarías tú?

—Entre la ropa, detrás y bajo los cajones, en las cajas de la luz, en las repisas superiores de las puertas, que hay para todos los gustos. Es más positivo eso que empezar a dar vueltas a estas dos ruedas esperando que nos toque la bonoloto.

—¿Y abrirla con un soplete?

—El grueso de la plancha, que no me extrañaría que fuera de un centímetro o más de acero estructural, lo desaconseja. Además, dentro hay dinero, ¿no?

—Sí, claro —*la Nani*, soltando un bufido.

—No sería la primera vez que la temperatura que se alcanza en el interior al aplicar el soplete provoca la combustión del papel, cosa muy probable si hay fajos de billetes pegados a las paredes. Y no te digo nada si hay diamantes, que al fin y al cabo son carbón. Se podría organizar una buena, aparte de convertir en cenizas todo lo que almacena.

Consecuencia de eso fue que en la última de las visitas que ella hizo al piso del usurero empleara su tiempo, once horas, en registrar del derecho y del revés carpetas, interior y fondo de armarios, rincones, zócalo y cuanto se le ocurrió, sin que apareciera el papel con la milagrosa contraseña escrita. La revisión de la gallega fue ciertamente intensa, pero no suficiente. Se dejó por mirar el dobladillo pespunteado de la pernera de un pantalón de pana del *Caracortada*, en su interior, a lápiz, estaba escrita la serie de doce cifras y letras.

Al día siguiente, cuando la de Ribadeo, cumplidas las citas de la mañana de su agenda profesional y anuladas todas las de la tarde, e inasequible al desaliento, iba a dejar su altillo para regresar a la calle de la Sal y seguir con el registro dispuesta, aparte de a poner patas arriba los sitios donde no había mirado, y si no daba con el cado, reiniciar la batida de nuevo, en el portal se topó con Alberto que iba en su busca:

—¡Ha regresado!, el viejo ha regresado.

Transmitido el parte, y sin mediar más palabras, dio media vuelta y emprendió a la carrera el retorno junto a su patrón.

Cortés, tras una sucinta inspección por el piso, en orden y sin encontrar nada distinto de lo habitual, se acomodó en su despacho. No era extraño que así fuera, porque el móvil de *la Nani* estaba sobrecargado de las imágenes que tomaba antes de empezar cada exploración, para luego volver a colocar todo en su sitio, desde el orden de las carpetas que colmaban los estantes de las paredes de su oficina, hasta el emplazamiento de las patas de su tronado sillón y de las tres sillas de los visitantes que, limpias de las huellas resultado de haberlas hecho servir para encaramarse a la cubierta de la caja, estaban en la misma milimétrica posición que ocho días atrás.

José Luis dejó las maletas del cacereño en el recibidor, y le preguntó si lo necesitaba:

—No, ve a devolver el coche. Cuando bajes, si está Fermín dile

que suba, que quiero verle.

Fermín estaba en efecto, y al momento compareció.

—Bienvenido don Jacinto a esta su casa —con una inclinación de cabeza—, ¿ha ido bien el viaje?

—Sí, siéntate. Y por aquí, ¿qué tal?, ¿qué hay de nuevo?

El Nenita le contó con pelos y señales las andanzas de Alberto durante aquella pasada semana, desde las visitas que hizo al altillo de la Encarna, hasta las horas que la mujer se había pasado allí dentro en compañía de su criado. De las tres ocasiones que estuvo, incluyendo aquella que hicieron acompañados del herrero, en una consiguieron darle esquinazo y que su presencia pasara inadvertida, pero no en las otras dos.

—Una de las veces vinieron acompañados de un tipo que traía un maletín de herramientas, parecía un fontanero, y estuvieron dentro tres horas más o menos. Pero en la otra, ayer, se pasaron Alberto y esa mujer encerrados todo el día. Desde las nueve de la mañana hasta última hora de la tarde.

—¿Viste si sacaban alguna cosa?

—No. O al menos nada que abultara.

La charla quedó interrumpida cuando Alberto regresó. El viejo hizo un gesto a Fermín señalándole la puerta para que desapareciera, una indicación que cumplió al instante. Tiempo tendría para reanudar la conversación con él. Alberto cogió una de las maletas del cacereño, la trasladó a la cocina, la abrió y sacó la ropa sucia para poner una lavadora. *El Caracortada* apareció en el umbral y estuvo a punto de decirle que lo dejara, que ya lo haría José Luis, pero finalmente optó por dar media vuelta y regresar a su despacho, encerrarse y emplear las siguientes horas en comprobar si el interior de la caja estaba intacto. Daba por supuesto que así era, pero quería verificarlo.

Se puso como plazo máximo una semana para cerrar los tratos de exclusividad con José Luis y despedir a Alberto.

34

Dos días más tarde el usurero recibió la visita de un tipo que en el barrio era conocido por *el Cigró* a causa de que sus padres regentaban una tienda de legumbres cocidas. En La Barceloneta, cualquier cosa, oficio, defecto o suceso, servía para apodar, pasando el alias de padres a hijos por toda la eternidad. *El Cigró* había montado un burdel en cuatro apartamentos que compró en Castelldefels, a tiro de piedra de la autovía. Cuando José Luis y Cortés iban por Zaragoza de regreso a Barcelona, el usurero recibió su llamada para «liquidar lo nuestro», le dijo *el Cigró*, a lo que el cacereño accedió. Tras el fiasco y el mal sabor de boca con que volvía del viaje a su remoto pasado, tenía prisa por reincorporarse a su trabajo.

La clausura en su momento del Saratoga y el Riviera por orden judicial, dos macroprostíbulos que tenían en nómina a políticos, policías y otras gentes de buen vivir —uno más de los casos de corrupción de esta España mía, España nuestra—, había provocado un vacío en la oferta de ese tipo de servicios de la bragueta en la zona sur de Barcelona, y *el Cigró* llenó ese hueco. A la vuelta de Tarragona, Vilafranca o Vilanova, los sufridos ejecutivos y vendedores de camisas, ordenadores y zapatos, antes de volver a su hogar dulce hogar, gustaban hacer una parada en el Baix Llobregat y quitarse el estrés dándose un revolcón. Y ahí estaba *el Cigró* para dotar al Nirvana —así había bautizado su puticlub—, de todas las exquisiteces al uso que demandaba la clientela: jacuzzi, camas de agua y videos en 3D. Para montarlo necesitó, aparte de su propio capital obtenido vendiendo el local heredado de sus padres, 300.000 euros más que no tenía, razón por la que llamó a la puerta del cacereño, quien al escuchar lo que se proponía no dudó de que sería un éxito. Tenía claro que una de las fuentes más seguras e inagotables de ingresos era la de los agujeros que el cuerpo humano tiene para atender sus necesidades: vagina, culo y boca, por este orden de negocio; apostar por ello es hacerlo por un caballo ganador. El plazo para la devolución fue de un año, pero ahora, ocho meses después, *el Cigró* venía con una cartera llena de billetes del BCE a saldar la deuda, y lo hacía acompañado de un guardaespaldas. «¡Olé tus huevos!», se dijo *el Caracortada*.

Aparte de la satisfacción por recuperar su dinero antes de tiempo, disfrutó con su verborrea cuando le explicó aventuras del burdel. Desde el caso de un matrimonio que acudió por separado y que acabaron, ellos y sus correspondientes parejas por un día, en un *ménage* a ocho manos y ocho pies, a la variedad de servicios a la carta que ofertaba:

—Allí tenemos para todos los gustos, don Jacinto. Tíos, tías y travestis, dúplex, tríplex y cuadrúplex.

Y el origen de la carne que vendía:

—Aparte de estudiantes, hay mucha casada. Cuando acuden a mí se justifican diciendo que es porque su marido está en paro y tienen que sacar adelante a la familia. ¡Vaya usted a saber! La que menos cinco o seis polvos semanales y quinientos euros al bolsillo. Dígame: ¿dónde ganarían eso?

—¿Y negratas?

—Tenemos cuatro, tres tías y un tío, Hasán. ¡Si lo viera!, es un prodigio de la naturaleza, aquella que lo prueba, repite. Pero todos con papeles, ¿eh?, ahí yo no me la juego —para preguntarle—: ¿A usted le van las morenas, don Jacinto?

Le fueron en su momento, en eso era igual que sus antepasados, los conquistadores del Nuevo Mundo: no era en absoluto racista. Pero era agua pasada y optó por no responder.

—Voy a ampliar el negocio, que lo sepa. No creo que necesite acudir a usted, pero, ¿no le gustaría entrar como socio? Pocos males de cabeza y rentabilidad asegurada. Usted me cae bien, don Jacinto, es un tío legal, tiene olfato para el dinero y ha vivido lo suyo. Piénselo, me encantaría tenerlo de compañero. Entonces sí que podríamos montar el negocio a lo grande.

—Ándate con cuidado, *Cigró*. Quien mucho abarca poco aprieta. Mira los del Saratoga…

—Conozco el caso, don Jacinto. Y créame cuando le digo que esos ya tienen los bolsillos llenos.

—Sí, pero con el edificio cerrado y saqueado.

—Cierto, cuando el juzgado lo clausuró no estableció ningún tipo de vigilancia y a la semana no quedaban ni las cañerías, aunque eso les da igual, porque la inversión estaba amortizada desde hacía años. Y, ¿sabe lo más divertido?, resulta que han puesto una demanda al Ministerio de Justicia por no haberlo custodiado en

la debida forma, tal y como establece y obliga la ley. Aún puede ser que se embolsen algún millón de euros a costa del Estado, ¿qué le parece?

Al *Cigró* le gustaba alardear de aquello que conocía, y hacerlo ante el considerado como el rey de La Barceloneta tenía una satisfacción añadida.

—Han pasado unos meses a pan y cuchillo en la Modelo, pero ya están en la calle a la espera del juicio, que puede tardar en celebrarse lo que no está escrito. Conozco alguno de los que estaban en el ajo: cuentas en Luxemburgo y en las Caimán y viviendo a lo grande. En este ramo todo se cobra en metálico, nada de Visa o American Express, más o menos lo mismo que usted. Y nadie pide el libro de reclamaciones, yo tengo un par de argumentos disuasorios como este —señaló al gigantón que lo acompañaba—, capaces de quitarle las ganas al que quiera tocarme los huevos.

Pero el cacereño tenía claro que no participaría en el negocio. Si hubiese tenido 30 años menos tal vez sí, pero ahora no. El presente era distinto a cuando él frecuentaba las calles de Robador o Las Tapias, entonces una cosa era el coño y otra diferente y aparte, todo lo demás. Pero ahora la droga andaba metida hasta la entretela en el negocio del sexo. Los clientes del *Cigró* no se conformaban con el jacuzzi, el final feliz o la geishas para aliviarse sin más, demandaban, además de la Viagra, coca, pastillas o hierba para que la juerga fuera completa, y eso a la corta o a la larga trae problemas.

La discusión sobre los intereses que el viejo debía cobrar, habida cuenta de que el préstamo se devolvía unos meses antes, fue objeto de discusión. *El Cigró* pretendía una regla de tres, mientras que su prestatario, que no tenía prisa, era partidario de esperarse a que se cumpliera el año. Al final partieron la diferencia. Al despedirse, y con una sonrisa, le dijo a su exvecino:

—El día que usted quiera y se sienta con fuerzas —oír eso no fue del gusto del usurero—, está invitado, ¡barra libre, don Jacinto! Tenga —y le dio una tarjeta—, si se decide llámeme antes, muchos días ponemos el cartel de completo y hay lista de espera. A los taxistas del aeropuerto les he dado un folleto —se sacó del bolsillo uno a todo color con la imagen de unos labios rojos como la sangre entre los que asomaba una lengua—: Al que me trae un cliente le doy unos euros de propina. Ahora el marketing marca la diferencia entre el éxito y el fracaso. Nuevos tiempos, nuevas estrategias.

La conversación dejó un regusto agridulce en el cacereño. Por una parte, satisfecho al haber recuperado su dinero antes de tiempo y con un plus de rentabilidad, y por otra una envidia sana hacia *el Cigró* que, aparte de irle bien las cosas, demostraba un empuje y una resolución que le recordaba a él mismo recién llegado a Barcelona. Cuando se quedó solo repitió el mismo ritual practicado miles de veces antes. Se levantó, echó el cerrojo a la puerta y guardó en la caja el dinero que le había devuelto.

35

Alberto, sin saber que tenía los días contados como persona de confianza del *Caracortada*, seguía con su horario laboral habitual. Estaba con él a solas en el piso por la mañana y durante la noche. José Luis tomaba su relevo acudiendo cada tarde mientras Alberto se ausentaba para ir al mercado o para ver a la Gallega, pudiendo hacerlo relajado porque su sustituto resolvía vualquier necesidad que el viejo tuviera. Con el regreso y la presencia constante de su jefe, Alberto no podía dedicarse a registrar la casa con la misma intensidad que lo haría si su patrón siguiera de viaje aunque sí que, por las noches, cuando tenía la seguridad de que dormía, se levantaba y se dedicaba a hacerlo en busca de la ansiada combinación de la caja. *La Nani*, que ahora se conocía la vivienda como la palma de la mano, le aleccionaba sobre dónde escudriñar, pero sin demasiada esperanza por obtener resultados positivos por la reconocida torpeza que se gastaba su amante. Era capaz de tenerlo ante sus ojos y no verlo. De no ocurrir un milagro, el plan que debían llevar a cabo era otro, más directo y de resultados más seguros, obligados a ejecutarlo en uno de los intervalos de tiempo en los que José Luis se hallase ausente.

El espacio del mediodía era muy justo, incluso podía ser que, aunque no era lo normal, si alguien comparecía a esa hora para transaccionar dinero, *el Caracortada* llamara a José Luis a su lado. Así que *la Gallega* y Alberto, este ya completamente convencido y al rebufo de ella, acordaron que el plan lo llevarían a cabo el sábado por la noche. Era lo mejor. Aunque esperaban que la acción fuera rápida y les sobrara tiempo, les daba margen para cubrir cualquier imprevisto.

Cerrados los pormenores el jueves, faltaban dos días. Entretanto el trabajo de ella era, en las visitas que le hacía Alberto, repasar con él los detalles para evitar cualquier fallo, haciendo memoria de la distribución de la vivienda y su mobiliario. Las casi 100 imágenes de la vivienda que había tomado en las tres visitas realizadas acababan desparramadas encima de la cama y por el suelo de la habitación marcando el itinerario que seguirían y los puntos y dificultades a vencer: cerraduras, puertas, horarios.

Encarna se hizo con una navaja automática. El uso de la fuerza dependía y corría a cargo de su socio, pero ella quería disponer de un medio propio de defensa y ataque por si las cosas se torcían. El

enemigo a vencer era un anciano de más de ochenta años, medio impedido y diabético, pero al que no se debía despreciar como rival. El tipo, resabiado y con la mente lúcida, defendería su riqueza con uñas y dientes y estaría dispuesto a llevarse por delante a cualquiera que se la pretendiera quitar. Una de las cosas que ignoraba Alberto, y consecuentemente también *la Gallega*, era si el usurero guardaba algún arma en el interior de su caja de caudales, un motivo más de preocupación, sobre todo teniendo en cuenta que le abordarían cuando la misma estuviera abierta.

De las pautas de conducta del *Caracortada*, una era fundamental para los fines perseguidos por la pareja: el hecho de que siempre que estaba a solas en su cubículo, con la llave echada, el viejo tenía la caja abierta para dedicarse incansablemente a contar dinero y sobar sus tesoros, no hacía otra cosa. Ahí estaba la clave.

Para confirmarlo sin lugar a dudas Alberto, y por orden de su amada, últimamente y en distintas ocasiones, se dedicaba a pegar la oreja en la puerta del despacho cuando estaba cerrada, para así detectar los movimientos de su patrón, el sonido de la caja al abrirse, el roce de los fajos de dinero, las murmuraciones del extremeño al apilar los billetes, incluso el sonoro mojar con saliva las yemas de sus dedos al pasarlos. A preguntas de *la Gallega*, que no entendía qué beneficio obtenía con ello, respondía que era su forma de disfrutar de la vida. Igual que a otros les gusta follar —al decirlo le obsequió con un conato de caricia que la otra soportó sin corresponder—, atracarse de comer o meterse cosas por la nariz, él era feliz así. Cuando las relaciones entre Alberto y José Luis eran mejores que en ese momento, y uno de los dos le preguntaba al otro dónde se encontraba o lo que estaba haciendo el viejo, la respuesta era una frase inventada por José Luis: «haciéndose una paja con los euros».

—¿Siempre está solo cuando la caja está abierta?— Volvía a preguntar ella sobre lo ya conocido, para que el otro lo reafirmara.

—Siempre.

La Nani espaciaba las preguntas una a una y daba tiempo para que Alberto las entendiera y las respondiera. Las tenía que hacer, además, con su voz más meliflua para que su orgullo de macho no se viera afectado. A la siguiente cuestión que le planteó, él respondió:

—Sí, entonces está con la puerta del despacho cerrada desde dentro.

Y pasar a otra circunstancia que remachar:

—No permite que nadie esté presente, ni yo ni José Luis.

Nuevo interrogante y nueva respuesta:

—Si empujas la puerta, y esta no se abre, es porque tiene la llave echada.

Y aún otra más:

—Entonces la caja está abierta. De fijo— sentenció Alberto. *La Nani* aguardó para que el otro, esta vez de carrerilla, le soltara:

—Sea la hora que sea, de noche o de día, si ha cerrado la puerta de su despacho tiene la caja de caudales abierta. Seguro. ¡Te lo juro! —como un niño a su madre para asegurarle que dice la verdad.

La Nani supo asimismo que esa actividad solitaria y en clausura se producía también cuando no podía conciliar el sueño. Si era así, en lugar de permanecer acostado en su cama a la espera de que sus ojos se cerraran, se dirigía a su despacho y como siempre, una vez la llave había dado la vuelta en la cerradura, abría la caja, y a lo suyo.

—¿Y si se muere?, ¿qué pasará entonces? ¿Cómo y quién abrirá la caja?— Alberto se encogió de hombros. No lo sabía ni se le había ocurrido pensar en ello.

La respuesta, pensó ella, era muy simple. Al usurero no le importaba nada lo que ocurriese con su fortuna cuando ya no estuviera en este mundo. Podían quemarla, si así lo deseaban. Es más, si él por un momento pudiera regresar del infierno, lo haría.

Ella, que jamás había visto en persona al extremeño, por la descripción que le daba Alberto: la cicatriz cruzándole la cara de arriba abajo, el desaliño de su atuendo, su edad, su cojera y sus dos dedos de menos, se lo imaginaba como uno de los monstruos —Frankenstein, Drácula o el hombre lobo—, de las películas en blanco y negro que los jueves por la noche proyectaban en el teleclub de su Ribadeo natal. Pero como todos ellos —el fuego, la estaca de madera o la bala de plata—, don Jacinto tenía su punto flaco: era un anciano enfermo, torpe y decrépito.

36

La primera parte del plan consistía en conseguir que la noche del sábado el viejo no pudiese conciliar el sueño, y así inducir que se dirigiera a su despacho, donde atraparlo con la caja abierta. No les cabía la más pequeña duda de que si acercaban a él cuando la tuviese cerrada, se dejaría matar antes que abrirla. Daba igual si le cortaban los dedos que le quedaban, la mano o los cojones. El tipo se dejaría matar antes de darles la combinación.

—Seguro —remachó Alberto, confirmando aquello sobre lo que *la Nani* no albergaba ninguna duda.

Lo siguiente era cargarse al *Caracortada* y largarse con su dinero.

Un fleco quedaba suelto para tener la seguridad de que el viejo estuviera aislado e incomunicado en su cuchitril cuando ellos irrumpieran en él. Y era que en el despacho había un teléfono alámbrico. Algo sobre lo que ella no había caído en las tres visitas que hizo, pero que ahora tomaba una especial relevancia. Por mucho que intentó que Alberto averiguara por dónde salía al exterior el cable de dicho teléfono para cortarlo, no hubo manera de que se lo aclarara, una prueba más de la inutilidad y escasa, por no decir inexistente, inteligencia de su socio. Confiaba, cuando ellos hicieran su entrada en el despacho, y si antes no habían sido capaces de dar con el hilo y seccionarlo, no darle tiempo ni oportunidad para llamar y pedir ayuda.

Para conseguir que esa noche Cortés no pudiera dormir, se levantara y se dedicara a su deporte favorito, cual era pasar revista a sus tesoros, Encarnación consiguió unas pastillas, una especie de éxtasis que le suministró un camello. A la pregunta de *la Gallega* sobre sus efectos, el tipo le aseguró que le quitaba las ganas de dormir a cualquiera:

—Hasta los más ancianos aguantan toda la noche de marcha, ¡resultado garantizado!

Un pago de 20 euros le permitió disponer de dos de aquellas píldoras que iban a obrar el milagro, confiaba, de desvelar al viejo. Las desmenuzó hasta convertirlas en fino polvo y se lo dio a Alberto. Él debía mezclarlo con la cena.

La Nani, aparte de en Dios, la Virgen María, los Santos y las *meigas*, creía en todas las formas de adivinación habidas y por

haber. En su Ribadeo natal había dos videntes que se dedicaban al oficio de augurar el porvenir con éxito, sino en cuanto a sus vaticinios, si en lo que correspondía a sus ingresos. Y si algo fallaba, siempre tenían excusas para justificar el error. Uno de ellos lo hacía leyendo la palma de la mano, y el otro, al que llamaban Doctor Galleta, mediante una María Fontaneda. Cuando ese Doctor Galleta tenía enfrente a la persona interesada en saber si estaba embarazada, si el grano que le había salido en la espalda era malo, o si iba a encontrar novio en las próximas fiestas del pueblo —la mayoría de sus parroquianos eran mujeres—, el pitoniso la miraba fijamente a los ojos —él decía que así recibía el aura y sus efluvios —, y partía una redonda y crujiente galleta sobre un mantel decorado con todo tipo de signos cabalísticos. Dependía de cómo eran los dos o más trozos resultantes y se depositaban las migas para hacer el augurio.

Sin llegar a tales extremos, había en La Barceloneta una gitana que echaba las cartas. Recibía en una minúscula habitación, la ventana cubierta con una opaca cortina negra y como única iluminación una lámpara con una bombilla de quince vatios colocada a su espalda que la dejaba, a ella a contraluz, y a su visitante iluminado de lleno, además de arrojar una mínima claridad sobre el tapete que cubría la mesa. La consulta valía doce euros, un precio que se ampliaba si la buena mujer, que ejercía también de curandera, aparte de barajar las cartas era requerida para sanar *d'espatllat* a algún visitante mediante ensalmos y rituales que consistían en cogerle de los pulgares y moverle los brazos.

Indecisa sobre el resultado de la empresa que iba a emprender, *la Nani* quiso consultar a la gitana su éxito o su fracaso, de manera que el viernes, la víspera del día señalado para dar el golpe, después de comer, a la hora tonta para sus visitantes —o del resto que quedaba de ellos, porque a causa de la jodida psoriasis su número iba menguando por momentos—, compareció en casa de la Trini.

Un saludo en forma de un par de besos y al grano.

Fue muy cuidadosa en no darle a la Trini ninguna pista sobre lo que la había llevado allí. La gitana, más lista que el hambre, tenía una habilidad especial para detectar, a través del mínimo gesto o palabra, aquello que preocupaba a quien se sentaba enfrente. Por eso, y antes de sacar la baraja, dedicaba unos minutos a charlar con su cliente confiando obtener la orientación necesaria para no errar en el momento de soltarle la mala o buenaventura.

Pero en este caso no empleó esa técnica, sabía que aquella fulana ante la que rendía armas media barriada era hermética para hablar de otra cosa que no fuera del tiempo. Aunque ese día, contrariamente a las tres veces anteriores que demandó sus servicios, la vio especialmente inquieta, como si algo la preocupara sobremanera. ¿Tendría que ver con la psoriasis, que había sido objeto de su consulta anterior?

En todo caso le echaría las cartas a cámara lenta a la espera de alguna señal que la iluminara.

La baraja del tarot está compuesta por 78 cartas, de ellas 22 son los llamados arcanos mayores —El Mago, La Sacerdotisa y demás—, que son los que marcan el augurio. Sesudos hombres de ciencia, como Jung o Nichols han pretendido establecer una base científica entre el tarot y la realidad a través de lo que denominan principio de sincronicidad; es decir, la capacidad de la mente humana para intuir el futuro puesto en evidencia por los naipes que, como todas las teorías, uno se puede o no creer. Desconociendo todo ello, la Trini se limitó a colocar las 22 cartas boca abajo y pedir a *la Nani* que levantara una cualquiera. Encarna pasó revista a aquel plantel que casi ocupaba la totalidad de la mesa, y se decidió por una del centro.

Correspondió a La Luna, significaba un cambio difícil y oscuro, rodeado de peligros. Pero por sí sola no era concluyente, la echadora colocó el tarot delante suyo y con un gesto la conminó a seguir destapando naipes.

El Loco. Irracionalidad, complicaciones, inmadurez, desequilibrio. Reforzaba la carta anterior, juntas dibujaban una encrucijada en la que estaba implicado alguien que añadía un plus de indeterminación. *La Nani*, tras las veces que le habían echado las cartas, algo sabía de su significado. De ahí que sin temor a equivocarse identificara la figura de El Loco con la persona de Alberto.

La Trini percibió la prisa de su cliente por hacer otro descarte, como si con el nuevo esperara anular lo que de negativo tenía para ella El Loco.

La Fuerza. Energía, dominio de la materia. Algo que la tranquilizó, una confirmación de aquello que estaba dispuesta a hacer, aplicar el impulso y la determinación para conseguir su propósito. Esbozó una ligera sonrisa que no pasó desapercibida a la echadora aunque esta, y como siempre, mantenía su rostro

impasible.

La siguiente resultó ser la Rueda de la Fortuna, el dinero, el éxito. Una de las mejores cartas. Encarnación lo interpretó, en el contexto de los anteriores naipes, como que la empresa que iba a acometer con Alberto tenía riesgos y que él no era el mejor compañero de viaje, pero que el premio si la llevaba a buen fin, era la riqueza.

El Mundo. Tenía que ver con la religión, en algunas barajas se acompañaba de los símbolos de los cuatro evangelistas. ¿Qué significaba?, ¿tal vez un repudio a la acción que iba a llevar a cabo?, ¿o tenía que ver con las malas artes que *el Caracortada* había empleado para conseguir su fortuna?

Faltaban dos cartas por levantar. El número que se destapaba para llegar a la adivinación dependía del tarotista, había quien se limitaba a cinco, a siete como la Trini o incluso a diez, todos ellos números cabalísticos.

El Emperador. Adversario difícil, oposición, poder, energía, voluntad contrapuesta. Lo relacionó con *el Caracortada*. Era el enemigo a vencer para lograr el éxito y el dinero que en la anterior extracción habían aparecido.

Faltaba la última. Las elecciones hechas anteriormente habían creado en la baraja desparramada sobre el tapete una figura discontinua en forma de un rectángulo agujereado por las seis extracciones, que la Trini tenía alineadas frente a ella en el mismo orden de su descarte, un orden de aparición que también desempeñaba un importante papel en el presagio.

Los ojos de *la Nani* iban de un extremo a otro del dorso de las 16 cartas con una ansiedad que la Trini reconocía perfectamente porque todos los día la veía reflejada en el rostro de sus clientes: la creencia de que, de su elección, dependía su futuro, la felicidad o la infelicidad, incluso la vida o la muerte.

La séptima carta, aquella por la que, tras un momento de duda finalmente Encarnación optó, estaba situada en uno de los ángulos de ese rectángulo.

La Muerte. La Trini siempre la colocaba en algún rincón, esperando que no fuera la escogida. Cuando veía posarse la mano del peticionario sobre ella le entraban ganas de invalidar la opción y decirle, antes de destaparla, que repitiera la extracción, sobre todo cuando, como ahora, era la última de las elegidas. Pero no

podía hacerlo porque el Arcano se volvería contra ella y la castigaría. Lo que sí hacía era salir al paso y quitarle hierro, aunque supiera que con ello faltaba a la verdad. No era la primera ni sería la última vez que parloteaba lo que dijo a continuación:

—Si los símbolos del tarot son ambiguos por sí solos y uno a uno, La Muerte es el más propenso a interpretaciones diversas y muy distintas unas de otras. En un sentido positivo puede significar que tras la muerte viene el renacimiento, una nueva vida más plena, un cambio provechoso —silenciando lo que debía haber añadido—: Pero también puede comportar el fin, la aniquilación.

La aparición de La Muerte descolocó y angustió a la *Gallega*. Aunque creyente y pendiente de los rituales interpretativos de la Trini, y por mucho que sus palabras lo relativizaran, el ver aquel esqueleto con la guadaña en su mano que parecía mirar de frente a quien lo había destapado y sacado a la luz, a ella, le provocó el peor de los farios.

La gitana, completada la extracción, se concedió unos segundos antes de dar su veredicto final:

—Estás cerca de un gran cambio —su dedo índice se iba posando en cada cartulina, yendo de una a la otra en un orden que para *la Nani* carecía de sentido, pero que creía debía responder a algo—: Tienes un poderoso enemigo enfrente al que has de vencer —El Emperador—, él se opondrá a tu triunfo, luchará con todos los medios a su alcance.

La Gallega tenía en la punta de la lengua la pregunta clave: ¿conseguiría vencerle?, pero aguardó a que la otra acabara.

—Dispondrás de un aliado en tu pelea, pero no confíes demasiado en él —El Loco—, es de ti, y solo de ti, de quien depende la victoria o la derrota. Tú eres la que tiene la capacidad y la energía —La Fuerza.

La mano de la gitana estuvo sobrevolando las siete figuras como si dudara señalar alguna más, algo que finalmente no hizo. Alzó la vista del mosaico de naipes:

—Esto es lo que veo.

—¿Y La Muerte?, ¿qué papel juega La Muerte?

—Ya te he dicho que es un mensaje equívoco. Puede significar el éxito o la dificultad —iba a decir fracaso pero se abstuvo—, en ese cambio que las cartas predicen.

—Pero en mi caso, ¿es algo malo?

De nuevo la Trini mintió, o cuanto menos no dijo toda la verdad:

—No necesariamente. Diría que depende de las circunstancias que te acompañen en ese cambio que te aguarda. Nada está predeterminado ni escrito al cien por cien.

Fue a poner su mano sobre El Mundo para decirle que debía ajustar sus actos a no hacer daño ni perjudicar a los demás, pero conociendo como *la Gallega* se ganaba la vida y su mala fama, optó por obviarlo.

La Nani permaneció un par de minutos repasando una a una las figuras esperando que le arrojaran alguna luz, un pálpito positivo que anulara la impresión que la visión de La Muerte le había causado, pero ello no ocurría. La gitana, que tenía risa por acabar, recogió las cartas, las barajó y volvió a situar la baraja en un extremo de la mesa, y acto seguido se levantó para indicar que la sesión había terminado.

En el camino de regreso a su altillo, tal vez para quitar hierro a la visita que no había sido lo positiva que ella hubiese querido, Encarna se dijo que debería haber previsto lo que la gitana le vaticinó, en definitiva nada concreto. ¿Qué esperaba? Era ella y solamente ella la que debía conseguir el objetivo que se había propuesto, tal y como lo había hecho durante toda su vida. El acudir a otro para buscar seguridad o certeza era un error. Cuando lo pensó, su paso se hizo más firme y más rápido.

37

Siguiendo con su horario de todos los días, Cortés se sentó frente a la diminuta mesa de la cocina cuando el reloj marcaba las nueve, y sin prisas ingirió en completo silencio la cena preparada por Alberto. Un puré de patatas de sobre y una tortilla, y repartidos en el menú los polvos suministrados por Encarna. Situado de espaldas a la puerta, no se daba cuenta de la vigilancia a que Alberto lo sometía desde la penumbra del pasillo, comprobando que su patrón iba masticando y tragando sin dar señales de advertir en lo que engullía un sabor o una textura distintos de lo habitual.

El Caracortada acabó su cena y Alberto recogió platos, vasos y cubiertos, los enjabonó y frotó a conciencia al igual que todo lo que tuvo un mínimo contacto con los polvos disueltos en el menú, y metió en lejía el mantel y la servilleta. Esa fue una de las instrucciones recibidas de *la Nani* que cumplió a rajatabla. Hecho lo cual se retiró a su habitación dejando la puerta entornada, atento a los movimientos y sonidos que le llegaran. El usurero apagó la televisión cuando el hombre del tiempo desapareció fundido en el anuncio de Casa Tarradellas, y se acomodó frente al altavoz de su amado Telefunken hasta que acabó un programa en recuerdo de Jorge Negrete —*México lindo y querido, Granada y Noche plateada* fueron entre otras las canciones seleccionadas que el viejo a intervalos tarareó—, momento en el que apagó el aparato de radio y se encaminó a su habitación. Alberto se asomó al pasillo y atisbó su espalda encorvada y su lento caminar arrastrando cansinamente la pierna mala, y temió que, por muchos polvos milagrosos, el viejo conciliara el sueño, frustrando el plan previsto. Pero no ocurrió así, a los veinte minutos de encerrarse en su habitación el de Malpartida, embutido en su viejo y raído batín de cuadros y por debajo asomando los calzoncillos y la camiseta que le hacían de pijama, volvió a aparecer y se dirigió a su cubículo. Alberto oyó como cerraba la puerta con llave. Se acercó y pudo oír su carraspeo, el rodar de las ruedas combinatorias y el cerrojazo de la caja fuerte al abrirse. El viejo ya estaba en posición de hacer lo que *la Nani* y él esperaban. Una euforia animal hizo presa en él, a punto de estallar en una histérica carcajada.

Sigilosamente se dirigió al recibidor y allí, seguro de no ser oído, activó el móvil para comunicarse con *la Gallega* que, desde las nueve, daba vueltas arriba y abajo por la acera, aguardando

impaciente su llamada.

—El viejo está en su despacho. Te abro.

Ella recorrió los veinte metros que la separaban del portal, y una vez allí un chasquido le indicó que desde arriba se le franqueaba el acceso. A tientas subió los dos tramos de escalera. Una de las cuatro puertas del rellano, la de la vivienda del usurero, estaba entornada, y por la abertura asomaba el rostro ansioso de Alberto. Una vez ella dentro la cerraron con cuidado para no hacer ruido, se miraron e hicieron un gesto de asentimiento. Todo estaba hablado, los preparativos cumplidos y tocaba actuar.

Avanzando con lentitud y casi a tientas iniciaron el recorrido que les llevaría hasta el despacho del viejo. Ella iba delante y taponando el paso, ya conocía la distribución de la vivienda y quería evitar cualquier apresuramiento o torpeza por parte de Alberto. Ya llegaría el momento de darle protagonismo, pero hasta entonces era ella la que estaba al mando.

Por fin, y después de emplear casi un minuto en recorrer el espacio que los separaban del despacho, llegaron frente a su puerta, cerrada, como suponían. Por la rendija inferior y procedente del interior aparecía una línea de luz amarillenta, allí se encontraba el objeto de sus deseos. Sabían que la hoja de dicha puerta no era resistente como la de la entrada de la vivienda, blindada y con doble cerradura de seguridad, muy al contrario, simplemente dos delgadas láminas de madera en cada cara con un relleno de viruta en el centro. Para el extremeño su opacidad le daba suficiente intimidad, sabiendo que en el pasillo siempre se encontraban Alberto o José Luis que al instante acudirían en su ayuda si lo necesitaba, de ahí no haber tenido nunca la tentación de reforzarla, una omisión que ahora podía costarle cara. Esa fragilidad permitía que un golpe dado con la suficiente fuerza fuera capaz de reventarla, ya por la propia hoja, por la cerradura que saltaría hecha añicos, o por las bisagras. Y con eso contaba la pareja situada ahora frente a ella.

La Nani, todavía por delante de Alberto, y antes de darle vía libre para pasar a la siguiente fase, sacó una pequeña linterna e iluminó el marco de la puerta, resiguiéndolo hasta que dio con lo que estaba buscando: el delgado hilo del teléfono que salía del interior del despacho y discurría por encima del zócalo en dirección a la caja de escalera. «¡Maravilloso!», se dijo, un problema menos. Al tiempo que pensaba cómo era posible que Alberto, por mucho

que ella le explicó lo que debía buscar, no hubiera dado con ello. Pero sacó de su cabeza aquel pensamiento negativo, lo único importante ahora era que aquel delgado filamento, el único cordón umbilical que relacionaba al viejo con el resto del mundo, ella lo iba a cortar. Sacó la navaja, y tras hacer saltar dos alcayatas, metió el filo por debajo del cable y de un tajo lo cercenó. Separó los dos extremos y miró a Alberto. Éste asintió y ella volvió a enfundar la hoja de la navaja.

Acto seguido dirigieron la atención hacia el obstáculo a abatir, la puerta. Ella se situó detrás de él y Alberto, colocado a dos metros de distancia y utilizando el hombro como ariete, se lanzó en tromba contra ella. La puerta crujió, se astilló y estuvo a punto de romperse por la mitad, allí donde las arrobas de carne habían impactado, pero resistió aquel primer embate. Alberto, al tiempo que oía salir de la garganta de *la Nani* un reniego, volvió a tomar impulso y repitió la operación. Esta vez sí que el contrachapado cedió por el centro y la hoja se partió en dos dejando expedita la entrada.

38

La mirada del *Caracortada* iba y venía mientras apilaba los billetes de 500 euros. Aparte de no poder conciliar el sueño, de ahí que se levantara de la cama, aquella angustia que oprimía su pecho y el desenfoque de su vista no eran normales. Tal vez tuviera el nivel de azúcar alto, pensó, pero no tenía lógica. Llevaba puesto el parche de insulina y la cena, con un vaso de agua por bebida, no había sido nada especial. Sí que notó un sabor algo distinto en el puré, pero la obligada ausencia de sal por su diabetes, producía a veces regustos extraños. En anteriores ocasiones en que el nivel de azúcar era elevado, los síntomas eran diferentes, uno de ellos el sueño, nada comparable al insomnio de ahora. Dudó si despertar a Alberto, que suponía estaría durmiendo, en otras circunstancias lo habría hecho, pero resuelto como estaba a sacárselo de encima, decidió prescindir de él, prefería aguardar hasta ver si aquel malestar pasaba. Permanecería a la espera unos minutos más.

Tal vez la desazón que sentía era por el propio Alberto. Su instinto le decía que no era de fiar, aquella fulana que frecuentaba a buen seguro que le estaba sorbiendo el seso; la información que le llegó a través de Fermín así se lo indicaba. Porque, se preguntaba ahora, ¿qué podía tener Alberto, un tipo más pelado que una rata e idiota perdido, tosco y feo como un sapo, de atractivo para una mujer como aquella, de vuelta de todo? ¿Una mercenaria que se ganaba la vida abriéndose de piernas? ¿Qué tenían en común y de qué podían hablar aquella buscona y él? Y la respuesta no podía ser otra que de nada bueno para él. Alberto no tenía más fuente de ingreso que los 100 euros que él le daba, y las rameras lo que siempre persiguen y les interesa es el dinero. ¿Qué sentido tenían las visitas que durante su viaje a Extremadura habían tenido lugar por parte de la pareja a su oficina? Algo oscuro había surgido entre los dos. Tal y como tenía decidido, el lunes sin falta, en cuanto llegara José Luis, le daría la patada. Aunque ahora, quizá como consecuencia de aquel malestar que sentía, se lamentaba por no haberse dado más prisa en quitárselo de encima. Pero total, se tranquilizó, el día siguiente era ya domingo, un festivo que no debía aportar novedad alguna.

Sus meditaciones y el silencio que lo rodeaba se vieron interrumpidos por un fuerte golpe en la puerta, que casi la echa abajo. Reaccionó con rapidez para defenderse del atacante que sin

duda lo que pretendía era robarle lo que tenía desparramado sobre la mesa y a la vista, un asaltante que a la siguiente embestida conseguiría abrirse camino hasta él. Se giró y fue capaz, tanteando la repisa de la caja de caudales, hacerse con el Magnum 357 que en previsión de circunstancias como la presente tenía cargado y al alcance de su mano. Nerviosa pero rápidamente lo amartilló, quitó el seguro y apuntó a la entrada, justo en el instante que la puerta recibía un nuevo y definitivo embate.

El hecho de que fuera Alberto quien irrumpiera colándose por el medio de los dos trozos en que quedó dividida la hoja de la puerta no modificó la voluntad del extremeño de llevarse por delante a quien apareciera. Levantó la pistola y sin dudarlo ni un momento apretó tres veces el gatillo contra la mole de carne que ocupaba el espacio de la entrada y que se abalanzaba sobre él.

La rapidez del ataque, la torpeza de movimientos del usurero y la distancia, cuatro metros, que en un principio mediaba entre el cañón y el invasor, hicieron que el primer tiro no diera en el blanco, pero sí lo consiguió el segundo, que impactó en el pecho, y el tercero, a bocajarro, que destrozó la cara de Alberto y le causó la muerte instantánea. El impulso que llevaba su cuerpo hizo que chocara contra el frontal del escritorio, rebotara como una pelota y cayera sobre el pavimento.

El Caracortada, eliminado el intruso, dirigió la vista hacia la penumbra del estrecho pasillo y entrevió la imagen de una mujer cuyo rostro era el mismo que José Luis grabó en su móvil. ¡La zorra!, supo al instante. Sin dudarlo le soltó otros dos disparos, pero la distancia y el rápido movimiento de ella, que corrió a esconderse y situarse fuera de la trayectoria de las balas, fue la causa de que estas se perdieran por el fondo y acabaran incrustadas en la pared.

—¡Puta, puta!— Gritó—: ¡Sal!, ¡te he visto! ¡No te escondas, guarra!

Ella, pegada a la pared, divisaba un lateral del escritorio con su superficie llena de montones de dinero, y debajo, en el suelo, el cuerpo de Alberto en medio de un charco de sangre que iba creciendo por momentos. *La Gallega* no sabía mucho de armas, pero creyó ver que lo que el viejo empuñaba era un revólver, y sabía que su carga era de seis balas, de las cuales cinco ya estaban gastadas. Esa era, suponiendo que aquel tipo no tuviera munición de repuesto, la parte positiva, la negativa era que la sexta bala aún por estrenar podía acabar con su vida.

—Maldito avaro— murmuró Encarna—: Estoy demasiado cerca de tu dinero para rendirme. Te mataré. De ahí no puedes salir ni puedes moverte. Tenemos toda la noche y todo el domingo por delante para que te caigas de sueño y yo te rebane el cuello.

La muerte de su socio en el negocio, Alberto, ni tampoco verlo allí, inerte y destilando un reguero de sangre que teñía el suelo de rojo, la afectó en lo más mínimo. Al contrario, le resolvía un problema, el no tener que decirle adiós en cuanto hubieran perpetrado el robo, lo siguiente que tenía pensado hacer. El mundo estaba lleno de tíos mucho más apetecibles e interesantes que aquel idiota. Su pensamiento volvió a los vaticinios de la Trini. Al final, y tal y como había previsto y por encima del tarot, el triunfo o el fracaso de aquella empresa solo dependía de ella misma. Y respecto de La Muerte, en eso las cartas no se equivocaron porque ya había hecho acto de presencia, ahora lo que debía procurar era que, cuando volviera a aparecer el esqueleto portando la guadaña, *el Caracortada* fuera su acompañante.

El dinero, ese si era el problema. El cómo conseguirlo.

El *Caracortada* tenía el cañón de la pistola apuntando firmemente al hueco de la entrada esperando el ataque de la mujer. No fallaría, en el momento que aquella buscona apareciera de nuevo, era cadáver. Pero tal cosa no se producía. Tras unos minutos volvió a gritar, a renegar, a insultarla y desafiarla, en un intento de obligarla a asomar el hocico. Nada. Por su parte y para bien, el mareo anterior había desaparecido y se sentía con todos sus sentidos despiertos y alerta.

Ante aquella inactividad, el de Malpartida, sin dejar de prestar atención a la puerta, dispuesto a descerrajar a la intrusa el tiro de gracia si se asomaba, levantó el teléfono. Ni se le ocurría acudir a la policía, demasiadas explicaciones que dar, al que si se proponía llamar era a José Luis, quien acudiría en pocos minutos, se cargaría a la mujer, después se desharía de los dos cuerpos y ahí se acabaría la historia. Tecleó con insistencia, pero no obtenía señal alguna de disponer de línea. Volvió a colgar y a descolgar. Lo mismo. Comprendió que aquella pareja había tomado medidas para dejarlo aislado.

—¡Ya puedes intentar llamar ya, cabrón!— le gritó la mujer desde su escondite, cuando llegaron a su oído las maniobras del otro.

—¡Puta, anda ven. Aquí te espero!

Ella se sonrió. Podía ir lanzando todas las bravatas que quisiera. Lo tenía allí enjaulado, solo y a su alcance, sin que pudiera recurrir a nadie para que le ayudara.

El viejo rebuscó en sus bolsillos, aun a sabiendas de que no lo llevaba encima. Su móvil lo dejó sobre la mesilla de noche cuando se acostó, y al levantarse para ir a su cubículo no lo cogió, lo último que esperaba era encontrarse en la tesitura que ahora se hallaba. Soltó una maldición destinada a sí mismo por su falta de previsión. Pero eso ya no tenía remedio. Pasó revista a su situación, estaba incomunicado, con una tipa enfrente que, aunque controlada momentáneamente, si le daba la mínima oportunidad no tendría ningún miramiento en cargárselo, él era el obstáculo que le impedía hacerse con su dinero. No había término medio, o ella o él. Pero en peores trances se había visto, lo resolvería y saldría vencedor, aquella ramera sin padre no podía ser enemigo para él.

Los disparos realizados y los gritos intercambiados entre ambos se habían perdido en el bullicio de la noche del sábado. En aquellos días de julio las terrazas de los bares y los restaurantes se llenaban de gente que parloteaba, a veces gritando para hacerse entender por encima del sonido de la música ambiente y el petardeo de las motocicletas. Eso y las medidas de seguridad que la vivienda tenía con vistas al exterior, con todas sus aberturas, aparte de con rejas, blindadas y selladas, hacía que los disparos y los gritos con que se enfrentaron y retaron presa y cazador apenas hubieran traspasado la envolvente de las paredes en forma de chasquidos y murmullos confundidos con la algarabía reinante. Por otro lado el despacho del *Caracortada* carecía de ventanas, en su día selló la que daba al patio, una circunstancia que lo convertía en un espacio completamente estanco a efectos sonoros.

Cortés, visto que con insultos no conseguía nada, y luego de diez minutos de lanzarlos a intervalos, enmudeció. No debía gastar energías. La mujer se encontraba allí, escondida y agazapada, un enemigo al que no sería fácil vencer. Estaba obligado a reservar sus fuerzas para una espera que se daba cuenta podía ser larga. Sin dejar de apuntar con el arma que sostenía en su mano derecha, alargó su izquierda y tanteando, del mismo estante donde antes descansaba la pistola se hizo con una caja de cartuchos, la dejó sobre el buró, la abrió y sacó cinco. Uno a uno los metió en el tambor del revólver. Sonrió, volvía a disponer del cargador completo. La caja de munición a su lado, no creía que volviera a necesitarla, pero allí estaba por si acaso.

El sonido de los cartuchos al introducirse en el tambor del revólver fue escuchado por Encarnación. Su espaciada repetición por cinco veces no le dejó ninguna duda. Si había confiado en que al viejo le quedaba un solo disparo, podía olvidarse de ello. Y seis tiros eran muchos a la velocidad que comprobó salían del arma. En el obligado trayecto que mediaba desde la puerta hasta el sillón del *Caracortada*, y en cuanto asomara, los tendría metidos en su cuerpo. No le quedaba otra que esperar a que se debilitara. Sabía que padecía de diabetes y que necesitaba colocarse parches de vez en cuando, ignoraba la frecuencia con que los necesitaba, pero disponía de tiempo para averiguarlo.

El cacereño dudó si podía tomar la iniciativa. Pero aun contando con el revólver, el esfuerzo y la maniobra de levantarse, dar la vuelta a la mesa, eludir el cuerpo de Alberto y los restos de la puerta esparcidos por el suelo, y salir al pasillo donde vaciar el cargador en la buscona, le preocupaba. Poderlo realizar con plenas garantías era imposible, aparte de que ella, mucho más ágil que él, era capaz de escabullirse y esperarlo, escondida en el recibidor o en la habitación de delante. Se sabía torpe, necesitaba apoyarse en la mesa para alzarse del sillón donde se encontraba apoltronado, una vez erguido tantear el terreno por miedo a sufrir un traspiés de su pierna mala con peligro de caerse, y a continuación moverse sin perder de vista el hueco de la entrada y sin que su arma dejara de apuntar. Un segundo de vacilación o distracción sería suficiente para que aquella mala puta cayera sobre él y lo matara. No debía precipitarse. Él, allí, sentado, dominaba la situación, creía, y era la zorra quien estaba obligada a moverse. Ella quería su dinero y en algún instante alargaría la mano para cogerlo. Entonces habría llegado su momento.

Luego de tres horas de inactividad, *la Gallega* decidió hacer una pequeña y prudente inspección. Para ello se agachó hasta colocar su cara al nivel del suelo, salió del quiebro del pasillo que la protegía, y reptando se asomó por la parte más baja del hueco libre ocupado antes por la puerta. Supuso que esa zona inferior sería objeto de una menor atención por parte del viejo, tal vez ni siquiera la divisara. Alcanzada esa posición, pegada completamente al pavimento, y muy lentamente se empinó unos centímetros. No vio más que el extremo del cañón del arma, asomando por encima del buró y apuntando a un punto situado un metro por encima de su cabeza, y más arriba el ralo y canoso cráneo del anciano. Pero algo debió percibir él, tal vez un roce al deslizarse ella por el embaldosado, porque se irguió hasta aparecer en el campo de visión

de la mujer, mostrando unos ojos que la miraban como un águila observa a un conejo que de repente ha aparecido en su coto de caza. Gatear y retirarse *la Nani* al momento hacia atrás buscando la protección del pasillo, sonar un disparo y pasar la bala a milímetros de su cabeza, fue todo uno.

—¡Zorra, zorra! ¡Asoma el coño otra vez! ¡Anda, jodida! ¡Sal cabrona, sal! —*el Caracortada*, entre esputos.

Ella, ya a salvo, precisó unos minutos para que su respiración se normalizara y pudiera dejar de pensar en el silbido del proyectil que recorrió el pasillo de punta a punta. Aquel hijo de Satanás no bajaba la guardia, confiar que diera un paso en falso o se descuidara, era inútil. Tornó a su situación de espera. Pero ni por un momento se le ocurría largarse de allí y renunciar al botín. El único movimiento que hizo fue meter su mano en uno de los bolsillos de su falda, sacar la navaja y abrirla. Al hacerlo, el cierre produjo un golpe seco.

Cortés, y a modo de respuesta, alargó la mano, cogió otro cartucho y lo introdujo en el tambor del revólver. De nuevo disponía de seis balas. Su cicatriz se movió a impulsos de la sonrisa que apareció en su rostro.

Cuatro horas más. El viejo sintió que su vejiga, tras contenerse todo lo que pudo, se le aflojaba. Una mancha de orines afloró en su calzoncillo y en el frente de su batín, y un charco denso y amarillo ocupó el suelo remansándose sobre la sangre coagulada de Alberto. Encarna percibió el fuerte olor a urea y le entraron ganas de mofarse, pero finalmente se contuvo. A ella lo que le interesaba era que él cayera adormecido o perdiera el sentido tras tantas horas de vela, y cualquier cosa que pudiera excitarlo o jalearlo iba en contra de eso.

Otras cuatro horas. Al fondo del pasillo, detrás de *la Nani*, una débil luz natural llegaba por el ventanuco del recibidor que daba al exterior. Eran las diez de la mañana del domingo, el silencio era absoluto en el interior de la vivienda. Pensó en arriesgarse de nuevo y asomar por un momento la cabeza. Esta vez lo haría con rapidez, sin darle tiempo a reaccionar, un visto y no visto, pero el recuerdo de su anterior intentona la volvió prudente. Esperaría un poco más. Tenía todo el día festivo y la noche siguiente hasta el lunes, entonces es cuando acudiría José Luis. En ese momento debería estar el problema resuelto, con aquel cabrón en el infierno y ella con sus bolsillos repletos de su dinero. «Paciencia, paciencia», se

dijo.

Al igual que el viejo, *la Nani* sentía que su vejiga pedía ser evacuada de su contenido. Pero no podía moverse de allí, si iba hacia atrás, hacia la entrada, aparte de quedar al descubierto, luego debía rehacer el camino con el consiguiente doble peligro. Además, esa maniobra podía permitir a su enemigo abandonar su encierro y acceder a otra posición mejor, o incluso a tiros abrirse paso hasta la escalera. Su actual colocación allí, en aquella esquina del pasillo, cercana y enfrente del *Caracortada*, era la mejor. Y optó por la misma solución que su presa. Pegada a la pared, en el ángulo muerto que le daba cobijo, se bajó las bragas, se acuclilló y se aflojó. El sonido de la orina al rebotar en la pared y contra el suelo, semejando un grifo abierto, no provocó ninguna reacción en el extremeño. Ello le hizo pensar que tal vez sí el tipo estaba dormido o desvanecido. Pero su anterior experiencia le aconsejó esperar un tiempo adicional.

Dos horas más. Media docena de zumbonas moscas de alas negras llegadas de no se sabía que rincón tomaron posesión del lugar donde el maloliente aroma de los orines enseñoreaba el aire. Ya era mediodía. Encarna, que tenía la boca seca y con sed, se dijo que, si a ella le estaba costando mantener los ojos abiertos, era imposible que el viejo hubiera aguantado tanto tiempo sin beber ni comer, y alerta. Su diabetes y las pastillas de éxtasis de la cena, acabado su efecto, sin duda le habían llevado a un embotamiento de sus sentidos, cuando no a la inconsciencia. Y decidió arriesgarse.

Sacó la cabeza una décima de segundo, para volverla a meter. La imagen que vio fue la del anciano con la espalda apoyada en el respaldo de su sillón, la cabeza caída sobre el pecho y la pistola asida pero laxa y ladeada sobre el escritorio, carente de la firmeza anterior. Había caído rendido por el sueño y el cansancio, tal vez su nivel de azúcar ayudó a ello. Se dijo que era su oportunidad. Volvió a asomarse, esta vez durante un largo segundo, y reafirmó lo visto previamente. Aunque esta vez, aparte de con la cicatriz que cruzaba la mejilla del viejo, se deleitó con la visión de los montones de billetes colocados sobre la mesa y de las dos puertas metálicas de la caja fuerte abiertas de par en par, detrás de la figura sentada y adormecida. Una masa de carne aparentemente inofensiva.

Asió la navaja con fuerza y se dispuso a atacar. Era fundamental no hacer ruido. Su arma precisaba cercanía para ser efectiva, y en cambio la de su enemigo era mortal a distancia. Hasta que el filo de su acero no entrara en contacto físico con la carne del *Caracortada*,

más que eso, con alguno de sus órganos vitales, él disponía de toda la ventaja. Su oportunidad era recorrer sin ser descubierta la distancia que la separaba del objetivo elegido: su garganta. El problema era los instantes que estaría desprotegida hasta alcanzarla, entre otras cosas porque su velocidad era inferior a la del plomo de su enemigo.

Confiada por su respiración acompasada, sus ojos cerrados y la flacidez de su mano, de la cual la pistola pendía medio caída colgando de su dedo índice, silenciosamente se incorporó y se situó en el centro del espacio antes ocupado por la hoja de la puerta. Con una lenta pero profunda inspiración llenó de oxígeno sus pulmones y tomando impulso se lanzó hacia adelante, iniciando el movimiento de ataque.

Pero, y como la vez anterior, algo alertó al viejo. Tal vez se trató de un pequeño resbalón de su pie derecho en los orines, el revuelo de las moscas molestas ante aquella figura humana que de repente invadía su espacio vital, o el remolino que su movimiento provocó en el aire. Lo que fuera, despertó a su presa. A partir de ahí las dos secuencias, la de ella y la de él, se produjeron simultáneamente. Como respuesta inmediata al peligro que le venía encima, hubo una repetición casi idéntica a la secuencia que acabó con la vida de Alberto: dos disparos al aire del de Malpartida que no dieron en el blanco hasta que el tercero, a bocajarro, acertó en el entrecejo de Encarnación. Lo diferente y nuevo fue que la navaja de la mujer, lanzada como un ariete, se hundió en el gaznate del viejo y seccionó su yugular y su tráquea hasta llegar a asomarse por su nuca.

No mediaron palabras, solamente por parte de él los dientes apretados al pulsar el gatillo y por ella dar impulso a su espadín de acero, las dos acciones mortales entrelazadas por dos miradas cargadas de odio, quedando los ojos del uno y de la otra separados escasos centímetros. Tras producirse la colisión, el cuerpo de la mujer quedó tendido sobre la mesa del escritorio, muerta, y en cuanto al viejo, dos minutos tardó en desangrase y detenerse su corazón, su agonía fue acompañada por los sonidos que a modo de gárgaras salían de su tráquea mientras la vida se le escapaba a borbotones.

39

José Luis llegó a la calle de La Sal el lunes a las nueve de la mañana, tal y como el viejo le había pedido que hiciera porque en su presencia se proponía decirle a Alberto que cogiera sus cuatro cosas y desapareciera de su vista para los restos. Después del ritual de llamar, esperar a que le abrieran y al no hacerlo utilizar la llave, descubrió los tres cadáveres. El uno, el de Alberto, debido al calor del verano y al mayor tiempo que llevaba muerto, treinta y seis horas, despedía el olor que marca el inicio de la putrefacción y la aparición de otra vida distinta en forma de gusanos y bacterias. Los del viejo y Encarnación, con media docena de moscas zumbonas encima dándose un festín. Todo con el aditamento y como fondo, de una fuerte pestuza a orines.

El recién llegado dedicó poco tiempo a los cuerpos. Captó toda su atención la caja de caudales abierta y el dinero que, desparramado por encima de la mesa y el suelo, se ofrecía impúdicamente a su vista y al alcance de sus manos. No le costó decidir lo que iba a hacer a continuación. Movió y depositó el cadáver de la mujer sobre el pavimento para liberar los fajos de billetes sobre los que yacía, muchos de ellos manchados por su sangre y la del viejo. Escupió sobre alguno y para su tranquilidad comprobó que, frotando, las manchas rojas desaparecían. Aupó y apartó el cuerpo de quien había sido su patrón y arrinconó el sillón para liberar de obstáculos el frente del arca y poder registrar y hacer acopio de los tesoros cuidadosamente ordenados que almacenaban sus estantes.

El hasta hacía unas horas brazo ejecutor del *Caracortada* se recreó en la visión del botín que tenía a su libre disposición. Era incapaz de calcular la enormidad de dinero que sobre la mesa, por el suelo y en las repisas de la caja abierta, estaba ahora sin dueño y con el que, fantaseaba, se daría la gran vida. Escuchaba una voz que le decía:

—Tómame, soy tuyo.

Por supuesto que él atendería ese ruego.

Durante la mañana de aquel lunes, José Luis hizo tres viajes cargado con el par de maletas que encontró en una de las habitaciones, las mismas del viaje a Extremadura, un acarreo suficiente para transportar a su trotado Seat Leon de segunda mano

cuanto de valor había en el tabernáculo de su hasta ese día empleador, y de allí a su habitación del Carmelo. En el interior del arca encontró, pero no se la llevó, una libreta donde el difunto, a lápiz, anotaba los nombres de los prestatarios, su importe, los intereses y los plazos acordados para que le fueran devueltos. José Luis la ojeó y pensó que a todos aquellos que no tenían tachado su nombre, lo cual equivalía a decir que todavía eran deudores, les había tocado la lotería, lo mismo que a él. La diferencia consistía que, en su caso, se trataba del premio gordo con bote incluido, mientras que para los demás solo era la pedrea. Que les aprovechara.

En el segundo de sus viajes, Fermín le abordó para preguntarle qué era aquel trasiego de maletas arriba y abajo, a lo que José Luis respondió que Alberto dejaba de estar al servicio del *Caracortada* y él le estaba ayudando a la mudanza.

—¡Se veía venir! —espetó *el Nenita*.

—Y don Jacinto —añadió José Luis— tiene el capricho de hacer otra salida. Ya sabes, como la de hace una semana.

—Pues por si no lo veo antes de irse, dile de mi parte que le deseo un buen viaje.

—Así lo haré.

Satisfecha su curiosidad, Fermín regresó a su cuchitril.

Los cadáveres serían descubiertos una semana más tarde, cuando el hedor que despedían invadió el edificio. La caja vacía constituiría una de las leyendas de La Barceloneta, al igual que la figura contrahecha del extremeño, que pasó en los siguientes días de llamarse *Caracortada* a ser conocido como *el Degollat*. *La Gallega*, cuando se explicaba la historia mantenía su nombre, mientras que de Alberto se consolidó el apodo que ya tenía adjudicado de antes como *el Borinot*. Y de José Luis se decía que era *el Fugit*.

Sin embargo el estatus de nuevo rico recién adquirido le duró poco tiempo a José Luis quien, para cuando se descubrieron los tres fiambres, ya se había trasladado a vivir a Madrid y conseguido una nueva identidad, poniendo distancia con La Barceloneta.

Sus acciones de abrir varias cuentas bancarias y alquilar cajas de seguridad para almacenar su botín, al igual que alojarse en un hotel de la calle Huertas, comprarse un Lexus pagando en efectivo y hacer un gasto de varios miles de euros en El Corte Inglés para

adaptar los exclusivos trajes de *Armani* a su musculoso cuerpo, no activaron ninguna señal de alarma ni despertaron curiosidad alguna. La policía tenía una orden de búsqueda y captura con su nombre auténtico, no con el de Sebastián Acevedo Porcel, su nuevo alter ego.

Lo que terminó con su nueva vida de *bon vivant* fue una trifulca que organizó una noche en el Chelsea, un cabaret que él frecuentaba desde su llegada a la capital de España, alternándolo con visitas al Berlín o al Folie. Esa noche, dos meses y medio después de que hubiera tomado posesión de los millones del viejo, imbuido del pedigrí que en las semanas anteriores sintió que le otorgaba el dinero que derrochaba a manos llenas, acabó liándose a golpes con dos gorilas tanto o más musculosos que él y con tres camareras del local. El motivo de la pelea fue que uno de aquellos orangutanes había mirado de forma indecorosa, según José Luis, a una de la terna de hembras que lo acompañaban. Y eso él, como el caballero que era, no podía consentirlo.

Luego de haber ocasionado destrozos en el local por valor de 11.000 euros, detenidos y llevados todos a comisaría, aquella noche de estancia en la cárcel fue la primera de las que José Luis pasó entre rejas tras descubrirse que sus huellas coincidían con las del tipo sobre el que pesaba una orden de busca y captura a raíz de la aparición de tres cadáveres en el barrio de La Barceloneta de Barcelona. Después de año y medio de prisión incondicional sin fianza decretada por Su Señoría, vino el juicio y la condena a 10 años de cárcel por robo. Tuvo suerte de que, aunque estuvo a un paso de que le colgaran el mochuelo, finalmente, y por falta de pruebas, no le adjudicaran la autoría de las tres muertes.

Gracias a los beneficios penitenciarios y a ser un buen chico apuntándose a un curso de cerámica, otro de pintura y hacer de pinche de cocina mientras estuvo en la cárcel, solo cumplió 40 meses en el trullo. Aunque, eso sí, esquilmado de todos sus haberes porque, durante el tiempo que pasó a la sombra, la Policía, la Fiscalía y la Agencia Tributaria rebuscaron e incautaron hasta el último euro por mucho que él creyera haberlo puesto a buen recaudo. Cuando al cabo de ese tiempo salió de Carabanchel y pudo caminar libre, el antiguo escudero del usurero lo hacía más pelado que una rata.

El Caracortada, Alberto, *la Nani* y José Luis pasaron a formar parte como protagonistas de una historia apta para la educación de la infancia. Su resumen y moraleja final, con los tres primeros

apiolados y el último sin blanca era, a ratos: «El que la hace, la paga», y a ratos: «El que a hierro mata a hierro muere».

Si hay otra vida después de esta, y en ella *el Caracortada* no está transformado en bacteria, sapo o culebra, pensará que la causa de su desgracia no fue otra que haberse olvidado y no seguir el sabio consejo del undécimo mandamiento que en su día le reveló Rubén Darío: «No dar papaya».

Él la dio, la papaya, bajó la guardia, se abrió, y así le fue.

Barcelona, Abril de 2015